

BIBLIOTECA ORO

3
PTAS.

LA CASA SIN LLAYES



NOVELA DE

**CHARLIE
CHAN**

por

EARL DERB...

Lectulandia

Dan Wintherslip, antiguo pirata y negrero, había sido uno de los hombres más ricos y respetados de Hawai. En su juventud todos le temían y odiaban en las tierras bañadas por los mares del sur, pero cuando fue descubierto su cadáver, hacía ya tiempo que aquel pasado parecía haber sido borrado por la paradisíaca atmósfera de la isla. Ahora, Charlie Chan, el gordo educadísimo y muy eficaz detective chino de la policía de Hawai, debía poner al descubierto una maraña de odios, venganzas y envidias, tenía que aislar el sentimiento que había provocado el crimen y la mano que había empuñado el arma asesina.

Lectulandia

Earl Derr Biggers

La casa sin llaves

Charlie Chan - 1

ePub r1.0

Titivillus 14.10.16

Título original: *The house without a key*
Earl Derr Biggers, 1925
Traducción: Susana Lijtmaer

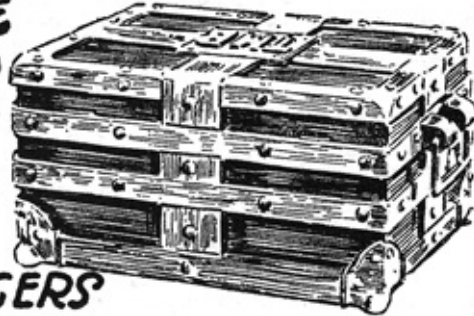
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



LA CASA SIN LLAVES

NOVELA DE
**CHARLIE
CHAN**



HOW EARL DERR BIGGERS

I. Kona

Minerva Winterslip era de Boston. Aunque estaba bien conservada, hacía tiempo que había dejado atrás la edad romántica. Sin embargo, la belleza continuaba conmoviéndola, aun aquella belleza semibárbara de las islas del Pacífico. Mientras paseaba a lo largo de la playa, sintió en la garganta la misma contracción que cuando, en el Symphony Hall de Boston, su orquesta favorita interpretaba alguna pieza famosa.

Aquella era la hora en que más le gustaba Waikiki, la que precedía a la cena, la del rápido crepúsculo del trópico. Las alargadas sombras de los cocoteros se unían unas con otras y el sol poniente teñía de rojo las crestas de las olas que se deshacían en las rompientes de coral. Algunos bañistas retardados, no decidiéndose a abandonar aquellas aguas, cuya caricia no puede compararse a nada, nadaban entre la espuma. De pie en un acuaplano, una joven de bronceado cuerpo dibujaba su grácil silueta sobre el encendido cielo. ¡Qué figura! A pesar de sus cincuenta años y pico, Minerva sintió la picazón de la envidia. Joven, llena de vigor, recta como un dardo, la muchacha del acuaplano se irguió más; luego encogióse al coronar la ola que arrastraba su frágil embarcación, si tal podía llamarse a la larga plancha de madera, y al fin volvió a erguirse retadora, cual rediviva Victoria de Samotracia.

Minerva miró a su compañero. Pero Amos Winterslip era ciego en lo que a la belleza se refiere; ésta había sido la primera regla de su vida. Nacido en las islas, nunca llegó más allá de San Francisco. Sin embargo, no podía negarse que era la personificación de la conciencia de Nueva Inglaterra; la conciencia de Nueva Inglaterra con traje de dril blanco.

—Será mejor que nos marchemos. Amos —indicó Minerva—. Se te estará enfriando la cena. Muchas gracias por la compañía.

—Te acompañaré hasta la cerca —contestó el hombre—. Cuando te hayas cansado de Dan vuelve a nosotros. Te recibiremos con la mayor alegría.

—Muchas gracias, pero es necesario que vuelva a los Estados Unidos. Grace está preocupada por mi causa. Claro, ella no puede comprender... Reconozco que mi conducta es escandalosa. Vine a pasar seis semanas en Honolulu y hace diez meses que estoy aquí.

—¿Tanto?

Minerva asintió.

—No puedo explicármelo. Cada mañana, cuando me levanto, me juro que al día siguiente haré las maletas.

—Y ese día siguiente nunca llega —sonrió Amos—. El trópico te ha robado el corazón. Sé de varias personas a quienes les ha ocurrido lo mismo.

—Debe de tratarse de gente débil —replicó Minerva—. Yo nunca he sido débil. Pregúntaselo a cualquiera que viva en Beacon Street.

Una amplia sonrisa fue la contestación de Amos.

—Es el ideal de los Winterslip. Todos han querido convencerse de que eran puritanos y sin embargo buscaron la vida en los sitios en que la Naturaleza imperaba como dueña y señora, entre los paganos, entre el pecado.

—Tienes razón —contestó Minerva, paseando la mirada por la maravillosa playa—. Ese fue el motivo que impulsó a tantos de ellos a abandonar el puerto de Boston. Los parientes que quedaban detrás decían que los viajeros iban en busca de cosas que ningún Winterslip debía desear. Sin embargo, aun teniendo la convicción de que los envidiaban, partían hacia el pecado. —Movi6 la cabeza y, tras una breve pausa, continu6—: Una especie de hechizo fue lo que atrajo aqu6 a tu padre y te hizo nacer tan lejos de tu verdadero hogar. T6 no eres de aqu6, Amos. Deber6as vivir en Milton o en Roxby, y cada ma1ana, con una cartera de cuero bajo el brazo, tendr6as que entrar en una oficina de Boston^[1].

—M6s de una vez lo he pensado —convino el hombre—. Quiz6 hubiera aprovechado mejor mi vida.

Hab6an llegado a una cerca de espino artificial, barrera poco corriente en aquella tierra amiga. Extend6ase hasta la playa y el 6ltimo poste era lamido por las olas.

Minerva sonri6.

—Bien, aqu6 termina Amos y empieza Dan —dijo.

—Supongo que en casa de Dan encontrar6s tu equipaje. Recuerda lo que te he dicho... —Se interrumpi6 bruscamente. Un hombret6n vestido de blanco, acababa de aparecer en el jard6n que se extend6a al otro lado de la cerca, y dirigi6ase r6pidamente hacia ellos. Amos Winterslip, con los m6sculos en tensi6n, permaneci6 inm6vil unos instantes, vi6ndosele una llamarada de ira en los ojos. Luego, dando media vuelta, dijo:

—¡Adi6s!

—¡Amos! —llam6 Minerva. El hombre no le hizo caso y ella corri6 tras 6l—. ¡Amos, d6jate ya de tonter6as! ¿Cu6nto hace que no hablas con Dan?

Amos se detuvo bajo un algarrobo.

—Treinta y un a1os —contest6—: El diez de agosto los hizo.

—Ha pasado ya bastante tiempo. Vamos, crucemos esta est6pida cerca que hiciste colocar y estrecha la mano a Dan.

—No —replic6 firmemente Amos—. T6 no conoces a Dan, Minerva, ni conoces la vida que lleva. Nos ha deshonrado a todos...

—¡Pero si a Dan se le considera como un hombre importante! —protest6 Minerva—. Es respetado...

—Y rico —a1adi6, amargamente, Amos—. Y yo soy pobre. S6, eso es lo que importa en este mundo. Pero hay otro mundo y conf6o que en 6l Dan reciba su merecido.

A pesar de su fortaleza, Minerva estremeci6se al ver el odio inmenso que se reflejaba en el rostro de su compa1ero. Comprendi6 que era in6til seguir hablando.

—Adi6s, Amos —dijo—. Espero convencerte alg6n d6a para que vayas al

continente.

Amos no pareció haber oído las palabras de Minerva y alejóse playa adentro.

Cuando la mujer se volvió encontróse ante Dan Winterslip, quien, desde el otro lado de la cerca, le sonreía alegremente.

—¿Qué tal? —saludó—. Cruza la frontera y disfruta de nuevo de la vida. Sé bien venida a mi casa.

—¿Cómo estás, Dan? —dirigióse al final de la valla y, aprovechando un momento en que las olas se habían retirado, reunióse con Dan. Éste le estrechó cariñosamente las manos.

—¡Dichosos los ojos que te ven! —exclamó—. La casa estaba muy triste estos días. Necesita una joven que la alegre. —En su manera de hablar y sobre todo en su mirada, se notaba que era hombre acostumbrado a tratar con mujeres.

Minerva sonrió, burlona, y recordó:

—Son demasiadas las zapatillas de invierno que he estropeado en Boston para que tus palabras me hagan perder la cabeza.

—Olvídate de Boston —replicó Dan—. Ahora estamos en Hawai, la tierra de la juventud. ¡Fíjate en mí!

Minerva le miró con gran atención. Estaba enterada de que Dan había cumplido ya los sesenta y tres años; sin embargo, sólo los blancos cabellos le traicionaban. Su rostro, curtido por el sol tropical, no presentaba ni la más leve arruga. De amplio torso y brazos musculosos, en el continente podría haber pasado por cuarentón.

—Ya he visto que mi simpático hermanito te ha acompañado hasta la frontera —comentó, mientras atravesaban el jardín—. Supongo que te habrá, dado recuerdos para mí, ¿no?

—He tratado de que cruzara la línea divisoria y os estrechaseis las manos.

Dan Winterslip echóse a reír.

—No despojes al pobre Amos de su odio hacia mí —sonrió—. Hoy día es el único motivo de su vida. Todas las noches viene aquí, se sienta debajo de aquel algarrobo, fuma unos cigarrillos y dirige furiosas miradas hacia mi casa. ¿Sabes lo que espera? Pues que Dios lance un rayo que la destruya, en castigo a mis pecados. Debo reconocer que es un hombre paciente, no se cansa de aguardar.

Minerva no replicó. Tenía la mirada fija en la maravillosa casa de Dan. Rodeada de toda clase de árboles y flores tropicales, que embalsamaban el ambiente con sus penetrantes olores, le hizo pensar en el entusiasmo que los bostonianos sentían por los jardines públicos. Si viesen aquel pequeño vergel creerían que era cosa de pecado. Indudablemente, era el marco que convenía al primo Dan.

Llegaron a la puerta que conducía directamente al saloncito. Mirando a la derecha, Minerva descubrió la verja de hierro que daba a la carretera de Kalia. Dan le abrió la puerta y ella entró en el saloncito. Éste, como la mayor parte de las habitaciones de su clase, en las islas, tenía tres paredes, quedando formada la cuarta por una espesa tela metálica. Atravesando la estancia; salieron al vestíbulo. Junto a la

entrada una hawaiana de edad imprecisa levantóse lentamente de su silla. Era un alto y amplio ejemplar de aquella raza que iba desapareciendo.

—Hola, Kamaikui, ya estoy de vuelta —sonrió Minerva.

—Te doy la bienvenida —contestó la mujer. Era sólo una criada, pero hablaba con la delicadeza de una dueña de casa.

—Ocuparás la misma habitación que la primera vez que estuviste aquí —anunció Dan Winterslip—. En ella encontrarás tu equipaje y algunas cartas que han llegado en el barco de esta mañana. No he creído necesario enviarlas a casa de Amos. Cenaremos cuando estés preparada.

—No te haré esperar mucho —contestó su prima, y corrió escalera arriba.

Dan Winterslip regresó al saloncito. Sentóse en un sillón de mimbre, construido especialmente para él, en Hong Kong, y miró, complacido, las múltiples muestras de su prosperidad. Su criado entró con una bandeja en la que se veían dos cócteles.

—¿Dos, Haku? —sonrió Winterslip—. Te has olvidado de que la señora es de Boston.

—Bien —replicó Haku, y se retiró sin hacer el menor ruido.

Un momento después, Minerva volvió a entrar en la estancia. Reía de buena gana y en la mano derecha sostenía una carta.

—¡Qué cosa más graciosa, Dan! —exclamó.

—¿Qué cosa?

—Ya te he dicho que en casa deben de estar preocupados. Quiero decir por mi incapacidad de abandonar los encantos de ese paraíso. Pues bien, envían un policía para que me arranque de aquí.

—¿Un policía? —Dan arqueó sus pobladas cejas.

—Sí, una cosa por el estilo. Claro que no lo hacen descaradamente. Grace me escribe que el Banco ha concedido seis semanas de vacaciones a John Quincy y éste ha decidido visitar Honolulu. «Así tendrás alguien que te acompañe cuando vuelvas a Boston», me dice. ¡Qué sutiles son!

—¿John Quincy Winterslip? Debe de ser hijo de Grace, ¿no?

Minerva asintió.

—No le has visto nunca, ¿verdad, Dan? Pues pronto podrás conocerle. Te aseguro que no aprobará tu manera de vivir.

—¿Por qué no? —preguntó Dan Winterslip.

—Porque él es un hombre como es debido. Es un muchacho encantador, ¡pero tan perfecto! Este viaje va a ser una cruz para él. Desde Boston a San Francisco no hará más que desaprobar cuanto vea. ¡Y luego en el barco! ¡Pobre hijo!

—Eso quiere decir que es un Winterslip cien por cien, ¿no?

—Sí. Pero con la particularidad de que ha permanecido sordo al hechizo. Es todo un puritano.

—¡Pobre chico! —Dan Winterslip acercóse a la mesa donde estaban los cócteles—. Supongo que, en San Francisco, John irá a ver a Roger. Escríbele allí y dile que

durante su permanencia en Honolulu deseo que viva en esta casa.

—Eres muy amable, Dan.

—Es que me gusta rodearme de juventud, aunque sea de marca puritana. Y ahora, quervas a ser detenida y devuelta a la civilización, lo mejor que puedes hacer es tomar uno de estos cócteles.

—Bien, haré una demostración de lo empecatada que estoy —sonrió Minerva, levantando la copa.

—Eres una mujer encantadora —dijo Dan; y los dos primos se dirigieron al comedor.

La cena iba a ser perfecta. Minerva estaba segura de ello. El rosbif quizá un poco desgustado, pero las frutas y la ensalada maravillosas.

—¿Vendrá pronto Bárbara? —preguntó.

El rostro de Dan iluminóse como una playa al salir el sol.

—Sí, ya se ha graduado. Seguramente llegará un día de estos. Sería muy agradable que ella y tu perfecto sobrino se encontrasen en el mismo barco.

—Sobre todo para John Quincy —replicó Minerva—. Cuando Bárbara estuvo en Boston nos pareció una muchacha encantadora.

—Lo es —aseguró, orgullosamente. Dan Winterslip. Su hija era su mayor pasión—. No puedes figurarte lo mucho que la he echado de menos. Me he encontrado muy solo.

Minerva le dirigió una aguda mirada.

—Sí —dijo—, ya he oído rumores de lo solo que has estado.

Winterslip enrojeció violentamente.

—Supongo que te lo habrá dicho Amos, ¿no?

—¡Oh! No ha sido sólo Amos. Se habla mucho de ti. Dan. Realmente, a tu edad...

—¿Qué quieres decir con eso de mi edad? Ya te he dicho que aquí todo el mundo es joven —Durante unos minutos comió en silencio—. Tú eres una mujer comprensiva —continuó—. Lo digo, y lo creo. Por lo tanto, debes tener en cuenta que aquí no se vive igual que en Boston.

—Recuerda —replicó, sonriente, su prima— que en Boston no todo el mundo es... puritano. No trato de echarte nada en cara, Dan. Pero por consideración a Bárbara, ¿por qué no dedicas tu... amor a una mujer con quien te puedas casar?

—Me puedo casar con ella... si es que los dos hablamos de la misma mujer.

—A la que yo me refiero la llaman la viuda de Waikiki.

—Este pueblo es un nido de murmuración. Arlene Compton es una señora respetable.

—Una antigua corista, según tengo entendido.

—No, una actriz que interpretaba pequeños papeles... antes de casarse con el teniente Compton.

—Del que se hizo viuda.

—¿Qué insinúas? —preguntó, furioso, Dan.

—Me han dicho que el aeroplano de su marido se estrelló en Diamond Head porque el hombre prefirió terminar de esa manera a continuar viviendo como su mujer le obligaba.

—¡Mentiras y nada más que mentiras! —exclamó Dan Winterslip—. Dispensa, Minerva, pero no debes creer todo lo que oigas en la playa. —Permaneció callado un momento—. ¿Qué te parecería si te dijese que me propongo casarme con esa mujer?

—Pues que no hay loco peor que un loco viejo. Perdóname, Dan. Soy prima hermana tuya, pero ese parentesco no me da derecho a inmiscuirme en tus asuntos privados. Sin embargo, te quiero y, además, pienso en Bárbara...

Dan inclinó la cabeza.

—Ya lo sé —murmuró—. En fin, no hay, que preocuparse, aún no he dicho nada a Arlene acerca del matrimonio.

Los dos primos permanecieron callados un momento y, al fin. Minerva preguntó, sonriente:

—¿Es verdad que el mango es comestible, Dan? Por su aspecto, nadie lo diría.

Cuando terminaron de cenar, el asunto de Arlene Compton estaba completamente olvidado y Dan había recuperado su buen humor. El café lo tomaron en el *lanai* o galería, de cara al mar.

—No sopla ni un átomo de aire —dijo Minerva.

—Sí, los alisios han muerto —replicó Dan refiriéndose a los benéficos vientos que, salvo raras excepciones, soplan sobre la isla—. Me temo que nos espere un poco de Kona^[2].

—¡No, por Dios! —exclamó Minerva—. La primera vez que estuve aquí, a finales de mil ochocientos..., tenía yo diez y nueve años, pero el recuerdo del Kona aún me hace estremecer.

—Entonces no pude verte. Minerva.

—Estabas en alguna isla del Pacífico.

—Pero cuando volví me hablaron mucho de ti. Me dijeron que eras muy alta, rubia y encantadora, y muchísimo menos orgullosa de lo que habían temido. Eras hermosísima... y lo sigues siendo.

Minerva Winterslip enrojeció intensamente y, sonriendo, replicó:

—Cuidado, Dan, en el sitio de donde vengo no hablan así.

—El mil ochocientos... —murmuró, pensativo, Dan Winterslip—. Entonces Hawai era Hawai. No había sido manchado; era una tierra de opereta, con el viejo Kalakaua sentado en su trono de oro...

—Le recuerdo —dijo Minerva—. ¡Las grandes fiestas en su palacio! Por las tardes, cuando se sentaba con sus amigos en su *lanai* y la Real Banda Hawaiana tocaba a sus pies, él, altivamente, tiraba a los músicos monedas de cobre. Este era un lugar delicioso entonces.

—Todo ha sido arruinado —lamentóse Dan—. Demasiada civilización.

Demasiados automóviles, radios, gramófonos...

Minerva Winterslip asintió en silencio y los dos primos permanecieron unos instantes sumidos en sus recuerdos. Al fin, Dan encendió una lámpara de pie que estaba junto a él.

—¿Me permites que eche una mirada al periódico de la noche?

—Sí, sí —asintió Minerva.

Se alegraba de poder permanecer en silencio unos instantes. En aquellos momentos gozaba contemplando Waikiki. El rápido crepúsculo... la pronta llegada de la cálida noche... El agua, verde manzana durante el día, roja y oro a la puesta del sol, era entonces de un púrpura profundo. En el pico de ese volcán apagado que es el Diamond Head, parpadeaba un rojo amarillo que parecía querer decir que aún había fuego en las entrañas de la tierra. En el puerto brillaron varias luces y en el mar se encendieron las linternas de unos cuantos sampanes japoneses. Minerva lanzó un suspiro.

De pronto le pareció notar un rápido movimiento de Dan. Volvióse hacia él y vio que había dejado a un lado el periódico y tenía la mirada fija en un punto vago. Teda la Juventud de que alardeara antes había desaparecido. Su rostro era el de un viejo muy viejo.

—¿Qué ocurre, Dan? —preguntó su prima.

—Estaba... pensando, Minerva —empezó, lentamente—. Cuéntame algo más de ese sobrino tuyo.

Minerva sorprendióse enormemente, pero lo disimuló.

—¿Te refieres a John Quincy? —preguntó—. Es el tipo perfecto del bostoniano clásico. El curso de su vida le fue marcado en la cuna y él lo sigue sin vacilaciones. Ha estado en la inevitable escuela de primera enseñanza; luego en Harvard; en los círculos apropiados a su nobleza; después entró a trabajar en el banco de la familia. Si su madre hubiese querido que se casara con alguna determinada muchacha, ya no estaría soltero. Cuando fue a la guerra tuvo la esperanza de que variase un poco, pero no, volvió ileso y, guardando el uniforme, reanudó su interrumpida vida.

—Entonces es un chico seguro...

Minerva sonrió.

—Comparado con ese muchacho, Gibraltar es un montoncito de arena.

—¿Y discreto?

—Es el inventor de la discreción. Le quiero mucho, pero a veces sus perfecciones me desesperan. Yo tenía esperanzas de que se reformase, pero es ya tarde. Tiene casi treinta años.

Dan se levantó. En su rostro reflejábese una gran decisión. Al otro lado de la cortina de bambú que cubría la puerta del salón apareció una luz.

—¡Haku! —llamó Winterslip.

El japonés acudió rápidamente.

—Haku, dile al chófer que me prepare en seguida el auto grande. Tengo que estar

en el muelle antes de que el «President Tyler» salga para San Francisco. ¡Whikiwiki!

El criado desapareció por el salón y Dan se fue tras él. Algo extrañada, Minerva permaneció sentada durante unos instantes y, al fin, levantándose, fue al saloncito.

—¿Te vas a San Francisco, Dan? —preguntó.

—No, no —contestó Winterslip, que se hallaba sentado ante una mesita y escribía rápidamente una carta—. Se trata sólo de una nota que ha de salir en ese barco.

Notábase claramente que a Dan Winterslip le embargaba una emoción contenida. Minerva entró en el saloncito. Casi en el mismo instante apareció Haku con una noticia totalmente innecesaria, pues hasta allí llegaba perfectamente el zumbido del motor del automóvil. Dan cogió el sombrero que le tendía el japonés, y al salir dijo, dirigiéndose a su prima:

—Considérate en tu casa. Estaré de vuelta dentro de un rato.

«Algún asunto de negocios», pensó Minerva. Y para distraerse se puso a recorrer la habitación, deteniéndose al fin ante el retrato de Jedediah Winterslip, padre de Amos y Dan y tío de ella. Dan lo había hecho reproducir en una pequeña foto, después de la muerte del viejo; era obra de un artista cuyo fuerte debieron de ser los paisajes. Sin embargo, a pesar de todos sus esfuerzos, no consiguió borrar la fuerte personalidad de aquel hombre que llegó a Honolulu en un mal barco. Minerva sólo le había visto una vez, cuando estaba abrumado por la pérdida de toda su fortuna a causa del hundimiento de sus buques en un reciente temporal.

Dan devolvió a la familia su perdido lustre. Recuperó la fortuna y bastante más. Circulaban rumores acerca de los métodos que había empleado para lograrla, pero aquello no tenía gran importancia. Era un muchacho simpático, a pesar de su pasado. Minerva sentóse al piano y tocó algunos pasajes de *El bello Danubio azul*. Sus pensamientos regresaron al ochocientos.

Dan Winterslip pensaba también en el ochocientos mientras su auto se deslizaba hacia la *Kalakaua Avenue*. Pero al llegar al muelle volvió a pensar en el presente. Saltando del auto dirigióse hacia la pasadera tendida entre el muelle y el «President Tyler». No había tiempo que perder. El barco estaba a punto de zarpar. Como era un barco que hacía escala en Honolulu, no se celebraban las ceremonias de despedida reservadas a los que realizaban el trayecto entre la isla y el continente. Sin embargo, oíanse numerosos «Alohas» y muchos pasajeros llevaban coronas y collares de flores.

Al llegar al puente, Dan Winterslip encontró a un viejo amigo suyo, Hepworth, el segundo de a bordo.

—¡Usted es el hombre que necesito! —exclamó.

—¿Cómo está usted, señor Winterslip? —saludó el oficial—. No he visto su nombre en la lista de pasajeros.

—No, no me marchó. Sólo he venido a pedirle un favor.

—Tendré mucho gusto en hacérselo.

Winterslip entrególe una carta.

—Usted ya conoce a mi primo Roger, de San Francisco. Tenga la bondad de

entregarle personalmente esta carta lo más pronto posible. No tengo tiempo de echarla al correo y, además, prefiero enviarla así. Le quedaré muy agradecido.

—No hable de ello, siquiera. Ha sido usted muy bueno conmigo y para mí es un gran placer ayudarle... Ahora, perdóneme, pero debe marcharse en seguida, estamos a punto de retirar la pasadera... —Empujó suavemente a Dan hacia el muelle. Un minuto después el frágil puente de madera era retirado.

Durante unos momentos Dan permaneció en el muelle, invadido por la emoción que todo isleño siente al ver partir un barco hacia el continente. Después volvió con lentitud y se dirigió a su auto. De pronto vio ante él a un hombre alto y delgado en quien reconoció a Dick Kaohla, el nieto de Kamaikui. Apresurando el paso le alcanzó.

—¡Hola, Dick! —saludóle.

—Hola. —El bronceado rostro del joven reflejó una gran animosidad.

—Hace mucho que no viene a verme —dijo Dan Winterslip—. ¿Todo va bien?

—Sí —contestó Kaohla. Llegaron a la calle y el muchacho se separó de su compañero con un breve—: Buenas noches.

Dan Winterslip miróle pensativamente durante unos segundos. Después subió a su automóvil.

—Espacio ahora —encargó al chofer.

Al entrar en el saloncito de su casa encontró a su prima leyendo un libro.

—¿Llegaste a tiempo, Dan? —preguntó Minerva.

—Sí, tuve el tiempo justo.

—Bien. —Minerva se levantó—. Voy a terminar la lectura en mi cuarto. Buenas noches.

Cuando llegaba a la puerta, Dan la llamó:

—¡Ah! Oye, Minerva, no te preocupes de escribir a tu sobrino.

—¿No?

—No; le he invitado yo mismo. Hasta mañana.

—¡Buenas noches! —repitió Minerva, y salió del aposento.

Solo en la enorme estancia, Winterslip la atravesó a grandes zancadas. Salió al *lanai* y recogió el periódico que horas antes había leído. Trató de terminar de hojearlo, pero algo parecía inquietarle. Por fin rasgó el extremo de una página y lo rompió en menudos fragmentos.

De nuevo volvió a levantarse y a pasear por el saloncito. Había pensado ir a la playa para ver a... Pero arriba estaba representado Boston. En su más tolerante expresión, pero Boston al fin.

Volvió al *lanai*. Envuelto en un amplio mosquitero veíase el *coy* donde prefería dormir; su vestidor estaba a pocos pasos. Sin embargo, era demasiado pronto, para acostarse. Salió al jardín. El cálido aliento del Kona acarició sus mejillas, era el «viento malo» que haría hervir las rompientes y por breves instantes convertiría en un infierno aquel paraíso. No había luna; las estrellas que corrientemente parecían tan

cercanas y alegres, estaban veladas. El mar rugía amenazador.

Al volver hacia la casa su mirada posóse en el algarrobo, al otro lado de la cerca, y vio la amarillenta llama de un fósforo. Su hermano Amos. De pronto se sintió atraído por él, experimentó deseos de salvar la alambrada y dirigirse a su encuentro para recordar los dos juntos su lejana infancia, cuando jugaban en aquella misma playa. Pero era inútil, lo sabía. Lanzó un suspiro y la puerta del *lanai* batió tras él. La inútil puerta sin cerradura, la puerta de una tierra en que casi nadie cerraba con llave su vivienda.

Cansado, sentóse a reflexionar en la oscuridad. Su mirada se clavó en la cortina de bambú que separaba el *lanai* del saloncito. Una sombra se posó sobre esa cortina y permaneció en ella durante unos segundos para luego desaparecer. Dan contuvo la respiración... la sombra volvió a verse.

—¿Quién anda por ahí? —preguntó Winterslip.

Una bronceada mano separó la cortina y un conocido rostro apareció en la abertura.

—Su fruta la he puesto encima de la mesa —dijo Kamaikui—. Me voy a la cama.

—Bien, bien. Puedes retirarte. Buenas noches.

La mujer se marchó. Dan Winterslip estaba furioso consigo mismo. ¿Qué diablos le pasaba? ¿Iba a sentir miedo, él que había pasado por todos los peligros?...

—Me vuelvo viejo —murmuró—. ¡No, debe de ser el Kona! Eso es, el Kona. Estaré bien cuando los alisios vuelvan a soplar.

II. El sombrero de copa

Con paso tardo, John Quincy Winterslip subió a bordo del transbordador, en Oakland. Durante más de seis días había vivido en cochecamas y estaba ya de ellas hasta la coronilla. Era la primera vez que recorría los Estados Unidos y la impresión que su patria había causado no era muy halagüeña. Llanuras sin fin sembradas de casas antiestéticas era lo único que sacó en limpio del viaje.

Ante él caminaba un mozo de cuerda llevando sus dos maletas, su bolsa con los palos de golf y la sombrerera. Al mozo le faltaba una de sus manos, perdida, sin duda, en algún encuentro con los indios en la frontera. En su lugar llevaba un garfio de hierro. Aparte de que esto era muy útil para un hombre de aquella profesión, no cabía duda que también era muy típico del Oeste. Por lo menos así lo pensó Quincy.

Éste indicó al mozo el lugar donde quería que dejara su equipaje y luego le depositó en la mano buena una generosa propina. Sentándose en medio de sus elegantes maletas, quitóse el sombrero de paja y procuró recordar lo que había ocurrido.

Desde Beacon Street llevaba recorridos cinco mil kilómetros y aun le faltaban tres mil más. De nuevo se preguntó por qué había consentido en emprender aquel viaje a través de un país tan caluroso. Finalizaba junio y en tal época Boston era una verdadera maravilla. Tenis en Longwood, partidos de golf con Agatha Parker y Magnolia. Y si era necesario correr mundo, allí estaba París. Hacía dos años que no visitaba Francia. Precisamente proyectaba una excursión a la Ciudad Luz cuando su madre le hizo emprender aquel estúpido viaje.

Sí, era completamente estúpido hacerle viajar ocho mil kilómetros sólo para convencer a tía Minerva de que debía regresar a Boston y proseguir su tranquila y bien ordenada vida detrás de las rojas vidrieras de la casa de Beacon Street. ¿Había alguna posibilidad de que su enérgica pariente le hiciese caso? Ninguna en absoluto. Tía Minerva estaba acostumbrada a hacer lo que le daba la gana. John Quincy Winterslip tenía el desagradable recuerdo de haberle oído decir una vez que ella haría lo que le pasara por las narices.

El joven sintió unos deseos enormes de que todo aquello hubiera terminado y de encontrarse de nuevo en su despacho del Banco, anotando una nueva emisión de bonos del Tesoro. No era todavía miembro del Consejo de Administración (éste era un honor que no se concedía más que a los Winterslip calvos que caminaban un poco encorvados), pero su alma estaba en su trabajo. Se preguntó si el papel de la First Mortgage Sixes subiría hasta donde él supuso o se hundiría como el plomo.

La áspera sirena del transbordador le recordó el desagradable lugar donde se encontraba. El barco empezó a moverse. John Quincy se dio vagamente cuenta de que una joven estaba sentada a su lado. Pero en aquellos momentos, su mirada estaba retenida por la maravillosa belleza del panorama que se extendía ante él. El aire de la mañana era penetrante, seco y lleno de enervantes aromas. La bahía era un ensueño

hecho realidad. Al fondo, levantándose sobre sus numerosas colinas, veíase San Francisco, la perla del Pacífico.

El transbordador pasaba en aquellos momentos ante un verdadero bosque de mástiles y chimeneas que recordaron al joven los libros de aventuras leídos en su infancia, cuando era un sereno Winterslip en quien no había hecho mella el hechizo. Entre los buques anclados distinguió un transporte de Anveres, un transatlántico de la línea de Oriente, un cinco palos que parecía arrancado de una novela de Marryat. Barcos de las islas donde se recoge la copra, de los bancos perleros, de todos los puertos del pacífico... Un cuadro lleno de color que hubiera podido figurar en una película.

De pronto John Quincy levantó la cabeza. Una mirada de extrañeza apareció en sus tranquilos y grises ojos.

—No lo entiendo... —murmuró.

Sobresaltóse al oír su voz. No había intentado hablar en voz alta y, para no parecer imbécil, miró a su alrededor en busca de alguien a quien la gente creyera había dirigido la palabra. A su lado sólo tenía a la joven.

John Quincy la observó. Sin duda era española o algo por el estilo; tenía el cabello de un negro de ala de cuervo, así como los ojos, en los que cabrilleaba la risa que trataba de contener. El rostro, de un óvalo perfecto, estaba muy bronceado. John volvió a contemplar la bahía... Belleza alrededor del barco y belleza a bordo. ¡Aquello era mucho mejor que viajar en tren!

La muchacha miró a John Quincy. Satisfecha del aspecto de su vecino, decidió que un poco de intimidad no iría mal.

—¿Decía usted algo? —preguntó.

—¡Oh!... perdone... perdone... —tartamudeó Winterslip—. Hablé sin darme cuenta... Dije que no lo comprendía.

—¿Qué era lo que no comprendía?

—Me ha ocurrido algo muy sorprendente. —Con un ademán abarcó la bahía—. Yo he estado ya aquí —dijo.

La joven le miró perpleja.

—Son muchos los que han estado aquí.

—Sí, ya lo sé; pero yo... Es que yo nunca he estado aquí.

La muchacha se apartó un poco.

—Hay mucha gente que no ha estado nunca en San Francisco —convino.

John Quincy respiró profundamente. ¿Por qué se habría metido en aquella discusión? Sintió un súbito impulso de levantarse y, después de saludar galantemente a su compañera, dirigirse al otro extremo del transbordador. ¡Pero no, él pertenecía a una raza que jamás esquivaba el peligro!

—Soy de Boston —dijo.

—¡Oh! —aquella exclamación explicaba el pensamiento de la joven.

—Y lo que estoy tratando de aclarar, aunque, desde luego, no hay motivo para

que la aburra con mi relato...

—No, claro; no hay motivo —sonrió la joven—. Pero siga, haga el favor.

—Pues lo que estoy tratando de aclarar es que hasta hace unos días no había ido más allá de Nueva York, en dirección al Oeste; ¿comprende? He estado en Nueva Inglaterra, en el extranjero, pero nunca en el Oeste.

—No le interesa, ¿verdad?

—No he dicho eso —replicó, cortésmente, John Quincy—. Pero nunca se me ocurrió venir hasta que mi familia se empeñó en ello. Y al llegar aquí y ver esta bahía experimento la extraña sensación de que no es la primera vez que la visito.

El rostro de la joven expresaba una gran simpatía.

—Otras personas han tenido la misma impresión —explicó—. Eran almas escogidas. Ha tardado usted mucho en llegar, pero al fin está en su casa. —Con un movimiento de su grácil mano abarcó el panorama—. Bien venido a su ciudad —dijo.

John Quincy estrechó la mano de su vecina.

—Muchas gracias —dijo—. Pero mi ciudad es Boston. Pertenezco a ella en cuerpo y alma. A pesar de todo... esto me es familiar... —Miró hacia el Norte, a las colinas que ocultan el Valle de la Luna; luego a San Francisco—. Sí, recuerdo todo lo que veo. Es asombroso, ¿no?

—Quizá alguno de sus antepasados...

—Sí. Mi abuelo vino cuando era joven. Él volvió a Boston, pero sus hermanos se quedaron aquí. Es al hijo de uno de ellos a quien voy a ver en Honolulu.

—¡Oh! ¿Va usted a Honolulu?

—Sí, salgo mañana, por la mañana. ¿Conoce usted el archipiélago?

—Sí... sí. —Los oscuros ojos de la joven adquirieron súbita gravedad—. Mire —dijo, de pronto—. Ahí están los muelles; es el principio de Occidente, del verdadero Occidente. Esa es Telegraph Hill. —Señalaba con el dedo, cosa que nadie hace en Boston, pero estaba tan adorable que John Quincy pasó por alto el incidente—. Esa otra es Russian Hill, y más allá está Fairmont on Nob Hill.

—Con tantas colinas^[3] la vida en San Francisco debe de estar llena de altos y bajos —comentó el joven—. Pero hábleme de Honolulu. Debe de ser un lugar agreste, salvaje, ¿no?

La joven se echó a reír.

—Más vale que descubra usted mismo lo salvaje que es —dijo—. La mayor parte de sus habitantes proceden de su amada Nueva Inglaterra. «Puritanos tostados por el sol» les llama mi padre. Mi padre es un hombre inteligente —añadió, infantilmente retadora.

—Estoy seguro de ello —aseguró de todo corazón Quincy. Llegaban ya al final del trayecto y los pasajeros se iban apiñando a su alrededor—. Quisiera poder llevarle la maleta, pero yo mismo voy tan cargado que necesito un camión. Sí pudiéramos encontrar un mozo...

—No se preocupe —dijo la muchacha—. Sé valerme por mí misma. —Su mirada

se posó en la sombrerera de Winterslip—. Ahí dentro debe de llevar un sombrero de copa, ¿verdad? —preguntó.

—Naturalmente.

La joven soltó una argentina carcajada que hizo fruncir el ceño a John Quincy.

—Perdóneme por la risa, pero un sombrero de copa en Hawai es algo que resulta muy cómico.

John Quincy estaba muy tieso. Una mujer se acababa de reír de un Winterslip. Llenó los pulmones con el aire puro de los grandes espacios, de los lugares donde los hombres son hombres. Una extraña inquietud le invadió. Inclínose, cogió la sombrerera y, con un tranquilo ademán, la tiró por encima de la borda. La caja de cuero quedó flotando sobre las aguas, agitadas por las hélices del transbordador. Los pasajeros acercáronse más a los dos jóvenes, no queriendo perder otra exhibición de locura.

—Ya está arreglado —dijo, tranquilamente, Winterslip.

—No debía haberlo hecho —murmuró la muchacha.

Y, realmente, no debió hacerlo. La caja era de las más caras que se fabrican; un regalo que su madre le había hecho por Navidad. Y el sombrero de copa que encerraba era de los mejores «ocho reflejos» que se habían paseado por Beacon Street.

—¿Por qué no? —preguntó John Quincy—. Esa endiablada sombrerera ha sido un estorbo desde que salí de Boston. Además, hay momentos en que nosotros, los bostonianos, somos muy ridículos. ¡Un sombrero de copa en los trópicos! Me hubieran tomado por un misionero. —Empezó a recoger su equipaje—. Ya no necesitaré ningún mozo —anunció alegremente—. Ha sido usted muy amable escuchándome.

—Ya verá usted como dentro de poco estará encantado con la gente del Oeste. No somos tan salvajes como nos pintan.

—La primera muestra que he visto me ha convencido.

—Muchas gracias.

Y la joven dirigióse hacia la salida.

—Un momento —llamó John—. Quisiera... Bueno. Espero... Desearía...

Pero la gente les separó. Quincy divisó los sonrientes ojos de su compañera y luego la perdió de vista.

III. Medianoche en Russian Hill

Momentos después John Quincy desembarcaba en San Francisco. Apenas hubo caminado tres pasos cuando un chofer japonés bajito y fornido, se abrió paso entre la muchedumbre, dirigióse con admirable perspicacia hacia el bostoniano y se hizo cargo de su equipaje.

El japonés anunció que aunque Roger Winterslip tenía demasiado trabajo para poder ir a esperar transbordadores, había encargado a su chofer que le comunicara que podía tomar posesión de su casa para después de haberse arreglado, reunirse con él. Satisfecho de pisar de nuevo tierra firme, John Quincy siguió al japonés hasta el auto. San Francisco resplandecía bajo el sol matinal.

—Siempre creí que ésta era una ciudad neblinosa —dijo.

El japonés sonrió, mostrando los dientes.

—Niebla viene a veces, otras veces no viene. Ahola es vez que no viene —dijo, mientras mantenía abierta la portezuela del coche.

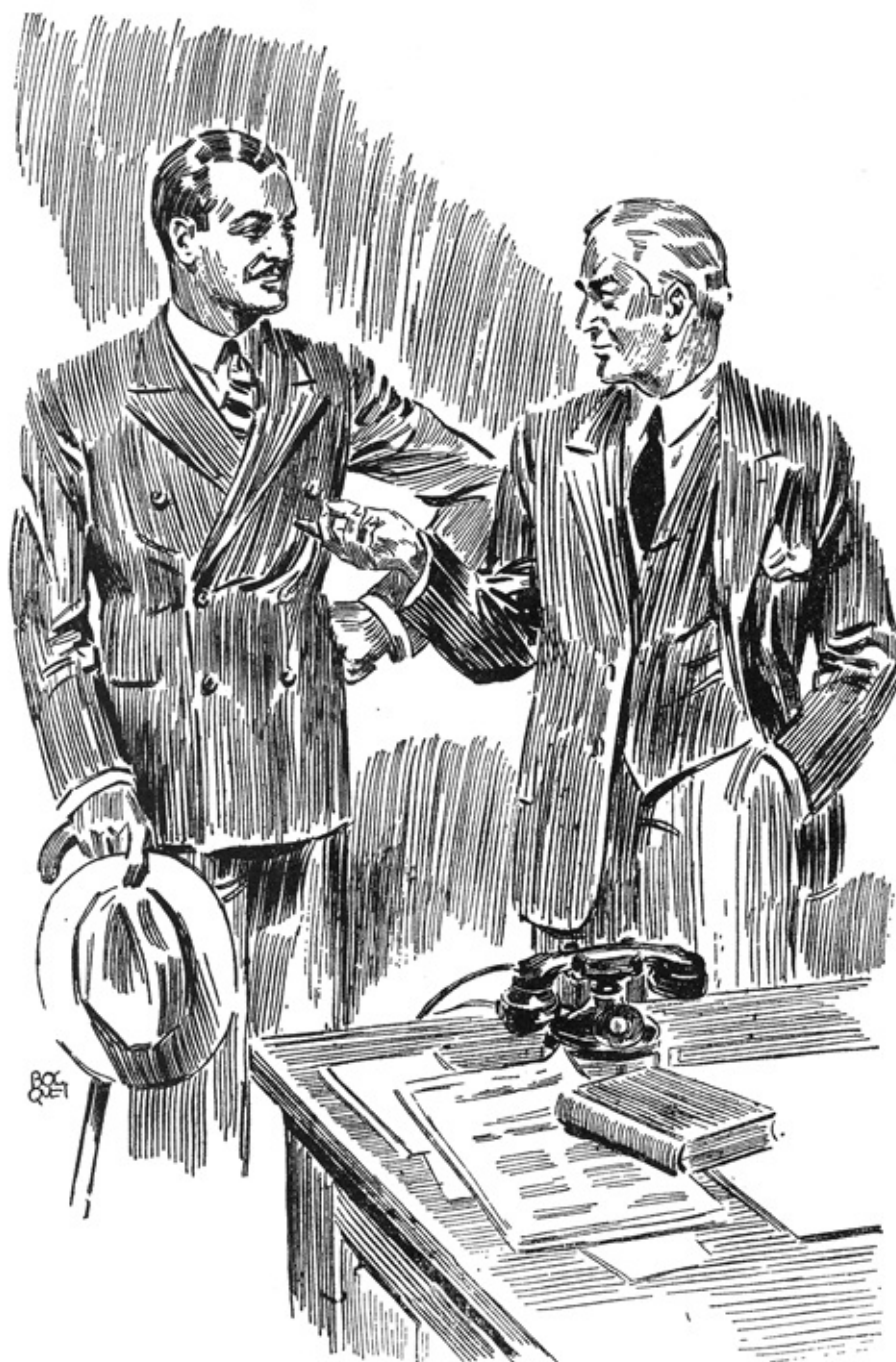
A Roger Winterslip no le gustaba vivir en el casco urbano de la ciudad; su casa levantábase en Nob Hill. Era un edificio antiguo cuyo exterior prometía muy poco, pero en cuyo interior se hallaban presentes todas las comodidades. Un criado chino guió a John hasta su cuarto y el corazón del joven dio un salto al ver por fin un baño de verdad.

A la una dirigióse al despacho de su pariente. Roger era un hombre pequeño, de rostro sonriente y que frisaría en los sesenta años.

—¡Hola, muchacho! —exclamó, con gran cordialidad—. ¿Qué tal por Boston?

—Todos bien, gracias. Ha sido muy amable...

—¡No digas tonterías! Es un placer verte por aquí. Vamos.



—No digas tonterías, es un placer verte por aquí. Vamos

Condujo a John Quincy a un famoso club. En el comedor le señaló algunos conocidos escritores. El joven no se sintió muy emocionado, pues ni Longfellow ni Whittier ni Lowell^[4] estaban entre ellos. Sin embargo, el lugar era muy agradable, el servicio perfecto y la comida sabrosa.

—¿Qué te parece San Francisco? —preguntó Roger.

—Muy hermoso. Me gusta —dijo John.

—¿De veras? —Roger le miraba sonriente, satisfecho su orgullo ciudadano—. Es una población que ha de gustar por fuerza a un habitante de Nueva Inglaterra. Tiene una historia breve, pero gloriosa. Contrasta con otras ciudades, por ejemplo, Los Ángeles.

Habíase metido en uno de sus tópicos favoritos y no lo abandonó.

—Los escritores —dijo— comparan siempre las ciudades a las mujeres. San Francisco es la mujer de la que no se habla a los amigos. No porque sea fea, nada de eso, sino porque sus medias son muy finas y su risa muy alegre; la gente podría formar juicios erróneos. Es demasiado adorable para hablar de ella. ¡Hola!

Un alto, delgado y elegante inglés cruzaba el comedor en dirección a la puerta.

—¡Cope! ¡Eh, Cope! —Roger corrió tras él y le arrastró hacia la mesa—. Le conocí en seguida, a pesar de que han transcurrido más de cuarenta años desde que nos vimos por última vez.

El inglés se dejó caer en una silla y, sonriendo, dijo:

—No sea usted tan exacto, por favor.

—¡Bah! —protestó Roger—. ¿Qué importan los años? Aquí le presento a mi primo de Boston, John Quincy Winterslip. ¡Ah! ¿Qué grado tiene usted ahora?

—Capitán. Estoy en el Almirantazgo.

—¿De veras? John, te presento al capitán Arthur Temple Cope. —Roger volvióse hacia el inglés—. Cuando nos encontramos en Honolulu era guardia marina, ¿verdad? Hace cosa de un año hablaba de usted con Dan...

El capitán hizo una mueca de disgusto.

—Supongo que Dan seguirá vivo y rico, ¿no?

—¡Ya lo creo!

—¿No es una indignidad que todos los canallas tengan suerte? —dijo Cope.

Siguió un inquieto silencio. John Quincy conocía la franqueza de los ingleses, mas no por eso sintióse menos disgustado ante aquella declarada hostilidad hacia su futuro huésped. Al fin y al cabo, Dan era un Winterslip.

—¡Ejem! ¿Quiere usted un cigarrillo? —invitó Roger.

—Muchas gracias. Fume uno de los míos —replicó Cope, sacando una pitillera de plata—. Tabaco de Virginia elaborado en Piccadilly. ¿No le gusta? ¿Y a usted, señor...? —Tendió la pitillera a John Quincy, que la rechazó con cierta altivez.

Sin mostrarse ofendido, el inglés encendió un cigarrillo.

—Les ruego me perdonen por lo que he dicho acerca de su primo... —empezó—. Pero comprenderán...

—No se preocupe —dijo, cordial, Roger—. Explíqueme qué hace usted en San Francisco.

—Estoy de paso para Hawai —explicó el capitán—. Salgo hoy, a las tres, en el barco de Australia. Un trabajito para el Almirantazgo. Desde Honolulu iré a las Fanning, un archipiélago que tenemos por allí.

—Alguna futura base aérea, ¿no? —sonrió Roger.

—Querido amigo, el objeto de mi viaje es, desde luego, secreto. —De pronto el capitán miró fijamente a John Quincy—. ¡A propósito! Hace años conocí a una hermosísima joven de Boston. Sin duda era parienta de ustedes.

—¿Una joven? —murmuró, Intrigado, John.

—Minerva Winterslip.

—¿Cómo? —John Quincy estaba sorprendido—. ¿Se refiere usted a mi tía Minerva?

El capitán sonrió.

—En aquellos días no era la tía de nadie —dijo—. Fue en el ochocientos, en Honolulu. Atracamos allí con el «Reliance», un viejo velero en el que realizábamos un viaje de estudios. Su tía estaba de paso en la ciudad, se celebraron bailes en el palacio, hubo excursiones... ¡Quién pudiera ser joven otra vez!

—Minerva está ahora en Honolulu —dijo Roger.

—¿De veras?

—Sí, se hospeda en casa de Dan.

—¿Con Dan? —El inglés permaneció callado durante unos segundos—. Su marido...

—Minerva sigue soltera —explicó Roger.

—¡Es increíble! —exclamó el capitán, lanzando una columna de humo hacia el techo—. Eso es una vergüenza para los hombres de Boston, A pesar de que apenas dispongo de tiempo para nada, procuraré verla. —Se levantó—. He tenido mucho gusto en saludarles. Tengo que ir al barco, discúlpeme. —Despidióse de los dos primos con una inclinación y salió del comedor.

—Un muchacho maravilloso —dijo Roger—. Franco e inglés, pero un muchacho simpatiquísimo.

—Pues a mí no me lo ha sido —indicó John—. No me ha gustado lo que ha dicho de Dan...

Roger se echó a reír.

—Es mejor que te vayas acostumbrando a ello —aconsejó—. Dan no es un hombre idolatrado. Ha subido alto, y para hacerlo ha tenido que aplastar a bastante gente. Y, a propósito, tiene preparado un trabajo para ti.

—¿Para mí? —preguntó, con extrañeza, John.

—Sí. Deberías sentirte halagado. Dan no confía en nadie. Se trata de algo que debe hacerse de noche.

—¿De noche? —repitió el asombrado bostoniano.

—Sí. Entretanto, si quieres, te enseñaré la ciudad.

—Pero... usted tiene sus ocupaciones... No quiero hacerle perder...

Roger apoyó una mano en el hombro de John.

—Muchacho, ningún californiano está jamás tan ocupado como para dejar de enseñar su tierra a un habitante del Este. Hice varias semanas que estoy deseando que llegue esta oportunidad. Y como te empeñas en irte mañana, a las diez, debemos darnos prisa.

Roger demostró ser un hombre aprovechador del último momento. Después de una maravillosa excursión en auto por la ciudad y los alrededores, condujo a John a casa y le apremió para que se vistiese para la cena, en la que, al parecer, tenía puestas

grandes esperanzas.

Las maletas del joven estaban en su cuarto. John Quincy se puso su «smoking» y bajó en seguida, dispuesto a disfrutar un poco de la vida nocturna de San Francisco. Cuando llegó al vestíbulo su huésped le esperaba. Poco después los dos hombres hundíanse en la noche.

—Quería que probases la comida de este sitio —explicó Roger, cuando se sentaron a la mesa de un pequeño restaurante—. Luego iremos a ver una revista en el Columbia.

El restaurante justificó las esperanzas de Roger. John Quincy empezó a sentirse atraído por todo el mundo, en especial por aquella ciudad. Ya no se sentía forastero. Realmente, no lo era. La sensación que experimentara en el muelle volvía a embargarle. No era la primera vez que estaba en San Francisco. Muchas calles y lugares éranle familiares. En lejanos y felices tiempos él había vivido allí. Era extraño, pero cierto. Así se lo dijo a Roger. Éste sonrió.

—Al fin y al cabo, ¡un Winterslip! —dijo—. ¡Y pensar que me dijeron que eras un puritano! Mi padre sentía esa misma impresión tuya, sólo que él la sentía en cada ciudad que visitaba. Debe de ser algo de la reencarnación.

—¡Bah! —refunfuñó Quincy.

—Quizá sea la sangre aventurera de los Winterslip, que corre por tus venas. —Roger se inclinó hacia su pariente—. ¿Te gustaría quedarte a vivir en San Francisco? —preguntó.

—¿Cómo?

—Me estoy volviendo viejo y no tengo a nadie. En mi oficina hay montones de asuntos que arreglar... Quédate aquí y arréglos tú. Te harás rico.

—No, no, gracias —dijo firmemente John—. Yo pertenezco al Este. Además, nunca podría persuadir a Agatha para que viniera aquí.

—¿Agatha?

—Agatha Parker, la joven con quien estoy prometido... de cierta manera. Hemos sido amigos durante muchos años. Creo que será mejor que me quede en donde he nacido.

Roger mostróse decepcionado.

—Estoy seguro de que ninguna mujer con ese nombre querrá venir aquí. Aunque una mujer como es debido iría con su amor hasta el sitio donde éste fuera, por lejano que estuviese. Pero no importa...

Roger miró fijamente a John Quincy y luego continuó:

—Debo de haberme equivocado al juzgarte.

El joven sintió una súbita irritación.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Antiguamente, los Winterslip estaban hechos de madera de aventureros. No se mantenían agarrados a la civilización. Una mañana se levantaban y, con paso tranquilo, se perdían en el horizonte. Vivían la vida. Pero tú perteneces a otra época.

No puedes comprender.

—¿Por qué no?

—Porque, para ti, el mismo camino ha sido siempre agradable. Nunca has conocido una emoción. ¿Te has olvidado alguna vez de irte a la cama por cualquier tontería? Por ejemplo: porque eras joven y la luna brillaba sobre el mar. ¿Has mentido alguna vez como un caballero para proteger a una dama, sin importarte las consecuencias? ¿Has hecho el amor a alguna mujer de vida sospechosa?

—Claro que no —replicó, altivamente, John Quincy.

—¿Has recorrido los barrios bajos de alguna ciudad desconocida? ¿Te has peleado con algún marino de la vieja escuela, cuyos puños parecían martillos animados? ¿Has cazado a algún hombre, y, una vez cazado, has luchado con él a puñetazo limpio? ¿Has...?

—El personaje que está usted describiendo tiene muy poco de admirable —interrumpió John.

—Es probable que así sea —asintió Roger—. Y sin embargo, esos son incidentes de mi pasado, muchacho. —Miró tristemente a John—. Sí, debo de haberme equivocado, eres un puritano redivivo.

John Quincy no se dignó replicar. En los ojos del viejo brillaba una extraña luz. ¿Se estaría Tiendo de él? Lo parecía, y el joven resintióse de ello.

Pero, en el teatro, la revista le hizo olvidar su disgusto; y cuando a las once salieron del espectáculo, los dos primos eran los mejores amigos del mundo. Al subir en el auto de Roger éste dio al chofer una dirección de Russian Hill.

—Es la casa de Dan en San Francisco —explicó mientras subía detrás de John—. Cada año viene a pasar aquí un par de meses, y para ello se compró una casa. Tiene mucho más dinero que yo.

—¡Oh! —exclamó John—. ¿Es esa la aventura que me prometió usted? Roger asintió.

—Sí. —Y, tras de encender la luz del coche, sacó un sobre del bolsillo—. Lee esta carta. Me la entregó hace dos días el segundo oficial del «President Tyler».

John Quincy tomó una hoja de papel de dentro del sobre. La misiva parecía escrita nerviosamente.

«Querido Roger: (leyó).

»Podéis hacerme un gran servicio, tú y ese joven que llegará de Boston.

»Ante todo saluda a John Quincy y dile que mientras permanezca en Hawai considere mi casa como suya. Será para mí un verdadero placer tenerlo como huésped.

»El favor es el siguiente: Tú tienes una llave de Russian Hill. Ve allí; es preferible que lo hagas de noche, cuando no esté el mayordomo. La luz está cortada, pero encontrarás velas en la despensa. En el último piso, en el desván, hay un viejo baúl de camarote. Seguramente estará cerrado. Si es así,

rompe la cerradura. En el fondo del baúl encontrarás un viejo cofrecito de ébano y cobre. Lleva las iniciales T. M. B.

»Envuélvelo y llévatelo; no pesa mucho. Dile a John Quincy que lo esconda en su equipaje y que, una noche, cuando esté en alta mar, lo tire por la borda. Encárgale que se asegure bien de que nadie le ve hacerlo... Esto es todo. En cuanto tengas el cofrecito envíame un cable cifrado y John tan pronto como se haya deshecho del mismo que lo comunique por radio. Entonces dormiré mucho mejor.

»No digas ni una palabra a nadie. Roger.

»A veces es necesario enterrar profundamente el pasado.

»Te saluda tu primo,

Dan».

Solemnemente, John Quincy devolvió la carta a Roger. Éste la rasgó en menudos fragmentos, que tiró por la ventanilla del auto.

—¿Qué le parece a usted eso? —preguntó el joven.

—Pues si podemos hacer algo para que el pobre Dan duerma mejor, debemos hacerlo —replicó, sonriente—. ¿No te parece?

—Sí, claro —asintió John.

Habían llegado a la cima de Russian Hill y se deslizaban por una solitaria avenida, bordeada de imponentes mansiones. Roger inclinóse hacia delante.

—Siga hasta la esquina —ordenó al chofer—. Retrocederemos a pie —explicó a su compañero—. Si dejásemos el auto frente al edificio, despertaríamos la curiosidad de los vecinos.

John Quincy no dijo nada. Al llegar a la esquina bajaron del coche y retrocedieron hasta la casa de Dan. Roger miró atentamente a su alrededor y, una vez convencido de que nadie le veía, subió con sorprendente rapidez la escalera.

—Vamos —dijo, en voz baja.

Cuando estuvo ante la puerta, Roger la abrió con un llavín que sacó del bolsillo y los dos hombres entraron en el oscuro vestíbulo. Una sombra más intensa indicaba la presencia de una amplia escalinata. De trecho en trecho, algún mueble, cubierto con su funda blanca, ponía una nota fantasmal en las tinieblas. Roger sacó una caja de cerillas.

—Quería traer una linterna, eléctrica, pero me he olvidado. Espérame aquí, voy a la despensa, a ver si encuentro las velas.

El anciano desapareció en la oscuridad. Al quedarse solo, John Quincy avanzó con cautela unos pasos. Se dispuso a sentarse en un sillón, pero de pronto le pareció que sería como sentarse en el regazo de un fantasma. Por lo tanto prefirió permanecer de pie en medio del vestíbulo.

Al cabo de una eternidad volvió Roger con dos velas encendidas. Una para cada uno, dijo. John Quincy cogió la suya y la levantó sobre su cabeza. La amarillenta y

vacilante llama no hizo más que acentuar las sombras.

Roger pasó delante, ascendiendo por la amplia escalinata y luego por un tramo estrecho. Al pie de otro tramo, en el segundo piso, se detuvo.

—Ya hemos llegado —dijo—. Por aquí se sube al desván. Iré a buscar una palanqueta para forzar el baúl. Entretanto tú puedes ir arriba. Me reuniré contigo dentro de unos minutos.

—Muy bien.

De nuevo Roger se separó de John Quincy. Éste dudó. Aquello de hallarse a medianoche en una casa desierta era para hacer vacilar el corazón del más fuerte. ¡Pero no, todo eran tonterías! Sonrió para animarse y emprendió la ascensión. Al llegar al desván se detuvo. ¡Tinieblas por todos lados! Es curioso como crujen las maderas de los desvanes, aunque nadie las pise. En aquel momento, detrás del joven, una de ellas dejó oír un ligero quejido.

En el momento en que John iba a volverse, una mano le arrancó la vela de las manos, y la tiró al suelo, donde se apagó.

—¿Quién anda ahí? —preguntó, alarmado, el muchacho.

Un débil rayo de luna iluminaba una de las ventanas del desván. De pronto, entre aquella luz y John apareció la sombra de un cuerpo humano. Algo indicó al joven que debía prevenirse, pero antes de que pudiese poner en práctica la indicación, un fuerte puño le golpeó de Heno en el rostro. John Quincy Winterslip, de Boston, desplomóse sobre el polvo de un ático de San Francisco y, después de contemplar todo el sistema planetario, oyó que alguien bajaba presuroso por la escalera.

Irritado se puso en pío y empezó a sacudirse el polvo que llenaba su «smoking», orgullo de su sastre. En aquel instante llegó Roger.

—¿Qué pasa? —preguntó sin aliento—. Alguien ha bajado por la escalera de servicio. ¿Quién era?

—¿Cómo quiere que lo sepa? —replicó, con excusable acritud, John Quincy—. Se marchó sin presentarse. —Le dolía la mejilla y se llevó a ella el pañuelo, retirándolo manchado de sangre—. Llevaba un anillo —refunfuñó.

—Te pegó, ¿eh?

—Sí, creo que sí.

—¡Mira! —exclamó, de pronto, Roger—. ¡Ha sido forzada la cerradura del baúl! —Inclinóse para investigar y, al cabo de unos segundos, exclamó—: ¡Ha desaparecido la caja! ¡Pobre Dan!

John Quincy continuó sacudiéndose la ropa. Para recibir un puñetazo, el primo de Dan podía haber enviado a otro.

Roger siguió buscando.

—Es inútil —anunció—. No cabe duda que el cofre ha desaparecido. Bajemos para ver si se puede descubrir algo. Recoge tu vela.

John Quincy cogió la vela y la volvió a encender. Silenciosamente, los dos hombres bajaron hasta la cocina. La puerta estaba abierta.

—Salió por aquí —indicó Roger. Después, señalando una ventana con un cristal roto, añadió—: Por ahí entró.

—¿Llamemos a la Policía? —sugirió John.

Roger miróle, sobresaltado.

—¿La Policía? ¡Nada de eso! ¿Dónde está tu discreción, muchacho? Este asunto no interesa a la Policía. Mañana haré colocar un cristal nuevo en la ventana. Volvamos a casa; hemos fracasado.

El velado reproche que encerraban estas palabras irritó al joven. Dejaron las velas encima de una mesa del vestíbulo y salieron a la calle.

—Bien, tendré que cablegrafiar a Dan —murmuró Roger, mientras se dirigían al auto—. Me temo que la noticia le cause una impresión terrible. No creo que, cuando llegues, te mire con muy buenos ojos.

—Puedo pasar perfectamente sin su afecto.

—Si por lo menos hubieras podido entretener a tu atacante hasta que yo hubiera llegado...

—Me cogió por sorpresa —refunfuñó John—. ¿Cómo diablos iba a saber que encontraría a un peso fuerte en el desván? Se precipitó sobre mí, protegido por la oscuridad. MI fuerza es muy...

—No te enfades, muchacho.

—Comprendo mi error —continuó John—. Debí haberme entrenado para este viaje. Hubiera tenido que frecuentar un gimnasio. Pero no se preocupe. El próximo tipo que me ataque será recibido de muy distinta manera. Tomaré lecciones de boxeo. Cuando vuelva a casa seré algo muy diferente.

Roger echóse a reír.

—Tienes un corte en la mejilla —hizo notar—. Será mejor que nos detengamos en una farmacia para que te pongan un parche.

Un solícito farmacéutico curó al joven con yodo, algodón y esparadrapo. El regreso a Nob Hill se hizo en medio de una conversación bastante animada.

Apenas entraron en casa de Roger, un torbellino cubierto con un elegante traje se precipitó sobre ellos.

—¡Bárbara! —exclamó Roger—. ¿De dónde sales?

—¡Hola, vejete! —rió la muchacha, besándole—. He venido en automóvil desde Burlingame. Pasaré la noche contigo. Salgo mañana en el «President Tyler». Este señor es John Quincy, ¿verdad?

—Tu primo John —sonrió Roger—. También se merece un beso. Ha tenido un tropiezo muy desagradable esta noche.

La joven corrió hasta el indefenso muchacho. De nuevo se encontró John desprevenido, y esta vez fue la otra mejilla la atacada, aunque no desagradablemente.

—Es un beso de bienvenida —rió Bárbara. Era una joven rubia y delgada. John Quincy se dijo que nunca había visto tanta vitalidad encerrada en un cuerpo tan frágil—. Tengo entendido que también vas a las islas, ¿no?

—Mañana, en su mismo barco —replicó el joven. Le costaba trabajo tutear a su prima.

—¡Magnífico! ¿Cuándo has llegado?

—Esta mañana —explicó Roger.

—¿Y ya has tenido un tropiezo? ¡Qué suerte que yo haya venido! ¿Dónde nos llevarás, Roger?

John Quincy la miró, asombrado. ¿Llevarles? ¿A aquella hora?

—Yo subiré a acostarme —murmuró.

—¡Pero, si no son más que las doce! —exclamó Bárbara—. ¡Hay un sinfín de sitios abiertos! Tú bailas, ¿verdad? Ven conmigo y te enseñaré el verdadero San Francisco. Roger es un vejete adorable y por ello le dejaremos pagar las cuentas.

—Bi...bien —tartamudeó John. Le dolía la mejilla y pensaba con añoranza en aquella cama dispuesta arriba. ¡Qué lugar aquel Oeste!

—¡Vamos! —exclamó Bárbara, entonando una canción de moda. Era todo nervio y vida. Una muchacha muy agradable. John Quincy cogió el sombrero.

El chofer de Roger había descendido del auto para inspeccionar un momento el motor. Al ver lo que se le venía encima, su rostro reveló claramente sus pensamientos, pero era ya demasiado tarde para escapar.

—¿Adónde, Bárbara? —preguntó Roger—. ¿Al Tait?

—No, acabo de salir de allí.

—¡Cómo! Creí que habías llegado de Burlinghame.

—Sí, llegué a las cinco. Desde esa hora he andado bastante. ¿Qué te parece si le hiciéramos probar un poco de *Chop-suey* a este ejemplar de Boston?

¡Dios Santo! —pensó John Quincy—. ¿Había algo en el mundo que él deseara menos? No importaba, Bárbara le llevó a ver a los chinos.

No le hicieron mucha gracia los platos orientales, ni los mejicanos, cuyo restaurante visitaron luego. Después sintió una enorme antipatía hacia Italia, Y hasta hacia Francia. Pero se vio obligado a luchar en aquel combate internacional y a poner en juego la fortaleza de su estómago comiendo los más variados guisos y bailando kilómetros y más kilómetros con la grácil Bárbara entre los brazos. Tras de tomar unos huevos al plato en un restaurante llamado «Pete's Fashion», la joven consintió en dar por terminada la velada.

Cuando entraron en casa de Roger, el gran reloj del vestíbulo daba las tres. Bárbara permanecía tan vivaz como al salir. John Quincy hacía esfuerzos para disimular los bostezos.

—Es una lástima volver tan pronto a casa —refunfuñó la joven—. Pero, en fin, en el barco supongo que se celebrarán un par de fiestas. Y, ahora que recuerdo, ¿qué le ha pasado a esa mejilla tuya, John?

—Pues... pues... —Por encima de los hombros de su prima vio a Roger, que movía negativamente la cabeza—. Pues es la primera caricia del Oeste —contestó, tocándose la herida—. Buenas noches. He tenido un día atareado. —Y,

despidiéndose, marchó a su habitación.

Una vez en ella, permaneció varios minutos ante la ventana, contemplando las interminables hileras de faroles que alumbraban las calles de la asombrosa ciudad. Estaba algo desconcertado. Aquel suave y cálido cuerpo adivinado bajo el leve vestido, allá en el auto... Agradable, muy agradable. Eran muy notables las mujeres de aquella parte de los Estados Unidos. ¡Muy diferentes!

A lo lejos brillaban las luces del puerto. ¡Qué ojos más hermosos los de aquella otra joven que se había reído de su sombrerera! Volvió a abrir la boca. Era necesario ir con cuidado. No debía dejarse dominar tan fácilmente, pues quién sabe dónde terminaría.

IV. Un amigo de Tim

Era otra de aquellas mañanas en que «quizá la niebla no viniese». Roger y sus invitados estaban de nuevo en el auto. A John Quincy le pareció que lo había dejado minutos antes. Lo mismo debía de parecerle al chofer, quien con los ojos cargados de sueño, les conducía hacia el muelle.

—A propósito, John —dijo Roger—. Antes de subir a bordo tendrás que cambiar el dinero.

El joven abandonó sus sueños.

—¡Oh, sí, sí, claro! —replicó.

—¿Por qué clase de moneda quieres cambiarlo?

—Pues... —John Quincy se interrumpió—. ¡Pero yo siempre había creído que...!

—No hagas caso —rió Bárbara—. Se está burlando de ti. —Estaba fresca y alegre como si se hubiera acostado a las diez de la noche—. Sólo una persona entre mil sabe en los Estados Unidos que Hawai forma parte de la Nación, y eso nos molesta mucho a los isleños. Roger está tratando de ponerte a mal conmigo, incluyéndote entre esos novecientos noventa y nueve norteamericanos.

—Estuvo a punto de caer —rió Roger.

—No digas tonterías. John Quincy es demasiado inteligente. No es como aquel diputado que escribió una carta al «Cónsul norteamericano en Honolulu».

—¿Hizo alguien eso? —preguntó John.

—¡Ya lo creo! Ante tal muestra de instrucción estuvimos a punto de declararnos independientes. Después, un senador que nos visitó, empezó un discurso diciendo: «Cuando vuelva a mi país...». Uno de los que le escuchaban le interrumpió: «¡Ya estás en él, mamarracho!». No fue una frase muy elegante, pero expresó a la perfección el pensamiento de todos los reunidos.

—No les critico —dijo John—. Tendré cuidado al hablar.

Habían llegado al *Embarcadero*, y el auto se detuvo ante uno de los muelles... El chofer se puso a bajar los equipajes. Roger y John se hicieron cargo de ellos, dirigiéndose hacia la pasadera.

—Vete a tu oficina que llegarás tarde, Roger —dijo Bárbara.

En medio de la confusión del puente un grupo de muchachas se precipitó sobre Bárbara. Eran unas jóvenes muy guapas y llenas de vida; un excelente producto de California. John Quincy se enteró con cierto pesar que sólo habían ido al barco para despedir á su prima. En aquel momento un hombretón vestido de blanco se abrió paso entre la gente.

—¡Hola, chiquilla! —saludó a Bárbara.

—¡Hola, Harry! Ya conoces a Roger, ¿verdad? John Quincy Winterslip, te presento a un viejo amigo mío, Harry Jennison.

Jennison era muy atractivo, bronceado por el sol del trópico, de cabello rubio y ondulado y burlones ojos grises. Además era el tipo de hombre que a las mujeres les

gusta mirar dos veces. John sintióse desplazado inmediatamente de los ojos de las amigas de Bárbara.

Jennison le estrechó fuertemente la mano.

—¿Usted también embarca, señor Winterslip? —preguntó—. ¡Magnífico! A ver si entre los dos distraemos a esta mujercita.

Sonó la llamada de aviso para que desembarcaran los que no debieran quedarse en el buque, y la confusión aumentó. Por el puente apareció una menuda viejecita, seguida de una criada china.

—¡Esto sí que es suerte! —exclamó Roger—. Un momento, por favor, señora Maynard. Deseo presentarle un primo de Boston. Lo dejo en sus manos. No hubiera podido encontrarle mejor guía, filósofo y amigo.

La vieja miró fijamente a John.

—Otro Winterslip, ¿eh? —dijo—. Hawai está llena de ellos, ahora. Bien, cuantos más seamos más reiremos. Conozco a su tía, joven.

—No te apartes de sus faldas, John —encargó Roger.

La mujer movió la cabeza.

—Tengo ya un millón de años —protestó—. Los muchachos no quieren saber nada de mí. Las prefieren jóvenes. Sin embargo, prometo no perderle de vista. Bueno, Roger, déjate caer por casa cualquier día. —Y la vieja se apartó de los dos primos.

—Es un alma muy grande —dijo Roger—. Te será muy simpática. Es hija de un misionero, y su palabra es ley en las islas.

—¿Quién es Jennison? —preguntó John.

—¿Quién, ése? —y Roger dirigió una mirada a donde Jennison se encontraba rodeado de un grupo de admiradoras—. Es el abogado de Dan. Uno de los más importantes personajes de Honolulu. Podría, llamarse John J. Adonis, ¿no? —Un oficial empezó a empujar hacia la pasadera a los retrasados—. Me tengo que marchar, muchacho. Feliz viaje. Cuando vuelvas a tu casa quédate unos días en San Francisco, para que pueda convencerte sobre mi oferta.

—Ha sido usted muy amable —rió el joven.

—Nada de eso. —Roger estrechó calurosamente la mano de su primo—. Ten mucho cuidado en Hawai. Aquello se parece demasiado al Cielo para que uno pueda estar seguro allí. Hasta —la vista, muchacho, hasta la vista.

El bostoniano acercóse a la barandilla. Centenares de voces recomendaban cuidado, hacían promesas y lanzaban adioses. Con aquel espíritu festivo, tan extraño para John, los de tierra tiraban a los del barco confeti y serpentinas. Éstas se hicieron numerosísimas, hasta formar un puente multicolor, el último y frágil lazo que unía el barco a tierra. La pasadera fue retirada, y, lentamente, el *President Tyler* apartóse del muelle. En la última cubierta una orquesta tocaba el *Aloha-oe*, la más dulce y melancólica canción de adiós, jamás escrita. Con profundo asombro, John Quincy notó que en la garganta se le formaba un extraño nudo.

El frágil nudo de colores se estaba rompiendo. Una delgada y venosa mano agitó

un pañuelo junto a John Quincy. Era la señora Maynard; en sus ojos brillaban las lágrimas.

—¡Soy una verdadera idiota! —murmuró la anciana—. Ciento veintiocho veces he abandonado San Francisco, llevo un diario para no perder la cuenta, y siempre he llorado. ¿Por qué? No lo sé.

El buque había llegado ya bastante adentro de la bahía. Bárbara se acercó, seguida de Jennison. Los ojos de la muchacha estaban también húmedos.

—Nosotros, los isleños somos unos seres muy sentimentales —murmuró la vieja, rodeando con, un brazo la cintura de Bárbara—. Aquí tiene otra. —Y las dos hawaianas se alejaron por el puente. Jennison se detuvo junto a John Quincy. Sus ojos estaban completamente secos.

—¿Es su primer viaje a las islas? —preguntó.

—Sí.

—Espero que le seremos simpáticos. Aquello no es Massachussetts, desde luego, pero haremos lo humanamente posible para que se encuentre como en su casa. A todos los forasteros los tratamos muy bien.

—Estoy seguro de que disfrutaré mucho —dijo John Quincy. Pero se sentía algo deprimido. Estaba a tres mil millas de Beacon Street y continuaba alejándose más. Agitó la mano hacia el muelle, suponiendo que entre la gente allí reunida estaría Roger, y dirigióse a su camarote.

En él le comunicaron que iba a compartirlo con dos misioneros. Uno era alto, viejo, de aspecto fúnebre y cara de limón, un honorable veterano de las luchas misionales; se llamaba Upton. El otro era un muchacho de aspecto muy sano y cuyo martirio estaba aún por estrenar. John Quincy propuso que se sorteasen las literas, pero hasta esa clase de juego pareció disgustar a aquellos emisarios de la Iglesia.

—Ustedes, los jóvenes, duerman en las literas, yo ocuparé la cama adicional. Mi sueño ya no es muy bueno. —Esto lo dijo con el tono de voz, apropiado a un mártir.

Cortésmente, John Quincy se opuso a tal cosa. Tras mucho discutir llegóse a la solución de que él ocuparía la litera superior, el viejo la inferior y más cómoda y el otro misionero la cama. El reverendo Upton parecía profundamente decepcionado. Había interpretado tantas veces el papel de mártir, que le molestaba ver a otro en su puesto.

El Pacífico estaba revuelto y agitaba el enorme barco como si fuera una cáscara de nuez. John decidió ahorrarse el trabajo de comer y pasó la tarde leyendo en su litera. Al llegar la noche encontróse mucho mejor y, bajo las atentas y desaprobadoras miradas de los dos misioneros, se vistió cuidadosamente para la cena.

Por ser un Winterslip había sido invitado a sentarse a la mesa del capitán. En ella encontró a la señora Maynard, sentada a la derecha del anfitrión, y a Bárbara a la izquierda del mismo. Jennison sentábase al lado de Bárbara. Por muy extraño que pareciese, en las islas había también aristocracia.

La señora Maynard hablaba animadamente de sus numerosos viajes por aquella

línea. De pronto volvióse hacia Bárbara y le preguntó:

—¿Cómo no has tomado pasaje en el barco del colegio?

—Estaba completamente lleno —explicó Bárbara.

—Mentira —replicó la franca señora—. Podías haber embarcado en él. Pero... —miró significativamente a Jennison—, también este barco tiene sus atractivos...

La joven enrojeció ligeramente y no dijo nada.

—¿Qué es el barco del colegio? —preguntó John.

—Son tantos los hijos de Hawai que se trasladan a los Estados Unidos para estudiar en sus universidades —explicó la anciana—, que por esta época, todos los años, al regresar a las islas, ellos solos llenan un barco. Por eso le llamamos el barco del colegio. Este año ha sido el *Matsonia*. Hoy al mediodía ha salido de San Francisco.

—Tengo unos cuantos amigos a bordo y me gustaría llegar antes que ellos a Honolulu. ¿Podrá ser, capitán? —preguntó Bárbara.

—Depende —replicó cautamente el oficial.

—La llegada está fijada para el martes por la mañana —insistió la joven—. ¿No podría desembarcarnos la noche antes? Me haría un favor muy grande.

—Cuando me mira así, señorita, sólo puedo decirle que haré un esfuerzo supremo. Tengo tantos deseos como usted de llegar el lunes a puerto; eso me permitiría salir más pronto hacia Oriente.

—Entonces queda convenido.

—Queda convenido que lo procuraré —advirtió el capitán—. Hay que tener en cuenta la posibilidad de que lleguemos a Honolulu después de la puesta de sol y, por lo tanto, nos veamos obligados a aguardar fuera de puerto hasta que amanezca. Eso sería una tortura para usted.

—Prefiero correr ese albur —sonrió Bárbara—. ¿No sería delicioso que papá me viera aparecer ante sus ojos el lunes por la noche?

—Señorita —sonrió el capitán—, cualquier hombre consideraría delicioso verla ante él.

Lo que el capitán decía era una gran verdad. Así lo pensó John Quincy. Hasta aquel momento sus relaciones con las distintas jóvenes que conociera distaron mucho de ser de índole romántica; estaba acostumbrado a tratarlas como compañeras de tenis, de golf o de bridge. Bárbara exigía una clasificación diferente. En sus azules ojos veíase brillar una llama que obligaba a mirarlos; y en todo cuanto hacía o decía se notaba el eterno femenino. John Quincy Winterslip no era precisamente de palo. Por eso sintió una gran satisfacción cuando, al terminar la cena, la muchacha le acompañó fuera del comedor.

Salieron al puente y acodáronse en la barandilla. Había caído la noche, la luna no brillaba en el cielo y a John le pareció que el Pacífico era el más negro y desagradable de los océanos. Durante unos instantes permaneció abismado en su contemplación.

—¿Sientes ya añoranza? —le preguntó Bárbara. Una de las manos del joven

permanecía apoyada en la barandilla. Ella la cubrió con la suya.

—Me sucede una cosa muy rara —murmuró John—. He estado infinidad de veces en el extranjero, pero nunca he sentido lo que siento ahora. Cuando, esta mañana, el barco salió de San Francisco, estuve a punto de llorar.

—No es tan raro. El mundo que vas a ver es muy distinto del que tú conoces. No se trata de Boston, John, ni de ningún otro lugar de vieja civilización. No es un sitio donde impere el cerebro. Allí domina el corazón. Los seres que uno quiere hacen las cosas sorprendentes e irrazonables sólo porque sus cerebros están adormecidos y sus corazones laten más aprisa que de costumbre. Recuerda bien esto, John; recuérdalo.

En la voz de la joven vibraba una extraña y anhelante nota. De pronto, a su lado, apareció la alta figura de Harry Jennison.

—¿Vienes a dar una vuelta, Bárbara?

Por un momento la joven no contestó. Al fin, moviendo afirmativamente la cabeza, dijo:

—Sí. —Y al alejarse, añadió por encima del hombro, dirigiéndose a su primo—: ¡Anímate, John!

El joven la vio alejarse con cierto disgusto. Podía haberse quedado un poco más con él, para animar su tristeza. Aunque sin duda era más agradable caminar al lado del elegante Jennison.

Al cabo de un rato de permanecer solo en cubierta, dirigióse al fumadero. Estaba desierto, pero en una de las mesas encontró un número del *Boston Transcript*. Encantado lo cogió como Robinsón Crusoe hubiera cogido un periódico de su país.

El ejemplar era de diez días atrás, pero no importaba. En seguida lo abrió por la página de las noticias financieras. Allí estaba, como el rostro de un amigo muy querido, la lista de las operaciones de Bolsa. Pero a poco fue desinteresándose de la lectura. Todo aquello no tenía nada que ver con su actual situación. En aquellas islas a las cuales se dirigía, la Bolsa estaba desplazada.

Disgustado, dejó el periódico sobre la mesa. En aquel preciso momento entró en el fumadero el reverendo Upton.

—Olvidé aquí mi periódico —dijo—. ¡Ah! ¿Quería usted mirarlo?

—Muchas gracias, ya lo he hojeado. Una de las huesudas manos del misionero apoderóse amorosamente del diario.

—Siempre que puedo compro un número del *Transcribí* —explicó—. Me hace recordar. Yo nací en Salem, hace más de setenta años.

John Quincy miró atentamente a su vecino.

—¿Ha estado mucho tiempo fuera de allí? —preguntó.

—He pasado más de cincuenta años en el extranjero. Fui uno de los primeros en visitar los mares del Sur. Luego me trasladaron a China —John le miró con renovado interés—. Y a propósito —continuó el reverendo— hace tiempo conocí a otro, caballero llamado Winterslip; Daniel Winterslip.

—¿De veras? Es primo mío. Precisamente voy a Honolulu a visitarle.

—He oído decir que había vuelto a Hawai y que sus negocios fueron viento en popa. Le conocí a finales del siglo pasado, en una isla del archipiélago de Gilbert. Fue en ocasión de un suceso que tuvo gran importancia en su vida; nunca lo he olvidado. —John esperó poderse enterar de algo más, pero el viejo misionero se dispuso a salir—. Voy a leer el *Transcript* —sonrió—. La vida religiosa está muy bien tratada en él.

El joven se puso en pie, lentamente salió del salón. El espectáculo que se ofreció a sus ojos era bastante desanimado. El choque de las olas contra los férreos costados de la nave, algunas, vagas figuras que se movían entre la niebla y, de cuando, en cuando, un oficial que pasaba corriendo a cumplir alguna orden. Su camarote daba al puente y John Quincy dejóse caer en una silla de lona, junto a la puerta.

A lo lejos vio al camarero encargado de su cabina. Estaba terminando el trabajo nocturno; llenaba de agua las botellas, cambiaba alguna toalla y arreglaba todo cuanto era necesario.

—Buenas noches, señor —dijo al entrar en el camarote del joven. A los pocos momentos salió, quedándose de pie en el umbral.

—¿Necesita algo más, señor Winterslip? —inquirió.

—Nada más, Bowker.

—Perfectamente, señor. —Bowker apagó la luz del camarote y salió al puente—. Para mí es un gran placer estar a las órdenes de usted, señor. En la lista de pasajeros he visto el nombre de su ciudad. Yo también soy de Boston.

—¿De veras? —preguntó cordialmente John Quincy. No cabía la menor duda de que el Pacífico era un suburbio de Boston.

—No nací allí —continuó el hombre—. Pero trabajé como periodista durante más de diez años. Fue poco después de salir de la universidad.

—¿Harvard? —preguntó John, con la mirada perdida en las tinieblas.

—Dublín. —El camarero rió, un poco embarazado—. Aunque mi actual profesión no parezca demostrarlo, pertenezco al curso de 1901 de la Universidad de Dublín. Después de eso siguieron diez años de trabajo en Boston en la *Gazette*. Fui reportero y unas cuantas cosas más. Tal vez nos encontramos en algún sitio... Quizá en el bar Adams...

—Es muy posible —convino John—. ¿Se cruza uno con tanta gente!

—Tiene usted razón, señor. —Bowker reclinóse en la barandilla y su mirada se perdió en su pasado, en busca de recuerdos—. ¿Qué tiempos aquéllos, señor! Era la época de los buenos periodistas. Aún no se había estandarizado el oficio. La *Gazette* se redactaba en un lugar llamado Arch Inn. El director del periódico era un periodista de corazón. Cuando le llevábamos un buen reportaje nos convidaba a un cóctel.

John Quincy rió divertido.

—Eran días felices —siguió el graduado en Dublín, lanzando un suspiro—. Conocía todos los bares de la ciudad. ¿Estuvo usted alguna vez en un tabuco situado detrás del teatro Tremont?

—¿En casa de Tim? —preguntó John Quincy, recordando un incidente de sus días de estudiante.

—¡El mismo! ¡Ahora habla usted! Muchas veces me he preguntado qué habrá sido de Tim. También visitaba muy a menudo el Boylston. Pero seguramente todos esos lugares ya no existirán. Un antiguo amigo, a quien encontré en San Francisco, me dijo que partía el alma ver los espejos de Beantown llenos de telarañas. Todo se ha ido al diablo, lo mismo que mi oficio. Los periódicos se unen unos a otros. Conservan sólo a sus mejores redactores, echando a la calle a un sinfín de hombres de verdad, que recorren el mundo pensando en los viejos tiempos y empleándose acaso en trabajos como el mío. —Calló durante unos segundos—. Bien, señor; si puedo hacer algo por un viejo amigo de Tim...

—No vacilaría en pedírselo —sonrió el joven.

Bowker alejóse de mala gana por el puente. John Quincy volvió a quedarse solo. Una pareja pasó junto a él, muy unida, y hablando en voz baja. Pudo reconocer a Jennison y a su prima. «A ver si entre los dos entretenemos a esta mujercita», había dicho el abogado. John se dijo que su parte en el entretenimiento prometía ser muy reducida.

V. La sangre de los Winterslip

Los días siguientes le dieron la razón. Apenas pasaba un momento a solas con Bárbara y, cuando lo conseguía, el abogado no tardaba en convertir en terceto el dúo. Al principio el joven se irritaba, pero al fin llegó a no darle importancia.

Una gran calma había caído sobre las aguas y sobre su alma. El Pacífico era una enorme placa de cristal, de un azul que iba intensificándose a medida que pasaban las horas. A John parecía flotar en el espacio, en un lugar donde nunca podía ocurrir nada. Los días tranquilos daban paso a las noches serenas. Un poco de paseo, otro poco de charla... ésta era su vida.

A veces John Quincy hablaba un rato con la señora Maynard, en el puente. Ella, que tan bien conocía las islas, contaba deliciosas historias del tiempo de la monarquía y de las misiones. El joven apreciábala enormemente. A pesar de los años pasados en el paraíso hawaiano, el corazón de la anciana seguía perteneciendo a Nueva Inglaterra.

Bowker también resultaba un excelente compañero. Era un hombre muy educado. No había tema del que no supiera hablar convenientemente. John guardaba en su maleta numerosos libros que cogió con el ánimo de leerlos durante el viaje. Pero quien los leyó fue Bowker, no John Quincy Winterslip.

A medida que pasaba el tiempo volvíase el aire más cálido y pesado. Las máquinas hacían todo lo posible por complacer a Bárbara y el capitán era optimista respecto a llegar a puerto el lunes «por la noche. Pero en la tarde del domingo descargó sobre ellos una súbita y terrible tempestad que jugueteó con el buque hasta el amanecer. Cuando el lunes al mediodía apareció el capitán en el comedor, agotado por una noche entera pasada en el puente, movió la cabeza.

—Hemos perdido, señorita Winterslip —dijo—. No se podrá llegar a Honolulu antes de media noche.

Bárbara frunció ligeramente el entrecejo.

—Los barcos zarpan a cualquier hora —dijo—. Podríamos enviar un radiograma para que nos esperasen...

—Es inútil, señorita. Los empleados de Sanidad tienen sus horas de trabajo. No se puede entrar en el puerto hasta las seis de la mañana, hora en que oficialmente sale el sol. Lo que sí le aseguro es que entraremos antes que el *Matsonia*.

—A pesar de todo es usted muy simpático —sonrió la joven—. Esa maldita tormenta no fue culpa suya. En fin, esta noche ahogaremos nuestro mal humor en una fiesta bien alegre. Organizar remos un baile de disfraces. —Volvióse hacia Jennison y continuó—: Tengo un traje de María Antonieta que es una maravilla. Lo estrené en el colegio. ¿Qué te parece, Harry?

—¡Magnífico! —contestó Jennison—. Cada uno de nosotros tendrá que ingeniárselas para encontrar un disfraz, pero lo conseguiremos.

Bárbara corrió a comunicar la noticia a los demás pasajeros. Aquella noche,

después de la cena, apareció convertida en una damita del Trianón, ansiosa de bailar. Jennison habíase puesto un traje de pirata que contrastaba con la fragilidad de su compañera. Los demás pasajeros vestían los más raros disfraces.

John Quincy gozó muy poco de la alegría general, pues su espíritu puritano no encontraba de su gusto aquellas diversiones. Poco después de las once dirigióse al salón principal del barco, donde encontró sola a la señora Maynard.

—Buenas noches, amiguito —le saludó la anciana—. ¿Viene a hacerme compañía? He jurado no acostarme hasta ver la luz de Diamond Head.

—Me quedo con usted —sonrió John Quincy.

—Pero tiene que ir a bailar, muchacho. ¿Por qué no va disfrazado?

John Quincy buscó una explicación.

—Un hombre no puede hacer el loco delante de un sin fin de desconocidos.

—Comprendo —murmuró la dama—. Pero no deja de ser extraño.

Bárbara entró alborozadamente en el salón.

—Harry ha ido por algo de beber —dijo sin aliento. Sentóse junto a la señora Maynard—. La he estado buscando por todo el barco, abuelita. Hace la mar de años que no ha leído en la palma de mi mano. —Se volvió hacia John y continuó—: Es algo maravilloso... Puede adivinar todo tu porvenir.

La anciana negó con la cabeza.

—Ya no leo el futuro de nadie —dijo—. Lo he dejado. Al hacerme vieja he visto lo torito que es descubrir el futuro de los demás.

—Por favor —suplicó Bárbara.

La señora Maynard cedió ante la súplica de la muchacha y cogiendo entre las suyas una de las delicadas manos, la miró un instante. A John Quincy le pareció que el rostro de la anciana se ensombrecía momentáneamente. De nuevo movió la cabeza.

—Es preferible que vayas a divertirte, chiquilla. Vale más que goces del presente sin preocuparte de lo que hay tras la cortina. Es mucho mejor. Sigue el consejo de una vieja que conoce el mundo.

Harry Jennison apareció en la puerta.

—¡Ah! ¿Estás aquí? —dijo, dirigiéndose a Bárbara—. En el fumadero te espera un cóctel.

—Pues vamos a buscarlo —replicó la muchacha; y se fue tras de su acompañante. La señora Maynard la siguió con la vista.

—¡Pobre Bárbara! —murmuró—. La vida de su madre no fue muy feliz...

—Ha visto usted algo en su mano, ¿verdad? —sugirió John.

—A todos nos reserva algo malo el futuro —contestó la anciana—. Ahora salgamos al puente. Pronto será media noche.

Subieron a cubierta. A lo lejos, semejante a una estrella, brillaba una luz. Por fin tenían tierra a la vista.

—¿Diamond Head? —preguntó John.

—No, es el faro de Makapuu. Doblaremos la punta de Koko antes de poder ver

Honolulu. —La señora Maynard permaneció callada unos instantes y después continuó—: Pero esto es ya el hogar. Una tierra muy dulce, muchacho. A veces pienso que demasiado dulce. Espero que le gustará.

—Estoy seguro —replicó galantemente John.

—Sentémonos aquí. —Acomodáronse en dos sillones de lona—. Sí, una tierra muy amable —continuó la anciana—. Pero en Hawai, como en el resto del mundo, viven toda clase de seres; buenos y malos. De los cuatro puntos cardinales vienen a nosotros muchas personas. La mayoría de ellas porque en sus países de origen no las quieren. Les ofrecemos un paraíso y algunas nos pagan convirtiéndose en ciudadanos honrados. Otras se encanallan más aún.

La alta y enjuta figura del reverendo Upton apareció ante ellos.

—Buenas noches —saludó, inclinándose ante la dama—. Ya está usted a las puertas de su casa.

—Sí. Y me alegro mucho.

—Mañana verá a Dan Winterslip —continuó el misionero, dirigiéndose a John.

—Así lo espero —replicó éste.

—Pregúntele si recuerda al reverendo Frank Upton... a quien conoció a finales del siglo pasado en la isla de Apiang.

—Se lo preguntaré —prometió el joven—. Pero, usted aún no me ha dicho nada de él.

—No, es verdad. —El misionero dejóse caer en un sillón próximo—. No me gusta revelar los secretos del pasado de un hombre —continuó—. Sin embargo, creo que la historia de los primeros pasos de Dan Winterslip es conocida por todos los habitantes de Honolulu.

Al pronunciar estas palabras dirigió una mirada a la señora Maynard.

—Dan no era un santo —indicó ésta—. Todos lo sabemos.

Frank Upton cruzó sus delgadas piernas.

—En realidad estoy muy orgulloso de mi encuentro con Dan Winterslip —dijo—. Creo que, con mis humildes fuerzas, conseguí hacerle cambiar un poco de vida... para mejor.

—¡Hum! —carraspeó la anciana. Indudablemente dudaba del éxito que el misionero creía haber conseguido.

A John Quincy no le gustaba el giro de la conversación. Molestábale ser llevado y traído de aquella manera el nombre de un Winterslip. Pero con profundo disgusto vio que el reverendo Upton seguía con el tema.

—Fue a finales del ochocientos, como ya le he dicho —prosiguió—. Estaba yo en la isla de Apiang, una de las Gilbert. Una mañana, un velero ancló en la rada y un bote se dirigió a la orilla. Desde luego, seguí a los indígenas que habían corrido a la playa. Se me presentaban muy pocas ocasiones de hablar con hombres de mi raza.

»La tripulación era de lo más canallesco que darse pueda, y estaba mandada por un joven bastante atractivo. Antes de que desembarcasen, divisé en el bote una larga

caja de pino.

»El Joven se presentó a sí mismo. Me dijo que se llamaba Winterslip y era primer oficial del *Maid of Shiloh*. Al oír el nombre del barco recordé la terrible fama de que gozaba en los mares del Sur. El oficial apresuróse a explicarme que su capitán había muerto el día anterior y que lo desembarcaban para enterrarlo en tierra, cumpliendo así su último deseo.

»Bien. —El reverendo Upton clavó la vista en la lejana playa de Oahu—. Contemplé el tosco ataúd que sostenían cuatro marineros malayos.

»—De manera que ahí está Tom Brade, ¿eh? —pregunté.

»El joven Winterslip asintió con la cabeza. Me dije que estaba asistiendo a la escena final de la carrera de uno de los más famosos personajes de los mares del Sur: Un canalla que no conoció ni respetó ninguna ley, un pirata que había merecido mil veces la horca. Tom Brade el *blackbirder*.

—¿Cómo? —preguntó extrañado John.

El misionero sonrió.

—Olvidaba que llega usted de Boston, muchacho. Un *blackbirder*, amigo mío, era el capitán que reclutaba trabajadores para las plantaciones de cocoteros. Se los pagaban a tanto por cabeza. Era una especie de trata de negros. Ahora ya no se hace, pero entonces estaba a la orden del día. Era algo horrible. A veces los hombres se dejaban convencer por las buenas, e iban a bordo para trasladarse a alguna isla lejana; pero en la mayoría de las ocasiones, era necesario obligarles, bajo la amenaza del cuchillo o del revólver.

»Winterslip y los suyos saltaron a tierra y empezaron a cavar una fosa bajo un árbol. Les seguí para ofrecerles mis servicios religiosos. El nuevo capitán echóse a reír, cuando le dije de rezar una plegaria por el alma del muerto.

»—No creo que le sirva de gran cosa —exclamó.

»A pesar de ello encomendé a Dios aquel hombre, que tenía que responder de muchos pecados. Winterslip consintió en comer conmigo. Me dijo que, aparte de un agente de reclutamiento, él era el único blanco que quedaba entonces en el barco.

»Durante la comida le hablé. Era muy joven y, aquél, su primer viaje.

»—Ese trabajo no es digno de usted —le dije.

»Y al cabo de un rato estuvo de acuerdo conmigo. Me contó que llevaba a bordo trescientos indígenas que debía entregar a un plantador del archipiélago de Kingsmill y me aseguró que una vez hecho eso jamás volvería a colocarse fuera de la Ley.

»—Llevaré la *Maid* a Sydney, reverendo —prometió—. Ahí la abandonaré para regresar a Honolulu.

El misionero se levantó muy despacio.

—Más tarde me enteré de que cumplió su par labra —terminó—. Sí, Dan Winterslip regresó a su hogar y los mares del Sur no volvieron a verle. Siempre me he sentido algo orgulloso del papel que desempeñé en esa regeneración. He tenido pocos premios. No en todos los sitios logran los misioneros prosperidad material,

como en Hawai. —Al decir esto dirigió una mirada a la señora Maynard—. Pero en cambio he tenido bastantes satisfacciones Una de ellas motivada por aquel encuentro en la isla de Apiang, pero hace rato que ha pasado la hora de irme a la cama y debo decirles buenas noches.

El sacerdote se alejó y John Quincy quedóse horrorizado, por lo que había dicho aquel hombre. ¡Un Winterslip haciendo la trata de carne humana en los mares del Sur! ¡Muy bonito! ¡Ojalá no hubiese abandonado Beacon Street!

—¡Vaya indirecta que me ha echado! —refunfuñó, indignada, la señora Maynard—. Sí, esa de los misioneros de Hawai. Y no debería sentirse tan orgulloso de su obra. Si Dan Winterslip dejó la trata fue porque encontró algo más provechoso. —De pronto se levantó—. ¡Por fin! —dijo.

John Quincy la imitó. A lo lejos parpadeaba un ojo amarillento. Durante unos minutos la anciana no pronunció palabra.

—Bien —dijo al fin en voz baja—. Ya he visto otra vez Diamond Head. Buenas noches, muchacho.

—Buenas noches —contestó John Quincy.

Quedóse solo, junto a la barandilla. El *President Tyler* aminoraba perceptiblemente la marcha. La luna salió de detrás de una nube. Una intensa calma reinaba en aquel mundo de un azul plateado. John sintió una extraña inquietud.

Lentamente, dirigióse a la cubierta de los botes. De súbito se detuvo, sorprendido. Ante él vio a Bárbara y a Jennison. Su prima estaba en los brazos del hombre y sus respectivos trajes daban un extraño colorido a la escena. No vieron a John Quincy, pues en aquel momento sólo existían el uno para el otro. Sus labios estaban unidos fuertemente...

El joven se alejó a buen paso. ¡Santo Dios! Él había besado a dos o tres muchachas, pero no de aquella manera.

Encaminóse a la cubierta donde estaba su camarote. ¿Qué importaba aquello? Bárbara no era nada suyo; una prima, sí, pero de otra raza. Desde el primer momento notó que amaba a Jennison; no era pues ninguna sorpresa. Sin embargo, ¿por qué sintió aquel golpe en el corazón? ¡Él estaba comprometido con Agatha Parker!

Se apoyó en la baranda y trató de recordar el aristocrático rostro de Agatha. Pero sólo lo vio de una manera borrosa, indistinta. Todo Boston era un recuerdo vago. ¿Circularía también por sus venas la sangre aventurera de los Winterslip, la sangre que les impulsaba a la trata de esclavos y a dar aquellos besos en la noche tropical? ¡Oh, Dios! Hubiera sido mucho mejor no haberse movido de la ciudad que le vio nacer.

Bowker, el camarero, se acercó.

—Ya hemos llegado —dijo, lanzando un suspiro—. Anclaremos en espera del práctico y del médico del lazareto. He oído decir que ha soplado el Kona. La luna permanecerá poco en el cielo y al amanecer volverán a soplar los alisios.

John Quincy no contestó.

—Le he devuelto todos sus libros —siguió el camarero—. Todos menos el de Adams titulado *La Revolucionaria Nueva Inglaterra*. Es una obra muy interesante. Haré lo posible para terminarla esta noche, a fin de podérsela devolver mañana por la mañana.

—Bien, bien —dijo John. Señaló las débiles luces del puerto, que brillaban en la lejanía—. Eso es Honolulu, ¿verdad?

—Sí, señor. Una ciudad muerta. A las nueve de la noche cierran los cafés. Si me lo permite, señor, le daré un consejo: No se acerque al *okolehau*.

—¿El qué?

—El *okolehau*. Una bebida que venden en Honolulu.

—¿De qué está hecha?

—Ahí tiene usted tema para una novela de misterio. ¿De qué está hecha? A juzgar por el olor, de nada bueno. Se siente la impresión de que unas gotas son suficientes para enviarle a uno al otro mundo. ¡Pero cuando se prueba...! ¡No se acerque a ella, señor! Se lo dice uno que tiene experiencia.

—Pues me apartaré de ella —prometió John.

Bowker se fue. El joven permaneció acodado en la barandilla, notando que su inquietud iba en aumento... La luna habíase ocultado y las tinieblas envolvían el barco. John Quincy Winterslip trató de taladrar con la vista la oscuridad que velaba la extraña tierra donde iba a vivir algún tiempo.

En algún lugar de por allí le esperaba Dan Winterslip. Dan Winterslip, pariente de los Winterslip de Boston y antiguo traficante en esclavos. Por primera vez sintió el joven no haber podido pegar el primero en aquel ático de San Francisco. También deseó haber logrado recoger el cofre de ébano para tirarlo por encima de la borda. Sabe Dios qué nuevo escándalo iba a manchar el nombre de los Winterslip; escándalo que hubiera podido evitar un puñetazo dado a tiempo.

Al entrar en su camarote tomó una decisión. Permanecería en Honolulu lo necesario para llevarse a su tía, tanto si quería como si no.

VI. Detrás de la cortina de bambú

Si John Quincy hubiese podido ver a su tía Minerva en aquel momento, no habría estado tan seguro de persuadirla para que secundase sus planes. Además, habríase sorprendido infinito por el espectáculo ofrecido por su digna parienta.

Minerva Winterslip hallábase sentada sobre la tupida hierba de un jardín del barrio hawaiano de Honolulu. Pálidos faroles chinos, adornados con letras rojas, pendían sobre su cabeza. Su cuello estaba rodeado por guirnaldas de flores de intenso perfume. Las adormecedoras y sensuales notas de un ukelele y una guitarra de cuerdas de acero, llenaban el aire y, ante ella, en un claro entre los datileros, un grupo de muchachos y muchachas hawaianos, danzaban un baile que Minerva podría describir con detalles, cuando regresase a Boston.

Minerva Winterslip sentíase muy feliz. Realizaba una de las ambiciones de su vida al contemplar un *luau*, o fiesta hawaiana.

Pocas son las personas que consiguen asistir a esa clase de ceremonias, pero a aquélla, se había invitado a varios blancos, a Minerva entre ellos. De momento rechazó la invitación, pues Dan esperaba la llegada de John y Bárbara para el lunes por la noche. Cuando, aquel día por la tarde, supo Minerva que el «President Tyler» no iba a entrar en puerto hasta la mañana siguiente, corrió a telefonar a sus amigos, rogándoles que la incluyeran en el grupo.

Y no se arrepintió de haberlo hecho. Ante ella, sobre una estera de juncos, aparecían los restos de una cena excelente y rara. Pescado envuelto en hojas de palma, *poi*^[5] servido en calabazas individuales, gallina guisada con leche de poco, y un sin fin de condimentos al cual más extraño.

Al festín siguió la danza. La luna plateaba el escenario, añadiendo color a la plañidera música. Al principio, los jóvenes hawaianos permanecieron un poco cohibidos por la presencia de los extranjeros, mas pronto perdieron el miedo. Minerva entornó los ojos y se recostó en el tronco de una alta palmera. En aquellas canciones hawaianas había tal nota de tristeza que se sintió mucho más emocionada que al asistir a la primera audición de alguna sinfonía. Mentalmente se trasladó a los días en que la civilización aún no había entrado en aquellas islas.

Un largo lamento y la música cesó. Los cuerpos de los danzarines permanecieron tensos momentáneamente. A los amigos de Minerva les pareció oportuno retirarse. Entraron en la casa y, en el caluroso saloncito se despidieron de sus cobrizos y sonrientes huéspedes. El nene cuya llegada al mundo había motivado el *luau* despertóse un momento y sonrió también a los visitantes. Fuera, en la estrecha calle, les esperaba su auto.

A través del callado y desierto Honolulu, dirigiéronse a Waikiki. Al pasar frente al Palacio de Justicia un reloj dio la una. Minerva Winterslip se dijo que no había regresado a casa tan tarde desde que una famosa compañía representó Parsifal en la

ópera de Boston.

Las verjas del jardín de casa de Dan estaban cerradas. Saltando del auto, Minerva se despidió de sus amigos y dirigióse hacia la puerta principal. La noche la había rejuvenecido y caminaba con el firme paso de una muchacha. El jardín estaba envuelto en sombras, pues la luna, que parecía jugar con las nubes, se hallaba en aquellos momentos oculta tras una de ellas. Extraños aromas embalsamaban el aire. Minerva se dijo que debía acostarse, pero era tan hermosa la noche que deseó contemplar una vez más la playa.

Dando la vuelta a la casa fue a detenerse debajo de una magnolia cerca de la puerta del saloncito. Durante casi dos semanas había soplado el Kona, pero de nuevo acariciaban las mejillas de Minerva los suaves alisios. Muy emocionada miró hacia la playa, a la que iban a morir las olas. Mentalmente regresó al Honolulu que había conocido, al Honolulu de Kalakaua, a aquel tiempo en que el archipiélago era tan sencillo, tan lleno de color, completamente limpio. Ahora estaba arruinado. Dan lo había dicho, arruinado por una maldita y mecánica civilización.

La luna mostró su redonda faz al salir de detrás de las nubes, tiñendo de plata las aguas del mar. Casi inmediatamente volvió a esconderse. Con un ligero suspiro, dedicado tal vez a su perdida juventud o a los recuerdos que habíanla asaltado, Minerva abrió la puerta que daba al saloncito y volvió a cerrarla con mucho cuidado, a fin de no despertar a su primo.

Densas tinieblas la envolvieron. Sin embargo conocía el camino y lo recorrió de puntillas. De pronto, cuando le faltaba poco para llegar a la puerta del vestíbulo, se detuvo, con el corazón latiéndole violentamente. A un metro escaso de ella vio la luminosa esfera de un reloj y, mientras la miraba con desorbitados ojos, se movió.

No en vano Minerva había aprendido durante cincuenta años a dominar sus impresiones. Otra mujer hubiera lanzado un grito, desmayándose después. A ella sólo se le aceleraron los latidos del corazón. Permaneciendo inmóvil, contempló la luminosa esfera. El movimiento de ésta había sido muy leve. Sin duda se trataba de un reloj de pulsera colocado en la muñeca de alguien que estuvo a punto de moverse, pero que al fin decidió permanecer a la expectativa.

Minerva Winterslip no sabía qué partido tomar. ¿Convenía que preguntara autoritariamente: «¿Quién anda ahí?»? Era valiente, pero no obstante, comprendió que hacer aquello sería una verdadera locura. Indudablemente el propietario del reloj estaría dispuesto a todo.

Dio un paso hacia la puerta, luego otro. Esperaba que el reloj se moviese. Sin embargo, permaneció inmóvil.

De pronto Minerva comprendió lo que ocurría. El dueño del reloj, olvidando que la esfera era luminosa, creíase invisible en la oscuridad y esperaba a que ella se marchara. Si no daba la menor señal de alarma, podría salir sin ningún daño. Una vez al otro lado de la cortina de bambú, en el vestíbulo, nada le impediría despertar a los criados.

Minerva Winterslip era mujer de gran serenidad. Sin embargo, la necesitó toda para seguir su camino. Apretó fuertemente los labios y se fue alejando de la luminosa esfera que parecía amenazarla. De vez en cuando miraba atrás, temerosa de un súbito ataque. Después de lo que le pareció mucho tiempo, la cortina de bambú cayó tras ella. Al fin llegó a la escalera. Estaba salvada, pero se dijo que, en adelante, no podría mirar un reloj sin parecerle que marcaba la una y veinte.

Cuando estaba a mitad de la ascensión, recordó que antes había decidido encender las luces del vestíbulo. A pesar de ello no volvió sobre sus pasos; ni siquiera dio vuelta, al conmutador que había al final de la escalera. En lugar de eso, corrió a su cuarto y, lo mismo que hubiera hecho una mujer vulgar, cerró con llave la puerta. Luego, temblorosa, se dejó caer en un asiento.

Sin embargo, como no era una mujer vulgar, a los pocos segundos se puso en pie y abrió la puerta. Su súbito terror se iba evaporando; de nuevo el corazón le latía acompasadamente. Era una Winterslip y estaba dispuesta a entrar en acción.

Las habitaciones de los criados estaban en un lado de la casa, encima de la cocina; allí se dirigió Minerva, llamando a la primera puerta que encontró. A sus repetidos golpes respondió un japonés, que asomó su adormilada cabeza.

—Haku —le dijo Minerva—, en el vestíbulo hay alguien. Baja en seguida a investigar lo que ocurre.

El oriental la miró como si no comprendiese lo que la dama le estaba diciendo.

—Debemos bajar —corrigió ella—. ¡*Whikiwlki!*

El criado desapareció y Minerva Winterslip aguardó impaciente. Preguntóse dónde estaba su valor, que no le había permitido investigar sola la causa de sus temores. Sin duda en Boston no hubiera vacilado, pero allí, en aquella isla, el ambiente era muy distinto. La luz de la luna, entraba a raudales por una ventanita que había junto a ella, formando un brillante cuadro a sus pies. Haku reapareció, cubierto con un viejo albornoz que Minerva le había visto llevar en la playa.

Súbitamente se abrió otra puerta. Al oírla, la bostoniana lanzó un grito. ¿Qué le ocurría? ¿Había desaparecido totalmente su presencia de ánimo? Se trataba solamente de Kamaikui, cuya maciza figura, cubierta con un holoku, semejava una estatua de bronce.

—Hay alguien abajo —explicó la dama— Le vi al entrar en casa.

Kamaikui no replicó, pero unióse a la pequeña procesión. En el vestíbulo del primer piso, Haku encendió las luces de arriba y las de la planta baja. Al llegar a la escalera hubo un breve descanso, entonces Minerva se puso a la cabeza del grupito. Con paso firme bajó los escalones. Volvía a ser la de siempre. Tras ella avanzaba un pequeño japonés seguido de una gruesa polinesia...

En el vestíbulo Minerva no vaciló. Apartó la cortina de bambú y su mano, cuyo temblor era casi imperceptible, buscó el interruptor de la luz. La habitación quedó brillantemente iluminada. Tras ella oyó el ruido de los canutitos de la cortina al chocar entre sí.

En el aposento no se veía a nadie ni se notaba el menor desorden. A Minerva Winterslip le asaltó la sospecha de que tal vez todo hubiera sido imaginación suya. Al fin y al cabo no había visto ni oído casi nada. Sólo el ligero movimiento de la esfera luminosa de un reloj de pulsera. Y aun esto pudo ser obra de su imaginación. Aquella noche fue muy movida y el vasito de *okolehau* que bebió pudo muy bien producir lo que había creído ver.

Kamaikui y Haku la miraban interrogadoramente. ¿Les había lanzado a propósito sobre una pista falsa? Las mejillas de Minerva cubriéronse de ligero rubor. En realidad, en aquella habitación tan iluminada no se notaba la menor señal de la presencia de un extraño.

—Me... me habré equivocado —murmuró en voz baja—. Estaba casi segura... pero no se nota nada... Será mejor que no despertemos al señor... No se encuentra bien y le conviene descanso.

Fue a la puerta que daba al *lanai* y apartó la cortina. La luz de la luna reveló el amueblado de la galería. Tampoco allí se veía el menor desorden.

—Dan —llamó Minerva—. Dan, ¿estás durmiendo?

Ninguna respuesta. La bostoniana, dándose cuenta de que estaba haciendo una montaña de un grano de arena, disponíase a volver al salón cuando, sus ojos, más acostumbrados a la semioscuridad, descubrieron un hecho sorprendente.

Día y noche, sobre la cama de Dan pendía un gran mosquitero blanco. En aquel momento no se hallaba allí.

—Haku, ven —llamó Minerva—. Enciende la luz.

El japonés entró en la galería y encendió la lámpara de pie, a cuya luz leía Dan el periódico la noche en que, por algún motivo ignorado, se levantó para enviar una carta a su primo Roger, de San Francisco. Minerva Winterslip recordó el incidente y otras muchas cosas mientras su mirada permanecía apartada del lecho de Dan, temerosa de algo que no era capaz de calificar. A su lado, Kamaikui lanzó un gemido de miedo y dolor.

Sacando fuerzas de flaqueza, Minerva avanzó hacia la cama. El mosquitero aparecía, caído sobre el lecho, como si se hubiera desarrollado una terrible lucha. Entre sus pliegues estaba Dan Winterslip, tendido sobre el costado izquierdo. Una de las pequeñas e inofensivas lagartijas de la isla corría sobre su pecho, dejando con sus patas una larga huella roja sobre el blanco pijama.

VII. Aparece Charlie Chan

Minerva inclinóse, buscando con la vista el rostro de Dan. Estaba vuelto hacia la pared, medio hundido en la almohada.

—¡Dan! —llamó con voz temblorosa.

Le tocó la mejilla. El aire de la noche era cálido, pero la dama se estremeció, retirando presurosa la mano. ¡Firme! En aquellos momentos debía mostrarse firme.

Atravesó presurosa el saloncito, en dirección al vestíbulo. El teléfono hallábase en una cabina, debajo de la escalera principal. Le temblaban los dedos mientras luchaba con el disco. Al fin logró marcar el número y una voz contestó a su llamada.

—¡Amos! ¿Eres tú, Amos? Soy Minerva. Ven a casa de Dan lo antes posible.

Su interlocutor inició una protesta, que Minerva cortó vivamente.

—¡Por el amor de Dios, Amos, olvida tus locos agravios! Tu hermano ha muerto.

—¿Muerto?

—Asesinado, Amos. ¿Querrás venir, ahora?

Un largo silencio. Minerva se preguntó qué pensamientos cruzaban por la mente de aquel rígido e irreflexible puritano.

—Iré —contestó al fin, con extraña voz. Y, a continuación, una voz más parecida a la del Amos que ella conocía, añadió—: Avisaré a la policía y en seguida saldré hacia ahí.

Volviendo al vestíbulo, Minerva vio que la gran puerta principal estaba cerrada. Como Amos había de entrar, la abrió. Al hacerlo fijóse en la imponente cerradura, cuya llave se había perdido y olvidado mucho tiempo antes. En realidad no recordaba haber visto ni una sola en toda la casa de Dan. En aquellas amables y confiadas islas las puertas cerradas son algo desusado.

Entró de nuevo en el saloncito. ¿Debía llamar a un médico? No. Era demasiado tarde. Estaba perfectamente segura. Además, la Policía, ¿no iba acompañada de una especie de doctor? De pronto púsose a hacer cábalas acerca de la Policía. Durante toda su estancia en Honolulu no le dedicó un solo pensamiento. ¿Tendrían agentes e inspectores en aquel extremo del mundo? No recordaba haber visto uno solo. ¡Oh, sí! Allá en el cruce de las calles Fort y King un simpático y moreno hawaiano, de pie sobre una especie de cajón, dirigía el tráfico con una majestad que el mismo Kamehameha hubiese envidiado. Oyó correr una silla en el *lanai* y corrió a la puerta.

—No hay que tocar nada —dijo—. Dejadlo todo tal como está. Será mejor que subáis a vestiros.

Los dos asustados servidores, después de entrar en el saloncito, permanecieron inmóviles, mirando fijamente a la dama. Parecían experimentar la sensación de que aquel terrible suceso necesitaba ser discutido. Pero, ¿qué iba a decirles Minerva? Aun en el caso de asesinato, un Winterslip debe mantener la debida distancia entre él y sus criados. Los sentimientos de la bostoniana hacia ellos eran bondadosos. Simpatizaba con su evidente pesar, pero no había nada que discutir.

—Una vez os hayáis vestido, permaneced cerca de mí —ordenó—. Se os necesitará.

Se marcharon. Haku en su absurdo traje, Kamaikui lamentándose de una manera que hizo estremecer a Minerva. Quedóse sola. Ella, que se había creído siempre valiente, vacilaba en salir al *lanai*.

Se sentó en un amplio sillón, en el saloncito. ¡Pobre Dan! A pesar de cuanto se murmuraba de él, Minerva le había apreciado enormemente. Se dice de muchos, a menudo con poca razón, que sus vidas son dignas de un libro. De Dan se dijo también, y en aquel caso era verdad. ¡Qué novela hubiera inspirado su vida! ¡Y qué pronto habría sido expulsada de la Biblioteca Pública de Boston! Porque Dan había vivido con intensidad, creóse sus propias leyes, riñó sus batallas sin pedir gracia, prosperó, y siguió su camino: Decíase que a menudo había caminado por sendas prohibidas, pero... ¡su sonrisa fue siempre tan amable y su voz tan llena de alegría!... Siempre, excepto durante las dos últimas semanas.

Desde que envió la carta a Roger convirtiéndose en un hombre distinto. Las arrugas aparecieron por vez primera en su rostro, y sus grises ojos tenían una expresión inquieta. ¡Y qué furioso se puso, el miércoles último, al recibir un cable de Roger! ¿Qué contendría aquel mensaje?, se preguntó Minerva. ¿Qué significaban aquellas breves palabras dactilografiadas, que sumieron a Dan en tan profundo furor, haciéndole caminar violentamente de un lado al otro del salón?

Recordóle tal como le había visto por última vez. La expresión de su rostro era extrañamente patética, al enterarse de que el «President Tyler» no podría entrar en el puerto hasta la mañana y que Bárbara...

Minerva se interrumpió. Por primera vez pensaba en Bárbara. Se la imaginó alegre y vivaz, virgen aún de todo dolor. Y pensó también en la mañana siguiente, cuando llegase a su casa. Las lágrimas acudieron a sus ojos y a través de ellas vio correrse la cortina de bambú del vestíbulo, dando paso al pálido y delgado rostro de Amos.

Entró caminando cautelosamente, pues pisaba un terreno que había jurado no hollar jamás, y se detuvo ante Minerva.

—¿Qué significa esto? —preguntó—. ¿Qué significa?

La dama indicó el *lanai* con un movimiento de cabeza. Amos salió a la galería. Transcurrido un largo rato reapareció. Parecía abrumado por un peso invisible y sus acuosos ojos clavábanse en un punto muy lejano.

—Le han atravesado el corazón de una puñalada —murmuró. Durante unos segundos estuvo sumido en la contemplación del retrato de su padre, que adornaba una de las paredes—. La muerte es la recompensa del pecado —añadió, como si se dirigiera al viejo Jedediah Winterslip.

—Sí, Amos —dijo, con viveza, Minerva—. Esperaba oírte decir algo semejante, pero hay otra máxima que estoy segura conocerás: «Aquel que esté libre de pecado que tire la primera piedra». Pero es preferible que no perdamos tiempo en moralizar.

Dan ha muerto, y yo, por lo menos, estoy triste.

—¡Triste! —repitió sombríamente Amos—. ¿Y yo? Era mi hermano, mi hermano pequeño... Fui yo quien en esta misma playa le enseñó a andar...

—Bien, lo cierto es que ha muerto. Alguien le ha asesinado. Era uno de los nuestros, un Winterslip. ¿Qué vamos a hacer?

—He avisado a la Policía.

—Entonces, ¿por qué no está ya aquí? En Boston, a estas horas... Pero, claro, esto no es Boston. Dices que lo han apuñalado. ¿Hay algún rastro del arma?

—No he podido ver ninguno.

—¿Y el kris malayo que había encima de esa mesa? Dan lo utilizaba como plegadera.

—No sé nada de él. Esta casa me es extraña. Minerva.

—Ya comprendo. —La dama se levantó, dirigiéndose hacia el *lanai*. Volvía a ser la mujer segura de sí misma. En aquel momento sonó un fuerte golpe en la puerta principal. A continuación oyéronse voces en el vestíbulo, y Haku hizo pasar a tres hombres al saloncito. Aunque era indudable que se trataba de policías, todos vestían de paisano. Uno de ellos, un alto y anguloso yanqui, con aspecto de capitán de velero, avanzó en primer lugar.

—Soy el capitán Hallet —dijo—. Usted es el señor Amos Winterslip, ¿verdad?

—Sí, señor —contestó Amos.

En seguida presentó a Minerva. El capitán Hallet dirigióle un indiferente saludo. Aquél era asunto de hombres y le molestaba que interviniese una mujer.

—¿Dice usted que se trata de Dan Winterslip? —preguntó, volviéndose a Amos—. Es muy lamentable. ¿Dónde está?

Amos indicó la galería.

—Vamos, doctor —dijo Hallet, y atravesó la cortina, seguido del más pequeño de sus dos acompañantes.

Cuando hubieron salido, el tercer hombre colocóse en primer término. Minerva, al fijarse en él, lanzó un leve grito de asombro. En aquellas calurosas islas los hombres delgados estaban en mayoría, pero ahora se ofrecía a su vista una notable excepción. El que nos ocupa era muy grueso y, sin embargo, caminaba con el ligero paso de una mujer. Sus mejillas eran tan regordetas como las de un niño, su epidermis del color del marfil, sus cabellos negros y escasos y sus ojos ambarinos y oblicuos. Al pasar ante Minerva para seguir a Hallet, se inclinó con una cortesía que en los tiempos actuales se encuentra muy raramente.

—¡Amos! —exclamó Minerva—. Ese hombre... Pero si...

—Es Charlie Chan —explicó Amos—. Me alegro de que le hayan hecho venir. Es el mejor detective del Cuerpo.

—¡Pero... si es un chino!

—Desde luego, ¿qué importa eso?

Minerva se dejó caer en una silla. ¡En Hawai tenían policías orientales!

Al cabo de unos momentos, Hallet regresó presuroso al salón.

—Óiganme —dijo— El doctor asegura que el señor Winterslip ha muerto hace muy poco rato. No deseo interrogarles aún, pero si alguno de ustedes tiene idea acerca de la hora en que eso ocurrió...

—Tengo una idea bastante precisa —contestó lentamente Minerva—. El crimen fue cometido momentos antes de la una y veinte. Pongamos la una y cuarto.

Hallet miró a la dama.

—¿Está usted segura de lo que dice?

—Debo estarlo. Me enteré de la hora por el reloj de pulsera del asesino.

—¡Cómo! ¿Le vio usted?

—No he dicho eso. He declarado que vi su reloj de pulsera.

Hallet frunció el ceño.

—Más tarde aclararemos eso. De momento haré registrar esta parte de la ciudad. ¿Dónde está el teléfono?

Minerva se lo indicó y poco después llegó hasta ella la animada conversación del capitán con un oficial de la Jefatura, llamado Tom. El trabajo encomendado a aquel personaje consistió en reunir a los policías libres y registrar Honolulu, especialmente el distrito de Waikiki, deteniendo a todos los sospechosos. El capitán le encargó también que tuviese a mano, esperando su regreso, la lista de pasajeros de todos los barcos que habían llegado a Honolulu durante la pasada semana.

Hallet regresó al saloncito deteniéndose ante Minerva Winterslip.

—Según su declaración, no vio usted al asesino —empezó—. Sin embargo, pudo ver su reloj de pulsera. A mí me gusta que las cosas sigan su orden. Usted es forastera en Honolulu. De Boston, ¿no?

—Sí —replicó, secamente, Minerva.

—¿Se hospeda en esta casa?

—Sí, señor.

—¿Había alguien más en el edificio, aparte de usted y del señor Winterslip?

Los ojos de Minerva lanzaron rayos de cólera.

—Los criados —contestó—. Y deseo llamar su atención respecto al hecho de que soy prima hermana de Dan Winterslip.

—Desde luego, desde luego; no he querido ofenderla. El señor Winterslip tiene una hija, ¿verdad?

—La señorita Bárbara está a punto de llegar del colegio. El barco en que viene entrará mañana por la mañana en el puerto.

—Bien. Sólo usted y el señor Winterslip. Va a ser usted un testigo muy importante.

—Será una nueva experiencia en mi vida.

—Seguramente. Bien, ahora empiece... —Minerva miró al capitán. Era la suya una mirada capaz de paralizar de terror a más de un policía de Boston. Hallet permaneció imperturbable—. Comprenderá usted —continuó— que no tengo tiempo

para decirle: «¿Tendría usted la bondad, señorita Winterslip?» y cosas por el estilo. Empiece, pues, su declaración y describa lo que ha pasado aquí esta noche.

—Estuve en casa sólo hasta las ocho y media. A esa hora fui a un *luau* con varios amigos. Antes de marcharme, mi primo cenó a la hora de costumbre y charlamos un rato en el *lanai*.

—¿Parecía preocupado?

—Pues... daba la impresión de estar algo inquieto...

—¡Un momento! —El capitán sacó un cuaderno de notas—. Deseo anotar eso. ¿Dice que estaba inquieto? ¿Desde cuándo?

—Desde hace dos semanas. Déjeme recordar... Esta noche hace dos semanas... O, mejor dicho, la hizo la noche pasada... Estábamos sentados en el *lanai*, y mi primo leía un diario de la noche. Vio en él algo que pareció turbarle. Se levantó, escribió una nota a su primo Roger, de San Francisco, y se la llevó a un amigo, a bordo del «President Tyler», para que la entregara personalmente. Desde aquel momento pareció inquieto y triste.

—Continúe. Eso puede ser importante.

—El pasado miércoles, por la mañana, recibió un cable de Roger que le indignó extraordinariamente.

—¿Un cable? ¿Qué decía en él?

—No iba dirigido a mí —replicó, con altivez, Minerva.

—Está bien. Ya nos enteraremos después. Pasemos a esta noche. ¿Parecía más inquieto que de costumbre?

—Sí. Pero su inquietud pudo ser debida al hecho de que esperaba para la tarde la llegada del barco que conduce a su hija y se enteró de que los pasajeros no podrían desembarcar hasta esta mañana.

—Bien. ¿Dice que estuvo usted en casa hasta las ocho y media?

—No he dicho eso —replicó, fríamente, Minerva—. He dicho que estuve en casa «sólo» hasta las ocho y media...

—Es lo mismo.

—No.

—No he venido a discutir de gramática —dijo, secamente, Hallet—. ¿Ocurrió algo, algo fuera de lo corriente, antes de que usted saliera?

—No. Un momento. Mientras el señor Winterslip cenaba, alguien le llamó por teléfono. No pude evitar oír la conversación.

—¡Muy bien, señorita! —Minerva dirigió una fulminante mirada a Hallet, que prosiguió—: Repítala.

—Oí que el señor Winterslip decía: «Hola, Egan. ¿Qué... no viene usted? ¡Ya lo creo que vendrá! Quiero verle. Insisto en ello. Venga allá a las once. He de verle». Estas fueron, poco más o menos, sus palabras.

—¿Parecía excitado?

—Levantó la voz más que de costumbre.

—Bien —El capitán miró su cuaderno de notas—. Debe de tratarse de Jim Egan, el dueño del hotel «El Arrecife y la Palmera». —Se volvió hacia Amos—. ¿Sabe si Egan era amigo de su hermano?

—No lo sé.

—Amos no se trataba con Dan —Explicó Minerva—. Existían antiguos agravios entre ellos. Por mi parte, nunca oí que Dan mencionase a Egan, ni ese señor ha venido a esta casa mientras yo he estado en ella.

Hallet movió la cabeza.

—Bien, quedamos que usted salió de aquí a las ocho y media. Díganos, pues, a dónde fue y a qué hora volvió. Y, además, todo lo referente al reloj de pulsera.

Minerva hizo un rápido resumen de la velada en el *luau*. Describió su regreso al saloncito de Dan y su aventura en la oscuridad, cuando vio la luminosa esfera.

—¡Ojalá hubiese usted visto más! —lamentóse Hallet—. Hay demasiada gente que usa relojes de pulsera.

—No es probable que haya muchos como el que yo vi.

—¡Oh! ¿Tenía alguna señal que le distinguía?

—Sí. Las cifras eran luminosas, y se destacaban con toda claridad... con una excepción. La figura dos era muy débil y parcialmente borrada.

Hallet miró, asombrado, a Minerva.

—Realmente, señorita, sabe usted emplear su cerebro.

—Es una costumbre que adquirí en mi infancia. Las viejas costumbres son difíciles de perder.

Sonriendo, el capitán le rogó que continuase. Minerva explicó cómo había despertado a los dos criados y, finalmente, el horrible descubrimiento que hiciera en el *lanai*.

—Sin embargo, fue el señor Amos Winterslip quien nos avisó —dijo Hallet.

—Sí. Le telefoneé y se ofreció a encargarse de ello.

Hallet volvióse hacia Amos.

—¿Cuánto tiempo tardó usted en llegar aquí, señor Winterslip? —preguntó.

—Diez minutos, como máximo.

—¿En tan poco tiempo pudo vestirse y venir?

Amos vaciló.

—No tuve necesidad de vestirme —explicó—. No me había acostado aún.

Hallet le miraba con renovado interés.

—¿A la una y media todavía usted estaba despierto?

—No... no duermo bien. Me acuesto siempre muy tarde.

—Comprendido. ¿Dice que no se trataba con su hermano? ¿Alguna antigua querella?

—No era, en realidad, una querella. Yo no aprobaba su manera de vivir, y seguíamos caminos distintos.

—Y por ello dejaron de hablarse, ¿verdad?

—Sí. Esa era la situación.

—¡Hum! —Durante unos instantes, el capitán miró fijamente a Amos. Minerva hizo lo mismo. ¡Amos! Por su cerebro pasó el recuerdo de que Amos había permanecido mucho rato solo en el *lanai*, antes de que llegara la Policía.

—Quisiera ver ahora a esos dos, criados que bajaron con usted, señorita Winterslip —dijo Hallet—. Los demás pueden esperar hasta la mañana.

Haku y Kamaikui aparecieron. En sus desorbitados ojos leíase el terror. El japonés no tuvo nada que decir; juró que había dormido como un tronco desde las nueve hasta que la señorita. Minerva llamó a su puerta. En cambio, Kamaikui contribuyó con algo.

—Yo vine aquí con fruta. —Señalaba un cestillo, sobre la mesa—. En *lanai*, fuera, habla el señor Dan a un hombre y a una mujer. ¡Oh, mucho enfado!

—¿Qué hora era?

—Yo creo que diez.

—¿Reconoció alguna voz, a excepción de la de su amo?

A Minerva parecióle que la mujer vacilaba un segundo.

—No, yo no conocí.

—¿Algo más?

—Sí. Quizá fueran once. Yo está sentada cerca de ventana, arriba. Más conversación en *lanai*. Señor Dan y otro hombre. No mucho enfado esta vez.

—A las once, ¿eh? ¿Conoce usted al señor Jim Egan?

—Yo ha visto.

—¿No puede decir si era su voz?

—Yo no puede decir.

—Muy bien, puede retirarse.

Hallet volvióse hacia Minerva y Amos.

—Veamos qué ha sacado en limpio el amigo Charlie —dijo, y les precedió en dirección al *lanai*.

La figura del voluminoso chino, arrodillado junto a una mesa, era realmente grotesca. Al entrar Hallet y sus acompañantes se puso trabajosamente en pie.

—¿Encontró el cuchillo, Charlie? —preguntó el capitán.

Chan movió la cabeza.

—Ningún cuchillo está presente en alrededores de crimen —anunció.

—En esa mesa había un kris malayo que se utilizaba como abrecartas... —empezó Minerva.

El chino asintió, levantando el kris de la mesa.

—Kris permanece aún aquí, no tocado, no manchado —dijo—. Persona que hizo asesinato trajo arma particular.

—¿Qué hay de las huellas dactilares? —preguntó Hallet.

—Teniendo en cuenta reciente descubrimiento de Charlie, investigación de huellas dactilares es innecesario —replicó Chan, mostrando en la palma de la mano

un botoncito de nácar—. Caído de guante de cabritilla —explicó—. Guantes. Truco antiguo de cerebros criminales. Ninguna huella dactilar.

—¿Es esto todo lo que ha encontrado? —preguntó su jefe.

—Muchos y sinceros esfuerzos de Charlie no han tenido más buen premio —replicó el chino—. Sin embargo, hago mención de esto —De encima de la mesa cogió un libro encuadernado en cuero—. Aquí están escritos nombres de visitantes que han hecho goce de hospitalidad en esta casa. Libro de huéspedes, creo que se llama. Usted hará descubrimiento de que una de las primeras páginas ha sido arrancada sin piedad. Cuando Charlie Chan hizo encuentro, ejemplar estaba abierto por sitio de violencia.

El capitán Hallet cogió el libro.

—Muy bien, Charlie —dijo—. Este caso es suyo.

Los oblicuos ojillos chispearon de placer.

—Mucho interés —murmuró Chan.

Hallet dio unos golpecitos sobre el libro de notas, que había guardado en un bolsillo.

—Aquí tengo unos cuantos datos para usted —dijo—. Más tarde los ordenaremos. —Durante un momento examinó el *lanai*—. Realmente, no estamos sobrados de pruebas. Un botón de guante, una página arrancada de un libro. Y un reloj de pulsera con una esfera luminosa cuya cifra dos está estropeada. —Al oír este detalle, los ojos de Chan se abrieron por completo—. No es mucho por ahora, Charlie.

—Quizá más cosas harán aparición —sugirió el chino—. ¿Quién puede decir que no?

—Vámonos —continuó Hallet. Volvióse hacia Minerva y Amos—. Supongo que ustedes querrán descansar un poco. Mañana tendremos que molestarles otra vez.

Minerva miró fijamente al chino.

—La persona que ha hecho esto debe ser detenida —dijo con firmeza.

Charlie la miró, soñolientamente.

—Cosa que ha de ser, será —replicó, con cantarina voz.

—Conozco la máxima —dijo, con sequedad, Minerva—. Es de su Confucio. Pero se trata de una doctrina para seres abúlicos, y yo no la apruebo.



—Lo que haya de ser, será—dijo, con cantarina voz

Una tenue sonrisa aleteó sobre el rostro del detective.

—No tenga temor —dijo—. Destino tiene ocupaciones grandes, y hombre debe hacer mucho para prestarle ayuda. Hago promesa a usted de que abulia no hará entrada en Charlie Chan. —Se acercó más—. Ruego humildemente me perdone por hacer mención de que noto en ojos de usted leve llama de hostilidad. Pido a bondad de usted que apague esa llama. Entre nosotros es necesaria amistosa cooperación. — A pesar de su faja logró inclinarse hasta el suelo—. Hago deseo de excelente mañana —añadió, siguiendo a Hallet.

—De todas las cosas...

—No te preocupes por Charlie —dijo Amos—. Tiene fama de no dejar escapar a

ningún criminal. Ahora vete a la cama. Yo me quedaré aquí y avisaré a... a las personas que deben ser avisadas.

—Bien, pues, iré a descansar un rato. Tengo que ir pronto al muelle. ¡Pobre Bárbara! También llega John Quincy. —Una forzada sonrisa le cruzó el rostro—. Me temo que John Quincy no apruebe esto.

Desde la ventana de su cuarto. Minerva pudo ver que la noche estaba muriendo. Los esbeltos cocoteros aparecían envueltos en una niebla gris. Cambiando su traje por un kimono, tendióse en la cama, bajo el mosquitero. Durmió un poco y de nuevo se asomó a la ventana. El día había llegado ya, disolviendo la niebla. El mundo que estaba ante los cansados ojos de la dama era del color de la rosa y la esmeralda.

La frescura de la escena la reanimó. Los vientos alisios volvían a soplar. ¡Pobre Dan! ¡Él, que tanto ansiaba su regreso! La noche había obrado su magia en las flores del *hau*, transformándolas, de amarinas, en un hermoso color caoba; durante la, mañana irían cayendo una a una, sobre la arena. En un lejano algarrobo, una bandada de pájaros *myna* saludaba el nuevo día. Un grupo de nadadores salió de una casa próxima para sumergirse alegremente en la resaca.

Oyóse un suave golpecito en la puerta, y Kamaikui entró en la habitación. Sin pronunciar palabra, colocó un pequeño objeto en la mano de Minerva.

Era una curiosa pieza de joyería antigua; un broche. Sobre un fondo de ónix destacábase un árbol con hojas que eran esmeraldas, frutas hechas de rubíes y todo cubierto de una escarcha de diamantes.

—¿Qué es esto, Kamaikui? —preguntó.

—Señor Dan tiene muchos, muchos años, joya esa. Hace un mes él da a una mujer de abajo, en playa.

Minerva entornó los ojos.

—¿A la mujer que llaman la «Viuda de Waikiki»?

—Sí.

—¿Cómo llegó esto a tu poder, Kamaikui?

—Yo recoge de suelo de *lanai*. Antes que policías vienen.

—Bien —asintió Minerva—. No digas nada de esto, Kamaikui. Yo cuidaré de ello.

—Muy bien. —Y la mujer salió del cuarto.

Minerva permaneció muy erguida, contemplando la antigua joya que estaba en una de sus manos. Por lo menos debía remontarse a las postrimerías del mil ochocientos.

Muy cerca, encima de la casa, oyóse el fuerte zumbido de un aeroplano. La dama volvió a la ventana. Un joven teniente del ejército aéreo, enamorado de una hermosa muchacha de la playa, acostumbraba a hacerle oír cada mañana la serenata de su motor. La mayoría de los bañistas no apreciaba este acto, pero los ojos de Minerva se humedecieron mientras contemplaba las acrobacias del piloto sobre la playa.

Juventud y amor, el principio de la vida. Y, en el lecho del *lanai*, Dan y... el fin.

VIII. La llegada

Fuera del puerto, cerca del canal de entrada, el «President Tyler» permanecía tan inmóvil como Diamond Head.

Desde su puesto, junto a la barandilla, John Quincy Winterslip vio por vez primera Honolulu. No tuvo la impresión de haber estado antes allí; aquella era una tierra extraña. Algunas millas a lo lejos, vio la línea de los muelles y los feos tinglados; en seguida una vasta extensión de un verde brillante, perforada de trecho en trecho por la cúpula de algún modesto rascacielos. Detrás de la ciudad una hilera de cumbres de cristalino azul montaban la guardia, destacándose sobre el azul purísimo del cielo.

Una lanchita del lazareto se detuvo orgullosamente junto al enorme navío, y un médico, con uniforme caqui, subió por la escala de cuerda, saltando al puente no lejos de donde se encontraba el joven. John Quincy asombróse de la vitalidad de aquel hombre. Él sentía un agotamiento total. El ambiente era húmedo y pesado, pues la brisa producida por el movimiento del barco había desaparecido para siempre. La oleada de energía que le invadió en San Francisco no era más que un grato recuerdo. Se apoyó, rendido, en la barandilla, contemplando, sin verlo, el deslumbrante panorama tropical que se extendía ante él.

En su lugar vio una tranquila y bien amueblada oficina de Boston, donde en aquel mismo instante las máquinas de escribir estarían tecleando agradablemente, mientras el indicador eléctrico de las cotizaciones de Bolsa trazaba la historia comercial de otro día. Dentro de unas horas, teniendo en cuenta la considerable diferencia de tiempo, cerraríase el mercado, y sus amigos de la gran ciudad montarían en sus autos, marchando en dirección al más próximo de los campos de golf. Acabado el partido, una tranquila y bien servida cena, y después una apacible velada con algún libro entre las manos. La vida siguiendo su curso, natural, sin bruscas interrupciones o turbadores incidentes; desprovista de cofres misteriosos, de encuentros en los áticos, de asistencia a molestas escenas de amor, de primos con pasados oscuros... De pronto John Quincy recordó que aquella mañana debería mirar cara a cara a Dan Winterslip, para decirle que había sido un poco lento con los puños. ¡Bien —se irguió, resuelto—, cuanto antes acabara aquello, mejor!

Harry Jennison acercóse por el puente, sonriente y vigoroso, vestido de inmaculada blancura desde la cabeza hasta los pies.

—¡Ya hemos llegado! —exclamó—. ¡Estamos en el umbral del paraíso!

—¿Usted cree? —murmuró John Quincy.

—Lo sé —contestó Jennison—. Estas islas son algo único en el mundo. ¿Recuerda lo que dijo Mark Twain...?

—¿Ha visitado Boston? —interrumpióle John.

—Una vez —replicó brevemente Jennison—. Aquella que se ve al fondo de la ciudad es la montaña de Punch Bowl, y más allá está Tantalus. Un día le llevaré a la

cumbre. Se goza de una vista maravillosa. ¿Ve ese edificio tan grande? Es la Van Patten Trust Company; mi despacho está en el último piso. La única desventaja de volver a casa es que también se debe volver al trabajo.

—No comprendo que nadie pueda trabajar en este clima.

—¡Oh, nos lo tomamos con calma! Aquí no se puede mantener el paso de ustedes, los habitantes del continente. De vez en cuando viene algún dinámico enviado de los Estados Unidos y trata de hacernos correr. —Rió—. Se muere de asco y le enterramos con toda parsimonia. ¿Baja a almorzar?

John Quincy le acompañó al comedor, donde les esperaban la señora Maynard y Bárbara. Las mejillas de la anciana aparecían arreboladas y sus ojos resplandecientes; Bárbara también estaba alegre. La emoción de llegar a casa hacía feliz, pero, ¿su dicha era debida sólo a eso? John Quincy, al darse cuenta de la sonrisa con que acogió a Jennison, deseó estar menos enterado de aquel asunto.

—Prepárate para una emoción, John Quincy —dijo la joven—. El desembarco en Hawai no tiene igual en el mundo. Claro que este es un barco correo y no es recibido como los transatlánticos de Matson. Pero como habrá una muchedumbre importante esperando al «Matsonia», que ha de entrar en el puerto al mismo tiempo que nosotros, nos aprovecharemos de los *alohas* que le dediquen.

—¿De qué dices que nos aprovecharemos? —Inquirió el joven.

—*Aloha* significa buena bienvenida. Te daré todos mis *leis*^[6], John Quincy, sólo para demostrarte lo alegre que se siente Honolulu de que al fin hayas llegado.

El joven volvió hacia la señora Maynard.

—Para usted eso debe de ser antiguo, ¿verdad?

—No lo creo. Siempre es nuevo. Ciento veintiocho veces... y, sin embargo, me siento tan emocionada como si regresase de la universidad. —Lanzó un suspiro—. ¡Ciento veintiocho veces! Muchos de los que, en un tiempo, colgaron *leis* en mi cuello se han marchado para siempre. No me esperarán... por lo menos en el muelle.

—No hablemos de esas cosas —reprendió Bárbara—. Esta mañana sólo ha de haber pensamientos felices. Hoy es el día del barco.

Nadie tuvo gana de comer, por lo que el desayuno fue breve. John Quincy regresó a su camarote, donde encontró a Bowker cerrando su equipaje.

—Creo que ya está todo listo, señor —dijo el camarero—. Ayer noche terminé aquel libro. Lo encontrará usted en su baúl. Pronto entraremos en el puerto. Mucha suerte, y no olvide lo que le dije acerca del *okolehau*.

—Está grabado en mi memoria —sonrió John—. Tenga, esto para usted.

Bowker dirigió una mirada al billete de banco y se lo guardó en el bolsillo.

—Es usted muy generoso, señor —dijo, calurosamente—. Esto compensa el dólar por cabeza que obtendré de los dos misioneros, cuando lleguemos a China. ¡Y eso, si estoy de suerte! Desde luego para mí es bastante desagradable aceptar dinero de un amigo de Tim...

—Vaya por los informes que me ha facilitado usted —replicó John,

disponiéndose a seguir a Bowker al puente.

—Ahí la tiene —anunció el camarero, deteniéndose junto a la barandilla—. Honolulu. Los mares del Sur con cuello de pajarita y guiando un Ford. Polinesia con todos los beneficios de la civilización blanca. ¡Suerte que zarpamos a las ocho de la noche!

—¿No le atrae el Paraíso? —inquirió John Quincy.

—No. No me atrae esa ni ninguna de las tierras de brillantes colores que mis pobres pies se ven obligados a hollar. Estoy harto de los trópicos. —Se acercó un poco más—. Deseo colgar ya mi gorra en algún sitio y dejarla que se cubra de polvo. Quiero adquirir un pequeño periódico en alguna ciudad de provincias y morirme de hambre en mi intento de sacarlo adelante. ¡Qué final tan feliz! En fin, tal vez logre realizar en breve mi sueño.

—Así lo espero.

—Yo también. Le deseo una feliz estancia en Honolulu. Y una última palabra de aviso... No permanezca mucho tiempo en Hawai.

—No es ese mi deseo —aseguró John.

—Eso es lo que todos dicen. Este país es un lugar peligroso. Cada día ponen flores de loto en la comida^[7]. Lo primero que se olvida es el lugar donde se dejó la maleta. Adiós, señor.

Con un ademán de despedida, el amigo de Tim alejóse por él puente. En medio de un tumulto enorme, John Quincy ocupó su puesto en la cola formada para el examen médico, sufrió el cuidadoso escrutinio de un oficial de la emigración, quien, tras muchas vacilaciones, admitió la posibilidad de que Boston formara parte de los Estados Unidos, y al fin le dejaron en libertad para que hiciera lo que le viniese en gana y pensase hasta quemar el cerebro.

El «President Tyler» se acercaba lentamente al muelle. Los excitados pasajeros recorrían sus puentes, examinando el panorama de vez en cuando a través de los cristales de sus prismáticos. John notó que, a pesar de lo temprano de la hora, el muelle estaba rebosante de público. Bárbara se detuvo junto a él.

—¡Pobre papá! —dijo—. Ha pasado nada menos que nueve meses sin mí. Esta será una gran mañana en su vida. Te gustará papá, John.

—Estoy seguro —afirmó, convencido, John Quincy.

—Papá es uno de los... —Jennison se reunió con ellos—. Harry, ¿quieres decirle al camarero que, cuando desembarquemos, haga llevar a tierra mi equipaje?

—Ya se lo he dicho —contestó Jennison—. Y también le he dado la propina.

—Gracias. Estaba tan emocionada que me olvidé de hacerlo.

La joven se inclinó ansiosamente sobre la barandilla, mirando hacia tierra. Sus ojos brillaban.

—No le veo aún —dijo.

Podían oírse ya las alegres voces y exclamaciones de los que esperaban en el muelle. El enorme barco se fue acercando con cautela.

—¡Allí está tía Minerva! —exclamó John. Aquella pequeña reminiscencia de su hogar, en medio de la multitud, era muy agradable—. ¿Está tu padre con ella? — Señaló un hombre alto, de aspecto anémico, que estaba junto a la dama.

—No veo... ¿dónde?... —empezó Bárbara—. ¡Oh! ¡Pero si es tío Amos!

—¿Ese es Amos? —inquirió, sin interés, John.

Pero la muchacha había hecho presa en su brazo y el joven, al volverse, vio una enorme inquietud reflejada en los ojos de su prima.

—¿Qué significará eso? —exclamó Bárbara—. ¡No veo —a papá! No le veo por ningún sitio.

—Estará entre la gente.

—¡No, no... no comprendes! ¡Tío Amos! ¡Estoy asustada!

John Quincy no pudo entender el significado de aquellas palabras, pero no había tiempo de ponerlas en claro. Jennison abrióse paso entre los pasajeros, seguido de Bárbara y del joven. Fueron los primeros en desembarcar. Minerva y Amos estaban al pie de la pasadera.

—¡Oh, Bárbara! —Minerva abrazó y besó amorosamente a su sobrina. Luego volvióse hacia John—. Bien, ya estás aquí...

Faltaba algo en aquel recibimiento. John Quincy lo notó en seguida.

—¿Dónde está papá? —inquirió, ansiosa, Bárbara.

—Ya te explicaré en el auto... —observó Minerva.

—¡No, ahora! ¡Ahora! ¡Debo saberlo ahora!

La multitud agitábase a su alrededor, lanzando gritos de bienvenida; la Real Banda Hawaiana atacó una alegre marcha; carnaval estaba en el aire.

—Tu padre ha muerto, Bárbara —dijo Minerva.

John Quincy vio vacilar la grácil figura de la joven, pero fue Harry Jennison quien la sostuvo.

Durante un segundo permaneció apoyada en el abogado.

—Bien —dijo, al fin—. Podemos ir a casa. —Y, como una verdadera Winterslip, se dirigió, con paso firme, hacia la calle.

Amos perdióse entre la muchedumbre, pero, Jennison les acompañó hasta el coche.

—Iré con vosotros —dijo a Bárbara, quien no pareció oírle.

Los cuatro se metieron en la *limousine*, un momento después dejaban atrás el alegre clamor del puerto.

Nadie hablaba. No obstante estar corridas las cortinillas, un caliente rayo de sol fue a caer sobre las rodillas de John. Estaba éste un poco aturdido. Era muy desconcertante la noticia de la muerte de primo Dan. Debió de ser repentina. Al dirigir una mirada al pálido rostro de su prima sintió que se le oprimía el corazón.

Bárbara apoyó una fría mano en la de él.

—Este no es el recibimiento que te prometí, John —dijo, con voz débil.

—¡Eso no tiene la menor importancia, Bárbara!

No se dijo nada más durante todo el camino. Cuando llegaron a casa de Dan, Bárbara y Minerva subieron inmediatamente al primer piso. El abogado desapareció por una puerta a la izquierda; sin duda conocía el edificio. Haku mostróse dispuesto a enseñar al joven su habitación, y éste le siguió.

Una vez abierto su equipaje, John Quincy bajó de nuevo. Minerva le esperaba en el saloncito. Del otro lado de la cortina de bambú que pendía de la puerta que daba al *lanai*, llegaba un claro rumor de voces de hombre.

—Bueno. ¿Cómo te encuentras? —preguntó John.

—Mejor que nunca —aseguró su tía.

—Mamá estaba preocupada contigo. Creía ya que no ibas a volver nunca a casa.

—Yo también empecé a creerlo.

John la miró, asombrado.

—Algunas de las acciones que dejaste a mi cuidado han sido amortizadas. Yo no sabía lo que deseabas, hacer con ellas.

—¿Acciones? ¿Qué es eso?

Sin hacer caso de la ironía, John prosiguió:

—Era ya tiempo de que alguien viniese a devolverte el sentido.

—¿Lo crees así?

Un ruido en el piso de encima recordó a John Quincy el desagradable suceso.

—¿Fue repentina la... muerte de primo Dan? —preguntó.

—Asombrosamente repentina.

—Pues, me parece que nuestra permanencia en esta casa es..., es una... Bueno, me parece que permanecer mucho tiempo aquí, en estas circunstancias, sería una intrusión. Debemos irnos a casa lo antes posible. Será mejor que encargue los camarotes.

—No es necesario que te molestes —dijo, secamente, Minerva—. No me moveré hasta ver ante la Justicia a la persona que hizo eso.

—¿La persona que hizo qué?

—La que asesinó a Dan.

John Quincy quedóse boquiabierto, y su rostro registró una amplia y variada serie de emociones.

—¡Dios mío! —exclamó.

—No pongas esa cara —dijo su tía—. La familia Winterslip no se termina aunque muera uno de sus miembros.

—De todas formas, bien pensado, no me sorprende —comentó John—. ¡La de cosas que he descubierto sobre primo Dan! Me extraña...

—No sigas —interrumpióle su tía—. Estás hablando como Amos, lo cual no es ninguna alabanza. No has conocido a Dan. Yo sí... y le apreciaba. Me quedo y haré cuanto pueda para ayudar a descubrir al asesino. ¡Y lo mismo harás tú!

—Perdón. Yo no.

—No me contradigas. Deseo que tomes parte activa en las investigaciones. La

Policía no vale gran cosa en un lugar como éste. Recibirá encantada tu ayuda.

—¡Mi ayuda! No soy detective. ¿Qué te ha pasado? ¿Por qué quieres que vaya de un lado a otro, husmeando?

—Por la sencilla razón de que, si no vamos con tiento, este suceso dará origen a algún escándalo. Si tú andas de por medio podrás evitar que se haga innecesaria publicidad. Es por el bien de Bárbara.

—Muchas gracias, tía Minerva. Pienso salir para Boston dentro de tres días y tú harás lo mismo. Empieza a arreglar las maletas.

Minerva echóse a reír.

—Hablando así me recuerdas a tu padre —dijo—. Sin embargo, nunca obtuvo nada de esa manera. Salgamos al *lanai* y te presentaré a algunos, agentes.

John Quincy recibió esta invitación con el despectivo silencio que, a su parecer, merecía. Entretanto, la cortina de bambú fue corrida y los policías entraron en el saloncito. Jennison les acompañaba.

—Buenos días, capitán Hallet —saludó Minerva—. ¿Me permite que le presente mi sobrino, John Quincy Winterslip, de Boston?

—Con mucho gusto —replicó el aludido.

—¿Cómo está usted? —saludó John, con abatimiento. Por fin le habían enredado en aquel asunto.

—Este señor —prosiguió tía Minerva— es el detective Charlie Chan, de la policía de Honolulu.

John Quincy habíase creído prevenido contra todo, pero...

—Se... señor Chan —tartamudeó.

—Simples palabras carecen de fuerza para hacer expresión de ilimitado goce que siente Charlie por encuentro con representante de antigua civilización de Boston.

—Es un suceso increíble, señorita Winterslip —dijo Harry Jennison—. Como usted tal vez sabrá, yo era el abogado de su pobre primo. Era también amigo suyo. Por ello espero no tome a mal que me interese por los asuntos de esta casa.

—En absoluto —aseguró Minerva—. Necesitamos toda la ayuda que podamos conseguir.

El capitán Hallet había sacado un papel del bolsillo y se lo mostró a John Quincy.

—Joven —empezó—. Estaba deseando hablar con usted. Ayer noche su señora tía me habló de un cablegrama recibido por el señor Winterslip hace cosa de una semana, y que, según ella, le irritó profundamente. La compañía del cable me ha entregado una copia del citado mensaje. Se la leeré:

«John Quincy zarpa en el «*President Tyler*». Punto. Debido a desgraciado accidente sale de aquí con manos vacías.

»Roger Winterslip».

—¿Y qué? —preguntó con altivez John.

—Tenga la bondad de explicar este cablegrama.

John Quincy irguióse.

—Es estrictamente privado —dijo—. Un asunto de familia.

El capitán Hallet dirigióle una rápida mirada al mismo tiempo que decía:

—Está usted en un error. Nada de cuanto se refiere al señor Dan Winterslip es ahora privado. Explíqueme el significado del cable lo antes posible. Esta mañana estoy muy ocupado.

—Siempre he dicho... —empezó.

—John —interrumpióle Minerva—. ¡Haz lo que te dicen!

Bien, ya que ella deseaba que se aireasen los secretos de familia... De mala gana el joven explicó lo de la carta de Dan Winterslip y el incidente ocurrido en el ático de la casa de San Francisco.

—Un cofre de ébano y cobre —repitió el capitán—. Con las iniciales T. M. B. ¿Lo ha anotado, Charlie?

—Está escrito en libreta —dijo Chan.

—¿Tiene alguna idea del contenido del cofre? —preguntó Hallet.

—Ni la más mínima.

Hallet volvióse hacia Minerva.

—¿No sabía usted nada de todo eso? —preguntó.

Minerva dijo que no.

—Bien —continuó Hallet—. Una sola cosa más y nos vamos. Hemos hecho una detallada investigación del escenario del crimen. Por desgracia no ha dado ningún resultado práctico. Sin embargo, en el jardín, junto al *lanai*, Charlie ha hecho un descubrimiento.

Chan avanzó, mostrando un pequeño objeto blanco en la palma de la mano.

—Medio cigarrillo —anunció—. Muy reciente, no tiene manchas de tiempo. Nombre suyo es Corsican. Hacen fabricación en Londres, e ingleses hacen mucho uso.

Hallet dirigióse de nuevo a Minerva.

—¿Fumaba cigarrillos Dan Winterslip?

—No. Fumaba cigarros o en pipa, pero nunca cigarrillos.

—Usted era la única ocupante de la casa, aparte de su primo, ¿verdad?

—No tengo el vicio de fumar —replicó altivamente Minerva—. Por más que aun no es demasiado tarde para adquirirlo.

—Acaso los criados —prosiguió Hallet.

—Puede que alguno de los criados fume cigarrillos, pero no es fácil que sean de esa marca. No creo que estén en venta en Honolulu.

—No, no lo están —asintió el policía—. Pero Charlie me ha dicho que la misma fábrica los mete en latas soldadas y se los manda a los ingleses de todo el mundo. Bien, tómelo, Charlie. —El chino guardó cuidadosamente la colilla en su cuaderno de notas—. Me voy a la playa, a cambiar unas palabras con Jim Egan —añadió.

—Iré con ustedes —indicó Jennison—. Tal vez pueda ayudarles.

—Desde luego, venga —replicó cordialmente Hallet.

—Capitán Hallet —intervino Minerva—. Desearía que algún miembro de la familia permaneciese en contacto con usted, a fin de prestarle toda la ayuda posible. Mi sobrino estará muy satisfecho si puede acompañarle.

—Perdón —dijo con frialdad John Quincy—. Estás en un profundo error. No tengo la menor intención de unirme a la Policía.

—Como usted quiera —dijo el capitán. Volvióse hacia Minerva y continuó—: Confío en usted para la ayuda que necesite. Tiene usted un cerebro privilegiado. Es algo que se ve a primera vista.

—Muchas gracias.

—Es tan perfecto como el de un hombre —añadió Hallet.

—¡Oh! Ya ha estropeado usted el cumplido. Buenos días.

Los tres hombres salieron al brillante sol del jardín. John Quincy, al quedarse solo con ella, se dio cuenta de que, en aquellos momentos, no gozaba de la simpatía de Minerva.

—Subiré a cambiarme de ropa —dijo con evidente malestar—. Más tarde hablaremos de todo esto...

Saliendo al vestíbulo, se detuvo al pie de la escalera.

De arriba llegó un leve gemido de angustia. Bárbara. ¡Pobre Bárbara! ¡Tan feliz una hora antes, y en cambio ahora...!

John Quincy notó que le ardía la cabeza y que la sangre se le agolpaba en las sienes. ¿Cómo se había atrevido alguien a matar a un Winterslip? ¿Cómo se había atrevido alguien a causar aquel dolor a prima Bárbara? Cerró con fuerza los puños y por un instante tuvo la idea de que también él era capaz de matar.

¡Acción... necesitaba acción! Cruzó corriendo el saloncito, pasando ante la asombrada Minerva. En el jardín hallábase un auto, ocupado ya por tres hombres.

—¡Un momento! —gritó el joven—. Voy con ustedes.

—Vamos, pues —contestó Hallet.

El coche se puso en movimiento, abandonando la arena del jardín por el caliente asfalto de la carretera de Kalya. John Quincy sentóse muy erguido, brillante la mirada, junto a un grueso y sonriente chino.

IX. En «El Arrecife y la Palmera»

Llegaron a la avenida de Kalakaua y, torciendo bruscamente a la derecha, el capitán Hallet siguió adelante. Como el auto era descubierto, John Quincy pudo gozar de un maravilloso panorama. Cuando, siendo niño, iba a la Iglesia Unitaria, oyó hablar mucho del cielo y en su juvenil imaginación se lo había representado como algo parecido a lo que estaba viendo. Una tierra cálida, lánguida, pintada con los colores más brillantes del Universo.

Blancas nubes envolvían las cumbres de lejanas montañas, cuyas laderas resplandecían con el follaje tropical. Oíase muy cerca el monótono romper de las olas en la playa. De cuando en cuando se descubría un trozo de agua verde manzana y una deslumbrante y blanca línea de arena. «¡Oh Waikiki! ¡Oh escenario de paz...!» ¿Cuál era la continuación del poema que Minerva copió en su última carta, en la cual anunciaba que iba a quedarse indefinidamente en el archipiélago? «Y al contemplarla desde los cielos, los ángeles sonríen a Waikiki». Sentimental. Pero el sentimentalismo era algo íntimamente unido a Hawai. Haber visitado el país era comprender y perdonar.

John Quincy no se entretuvo en coger un sombrero, y el sol caía fieramente sobre sus castaños cabellos. Charlie Chan le dirigió una mirada.

—Pido humildemente perdón —dijo—, pero no es sabio salir sin proteger cabeza. Sobre todo siendo usted un *malihini*.

—¿Un qué?

—Palabra de Charlie no lleva ofensa. *Malihini*... forastero, recién venido.

—¡Oh! —John miró con curiosidad a su interlocutor—. ¿Es usted un *malihini*?

—No —sonrió Chan—. Charlie es *kamaaina*... antiguo, veterano. Haciendo más lejana persecución de verdad; Charlie Chan ha estado veinticinco años en archipiélago.

Al pasar frente a un enorme hotel, John vio Diamond Head, el imponente guardián, al otro extremo de la hermosa bahía. Poco después el capitán detuvo el auto y los cuatro hombres se apearon. Detrás de una vieja valla extendíase un jardín que podía haber sido una mejorada reproducción del Edén.

Entraron por una puerta, que sujetaba una sola bisagra internándose por un descuidado sendero. A los pocos segundos se encontraban ante un viejo edificio. John Quincy vio que la mayor parte del mismo se extendía sobre el agua. Era de dos pisos, con balcones en los lados y en la parte trasera. Indudablemente en un tiempo aquello fue un sitio de lujo. Floridas enredaderas trepaban por los muros, en un amable intento de ocultar al mundo las imperfecciones de la casa.

—Algún día pilares que hacen sostenimiento de edificio sufrirán desintegración —anunció con solemnidad Charlie—. Y entonces Arrecife y Palmera descenderán al mar con horrible ruido.

Al acercarse más, John Quincy tuvo la impresión de que la profecía del chino iba

a realizarse de un momento a otro. Se detuvieron al pie de una ruinoso escalinata que conducía a la puerta principal. En aquel instante un hombre salió, presuroso, de «El Arrecife y la Palmera». Su traje, en un tiempo blanco, era amarillo suelo; su rostro estaba cubierto de arrugas y sus ojos reflejaban cansancio y desilusión. Pero, como el hotel, parecía ser poseedor de un pasado distinguido.

—Señor Egan —dijo el capitán Hallet.

—¡Oh! ¿Cómo está usted? —replicó el hombre, con un acento que recordó a John Quincy su encuentro en San Francisco con el capitán inglés Arthur Temple Cope.

—Deseamos hablarle —anunció con viveza el policía.

Una sombra oscureció el rostro de Egan.

—Lo siento infinito, pero tengo que acudir a una cita muy importante y ya me he retrasado —contestó—. Otro rato...

—¡Ahora! —interrumpióle Hallet. La palabra sonó en el aire como un cohete.

—Imposible —replicó Egan, sin levantar la voz—. Nada en el mundo puede impedirme ir al muelle esta mañana...

—¡Entremos! —dijo Hallet, cogiéndole del brazo.

Egan enrojeció.

—¡Quíteme usted la mano de encima! ¿Con qué derecho...?

—Cuidado, Egan —advirtió, irritado. Hallet—. Ya sabe usted por qué estoy aquí.

—No lo sé, ¿por qué iba a saberlo?

Hallet miró fijamente al hombre.

—Ayer noche fue asesinado Dan Winterslip —dijo.

Jim Egan quitóse el sombrero y miró con desesperación hacia la avenida Kalakaua.

—Ya lo he leído en el periódico de la mañana —replicó—. ¿Qué tiene que ver eso conmigo?

—Usted fue la última persona que le vio vivo. Y ahora basta de hacer el tonto, y entre en el hotel.

Egan dirigió una última mirada a la calle, donde un tranvía marchaba en dirección a la ciudad, situada a cinco kilómetros de distancia. Luego, bajando la cabeza, entró en el hotel.

Llegaron a un vestíbulo amueblado con pobreza, ocupado sólo por un turista que escribía tarjetas postales en una mesa, y un sucio japonés recostado en un mostrador.

—Por aquí —indicó Egan.

Los demás le siguieron hasta un pequeño despacho particular, situado detrás del mostrador. En el aposento todo era desorden; había por doquier polvorientos montones de revistas y periódicos; viejos libros de contabilidad llenaban el suelo. De una pared pendía un retrato de la Reina Victoria; numerosos recortes de revistas inglesas habían sido clavados en las paredes, sin orden ni concierto. Jennison extendió cuidadosamente un periódico sobre el antepecho de la ventana y allí se sentó. Egan dispuso unas sillas para Hallet, Chan y John Quincy, y él acomodóse ante

un viejo buró.

—Si tiene usted la bondad de ser breve, capitán, quizá tenga tiempo... —sugirió Egan, dirigiendo una mirada al reloj.

—No se preocupe —replicó secamente Hallet. Sus modales eran totalmente distintos de los empleados en casa de los importantes Winterslip—. Vayamos a lo que interesa. —Volvióse hacia Chan—. ¿Tiene preparado su cuaderno, Charlie?

—Disposiciones están tomadas —contestó éste, con el lápiz sobre el cuaderno de notas.

—Muy bien. —Hallet acercó más su silla al buró—. Ahora, Egan, pase por la prueba y procure salir limpio de ella. Sé que ayer noche, alrededor de las siete y media, llamó por teléfono a Dan Winterslip e intentó dejar sin efecto una cita que tenía con él. Él rehusó hacerlo, e insistió en verle a las once. A esa hora fue usted a su casa. Tuvieron una conversación bastante movida. A la una y veinticinco el señor Winterslip fue encontrado muerto. ¡Asesinado, Egan! Ahora, explíquese usted.

Jim Egan pasóse los dedos por sus crespos cabellos, en un tiempo pajizos pero en la actualidad casi enteramente grises.

—Todo lo que ha dicho usted es verdad —contestó—. ¿Tiene inconveniente en que fume? —Sacó una pitillera de plata y de ella un cigarrillo. Al encender la cerilla, la mano le temblaba ligeramente—. Yo le había dicho a Dan Winterslip que quería verle ayer —continuó—. Sin embargo, durante el día cambié de parecer. Cuando le telefoneé para decírselo, insistió en verme ayer a las once de la noche, y acudí.

—¿Quién le abrió? —preguntó Hallet.

—Winterslip me esperaba en el jardín. Entramos en la casa...

Hallet lanzó una mirada al cigarrillo de Egan.

—¿Por la puerta que conduce directamente al saloncito? —preguntó.

—No. Por la principal. Winterslip me condujo al *lanai* y charlamos acerca de... del asunto que me había llevado allí. Cuando cosa de media hora más tarde, me marché, Winterslip estaba vivo... y de buen humor. Sonreía.

—¿Por qué puerta salió?

—Por la misma que entré.

—Bien. —Hallet contempló un momento, pensativo, a Egan—. ¿Volvió a la casa, más tarde?

—No —apresuróse a contestar Egan—. Vine directamente aquí, y me acosté.

—¿Quién le vio?

—Nadie. Mi empleado termina, su trabajo a las once. El hotel está abierto, pero nadie se queda a cuidarlo. Mis clientes son... pocos.

—Llegó usted a las once y media y se fue a la cama —dijo Hallet—. Pero nadie le vio. Ahora, dígame, ¿estaba usted en buenas relaciones con Dan Winterslip?

Egan movió la cabeza.

—En los veintitrés años que han transcurrido desde que llegué a Honolulu no había hablado con él hasta ayer por la mañana, cuando le llamé por teléfono.

—¡Hum! —Hallet recostóse en su asiento y habló con mayor amabilidad—. Tengo entendido que usted, cuando era joven, viajó bastante, ¿no?

—Sí, corrí mucho mundo —admitió Egan—. Tenía dieciocho años cuando salí de Inglaterra...

—Por consejo de su familia —sonrió el capitán.

—¿Y eso qué le importa a usted? —el rostro de Egan se puso rojo.

—¿Adónde fue?

—A Australia. Trabajé en un rancho. Más tarde, fui a Melbourne.

—¿Trabajando en...? —insistió el capitán.

—En... un banco.

—Un banco, ¿eh? ¿Y luego...?

—Los mares del Sur. Vagué por ellos... Yo era muy inquieto...

—Traficaba en carne humana, ¿no?

Egan enrojeció de nuevo.

—Ha habido ocasiones, en mi vida, en que nos he sido un santo, pero...

—Un momento —interrumpióle Hallet—. Lo que deseo saber es si, mientras vagó por el mundo, tropezó, por casualidad, con Dan Winterslip.

—Tal vez.

—¿Qué significa eso? ¿Sí o no?

—Pues... sí. Una vez, en Melbourne. Pero fue un encuentro sin importancia. Tan sin importancia que Winterslip lo había olvidado por completo.

—Pero usted no. Y ayer por la mañana, después de veintitrés años de silencio, le llamó por teléfono. El negocio debía de ser muy urgente.

—Sí, le llamé.

Hallet aproximóse al dueño del hotel.

—Muy bien, Egan. Hemos llegado a la parte más importante de su declaración. ¿Qué negocio era ése?

Un profundo silencio cayó sobre el pequeño despacho. El inglés, tras de mirar fijamente a Hallet, contestó con voz serena:

—No puedo decírselo.

Esta vez le tocó enrojecer al capitán.

—Ya lo creo que puede. ¡Y va a hacerlo!

—Nunca —replicó Egan, sin levantar la voz.

El capitán dirigióle una feroz mirada.

—Me parece que no se da cuenta de su situación.

—Me doy perfecta cuenta.

—Quizá si estuviéramos solos usted y yo...

—No se lo diré bajo ninguna circunstancia... Hallet.

—Tal vez hable ante el fiscal...

—¿Cuántas veces se lo tengo que repetir? —exclamó Egan—. No contaré a nadie mis asuntos con Winterslip. A nadie, ¿lo entiende? —y con un brusco movimiento

aplastó el medio cigarrillo en el cenicero.

John Quincy notó que Hallet miraba a Chan y movía la cabeza. El chino apoderóse de la colilla, y una sonrisa de felicidad iluminó su rostro.

—¡Marca Corsican! —exclamó triunfalmente, tendiendo el cigarrillo a su jefe.

—¡Ah! ¿Los fuma usted corrientemente? —preguntó Hallet.

Una expresión de sobresalto cruzó el cansado rostro de Egan.

—No.

—Tengo entendido que esa marca no se vende en el archipiélago.

—No, creo que no.

El capitán Hallet tendió la mano.

—Déme su pitillera, Egan. —El inglés obedeció y Hallet apresuróse a abrirla—. ¡Hum! Veo que ha conseguido unos cuantos.

—Sí. Me los dieron.

—¿De veras? ¿Quién?

Egan reflexionó un momento.

—Lo siento, pero tampoco puedo decírselo.

Los ojos de Hallet relampaguearon.

—Voy a contarle unas cuantas cosas —empezó—. Usted fue ayer noche a casa de Dan Winterslip. Entró y salió por la puerta principal, o sea por la parte de delante del edificio. Sin embargo, en la parte de atrás, hemos encontrado una colilla de la misma marca que estos cigarrillos. ¿Querrá decirme ahora quién se los dio?

—No.

Hallet, guardando la pitillera en un bolsillo, se puso en pie.

—Muy bien —dijo—. He perdido ya todo el tiempo que pensaba dedicar aquí. El fiscal del distrito desea verle a usted...

—Está bien —asintió Egan—. Iré esta tarde.

—¡Déjese de hacer el tonto y coja su sombrero!

Egan se levantó también.

—Óigame —dijo—. No me gusta su comporta conmigo. Es verdad que hay ciertos asuntos, referentes a Dan Winterslip, de los cuales no puedo hablar, y lo siento. Pero estoy seguro de que usted no cree que yo le maté. ¿Qué motivo podía tener...?

Jennison abandonó su asiento del antepecho de la ventana.

—Debo decirle algo, capitán —dijo—. Hace dos o tres años, Dan Winterslip y yo, paseando por la King Street, nos cruzamos con el señor Egan. Winterslip lo señaló con un movimiento de cabeza y me dijo: «Ese hombre me da miedo, Harry». Esperé que me aclarase sus palabras, pero no lo hizo. Como conocía su carácter no insistí.

—Es suficiente —gruñó Hallet—. Egan, usted se viene conmigo.

Los ojos del inglés relampaguearon, furiosos.

—Muy bien, iré con usted. Todos están en contra mía; la ciudad entera. Se me ha despreciado durante veinte años porque no soy rico. Han hecho de mí un proscrito.

Mi pobre hija no vale lo bastante para mezclarse con los sangre azul de Nueva Inglaterra, esos puritanos de labios finos y caras tostadas por el sol.

Al oír esta frase familiar, John Quincy se irguió. ¿Dónde, dónde...? ¡Oh, sí, en el transbordador de Oakland!... ¡La muchacha...!

—No se trata de eso —decía Hallet—. Le voy a dar una última oportunidad. ¿Quiere decirme lo que deseo saber?

—¡No!

—Está bien. Entonces vámonos.

—¿Estoy detenido? —preguntó Egan.

—No —replicó Hallet, con súbita cautela—. La investigación está en sus principios. Usted posee informes que nos son muy necesarios y espero que, en cuanto pase unas horas en la comisaría, cambie de opinión y hable. Estoy seguro de que lo hará. No tengo ninguna orden que me permita detenerle, pero saldrá ganando si me acompaña de buen grado.

Egan reflexionó un momento.

—Creo que tiene razón —dijo—. Si no le parece mal, daré antes algunas órdenes a los criados.

Hallet asintió con un movimiento de cabeza.

—Dese prisa —recomendó—. Charlie irá con usted.

Egan y el chino desaparecieron. El capitán, John Quincy y Jennison abandonaron el despacho y fueron a sentarse en el vestíbulo. Pasaron cinco minutos, diez, quince...

Jennison miró su reloj.

—Hallet, me parece que ese hombre le está tomando el pelo...

El policía enrojeció y se puso en pie. En aquel momento Egan y Chan bajaban por la gran escalera situada en un lado del hall. Hallet dirigióse hacia el inglés.

—Oiga, Egan, ¿qué está usted haciendo? ¿Trata de ganar tiempo?

Egan sonrió.

—Eso es, precisamente —replicó—. Mi hija llega esta mañana en el *Matsonia*, que debe de haber entrado ya en el puerto. Ha estado en la universidad, en el continente y no la he visto desde hace nueve meses. Usted me ha privado del placer de ir a recibirla, pero dentro de pocos minutos...

—Nada de eso —replicó el capitán—. Coja su sombrero. Estoy *pau*.

Egan vaciló un instante, luego, con lentitud, cogió su viejo sombrero de encima, del mostrador. Los cinco hombres cruzaron el brillante jardín, en dirección al auto. En el momento en que salían a la calle, un taxi se detuvo junto a la acera. Egan corrió hacia el vehículo, y el joven que John Quincy viera por última vez en el transbordador de San Francisco, echóse en los brazos del inglés.

—¿Dónde estabas, papá? —preguntó.

—No sabes cuánto lo siento, Cary. Pensaba ir al muelle, pero no pude. ¿Cómo estás, chiquilla?

—Muy bien, papá... pero... ¿dónde vas? —El joven miró a Hallet; John Quincy permaneció discretamente en segundo término.

—Tengo... tengo un pequeño asunto en la ciudad, nena. Volveré en seguida. Si... si no pudiera volver te dejo a ti encargada del establecimiento.

—Pero, papá...

—No te preocupes. De momento no puedo decirte más, Cary. —Egan volvióse hacia Hallet—. Vamos, capitán.

Los dos policías, Jennison y el dueño del hotel subieron al auto. John Quincy dirigióse hacia la joven, cuya perpleja mirada tropezó con la de él.

—¿Usted? —murmuró.

—¿Viene, señor Winterslip? —inquirió Hallet.

John Quincy sonrió a la muchacha.

—Tenía usted razón —dijo—. No he necesitado aquel sombrero.

La muchacha le miraba.

—Pero ya con la cabeza descubierta, lo cual es una locura...

—¡Señor Winterslip! —rugió Hallet.

John Quincy, volviéndose, dijo:

—Perdone, capitán, me olvidé de decírselo, pero les dejo a ustedes. Adiós.

Lanzando un gruñido, Hallet puso en marcha su coche. Mientras la joven pagaba el taxi, John Quincy cogió el equipaje.

—Esta vez insisto en llevarlo —dijo. Cruzaron la representación del Edén hecha jardín—. No me habló usted de que podíamos encontrarnos en Honolulu.

—No estaba segura de ello. —La muchacha dirigió una mirada al destartado hotel—. Mi vida aquí no transcurre entre la buena sociedad. —John Quincy no supo qué contestar y ambos subieron la crujiente escalera. El vestíbulo estaba desierto—. ¿Y por qué nos hemos encontrado? —prosiguió la joven—. Estoy muy inquieta. ¿Qué clase de negocio era el que mi padre tenía con aquellos hombres? Uno de ellos era el capitán Hallet, policía.

John Quincy frunció el ceño.

—No creo que su padre desee que usted lo sepa.

—Pero es indudable que tengo que saberlo. Por favor, dígamelo.

John, abandonando la maleta, ofreció una silla a la muchacha.

—Se trata de lo siguiente —empezó John Quincy—, mi primo Dan fue asesinado ayer noche.

La expresión de la joven era trágica.

—¡Oh! ¡Pobre Bárbara! —exclamó—. Pero, papá... ¡Oh, por favor, continúe!

—Su padre visitó a mi primo ayer a las once, y se niega a decir el motivo de la visita. Tampoco quiere explicar otras cosas.

Ella le miró con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Era tan feliz en el barco! ¡Ya sabía que mi felicidad no era duradera!

John se sentó.

—No se preocupe, señorita. Todo puede arreglarse. Seguramente su padre escuda a alguien...

—Desde luego. Pero si ha decidido callar no hablará. Cuando se trata de cosas por ese estilo es muy extraño. Si le detienen yo estaré muy sola...

—No creo que esté usted enteramente sola.

—Sí, sí. Ya se lo he dicho. Nosotros no pertenecemos a la clase de gente cuya amistad se busca...

—Los demás podrán ser unos locos, pero yo soy John Quincy Winterslip, de Boston, y usted...

—Carlota María Egan. Mi madre era mitad portuguesa y mitad escocesa e irlandesa. Mi padre es inglés. Yo soy el resultado de esa extraña mezcla. —La muchacha permaneció callada durante unos segundos—. Mi madre era muy hermosa —añadió reflexivamente—. Por ello la gente dice... No sé...

John Quincy estaba emocionado.

—Al conocerla a usted, en el transbordador me imaginé lo hermosa que debió de ser su madre —dijo con amabilidad.

La joven enjugóse los ojos con un pañuelo absurdamente pequeño, y se puso en pie.

—Bien. He aquí otra cosa con que enfrentarme. Otra llamada al valor. —Sonrió—. Soy la encargada de «El Arrecife y la Palmera», ¿quiere que le enseñe alguna habitación? —Carlota dijo esto último con cierto triste humorismo.

—Será el suyo un trabajo muy duro, ¿verdad? —preguntó John, levantándose también.

—¡No tiene importancia! He ayudado muchas veces a papá. Sólo me turba una cosa... las facturas. En mi cabeza no entra la aritmética.

—Pues en la mía sí —replicó John. Se interrumpió. ¿No se enredaba demasiado?

—¡Qué maravilloso!

—No tiene la menor importancia —protestó John, Quincy—. Es mi trabajo, en casa —¡Casa! Sí, recordó que tenía una casa—. Acciones, intereses y demás. Luego vendré a visitarla, para ver cómo se desenvuelve. —Retiróse un poco asustado—. Ahora será mejor que me vaya.

—Desde luego —Carlota le acompañó hasta la puerta—. Es usted muy amable. ¿Estará mucho tiempo en Honolulu?

—Depende. He tomado una decisión. No me moveré de aquí hasta que se aclare el misterio de la muerte de primo Dan. Y haré todo lo humanamente posible para ayudar a solucionarlo.

—Estoy segura de que es usted muy inteligente.

John movió la cabeza.

—No quiero decir eso. Lo que hago es intentar el esfuerzo mayor de mi vida. Tengo una serie de incentivos para ello. —Algo más le temblaba, en la lengua. Era mejor no decirlo. ¡Oh, Dios, ya lo estaba diciendo!—. Usted es uno de ellos —

añadió, y bajó corriendo la escalera.

—¡Tenga cuidado! —advirtió la joven—. Esos escalones están peor que cuando me marché. He ahí otra cosa que se reparará el día en que nuestro barco llegue a puerto.

John la dejó sonriendo con tristeza. Cruzando a toda prisa el jardín, salió a la avenida Kalakaua. El deslumbrante sol cayó sobre su indefensa cabeza. Hermosos árboles intentaban sombrear el camino; altos cocoteros balanceábanse bajo el soplo de los amables alisios; no muy lejos, las coloridas aguas lamían una blanca playa. ¡Un país verdaderamente dulce!

¿Deseaba que Agatha, Parker estuviera allí con él, para gozar juntos del espectáculo? «Haciendo más lejana persecución de verdad», como diría Charlie Chan, precisaba reconocer que no.

X. Un periódico rasgado furiosamente

Cuando John Quincy regresó al saloncito, su tía Minerva iba de un lado a otro, con el ardor de la batalla reflejado en los ojos. El joven, escogiendo un amplio y cómodo sillón, dejóse caer en él.

—¿Pasa algo? —preguntó—. Pareces inquieta.

—Tengo el cuerpo lleno de *pilkia*.

—¿Qué es eso, otra bebida del país? —Inquirió interesado, John—. ¿Me puedes dar un poco?

—*Pilkia* significa preocupaciones. Han venido una serie de periodistas y no me darías crédito si te dijese todo lo que me han preguntado.

—Acerca del primo Dan, ¿no? Me lo imagino.

—Sin embargo, no han sacado nada de mí. Tuve buen, cuidado de ello.

—Sé cauta —advirtió John—. Un amigo mío, de Boston, que tuvo un divorcio en la familia me decía que si no se es cortés con los periodistas, le fastidian a uno.

—No te preocupes. Me porté diplomáticamente. Creo que los manejé muy bien, teniendo en cuenta las circunstancias. Son los primeros reporteros que veo en mi vida, aunque haya tenido el placer de hablar con caballeros del *Transcript*^[8]. ¿Qué ha ocurrido en «El Arrecife y la Palmera»?

John Quincy se lo explicó... en parte.

—No me extrañaría que Egan resultara culpable —dijo Minerva—. Esta mañana he llevado a cabo algunas investigaciones respecto a él, y no parece ser hombre de buenos antecedentes. Algo así como un negrero arrepentido.

—Tonterías —objetó John—. Egan es un caballero. Que no haya prosperado no es motivo suficiente para condenarle.

—Por lo visto existe algo que no le hace sentirse orgulloso de su pasado.

John Quincy sonrió.

—Recuerda que primo Dan intervino en asuntos que tampoco le enorgullecía recordar. No, tía Minerva, me parece que Hallet ha equivocado la pista. Es, como ha dicho la hija de Egan...

La dama dirigió una mirada a su sobrino.

—¡Oh! ¿Egan tiene una hija?

—Sí. Y por cierto se trata de una muchacha encantadora. Es una vergüenza que se vea enredada en todo esto.

—¡Hum!

John Quincy dirigió una mirada a su reloj.

—¡Dios Santo! ¡No son más que las diez! —Una profunda calma pesaba sobre la casa. No se oía más ruido que el lejano de las olas en la playa—. ¿Qué hacéis aquí, para pasar el tiempo?

—¡Te acostumbrarás en seguida! Al principio uno se sienta y piensa. Luego se

sienta solamente.

—Pues es un programa fascinador —dijo con sarcasmo John.

—Ahí está lo más raro; que es, en realidad, un programa fascinador —replicó Minerva—. Una de las cosas en que se piensa primero es en volver a casa. Cuando se deja de pensar, naturalmente, esa idea desaparece.

—Lo tendré presente.

—En la playa encontrarás a un hombre que desembarcó con el exclusivo objeto de que le lavasen y plancharan la ropa. Pensaba irse en el siguiente barco. Eso ocurrió hace veinte años, y continúa en Honolulu.

—Será que aún no han acabado de lavarle la ropa —sugirió John, bostezando ampliamente—. ¡Ooooh, hum! Subiré a mi cuarto a cambiarme y luego quizá escriba unas cartas. —Levantóse, haciendo un esfuerzo, y fue hasta la puerta—. ¿Cómo está Bárbara? —preguntó.

Minerva movió la cabeza.

—Dan era lo único que la pobre tenía en el mundo. Su muerte la ha conmovido mucho. Tardarás bastante en verla, y, cuando la veas, será mejor que hables lo menos posible de este asunto.

—Desde luego —asintió John, dirigiéndose hacia su cuarto.

Después de bañarse y ponerse sus más blancas y finas prendas, exploró la mesita colocada junto a la cama, hallándola bien provista de papel. Lánguidamente cogió una hoja, y empezó a escribir:

«Querida Agatha:

»Estoy eh Honolulu, y desde mi ventana oigo el cansado rumor de las olas al romper en la famosa playa de...».

«Cansado». Realmente John Quincy sabía encontrar las palabras apropiadas. Se detuvo y contempló una ágil nubecilla que se deslizaba por el cielo. Levantóse para verla desaparecer sobre Diamond Head. Al regresar a la mesita pasó junto al lecho. ¡Qué invitadores eran los de aquel extremo del mundo! Levantando el mosquitero, se dejó caer sobre la cama por un momento...

Haku golpeó en su puerta a la una, y ello fue causa de que John Quincy se hallase presente a la hora de la comida. Su tía estaba ya sentada cuando él entró en el comedor.

—Muy bien, muchacho —sonrió la dama—. Te aclimatarás pronto. No podrás pasar sin la siestecita diaria.

—Nunca. —Pero en la voz de John Winterslip notábase una carencia total de seguridad.

—Bárbara me ha pedido que te diga lo mucho que siente no acompañarte. Es una buena muchacha, John.

—Ya lo creo. Dile lo mucho que la quiero...

—¿Que la quieres? ¿Es verdad eso? Bárbara es prima segunda tuya...

John Quincy echóse a reír.

—No pierdas el tiempo tratando de preparar una boda, tía. Alguien ha hablado ya a Bárbara.

—¿De veras? ¿Quién?

—Jennison. Parece una buena persona.

—Es guapo —reconoció Minerva. Durante un rato comieron en silencio—. El *coroner* y sus amigos han estado aquí esta mañana.

—¿Sí? ¿Se conoce ya el veredicto?

—Aún no. Hasta más tarde no se sabrá. Y, a propósito, después de comer pienso ir a la ciudad a comprar unas cuantas cosas para Bárbara. ¿Te molestaría acompañarme?

—Tengo que concluir mis cartas.

Pero, al abandonar la mesa, decidió que las Cartas podían esperar. De la biblioteca de Dan cogió un grueso volumen, cuyo título se refería a los mares del Sur, y salió al *lanai*. Al poco rato apareció Minerva elegantemente vestida con un traje de hilo blanco.

—Volveré en cuanto haya *pau*.

—¿Qué es *pau*?

—*Pau* significa terminar, acabar.

—¡Santo Dios! —exclamó John—. Pero, ¿es que no tienes suficientes palabras en el vocabulario de tu idioma?

—Sí, pero un poco de hawaiano resulta un cambio bastante agradable. Y cuando se llega a mi edad, se anhelan los cambios. Adiós.

Minerva salió, dejando a su sobrino sumido en la lectura del libro y en la soporífera atmósfera del *lanai* de Dan. Unas veces leyó el joven coloridos relatos de ciertas islas más al Sur. Otras permaneció sentado, pensando, y otras sólo sentado. La brillante tarde fue transcurriendo. La playa que había junto al jardín de Dan, llenóse de bañistas; muchachos y muchachas tostados por el sol, estas últimas cubiertas con llamativos trajes de baño. Sus voces eran alegres y felices. John Quincy se moría por conocer aquellas famosas aguas, pero no le parecía correcto aún, estando Dan Winterslip tendido en aquella cama, arriba...

A las cinco reapareció Minerva, con el rostro del color de la grana y —aunque ella sabía bien que resultaba feo en una persona de su clase— bañada en sudor. Llevaba un periódico de la noche.

—¿Alguna noticia? —preguntó John.

La dama se sentó.

—Nada, aparte del veredicto del *coroner*. Lo de siempre... el crimen lo han cometido persona o personas desconocidas. Pero, mientras leía el periódico, en el auto, tuve una súbita inspiración:

—Cuenta.

Haku apareció en la puerta que conducía al saloncito.

—¿Usted llama, señora? —preguntó.

—Sí, Haku. ¿Qué se hace en esta casa con los periódicos viejos?

—Gualdo en cualto junto a cocina.

—Mira a ver si encuentras... No, no te molestes. Lo miraré yo misma.

Minerva siguió a Haku al saloncito. Poco después regresaba con un periódico en la mano.

—¡Ya lo tengo! —anunció triunfalmente—. El periódico del lunes por la tarde, dieciséis de junio. El mismo que Dan hojeaba la noche que escribió aquella carta a Roger. Y mira, John, se ha arrancado un trozo de la sección marítima.

—Pudo ser casualidad —sugirió con languidez el joven.

—¡Bah! Yo creo que es una pista. Lo que turbó a Dan estaba en esta página.

—Es posible. ¿Qué vas a hacer?

—Tú eres quien va a entrar en acción. Desperézate y ve a la ciudad. Aun faltan dos horas para la cena. Entrega este periódico al capitán Hallet... si no, es mejor que se lo entregues a Charlie Chan. Me ha impresionado la inteligencia del señor Chan.

John Quincy echóse a reír.

—¡Menuda inteligencia la de ese chino! No creo que vayas a decirme que te ha impresionado ese barril. Parece inteligente porque es distinto a nosotros.

—Ya lo veremos. El chofer ha ido a un recado para Bárbara, pero en el garaje hay un *roadster*...

—Me conforme con el tranvía —sonrió el joven—. Dame el periódico.

Minerva le explicó por dónde se iba a la ciudad, y John, tras de coger su sombrero, salió. Poco después acomodábase en un tranvía, rodeado por los representantes de más de una docena de razas. El crisol del Pacífico, llamó Carlota Egan a Honolulu, y el calificativo era exacto. John Quincy empezó a experimentar una mayor energía y un nuevo interés por la vida.

El vehículo cruzó los húmedos terrenos entre Waikiki y Honolulu, pasando junto a numerosos arrozales donde minúsculas figuras trabajaban con el agua hasta las rodillas. Finalmente entró en King Street. A cada momento deteníase para recoger a algún nuevo problema inmigratorio, japoneses, chinos, hawaianos, portugueses, filipinos, coreanos, todos los colores y todas las religiones. John Quincy vio blancos edificios, rodeados de verdes jardines, un teatro japonés inmediato a una estación de servicio Ford, una imponente masa arquitectónica en la cual adivinó el palacio de la monarquía. Por fin llegaron al barrio de los edificios modernos.

John pensó que Kipling estaba equivocado al asegurar que Oriente y Occidente no pueden juntarse. Allí, en Honolulu, el milagro existía.

Esta impresión se confirmó al bajar en Fort Street. Por un momento estuvo quieto, extranjero en un país extraño. Un atezado guardia dirigía el tráfico en el cruce de las calles. Oficiales del Ejército y la Marina de los Estados Unidos, con sus immaculados uniformes, paseaban Muchachas chinas, delgadas y gráciles con sus recién

planchados pantalones y blusas contemplaban los escaparates, gozando de la frescura de la tarde.

—Deseo encontrar la Jefatura de Policía —comunicó John a un enorme americano, de rostro amable.

—Vuelva a la King Street —informó el hombre.

—Siga por la derecha hasta que llegue a Betel, luego tuerza hacia *makai*...

—¿Adónde?

El hombre sonrió.

—Es usted *malihini*, ¿no? *Makai* quede decir hacia el mar. La otra dirección es *mauka*, hacia las montañas. Jefatura está al pie de Betel, en Kalakaua Hale.

John, después de dar las gracias, siguió el camino indicado. Tuvo que pasar ante la central de correos, viendo, con enorme sorpresa, que las casillas de los apartados daban a la calle. Al cabo de un rato llegó a Jefatura. Un sargento que dormitaba detrás de una mesa le comunicó que Charlie Chan se había ido a cenar. Seguramente estaría en el hotel Alexander Young o en el restaurante All American (Todo Americano), en King Street.

A John le pareció más fácil encontrar a Chan en el hotel y a él se dirigió primero. En el oscuro vestíbulo un criadito chino iba de un lado a otro con una escoba y un recogedor de polvo; algunos huéspedes escribían las inevitables postales; un empleado ocupaba el despacho de recepción. Pero ni en el vestíbulo ni en el comedor, situado a la izquierda, se veía la menor señal de Charlie. Cuando el joven regresaba de inspeccionar este último abrióse la puerta del ascensor y un oficial inglés salió de él. Le seguía un criado con el equipaje.

—¡Capitán Cope! —llamó John.

El capitán se detuvo.

—¿Es? ¡Oh, es usted, señor Winterslip! ¿Qué tal? —Volvióse hacia el criado—. Cómprame un diario de la noche y un montón de las mejores revistas que encuentres. —El hombre se alejó presuroso, y Cope se dirigió de nuevo a John Quincy—. Encantado de verle, pero tengo mucha prisa. He de salir hacia las Islas Fanning dentro de veinte minutos.

—¿Cuándo llegó usted? —preguntó el joven, aunque sin el menor interés.

—Ayer, al mediodía. Espero que se divertirá durante su permanencia aquí... Dispense, me olvidaba... malas noticias de Dan Winterslip, ¿verdad?

—Sí —dijo fríamente John. A juzgar por la conversación sostenida con él en San Francisco, el golpe no habría sido muy duro para el capitán Cope. El criado regresó.

—Siento irme —prosiguió el capitán—. Pero tengo que dejarle. El servicio es un jefe muy duro. Saludos a su señora tía. Mucha suerte, amigo.

Cope desapareció por la amplia puerta, seguido de su sirviente. John Quincy llegó a la calle a tiempo de ver cómo se alejaba en un enorme auto en dirección al muelle.

Al pasar frente a la central de Telégrafos, el joven entró en ella y redactó dos mensajes, uno a su madre y otro a Agatha Parker. Dirigiólos a Boston,

Massachussetts, Estados Unidos, y por ello fue obsequiado con una fulminante mirada de la empleada de la oficina, quien con altivez, borró las dos últimas palabras. Los cablegramas constaban de muy pocas palabras, pero John Quincy Winterslip salió a la calle con el agradable convencimiento de que en muchos días ya no debería preocuparse de su correspondencia.

Poco después encontró el restaurante «All American». Apenas hubo entrado se dio cuenta de que él era lo único americano del lugar. Charlie Chan estaba sentado, solo, ante una mesa. Al acercarse John Quincy se levantó, inclinándose profundamente.

—Honor grande para Charlie Chan —dijo el chino—. ¿Hay posibilidad de que usted haga aceptación de compartir conmigo indigna comida?

—No, muchas gracias —contestó John Quincy—. La cena me espera en casa. Si me lo permite, me sentaré un momento.

—Charlie se siente abrumado por honor que usted concede —y el detective se inclinó. Sentóse de nuevo y miró, ceñudo, el contenido del plato que acababa de serle presentado—. Camarero —llamó—. Ten bondad de llamar a propietario de establecimiento.

El dueño, un suave y pequeño japonés, acudió rápidamente. Al llegar ante el policía, hizo una respetuosa reverencia.

—¿Es que en restaurante hacen servicio de comida antihigiénica? —preguntó Chan.

—Tenga la bondad de exponer su queja —replicó el japonés.

—Pedazo de pastel que ocupa plato que tengo delante, desaparece bajo infinitas huellas dactilares —contestó Charlie—. Espectáculo causa profundo disgusto. Pido amablemente retire de vista de Chan y vuelva con trozo más higiénico.

El japonés, sacando el pedazo de pastel causante del disgusto de Charlie, se lo llevó.

—¡Japoneses! —indicó Chan, abriendo las manos en elocuente ademán despectivo—. ¿Cometo error si hago suposición de que visita de usted tiene referencia con asesinato?

John Quincy sonrió.



—¿Cometo error grande haciendo suposición de que visita de usted tiene referencia con crimen?

—Ha acertado usted —dijo, y enseñando el periódico, señaló la fecha y el trozo que faltaba—. Mi tía cree que puede tratarse de algo importante —explicó.

—Tía de usted tiene inteligente cerebro. Haré obtención de ejemplar sin mutilar y compararé con éste. Importancia puede ser mucha.

—Quisiera decirle una cosa —dijo John Quincy—. Si no le disgusta, desearía trabajar con usted en este caso.

—Charlie Chan sólo hará experimentación de alegría. Usted llega de Boston, ciudad de importancia grande y educación mayor, donde habitantes emplean más palabras de inglés que hacemos uso en Hawai. Cuando Charlie oye hablar a usted, siente estremecimiento de placer. Será grande privilegio, doy seguridad.

—¿Se ha formado alguna teoría acerca del crimen? —preguntó John.

El policía movió la cabeza.

—Muy pronto, aún.

—¿No posee ninguna huella dactilar que le sirva de pista?

Chan encogióse de hombros.

—No tiene importancia. Huellas dactilares y otros mecanismos son buenos en libros; en vida de verdad no valen tanto. Experiencia aconseja a Charlie que haga pensamiento profundo sobre seres humanos y pasiones humanas. ¿Qué hace aparición detrás del crimen? Odio, venganza, precisión de reducir boca a silencio. A veces necesidad grande de dinero. Siempre estudio de seres humanos, siempre.

—Parece muy razonable —convino el joven.

—Mucho —aseguró Chan—. Haga conmigo enumeración de pistas que poseemos. Libro de invitados con falta de página. Botón de guante. Un cablegrama. Sólo parte de historia de Egan. Fragmento de cigarrillo Corsican. Este periódico, quizá rasgado con furia. Reloj de pulsera con número dos borroso.

—Es una reseña muy reducida.

—Pero de interés grande. Una tras otra hacemos exploración de pistas. Algunas harán llegar a nosotros a ningún sitio. Una, quizá dos, no serán malas. Soy partidario de método de Scotland Yard: hacer persecución de pista esencial. Pero método no puede emplearse aquí. Charlie debe hacer examen de todas pistas enteras.

—¿La pista esencial? —repitió John Quincy.

—Sí.—Chan miró, ceñudo, al camarero, pues el pedazo de torta higiénico aún no había llegado. —Es muy pronto para hacer declaraciones, pero Charlie Chan siente interés grande por libro de visitas con página; rota. Reloj atrae también, atención. Muy extraño que cuando, hace poco, hicimos resumen de pruebas sufriéramos olvido de reloj. Ha sido distracción. Pista muy agradable. Lástima grande que no tengamos reloj. Sin embargo, ojos de Charlie lo buscan con ansiedad:

—Tengo entendido que, como detective, ha sido usted muy afortunado.

Charlie sonrió ampliamente.

—Usted, que posee cultura perfecta, tal vez haya hecho conocimiento de que pueblo chino tiene grande fuerza psíquica. Sensibilidad suya es como de película de cámara. Una mirada, una risa, un gesto, de todo hace captación.

John Quincy notó de pronto que pasaba algo en la puerta del restaurante. Bowker, el camarero del «President Tyler», borracho como una cuba, hacía una ruidosa entrada. Entró en el comedor seguido de un joven de tez morena, que le miraba ansiosamente.

Embarazado, John Quincy volvió la cabeza, pero de nada le valió. Bowker dirigíase hacia él todo lo recto que le permitía la tremenda borrachera.

—¡Bien, bien, bien, bien! —exclamó—. ¡Mi compañero de colegio! Le he visto por la ventana. —Apoyóse pesadamente en la mesa—. ¿Cómo le va, viejo?

—Muy bien, gracias.

El joven moreno se acercó. Parecía ser una amistad del muelle.

—Oye, Ted —dijo—. Tenemos que marcharnos.

—Un minutooo —replicó Bowker—. Quiero presentarte al señor Quincy, de Boston. Un chico excelente. Amigos mutuos de Tim. Ya me has oído hablar de Tim, ¿verdad?

—Sí, sí, vamos —apremió el joven.

—Aún no. Quiero convidar a este amigo a un traguito. ¿Qué quiere tomar, Quincy?

—Nada —dijo John—. Usted mismo me previno contra las bebidas de estas islas.

—¿Quién yo? —Bowker parecía herido en lo más profundo de su ser—. Está usted equivocado, señor. No me gusta contradecir, pero debe de haber sido otro. Yo no. Nunca he dicho una palabra...

Su joven compañero le cogió del brazo.

—Vamos, te esperan en el barco.

Bowker se desasió.

—¡No me molestes! —exclamó—. Aparta de mí tus sucias manos. Soy mi propio dueño, ¿no? Puedo hablar a un amigo, ¿no? Pues bien, amigo Quincy, ¿qué quiere...?

—Lo siento, otro día.

El compañero de Bowker le cogió con fuerza del brazo.

—Aquí no podrás comprar nada —dijo—. Esto es un restaurante. Ven conmigo... Conozco un sitio...

—Está bien —asintió Bowker—. Eso es hablar. Quincy, amigo mío, tú te vienes conmigo...

—Otro día —repitió John.

La expresión de Bowker era de ofendida dignidad.

—Como quieras. Otro día. En Boston, ¿no? En casa de Tim. Pero la casa de Tim ha desaparecido. —Le asaltó un gran pesar—. Tim se ha ido... ya no está allí... como si la tierra se lo hubiese tragado...

—Sí, sí —dijo, suavemente, el joven que le acompañaba—. Es una pena. Ven conmigo.

Sometiéndose, al fin, Bowker permitió que le guiase hasta la palle. John Quincy miró a Chan.

—Es mi camarero del «President Tyler» —explicó.

En aquel momento colocaron mi nuevo pedazo de torta ante el detective.

—¡Ah! —exclamó éste—. Nuevo pedazo posee más perfecto aspecto. —Lo probó—. Aspecto —añadió, haciendo una mueca—, es mentiroso grande. Si usted siente ya deseos de salir...

En la calle, Chan se detuvo.

—Ruego excusa por brusca separación —dijo—. Charlie Chan siente honor infinito por hacer trabajo junto a usted. Resultados serán grandes; tengo seguridad. Ahora, noches buenas.

John Quincy quedóse de nuevo solo en aquella ciudad extraña. Una súbita añoranza se apoderó de él. Caminando, llegó a un kiosco de periódicos tan bien provisto de revistas y literatura como la biblioteca de su club, en Boston. Un joven de aspecto vivaracho estaba al cuidado del puesto.

—¿Tiene el último «Atlantic»? —preguntó John.

El joven entrególe una revista de obscura portada.

—No. Este es el número de junio. Ya lo he leído.

—El de julio no ha llegado aún. Si lo desea, cuando llegue se lo guardaré.

—Sí, se lo agradezco. Me llamo Winterslip.

Siguió su camino, lamentando no haber podido adquirir el número de julio. Un ejemplar del «Atlantic» hubiese sido una especie de lazo con su casa, algo como un recuerdo de la existencia de Boston. ¡Y sentía necesidad de un recordatorio!

Acercábase un tranvía con el siguiente letrero: «Waikiki». Subió en él y, pasando ante tres sonrientes japonesitas vestidas con llamativos kimonos y calzadas con sandalias, fue a sentarse en el interior del vehículo.

XI. El árbol de piedras preciosas

Dos horas más tarde, John Quincy se levantaba de la mesa donde él y Minerva habían cenado.

—Sólo para demostrarte lo poco que me cuesta aprender un idioma nuevo te diré que he *pau*. Ahora voy *makai* a sentarme en el *lanai* y olvidar allí las *pilikia* del día.

Minerva sonrió y, a su vez, levantóse.

—Espero a Amos —dijo, mientras cruzaban el vestíbulo—. Me parece de suma importancia una reunión de familia, y por ello le he rogado que venga.

—Me extraña que la hayas tenido que llamar —dijo John, encendiendo un cigarrillo.

—No debe extrañarte. —Y Minerva explicó a su sobrino la antigua desavenencia existente entre ambos hermanos.

—No creí que el viejo Amos fuera tan fogoso —comentó John, cuando llegaron a la galería—. A juzgar por su aspecto, se trata de un ser anémico. Pero olvidaba que los Winterslip han sido siempre buenos rencorosos.

Durante unos segundos permanecieron callados. La obscuridad iba creciendo rápidamente; la obscuridad tropical que la noche anterior trajo consigo a la tragedia. John Quincy señaló un pequeño lagarto que se encaramaba por la protectora tela metálica.

—¡Vaya bicho agradable!

—Son inofensivos por completo —explicó Minerva—. Además, se comen los mosquitos.

—¿De veras? —El joven dióse una fuerte palmada en un muslo—. Bien, sobre gustos nada hay escrito.

Amos llegó a los pocos momentos. Estaba extraordinariamente pálido.

—Me dijiste que viniera. Minerva —dijo, al sentarse con cuidado en una de las sillas de Hong-Kong de Dan Winterslip.

—Sí. Fuma, si te apetece —Amos encendió un cigarrillo, que parecía fuera de lugar entre sus delgados labios—. Estoy segura de que todos deseamos ver en manos de la Justicia al asesino —prosiguió Minerva.

—Desde luego —asintió Amos.

—El único inconveniente que existe es que en el curso de las investigaciones, es fácil que salgan a la luz algunos hechos desagradables del pasado de Dan.

—Merecen ser descubiertos —replicó Amos, con frialdad.

—Por el bien de Bárbara estoy decidida a que sólo se sepa lo necesario para detener al asesino. Por ese motivo no me he confiado por entero a la Policía.

—¡Cómo! —exclamó Amos.

John Quincy se puso en pie.

—Oye, tía Minerva...

—Siéntate —dijo, secamente, la dama—. Volviendo a una conversación que los

dos sostuvimos en tu casa, Amos, Dan estaba enredado, o algo por el estilo, con esa mujer de la playa. Creo que se llama Arlene Compton.

Amos asintió.

—Sí, se trata de una mujer indigna. Pero Dan no quería verlo, aunque tengo entendido que sus amigos se lo indicaron. Hablaba de casarse con ella.

—Sabes bastantes cosas de Dan, a pesar de no haberte tratado con él —continuó Minerva—. ¿Cuáles eran sus relaciones con esa mujer, en el momento de su muerte?

—No puedo decírtelo. Lo que sé es que, según me dijeron, el mes pasado un *malihini* llamado Leatherbee, la oveja negra de una buena familia de Filadelfia, rondaba a esa Compton, cosa que molestó a Dan.

—¡Hum! —Minerva tendió a Amos un viejo y extraño broche, un árbol de piedras preciosas sobre un fondo de ónix—. ¿Conoces esto, Amos?

El aludido lo cogió y, después de mirarlo, movió afirmativamente la cabeza.

—Forma parte de una pequeña colección de joyas que Dan trajo de los mares del Sur, a finales del ochocientos. Además del broche constaba de pendientes y un brazalete. Su manera de obrar con respecto a esas joyas fue muy rara. Nunca permitió que la madre de Bárbara ni nadie las llevase. Sin embargo, hace poco, debió de cambiar de idea. Unas semanas atrás vi este broche.

—¿Dónde? —preguntó Minerva.

—Nuestra compañía es la propietaria de la casa que ocupa, en la playa, esa Compton. Hace algún tiempo fue ella al despacho, a pagar el alquiler, y llevaba este broche. —La mirada de Amos clavóse súbitamente en Minerva—. ¿Dónde lo conseguiste?

—Mamaikui me lo ha dado esta mañana a primera hora. Lo recogió del suelo del *lanai*, antes de que llegara la Policía.

John Quincy se puso en pie de un salto...

—¡Estás cometiendo un error tía! —exclamó—. No puedes hacer lo que pretendes. Pides ayuda a la Policía y no le hablas con franqueza. Me avergüenzo de ti...

—Haz el favor de esperar un momento...

—¡No quiero esperar! Dame ese broche. Se lo entregaré inmediatamente a Chan. De no hacerlo no podría mirarle a la cara.

—Si es importante, se lo entregaremos a Charlie Chan: Pero nada nos impide realizar antes una investigación por nuestra cuenta. Es posible que la mujer esa pueda dar una respuesta perfectamente lógica...

—¡Bah! Lo malo en ti, tía Minerva, es que te tienes por un Sherlock Holmes.

—¿Qué opinas tú, Amos?

—Me inclino a compartir la opinión de John. No juegas limpio con el capitán Hallet. En cuanto a impedir, por el bien de Bárbara, que se sepan ciertas cosas de Dan, mucho me temo que sea imposible. No podremos soslayar la realidad y, más pronto o más tarde, aparecerá a la luz pública.

La leve nota de contento que Minerva creyó ver en las palabras de Amos irritóla profundamente.

—Quizá —replicó—. Sin embargo, no creo que nos ocasione ningún daño hablar con esa mujer antes de decirle nada a la Policía. Si se explicase con sinceridad...

—Puedes estar segura de que, para ti lo liará —rió, con sarcasmo, John.

—No tiene tanta importancia lo que diga como la manera de decirlo —insistió Minerva—. Cualquier persona de mediana inteligencia es capaz de darse cuenta de si otra mente o no. Ahora todo consiste en saber cuál de nosotros es la persona inteligente más apropiada para interrogar a esa mujer.

—No cuentes conmigo —apresuróse a decir Amos.

—¿John Quincy?

El joven reflexionó. Había pedido a Chan que le permitiese ayudarle y en aquel momento se le presentaba, tal vez, una oportunidad de ganarse el respeto del detective. Pero interrogar a una mujer era algo demasiado fuerte para él.

—No, muchas gracias —dijo.

—Muy bien —replicó Minerva, levantándose—. Iré yo misma.

—¡Oh, no! —protestó John.

—¿Por qué no? Si ninguno de los hombres de la familia quiere ir... Hablando con franqueza, me alegra la oportunidad...

Amos movió la cabeza.

—Jugará contigo como con una muñeca —dijo.

Minerva sonrió ásperamente.

—Me gustaría verlo. ¿Me esperáis aquí?

John Quincy levantóse y fue a coger el broche que Amos conservaba en las manos.

—Siéntate, tía Minerva —dijo—. Iré a verla. Pero, te advierto que, inmediatamente después, llamaré a Chan.

—Eso se decidirá en otra conferencia —dijo la dama—. No estoy segura, John, de que seas tú la persona más apropiada para esa misión. Al fin y al cabo, ¿qué experiencia tienes con esa clase de mujeres?

John Quincy ofendióse. Era un hombre y se sentía con fuerzas para enfrentarse y dominar a cualquier individuo del sexo contrario. Así lo declaró orgullosamente.

Amos hizo una descripción de la casa de Arlene Compton y del sitio que ocupaba a unos doscientos metros, en la playa. John Quincy dirigióse hacia allí.

La noche había caído sobre la isla cuando llegó a la carretera de Kalia. Era una noche brillante, como de plata. El Kona ya no soplabla y la luna deslizábase por un cielo sin nubes. Los alisios, después de recorrer mil millas de agua caliente, aún eran capaces de enviar una fresca caricia a sus mejillas. Al acercarse a lo que el joven juzgó proximidades de la casa, una bandada de pájaros abandonó el algarrobo donde estaba posada, lanzando agudos chillidos, única nota discordante en aquella apacible escena.

Tuvo alguna dificultad en localizar el edificio que estaba casi totalmente oculto bajo una masa de floridas enredaderas. Ante la puerta, obscuro y fragante lugar bajo un sobrecargado enrejado, se detuvo, vacilante. La empresa era bastante delicada. Echando mano a todo su valor, John Quincy llamó a la puerta.

Sólo los pájaros respondieron. John sentíase invadido por una creciente hostilidad hacia la Viuda de Waikiki. ¡Habría que ver a la mujer aquella! De pronto abrióse la puerta y el muchacho sufrió una conmoción, pues la figura que se recortaba contra la luz era joven y bien proporcionada. El rostro, vagamente visible, sugería una frágil hermosura.

—¿Es usted la señora Compton? —preguntó.

—Sí, soy la señora Compton. ¿Qué busca usted aquí?

John Quincy lamentó que ella hubiera hablado. Era indudablemente, una de esas bellezas hoy tan en boga, a las cuales traiciona el hablar. Su voz recordaba el graznido de un ave nocturna.

—Soy John Quincy Winterslip —La mujer se sobresaltó—. ¿Me permite que hable con usted un momento?

—Sí, hombre. Pase. —Guióle por el estrecho pasillo hasta un minúsculo saloncito. Un joven de rostro pastoso y hombros caídos estaba de pie junto a una mesita acariciando una coctelera.

—Steve —dijo la mujer—. El señor Winterslip. El señor Leatherbee.

—Llega a tiempo para tomar una copita —refunfuñó el señor Leatherbee.

—No, muchas gracias —dijo John Quincy. Vio que la señora Compton cogía un humeante cigarrillo de un cenicero, empezaba a llevárselo a los labios, pero dominándose, lo aplastaba en el cenicero.

—Bien, Arlene, tu veneno está ya dispuesto —dijo Leatherbee, ofreciendo una copa a la mujer.

Esta movió, disgustada la cabeza.

—No.

—¿No? —Leatherbee hizo una mueca—. Pues más para Steve. —Levantó la copa.

—Supongo que usted debe de ser el primo do Dan, que debía llegar a Boston, ¿no? —preguntó la mujer—. Me habló bastante de usted. —Bajó la voz—. Durante todo el día he estado pensando ir a su casa. Pero ha sido una conmoción tan grande... Me ha dejado abrumada.

—Comprendo —replicó John Quincy, dirigiendo una mirada al señor Leatherbee que, por lo visto, no había oído hablar de la prohibición—. El motivo de mi visita es privado, señora Compton.

Leatherbee se irguió beligerantemente. Pero la mujer se apresuró a decir:

—Está bien. Steve ya se marchaba.

Steve vaciló un momento y al fin se retiró. La señora Compton le acompañó. John Quincy percibió un leve murmullo de conversación a lo lejos. En el ambiente flotaba

un olor combinado de ginebra y perfume barato; el joven se preguntó qué diría su madre si pudiese verle en aquel momento. Oyóse el batir de una puerta, y la señora Compton regresó.

—Bien —dijo. John Quincy notó la dureza de su mirada. Aguardó que se sentara y entonces se acomodó en una silla frente a ella.

—Usted conocía bastante íntimamente a mi primo Dan —dijo.

—Estaba prometida a él. —John dirigió una rápida mirada a la mano izquierda de su interlocutora—. Aún no había llegado... Quiero decir que no me había dado el anillo, pero era cosa convenida entre nosotros.

—Entonces la muerte de mi primo habrá sido un golpe muy duro para usted.

La mujer echó mano a todos sus recursos para expresar una profunda tristeza.

—Ya lo creo. El señor Winterslip era muy bueno conmigo. Me creía y confiaba en mí. Una mujer sola, en estos lugares, no es muy bien mirada.

—¿Cuándo vio por última vez al señor Winterslip?

—Hace tres o cuatro días, el viernes, por la tarde, si no me engaño.

John frunció el ceño.

—¿No es demasiado tiempo?

La mujer asintió.

—Le diré la verdad. Tuvimos una pequeña... desavenencia. Cosas de enamorados, ¿comprende? Dan no quería que Steve viniera a mi casa. No tenía ningún motivo para disgustarse... Steve no es nada para mí... Sólo un muchacho débil que conocí cuando yo trabajaba en el teatro. Ya debe usted haber oído que he sido artista, ¿no?

—Sí: ¿No vio al señor Winterslip desde el viernes por la tarde? ¿No fue a su casa ayer noche?

—De ninguna manera. Tengo que... velar por mi reputación... No tiene usted idea de lo mucho que murmura la gente en un lugar como éste.

John colocó el broche encima de la mesa. La joya lanzó vivos destellos al ser herida por la luz de la lámpara, una lámpara de lectura, aunque la atmósfera del lugar no tenía nada de literaria. La expresión de la mujer era de profundo sobresalto.

—Lo reconoce, ¿verdad? —preguntó el joven.

—Sí... sí...

—Diga la verdad. Es una antigua joya que el señor Winterslip le regaló, ¿no?

—Pues...

—Se la ha visto en poder de usted.

—Sí, me la regaló —admitió la señora Compton—. El único regalo que recibí de él. Por el aspecto de esa chuchería supongo que debió de pertenecer al señor Noé, el del arca. Bastante bonita.

—Usted no visitó ayer noche al señor Winterslip —insistió John—. Sin embargo, cosa extraña, este broche se encontró en el suelo, a poca distancia del cadáver de mi primo.

—Eh, ¿quién es usted? ¿Un policía?

—Casi —sonrió el joven—. El motivo de mi visita es, simplemente, para salvar a usted de las manos de los... polis. Si puede darme una explicación verosímil de este asunto puede que no sea necesario atraer hacia él la atención de la policía.

—¡Oh! Es usted muy buena persona. Le diré toda la verdad. Lo que he dicho antes de que no había visto a Dan desde el viernes era una mentira. Le vi ayer noche.

—¿Ah, sí? ¿Dónde?

—Aquí mismo. El señor Winterslip me regaló esa joya hace un mes. Hará unas dos semanas vino muy excitado y me pidió que se la devolviera. Era el único regalo que me había hecho, me gustaba, y esas esmeraldas son bastante valiosas, por ello me resistí un poco. Dije que le había hecho poner un pasador nuevo. Siguió pidiéndomelo, y ayer noche se presentó aquí, diciendo que lo quería en seguida. Me aseguró que me comprarla cualquier otra joya a cambio. Al fin me dejé convencer, se lo di, y se marchó.

—¿Qué hora era?

—Alrededor de las nueve y media. Winterslip se mostró muy amable y contento y me aseguró que esta mañana podría ir a una Joyería a escoger lo que más me gustara. —Miró suplicante a John—. Fue la última vez que le vi. Es la verdad, por lo tanto le ruego que me ayude.

—No sé —murmuró John.

La mujer se acercó más a él.

—Es usted un buen chico —dijo—. Como los que conocía en Boston cuando trabajaba allí. De los que guardan la debida consideración, a las mujeres. ¿Verdad que no dejará que me vea mezclada en este asunto? Piense lo que significarla para mí.

John Quincy no contestó. Notó que los ojos de su interlocutora se llenaban de lágrimas.

—Es posible que haya oído murmuraciones acerca de mí —continuó la señora Compton—. No son verdad. No sabe usted contra lo que he tenido que luchar aquí. Una mujer sin protección no está segura en ningún sitio, pero mucho menos en este lugar, donde acuden hombres de todas las partes del mundo. MI único mal ha sido ser amable. Sentía añoranza. En el continente estaba muy bien, pero me enamoré de Bill Compton, quien me trajo aquí. Muchas veces, durante la noche, me despertaba pensando en Broadway, que está a más de cinco mil millas de aquí. Y entonces lloraba tan fuerte que le despertaba. Y esto le hacía desgraciado...

Se interrumpió. John Quincy se sentía impresionado por la nota de verdadera nostalgia de su voz. Experimentó una viva compasión por ella.

—Luego el aeroplano de Bill se estrelló contra Diamond Head —continuó la mujer—. Yo quedé sola. Sentía una añoranza terrible por la calle Cuarenta y Dos, por la casa de huéspedes, por los antiguos amigos, por el anuncio de la goma de mascar... Por ello di algunas fiestas, y la gente empezó a murmurar.

—Podía usted haber vuelto al continente —sugirió John.

—Sí, pero no sé por qué no lo hice. He deseado hacerlo muchas veces, pero aquí cada día es como el anterior, y una no se da cuenta, pero va pasando el tiempo sin tomar ninguna resolución. Pero le juro que si me evita verme mezclada en este asunto me marcharé a casa en el primer barco. Obtendré un empleo y... y... Por favor, evíteme todas esas preocupaciones. En sus manos está destrozar mi vida... Pero ya sé que no lo hará...

Cogió con ambas manos la de John y le miró suplicante y llorosa. Aquel fue el más desagradable momento de la vida del joven. Miró, inquieto, a su alrededor; aquella habitación tan distinta a las de su casa en Beacon Street. Retiro la mano.



Cogió con ambas manos la de John y lo miró, suplicante

—Pues... Pues... ya veremos —dijo, apresuradamente—. Recapacitaré sobre ello.

—Pero esta noche me será imposible dormir si no lo sé.

—Tengo que reflexionar —repitió John. Se volvió hacia la mesa a tiempo de ver la delgada mano de la mujer alcanzar la joya—. Me llevaré el broche —añadió.

La mujer le miró. Súbitamente John Quincy se dio cuenta de que todo había sido una comedia, que las emociones fueron falsas, y de nuevo la sangre se le agolpó en las sienes, repitiéndose la irritación que había experimentado en el vestíbulo de la casa de Dan. Tía Minerva había predicho que él no podría manejar a una mujer como aquella. Pues bien, él le demostraría... demostraría al mundo.

—Déme ese broche —ordenó, fríamente.

—Es mío —contestó obstinadamente la mujer.

John no perdió el tiempo en palabras; cogió fuertemente la muñeca de la mujer. Esta lanzó un grito. Una puerta se abrió detrás de ellos.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó el señor Leatherbee.

—Oh, creí que se había marchado usted —dijo John.

—¡Steve! ¡No dejes que me lo quite! —exclamó la mujer. Steve avanzó beligerantemente, pero en su actitud había cierta cautela.

John Quincy se echó a reír.

—Quédese donde está, Steve, o le rompo su cochina cara. —Extrañas palabras en boca de un Winterslip—. Su amiga está intentando sustraer una prueba de gran importancia referente al asesinato que se cometió ayer noche, y con gran sentimiento me veo obligado a emplear la violencia —El broche cayó al suelo y el joven lo recogió—. Bien, creo que ya hemos terminado —añadió—. Siento que añore usted el continente, señora Compton, pero, hablando como un bostoniano, le diré que no creo que Broadway sea tan maravilloso como usted lo describe. La distancia le añade encanto. Buenas noches.

Salió de la casa, dirigiéndose hacia la avenida Kalakaua. Había solucionado una cosa a su entera satisfacción. Chan debía conocer inmediatamente la existencia del broche. La historia contada por la señora Compton podía ser cierta o no serlo. En todo caso necesitaba ser investigada por alguna persona responsable.

John Quincy había llegado a casa de la Viuda de Waikiki por la carretera de Kalia, y pensaba regresar a casa de Dan por la más bien alumbrada Avenida. Sin embargo, al llegar a la amplia cinta de asfalto se dio cuenta de que «El Arrecife y la Palmera» estaba muy próximo. Recordó su promesa a Carlota Egan, le había dicho que volvería a verla durante el día. En cuanto a Chan, podía llamarle desde el hotel.

Cruzando el oscuro jardín, percibió al fin la silueta del hotel. Lámparas eléctricas de poca potencia iluminaban la veranda. En los pisos superiores, algunos huéspedes cuyo aspecto no presagiaba una gran fortuna gozaban de la frescura de la noche. Detrás del mostrador... el empleado japonés.

John Quincy se dirigió a la cabina telefónica, y su aguda inteligencia bostoniana

requirió ayuda nipona para dominar el sistema automático empleado por la compañía de teléfonos. Por fin obtuvo comunicación con la Jefatura de Policía. Chan estaba fuera, pero la persona que contestó prometió que en cuanto regresase llamaría al señor Winterslip.

—¿Cuánto debo por la llamada? —preguntó John al empleado.

—Ni un céntimo —dijo una voz, y, al volverse, el joven vio junto a él a Carlota Egan.

—Es que he usado su teléfono —sonrió John.

—Es gratis —contestó la muchacha—. Aquí la mayoría de las cosas son gratis. Por eso no nos hacemos ricos. Ha sido usted muy amable viniendo otra vez.

—No tiene ninguna importancia —protestó John. Y miró a su alrededor—. ¿Y su padre...?

La muchacha dirigió una mirada al empleado y guió al joven al extremo del *lanai*, desde donde podían ver el faro de Diamond Head, y las plateadas aguas del Pacífico, que iban a romper debajo del viejo hotel.

—Temo que el pobre papá tenga algún disgusto —dijo la muchacha, y su voz se quebró ligeramente—. No he podido verle. Le han detenido como... testigo, creo. Dijeron algo de fianza, pero no me fijé. No tenemos dinero... por lo menos no creo que lo tengamos.

—¿No cree...? —empezó, sorprendido, John.

Carlota sacó un papel y se lo tendió.

—Quiero pedirle consejo. He estado limpiando el despacho de papá y poco antes de que llegara usted he encontrado esto.

John Quincy miró el papel, de color rosado. A la luz de las lámparas vio que era un cheque al portador por cinco mil dólares firmado por Dan Winterslip. La fecha era del día anterior.

—Esto parece importante, ¿no? —dijo. Lo devolvió a la Joven y quedóse pensativo durante unos instantes—. Sí, es importante. A mí me parece una prueba incontrastable de la inocencia de su padre. Si consiguió esto, su negocio con mi primo Dan debió de ser solucionado satisfactoriamente, y no es lógico que... matara al hombre que firmó el cheque, complicando así su cobro.

Los ojos de la muchacha se iluminaron.

—Es lo que yo pensé. Pero no sé qué hacer con ello.

—Su padre debe de tener un abogado, ¿no?

—Sí, pero uno de poca fama. La única clase que podemos emplear. ¿Debo entregarle este cheque?

—No, espere un momento. ¿Tiene alguna posibilidad de ver pronto a su padre?

—Sí, mañana por la mañana.

—Bien, pues antes de hacer nada será mejor que hable con él —aconsejó John. Súbitamente había recordado la expresión de Egan cuando se negó a explicar el motivo de su visita a Dan—. Llévase ese cheque y pregunte a su padre qué quiere que

se haga con él. Indíquele que se trata de una prueba de importancia vital para él.

—Creo que es lo mejor —asintió la joven—. ¿Quiere... quiere sentarse un momento?

John Quincy recordó que tía Minerva aguardaba impaciente sus noticias; sin embargo, contestó:

—Un momento. Deseo saber cómo le va. ¿Se ha presentado algún problema aritmético?

—Todavía no. El trabajo no es muy malo. Tenemos pocos huéspedes. Sería casi feliz si no fuera por el pobre papá. —Carlota lanzó un suspiro—. Desde que tengo uso de razón mi felicidad ha tenido siempre un «si no fuera por» —añadió.

John Quincy dejó que su compañera hablara de ella, allí en la tranquila noche junto a la romántica playa. A través de su relato se percibían pequeños cuadros de su infancia sin madre en aquel exótico país, de la lucha contra la pobreza y de los esfuerzos hechos por su padre para enviarla a la universidad, a fin de obtenerle lo que él consideraba su apropiado lugar en el mundo. Aquélla era una muchacha totalmente distinta de cuantas había conocido en Beacon Street, y John Quincy experimentaba un gran placer oyéndola hablar. Al fin hizo un esfuerzo y dijo que tenía que marcharse. Mientras cruzaban la galería encontraron a uno de los huéspedes, un hombre menudo, de hombros caídos. A pesar de lo avanzado de la hora, iba en traje de baño.

—¿Ha tenido suerte, señor Saladine? —preguntó Carlota.

—Zuete etá conta mí —replicó, borrosamente, el hombre, alejándose rápidamente.

Carlota Egan rió suavemente.

—No debía reírme —murmuró en seguida—. Pobre hombre.

—¿Qué le pasa?

—Es un turista, un hombre de negocios. Creo que de Des Moines o de algún lugar por el estilo. Y le ha ocurrido el más asombroso de los accidentes. Ha perdido los dientes.

—¿Los dientes?

—Sí. Como los de mucha gente en este mundo, los suyos eran postizos. Se peleó con otro huésped en el primer piso, y le desaparecieron. Desde entonces se pasa el día tratando de descubrirlos dentro del agua, y durante la noche se zambulle para ver si los encuentra. Una verdadera tragedia.

John Quincy se echó a reír.

—Eso es la parte más trágica —continuó la muchacha—. Es el hazmerreír de la playa. Sin embargo, lleva a cabo su busca con tanta seriedad. Para él no se trata de una broma.

Atravesaron el vestíbulo y llegaron a la puerta de entrada al hotel. John Quincy olvidó inmediatamente la tragedia del señor Saladine.

—Buenas noches —se despidió—. No olvide lo del cheque, cuando mañana vaya

a ver a su padre. Durante el día vendré a verla.

—Ha sido usted muy amable, viniendo —dijo Carlota, con su mano en la de John—. Me ha animado mucho para seguir adelante.

—No se preocupe. Los días felices no están lejos. Días felices sin «peros». No lo olvide.

—No lo olvidaré.

De pronto John se dio cuenta de que también él tenía cogida la mano de Carlota. La soltó rápidamente mientras cruzaba el jardín, y repitió:

—Buenas noches.

Con profunda sorpresa encontró en el saloncito de casa de Dan a Minerva y a Charlie, solemnemente sentados frente a frente. Chan se levantó presuroso al verle entrar.

—Hola —dijo John—. Veo que tienes una visita.

—¿Dónde diablos has estado? —gruñó Minerva.

Sin duda el hacer los honores al chino le había agotado los nervios.

—Pues...

—Habla —ordenó Minerva—. El señor Chan lo sabe todo.

—Palabras de señorita tienen halago grande —sonrió Chan—. Hay cosas que Charlie no ha hecho aún conocimiento. Pero de visita de usted a viuda de Waikiki tuve noticia minuto después que puerta se abrió para hacer recibimiento de usted.

—¡Imposible! —exclamó el joven.

—Es cosa sencilla —prosiguió Chan—. Estudio profundo de personas, como Charlie hizo explicación a usted. Señora Compton tenía amistad con señor Dan Winterslip. Señor Leatherbee amigo rival. Celos hacen aparición. Desde mañana de hoy señora Compton y señor Leatherbee tienen encima mirada vigilante de Policía de Honolulu. Usted entra dentro de escena. Charlie recibe aviso y corre a playa.

—¿Sabe también...? —empezó John Quincy.

—¿Lo del broche? —terminó Minerva—. Sí, se lo he confesado todo. Y ha sido lo bastante amable para perdonarme.

—Pero acción no ha sido cosa amable —añadió Chan—. Pido humilde perdón por palabras de Charlie. Todas cartas deben estar encima de mesa cuando Policía acude a llamada.

—Sí —dijo Minerva—. Me ha perdonado, pero he sufrido una amable reprimenda, que me ha avergonzado enormemente.

—Tengo sentimiento grande —replicó Chan, inclinándose.

—Pues, en realidad —dijo John—, iba a contar al señor Chan la verdad de todo lo ocurrido. —Se volvió hacia el chino—. Apenas salí de casa de esa mujer, intenté hablar con usted por teléfono...

—Asuntos de Policía hacen prohibición de cortesía —interrumpió el chino—. Suplico con humildad que empiece explicación por principio.

—Oh, sí —sonrió John—. Bien, la señora Compton abrió personalmente la puerta

y me hizo pasar a su salón. Al entrar, ese sujeto Leatherbee estaba preparando un cóctel junto a la mesa...

Haku apareció en la puerta.

—Señor Charlie Chan, llaman por teléfono —anunció.

El policía se excusó y apresuró a salir.

—Pienso decirlo todo —advirtió John a su tía.

—No pienso impedirte. Durante casi una hora ese chino ha estado sentado frente a mí, mirándome con más tristeza que indignación. He decidido una cosa: No tendré más secretos con la Policía.

Chan regresó a la habitación.

—Como decía —empezó John—. Ese Leatherbee estaba preparando un cóctel y...

—Tengo sentimiento grande —le interrumpió Chan—. Pero continuación de interesante relato tendrá que hacer en Jefatura de Policía.

—¿En la Jefatura de Policía?

—Palabras de usted han reflejado verdad. Tengo esperanza de que concederá a Charlie honor grande de acompañar a Jefatura. Señor Leatherbee ha sufrido detención a bordo de barco «Niágara» cuando está a punto de marchar a Australia. Mujer también ha sufrido detención cuando hacía llorosa despedida. Ahora hacen descanso en Jefatura.

—Ya me imaginaba algo por el estilo —r dijo John.

—Se ha hecho descubrimiento de hecho más asombroso —añadió Charlie—. En bolsillo de señor Leatherbee estaba página brutalmente arrancada de libro de invitados. Suplico coja sombrero de usted. Fuera espera a Charlie auto Ford.

XII. Tom Brade, el negrero

En el despacho de Hallet, en la Jefatura Superior de Policía, encontraron al capitán sentado a su mesa de escritorio, mirando, ceñudo, a sus dos forzados visitantes. Uno de ellos, el señor Stephen Leatherbee, volvió la cabeza con desconfianza. La señora Aliene Compton se llevaba de continuo a los ojos un pañuelito. John Quincy notó que había ahorrado lágrimas a fin de no estropear su maquillaje.

—Hola, Charlie —saludó Hallet—. Me alegro de que haya usted venido, señor Winterslip. Como ya debe usted saber, hemos pescado a ese joven en el «Niágara». Parecía inclinado a dejarnos. Encontramos esto en uno de sus bolsillos.

Tendió a Charlie una amarillenta hoja de papel indudablemente arrancada del libro de invitados de Dan Winterslip. John Quincy y Chan se inclinaron sobre ella. El modelo de letra era anticuado y la tinta era bastante borrosa. La inscripción decía así:

«En Hawai todo es perfecto, y nada lo es más que la hospitalidad de que he gozado en esta casa. —Joseph E. Gleason, 124 Little Bourke Street, Melbourne, Victoria».

—Antes de que tome declaración a éstos, ¿qué hay de cierto broche? —preguntó Hallet.

John Quincy colocó la joya encima de la mesa. Explicó que había sido regalada a la señora Compton por Dan Winterslip y que luego fue encontrada en el suelo del *lanai*.

—¿Cuándo fue encontrada? —preguntó el capitán, demostrando claramente su disgusto.

—Muy lamentable error —se apresuró a decir Charlie—. Ahora todo solucionado. Señor Winterslip ha hecho en noche de hoy interrogatorio de señora Compton.

—¿De veras? —Hallet se volvió, furioso, hacia John Quincy—. ¿Quién lleva este caso?

—Verá... —empezó el joven—. La familia creyó preferible...

—¡Al diablo la familia! —rugió Hallet—. Este asunto está en mis manos...

—Por favor —intervino de nuevo Chan—. Es hacer pérdida, de tiempo hablar así. Charlie ha hecho ya convenientes reproches.

—Bien. Dice usted que habló con esa mujer ¿no? —dijo Hallet—. ¿Qué sacó de ella?

—Oiga, me retracto de cuanto dije a ese joven —dijo la señora Compton.

—Le mintió, ¿verdad? —dijo Hallet.

—¿Y por qué no? ¿Qué derecho tenía para interrogarme? —La voz de la mujer se hizo llorosa—. A un poli no le hubiese mentido —añadió.

—Ya puede estar segura de ello —gruñó Hallet—. Sobre todo si sabe lo que es bueno para usted. Sin embargo, deseo oír lo que le dijo a ese detective por afición.

Algunas mentiras son significativas. Empiece, Winterslip.

John Quincy estaba indignado con el tono empleado por Hallet. Sintió incontenibles deseos de levantarse, pegarle una bofetada y salir orgullosamente del despacho. Pero algo le advirtió lo peligroso de tal acción.

Con la mayor dignidad, repitió lo que la señora Compton le había contado. Winterslip había acudido la noche anterior a su casa para pedir por última vez el broche. Bajo promesa le que sería reemplazado por otra joya, la mujer lo entregó. Dan Winterslip lo cogió, marchándose a las nueve y media.

—Esa fue la última vez que le vio —terminó John.

Hallet sonrió levemente.

—Por lo menos eso fue lo que ella me dijo. Pero la señora reconoce ya que mintió. Si hubiera usted tenido la sensatez de no meterse en cosas, que no... — Volvióse hacia Arlene Compton—. Usted mintió a ese joven, ¿no?

Arlene asintió, impasible.

—En parte —dijo—. Dan salió de mi casa a las nueve y media... o poco más tarde. Pero yo lo acompañé... a su casa. ¡Oh, no había nada malo en ello! Steve venía conmigo.

—Oh, sí, Steve. —Hallet dirigió una mirada al señor Leatherbee, cuyo aspecto no era, en absoluto, el de la dueña ideal—. Ahora, joven, empiece por el principio. Y sólo la verdad.

—Sí, señor —contestó la señora Compton, con una mirada devastadora—. A usted no le mentaría, capitán. Me doy cuenta de que es usted un hombre importante...

—No pierda el tiempo en tonterías —la interrumpió el policía.

—Pues... Dan llegó a mi casa, ayer noche, alrededor de las nueve, y encontró en ella al señor Leatherbee. Era celoso como un pecado, y la verdad, no sé por qué. Steve y yo somos compañeros de trabajo, ¿verdad, Steve?

—Sí, sí, compañeros —contestó Steve.

—Sin embargo, Dan se irritó muchísimo y tuvimos una pelea espantosa. Intenté explicarle que Steve estaba aquí de paso para Australia. Entonces Dan quiso saber el motivo que le detenía en Honolulu. Luego Steve le contó que al venir a Hawái, en el barco, había perdido todo su dinero jugando al bridge. «¿Se marchará si le pago el pasaje?», preguntó Dan. Y Steve contestó en seguida que sí. ¿No es verdad, Steve?

—Absolutamente —aprobó el señor Leatherbee—. Fue tal como ella dice, señor capitán. Winterslip ofreció darme... prestarme el dinero del pasaje. Era sólo un préstamo. Y yo prometí marchar esta noche en el «Niágara». Dijo que en su casa tenía algún dinero en la caja de caudales, y nos invitó a Arlene y a mí a acompañarle...

—Lo cual hicimos —continuó Arlene—. Dan abrió la caja y sacó un fajo de billetes, de los cuales separó trescientos dólares. Pocas veces le había visto tan espléndido... pero, como iba diciendo, entregó el dinero a Steve. Entonces Steve empezó a refunfuñar —sí, Steve, refunfuñaste— y preguntó qué haría en Australia,

donde no conocía un alma, y, forzosamente, moriría de hambre. Al principio Dan se enfadó, pero luego se echó a reír de una manera desagradable. Se levantó, rasgó esa página del libro de invitados y se la dio a Steve. «Vaya a verle y diga que es amigo mío» —dijo—. «Seguramente le dará trabajo. Es un tal Gleason. Aunque no lo sabe, hace veinte años que siento una profunda antipatía hacia él».

—Cogí el dinero y la dirección de ese Gleason y nos dispusimos a marcharnos —dijo Steve—. Winterslip dijo que quería hablar a Arlene, y entonces yo me fui solo. Esto era alrededor de las diez.

—¿Dónde fue usted? —preguntó Hallet.

—A mi hotel, en la ciudad. Tenía que preparar el equipaje.

—A su hotel, ¿eh? ¿Puede demostrarlo?

Leatherbee reflexionó.

—No sé. Tal vez el muchacho del despacho de recepción pueda recordar cuando llegué, aunque no me detuve a recoger la llave de mi habitación, pues la llevaba encima. Desde entonces no volví a ver a Winterslip. Estaba ocupado en la preparación de mi viaje...

—Está bien —le interrumpió Hallet. Y volviéndose hacia la mujer, dijo—: ¿Y cuando Leatherbee se marchó, qué ocurrió?

—Dan empezó a hablar otra vez del broche, se puso muy antipático, yo me excité y, por fin, tiré el broche al suelo. Noté que rodaba debajo de la mesa. Entonces él me dijo que le perdonase, y fue en ese momento cuando me prometió regalarme otra Joya. Al poco rato volvíamos a ser buenos amigos. Me marché a las diez y cuarto. Sus últimas palabras fueron que esta mañana nos daríamos una vuelta por las joyerías. ¿Le parece a usted, capitán, que puedo tener algo que ver en la muerte de un hombre que se mostraba tan dispuesto a comprarme joyas?

Hallet se echó a reír.

—De manera que salió de casa del señor Winterslip a las diez y cuarto, ¿eh? ¿Se marchó a casa sola?

—Sí. Y cuando me marché Dan estaba vivo y sano. Estoy dispuesta a jurarlo sobre un montón de biblias tan grande como el edificio del «Times».

Hallet reflexionó un momento.

—Ya veremos lo que hay de verdad en su declaración —dijo—. Pueden marcharse los dos. De momento no les detengo, pero les aconsejo que no intenten marcharse de Honolulu hasta que este asunto quede aclarado. Y les advierto que no intenten ninguna jugada. Ya han visto esta noche lo difícil que les sería escapar.

—No tenga cuidado —aseguró la mujer—. No tenemos ningún motivo para escaparnos, ¿verdad, Steve?

—Ninguno en absoluto —aseguró Steve.

—Buenas noches a todos —dijo la señora Compton.

Cuando ambos se hubieron marchado. Hallet examinó atentamente el broche.

—Una declaración bastante verosímil —dijo, mirando a Chan.

—Recta y limpia —sonrió el chino.

—Si es verídica... —Hallet se encogió de hombros—. De momento me siento dispuesto a creer en ella. —Se volvió hacia John—. Ahora, señor Winterslip —dijo, severamente—, quiero advertirle que a la primera prueba que su familia oculte...

—No tenga miedo —aseguró el joven—. En cuanto descubramos algo les avisaremos. Ya he entregado al señor Chan el periódico que leía mi primo la noche en que escribió a Roger Winterslip.

Chan sacó el periódico del bolsillo.

—Noche ha sido de ocupación grande, y periódico ha hecho espera olvidada en cerebro de Charlie —dijo—. Gracias muchas por recuerdo.

Llamó la atención de su jefe hacia el ángulo mutilado.

—Aclare esto —dijo Hallet.

—Antes de dejar vencer por sueño —prometió Chan—. Señor Winterslip, usted y Charlie siguen mismo sendero para llegar a sus hogares. Será honor grande gozar de honorable compañía de usted en humilde coche de Charlie Chan. —Una vez en el auto, en la desierta, calle, el policía habló de nuevo—. Página mutilada de libro de invitados, broche caído en silencio en suelo, hacen aparición ahora como alto muro de piedra. Tenemos que hacer desviación en busca de nuevo camino.

—¿Entonces cree usted que esos dos decían la verdad?

—No atrevo a dar seguridad.

—¿Qué hay de esa fuerza psíquica?

Chan sonrió.

—Poderes psíquicos parecen ahora cubiertos de óxido —replicó—. Charlie tiene que dar baño de aceite.

—Oiga, no es necesario que me lleve hasta Waikiki. Déjeme en King Street, y cogeré el tranvía.

—Pido permiso para hacer humilde sugerencia. ¿No existe posibilidad de que usted conceda honor grande de acompañar a Charlie a redacción de periódico, donde quizá hagamos encuentro de nueva pista?

John Quincy miró su reloj; eran las once y diez.

—Con mucho gusto —dijo.

El rostro de Chan se iluminó gozosamente.

—Palabras de usted causan placer grande —aseguró.

En la redacción del periódico sólo se hallaba presente un empleado que estaba escribiendo a máquina.

—Hola, Charlie —saludó, cordialmente.

—Buenas noches, Pete. Señor Winterslip, de Boston, tengo el placer de hacer a usted presentación del señor Pete Mayberry. Es explorador antiguo de muelle de Honolulu, en busca de noticias que esconde.

El periodista, hombre de cierta edad, se levantó presuroso. Era indudable que le producía un gran placer encontrar a un Winterslip.

—Hacemos persecución de periódico con fecha de junio diez y seis de año actual —dijo Chan—. Si usted no pone objeción...

—Ninguna, Charlie —rió Mayberry—. Ya sabe usted dónde están los números atrasados.

Chan desapareció rápidamente.

—¿Es la primera vez que visita Honolulu, señor Winterslip? —preguntó Mayberry.

John asintió.

—He llegado hoy mismo, pero ya he podido comprobar que es un lugar bastante curioso.

—¡Y que lo diga! —sonrió el periodista—. Hace cuarenta y seis años, llegué de Portsmouth, New Hampshire, para visitar a unos parientes. Desde entonces he estado metido en el negocio periodístico... la mayor parte del tiempo haciendo información de los muelles.

—Habrá usted asistido a muchos cambios.

—Para empeorar. Conocí Honolulu en los hermosos días de su aislamiento, y lo he visto convertirse en una octava copia, al papel carbón, de Babbitville^[9], Estados Unidos. El puerto, ahora, no es más que un puerto, pero hubo un tiempo, muchacho... ¡Exudaba aventura por cada uno de sus poros!

Chan regresó con un periódico en la mano.

—Gracias muchas —dijo a Mayberry—. Amabilidad de usted abruma a Charlie.

—¿Investiga algo? —preguntó, ansiosamente, el periodista.

Chan negó con la cabeza.

—Ahora no momento de hablar. Movimientos deben ser cubiertos por negra nube de secreto.

—Bien, pues cuando llegue el momento de apartar las nubes, no se olvide de avisarme —replicó el periodista.

Dejaron a Mayberry inclinado sobre su máquina de escribir, y por sugerencia de Charlie sé dirigieron al All American Restaurant, donde el chino encargó dos tazas de café. Mientras aguardaban, extendió sobre la mesa el ejemplar intacto del periódico, y buscando la mutilada página, dijo:

—Aquí hace aparición de fragmento perdido. —Durante unos minutos lo estudió atentamente, y al fin movió la cabeza—. No hago comprensión de nada asombroso —dijo—. Tendió el periódico a John. —Si usted quiere tener amabilidad...

El joven leyó atentamente las noticias de partidas y llegadas de barcos: habría sitio para cinco pasajeros, que se dirigiesen a Oriente, en el «Shinyo Maru» que debía zarpar el miércoles; el «Wilhelmina» se hallaba a cuarenta millas al Este de Makapuu Point; el bric «Mary Jane»...

John Quincy se sobresaltó y contuvo el aliento. Una breve noticia rezaba así:

«Entre los pasajeros que llegarán de Australia, en el «Sonoma», dentro de una semana, a contar desde el sábado, se encuentran el señor y la señora Thomas Macan

Brade, de Calcuta...».

John Quincy Winterslip permaneció con la mirada fija en la sucia ventana del restaurante. Su pensamiento volvió al «President Tyler», hacia un viejo misionero que contaba una historia ocurrida una brillante mañana en Apiang, en cuya playa, y bajo una palmera, se abrió una tumba. «Señor y señora Thomas Macan Brade, de Calcuta». Oyó de nuevo la aguda voz del misionero: «Un canalla, un aventurero, un pirata. Tom Brade, el negrero».

Pero Brade había sido enterrado en una larga caja de pino en Apiang. Aún en aquellas islas, entrecruzamiento de todas las rutas del Pacífico, era improbable que su senda y la de Dan Winterslip hubieran vuelto a cruzarse.

El camarero sirvió el café. Chan guardaba silencio, examinando atentamente a John Quincy. Al fin el chino murmuró:

—Usted tiene muchas cosas que contar.

John levantó vivamente la cabeza... Había olvidado la presencia de Chan.

Su dilema era muy agudo. ¿Debía revelar a Charlie Chan aquella antigua mancha sobre el nombre de los Winterslip? ¿Qué diría tía Minerva? Sin embargo, poco antes ella había asegurado estar resuelta a no ocultar el menor secreto a la Policía. Sin embargo, el orgullo de familia... La mirada del joven se posó sobre el camarero japonés. ¿Cuál era aquella sentencia del Mikado? «Pero el orgullo de familia debe ser negado, mortificado y puesto a un lado».

—Sí, Charlie —contestó, sonriendo—. Tengo mucho que decirle. —Y sin la menor vacilación repitió al detective la historia que el reverendo Frank Upton le relatará en el «President Tyler».

Chan sonrió ampliamente.

—¡Ahora hacemos llegada a vecindad de algo! —exclamó—. Brade, capitán de barco «Maid of Shiloh», en que Dan Winterslip era primer oficial...

—Pero Brade fue enterrado en Apiang —protestó John Quincy.

—Sí, pero, ¿quién vio cadáver? ¿Estaba caja abierta? ¡Oh, no! —Los ojos de Chan centelleaban—. Suplico haga recordación de algo más. Fuerte caja de laca con refuerzos de cobre. Iniciales suyas eran T. M. B. Misterio es aún grande, pero ya hacemos movimiento, ya avanzamos.

—Parece que sí.

—Hemos hecho descubrimiento de siguientes hechos —continuó el policía—: Dan Winterslip goza de descanso en *lanai*, haciendo apacible lectura de periódico. Noticia salta a sus ojos. Corre a muelle a hacer entrega de carta pidiendo que caja sea enterrada en profundidades de mar. ¿Por qué? —Rebuscando en los bolsillos, Chan sacó un puñado de papeles referentes a las llegadas de los barcos—. En sábado que acaba de marchar, «Sonoma» llega a puerto. Entre pasajeros... sí... sí... Thomas Macan Brade y honorable señora, Calcuta. Aquí dice que llegan, y no están presentes en «Sonoma», cuando barco insiste en viaje. En noche de lunes señor Dan Winterslip es muerto de puñalada.

—Lo cual hace al señor Brade un personaje muy importante en este suceso —dijo John.

—Es verdad grande. Pero prisa no es intensa. Ahora no salen barcos. Antes de acostar haré investigación en hoteles de ciudad. Mañana haré visita a hoteles de Waikiki... ¿Dónde está usted, señor Brade? —Chan cogió la cuenta—. No, pido humildemente perdón, pero honor de pagar bebida con gusto de veneno corresponde a Charlie.

Al salir a la calle señaló un tranvía que se aproximaba.

—Lleva impreso punto de destino de usted —indicó—. Usted también tiene necesidad de sueño. Mañana haremos encuentro. Felicidades por muy fructífera noche.

Una vez más John se hallaba en un tranvía de Waikiki. Cansado, pero lleno de emoción, sacó su pipa y, cargándola, la encendió. ¡Qué día! Parecía haber vivido una vida entera desde aquella mañana. Notó que el humo de su pipa daba de lleno en el rostro de una menuda japonesa sentada junto a él.

—Perdón —dijo, y, vaciando la pipa, la guardó en un bolsillo. La mujer le miró, sorprendida; nadie le había pedido jamás perdón.

En el asiento posterior, un grupo de muchachos hawaianos, con amarillos *leis* alrededor del cuello, tocaban guitarras de cuerdas metálicas y entonaban canciones de amor que se elevaban dulcemente por encima del traqueteo de las ruedas del tranvía. John Quincy se inclinó hacia atrás y cerró los ojos.

Un reloj dio las doce. Otro día... miércoles... Por el cerebro del joven pasó el pensamiento de que en aquel día su casa de banca ofrecería al mercado las acciones preferentes de aquella fábrica de zapatos de Lynn. ¿Sería suscrita toda la emisión? ¡Qué más daba!

Él se encontraba en medio del Pacífico, en un tranvía. A su espalda, unos jóvenes de tez cobriza cantaban una vieja y melancólica romanza de amor, y la luna brillaba entre los árboles. Y en algún lugar de la isla, un hombre llamado Thomas Macan Brade dormía bajo un mosquitero. O acaso permanecía despierto, pensando en Dan Winterslip.

XIII. El equipaje de la habitación diez y nueve

A la mañana siguiente, John Quincy abandonó el sueño haciendo un verdadero esfuerzo, y sacó el reloj de debajo de la almohada. Las ocho y media. ¡Dios santo, debía estar en la oficina a las nueve! Un rápido baño y afeitado, una breve pausa en la mesa del almuerzo, un veloz paseo por los Public Gardens y el Common, y luego la bajada hacia School Street...

Se sentó en la cama. ¿Por qué se encontraba preso debajo de un mosquitero? ¿Qué significaba aquel pequeño lagarto que se deslizaba por encima de la colcha? ¡Oh, sí, Honolulu! Estaba en Hawai y no debía preocuparse por llegar a su oficina a las nueve. Estaba a cinco mil millas de distancia de ella.

El suave murmullo de las olas en la playa le confirmó en su descubrimiento, y dirigiéndose a la ventana contempló la tranquila y deslumbrante mañana. Sí, estaba en Honolulu, mezclado en la solución de un crimen misterioso, trabajando al lado de un policía chino, e investigando las andanzas de las viudas de Waikiki, siguiendo pistas... El nuevo día prometía cosas interesantes. Debía apresurarse para ver cuáles serían.

Haku le informó que su tía y Bárbara habían ya almorzado y le puso delante una especie de melón que era, según dijo en respuesta a la pregunta de John, una *papaia*. Después de almorzar... John Quincy salió al *lanai*. Bárbara se hallaba allí, contemplando la playa. Una nueva Bárbara, con la antigua viveza, la antigua alegría de vivir completamente perdida; una pálida joven llena de tristeza.

John Quincy apoyó una mano en su espalda. Era una Winterslip, y la familia es la familia. De nuevo sintió en el corazón aquella llamarada de ira contra la «persona o personas desconocidas» que habían causado aquel dolor a su prima. El culpable debía pagar... Egan, o quien fuera... Brade o Leatherbee, o la artista. Debía pagar, y pagar caro... estaba resuelto a que así fuese.

—Chiquilla, no sé cómo expresarte... —empezó.

—Ya lo has dicho todo, sin necesidad de hablar. Mira, esa es mi playa. Cuando tenía sólo cinco años nadé por primera vez sola. Él... él estaba tan orgulloso de mí...

—Es un lugar muy hermoso, Bárbara.

—Sí, es maravilloso. Uno de estos días nadaremos juntos hasta las rompientes, y te enseñaré a manejar un *surf-board*^[10]. Quiero que tu visita sea alegre.

John movió la cabeza.

—No podrá serlo a causa de ti. Pero te aseguro que por ti me alegro de haber venido.

La joven le estrechó la mano.

—Voy a sentarme junto al agua. ¿Quieres venir?

La cortina de bambú se abrió y Minerva se reunió con ellos.

—Bien, John, vaya horas de levantarte —dijo—. Si piensas rescatarme de la tierra

de los lotos, antes tendrás que inmunizarte.

El joven sonrió.

—Ya me voy aclimatando —replicó—. Dentro de un momento me reuniré contigo, Bárbara —añadió, abriendo la puerta del *lanai*.

—Ayer noche te esperé hasta las once y media —dijo Minerva, cuando Bárbara se hubo marchado—. Como la noche anterior la pasé casi sin dormir fui a acostarme antes de que volvieses. No quiero hacer secreto de ello; estoy deseando saber qué ocurrió en Jefatura.

John repitió la declaración de Arlene Compton y Steve Leatherbee.

—Me hubiera gustado estar presente —dijo Minerva—. Una mujer bonita es capaz de engañar a todos los hombres de la Cristiandad. Probablemente contó un sinfín de mentiras.

—Quizá. Pero aguarda un momento. Más tarde Chan y yo seguimos tu pista del periódico, que nos llevó a un asombroso descubrimiento.

—Claro, no podía ser de otra manera —afirmó satisfecha la dama—. ¿Qué descubristeis?

John le hizo un breve relato de la historia del reverendo y de la noticia de que Thomas Macan Brade se hallaba en Honolulu.

Durante unos segundos, Minerva guardó silencio.

—De manera que Dan fue un negrero —dijo al fin—. ¡Qué encantador! También era un hombre encantador. Hace años que descubrí que cuanto más brillante es la sonrisa de un hombre, más oscuro es su pasado. Todo esto hará furor en los periódicos de Boston.

—Jamás se enterarán de ello.

—No estés tan seguro. Los periodistas van hasta el fin del mundo por un buen crimen. Una vez escribí a todos los periódicos de Boston, pidiéndoles que no imprimieran más detalles sobre crímenes. No obtuve el menor resultado... aunque el «Herald» citó mis laudables deseos.

John miró su reloj.

—Será mejor que vaya a Jefatura. ¿Dicen algo los periódicos de la mañana?

—Una confusa entrevista con el capitán Hallet. La Policía ha descubierto importantes pistas, y promete pronto resultados. Lo que dice siempre después de un crimen.

El joven miró fijamente a su tía.

—Muy bien —dijo—. ¿De manera que lees los relatos periodísticos que quisieras ver suprimidos?

—Desde luego. Mi vida carece, por completo, de emociones. Si protesto de la publicación de esos detalles, es porque los juzgo perjudiciales para las clases bajas...

Haku la interrumpió con el aviso de que el señor Winterslip era llamado al teléfono. Cuando el joven regresó al *lanai* su aspecto era el de un hombre ocupado por múltiples tareas.

—Era Charlie —explicó—. El trabajo del día está a punto de empezar. Han localizado al señor y a la señora Thomas Macan Brade en el hotel «El Arrecife y la Palmera», y tengo que reunirme con Charlie dentro de un cuarto de hora.

—«El Arrecife y la Palmera» —repitió Minerva—. Esto hace volver la atención hacia Egan. Apostaría una colección de Browning contra una serie de novelas modernas a que él es el hombre.

—Perderías tu colección de Browning, y ¿dónde irías entonces, cuando empezara la temporada de lectura? —rió John Quincy—. Nunca te había visto tan tonta. Acuérdate de decirle a Bárbara que me ha sido imposible reunirme con ella en la playa.

—Vete tranquilo. Si supieras cómo te envidio. Por primera vez en mi vida desearía ser hombre.

John Quincy se dirigió a «El Arrecife y la Palmera» por la playa. La escena era de deslumbrante serenidad. Algunos lánguidos turistas descansaban en la arena; otros, más ambiciosos, impresionaban fotografías al borde del agua. Un enorme transatlántico entraba en el puerto. John pasó ante la casa de Arlene Compton y entró en los terrenos de «El Arrecife y la Palmera». En la playa, no lejos del hotel, una inglesa estaba sentada ante un caballete y una tela. Estaba intentando captar algo de aquel exótico escenario. En vano, según pudo comprobar el joven, examinando el horrible resultado de sus esfuerzos. La mujer se volvió, protestando en silencio por su intrusión, y el joven lamentó que le sorprendiera en el momento de sonreírse del pésimo cuadro.

Chan no había llegado aún al hotel, y el empleado informó a John Quincy que Carlota había marchado a la ciudad. Sin duda para ver a su padre. Esperó que la prueba del cheque daría como resultado la libertad de Egan.

Se sentó en el *lanai*, desde donde podía contemplar el sendero que conducía al hotel, y las aguas del Pacífico. En la playa, un hombre con un traje de baño rojo, estaba sentado pacientemente. Sin duda el señor Saladine, aguardando el descenso de la marea para ver de encontrar lo que el mar le había robado.

Pasaron quince o veinte minutos, y al fin John oyó voces en el jardín. Vio a Hallet y a Chan que avanzaban por el sendero, y se apresuró a ir a su encuentro.

—Magnífica mañana —dijo Chan—. Hermoso día para hacer penetración en nuevo camino que conduce a importante descubrimiento.

John Quincy les acompañó hasta el mostrador. El japonés les miró con evidente hostilidad; no había olvidado los sucesos del día anterior. Los informes le tuvieron que ser arrancados trocito a trocito. Sí, en el hotel se hospedaban los señores Macan Brade. Llegaron el sábado en el vapor «Sonoma». El señor Brade no estaba en el hotel en aquellos momentos. La señora Brade se hallaba en la playa pintando hermosos cuadros.

—Bien —dijo Hallet—. Antes de interrogarles necesito echar un vistazo a su habitación. Condúcenos a ella.

El japonés vaciló.

—¡Muchacho! —llamó, aunque el hotel de «El Arrecife y la Palmera» carecía de botones. Al fin, con expresión de herida dignidad, les guió hasta la habitación diez y nueve, la última a la derecha de un largo pasillo. Hallet entró en ella y fue hasta la ventana.

—Un momento —dijo, dirigiéndose al empleado. Señaló a la mujer que pintaba en la playa—. ¿Es esa la señora Brade?

—Sí —musitó el japonés.

—Está bien, puedes marcharte. —El empleado obedeció—. Señor Winterslip, le agradeceré se siente junto a la ventana y no pierda de vista a esa señora. —Examinó ansiosamente la pobrementemente amueblada habitación—. Vamos a ver qué encontramos aquí.

John Quincy ocupó el puesto que le había sido asignado, sintiendo un profundo malestar. El trabajo no le parecía muy honorable. Sin embargo, era probable que no le pidieran interviniese en el registro, y si los policías se veían obligados a hacer trabajos desagradables, suya era la culpa por no haberlo pensado antes de ingresar en la Policía. Por más que ni Hallet ni Chan parecían experimentar el menor embarazo por su desagradable tarea.

El equipaje que llenaba la habitación era muy numeroso. John Quincy se fijó en un baúl, dos enormes maletas y otra más pequeña. Todo estaba decorado con etiquetas del «Sonoma» y otras, muda historia de otros barcos y lejanos hoteles.

Hallet y Chan eran perros viejos en aquel trabajo; con enorme rapidez y eficiencia registraron el baúl, sin encontrar en él nada de interés. El capitán dirigió su atención a la maleta más pequeña. Con grandes muestras de satisfacción, sacó un paquete de cartas y, colocándolas sobre una mesa, se sentó ante ellas. John Quincy estaba anonadado. Leer las cartas de otra persona era algo que le resultaba inconcebible.

Sin embargo, Hallet lo hizo. Al cabo de un momento, el capitán dijo:

—Parece que ha estado en el Servicio Civil Británico en Calcuta, pero ha dimitido. Aquí hay una carta de su superior en Londres refiriéndose a los treinta y seis años que Brade ha pasado en el Cuerpo, y lamentándose de perderle. —Hallet cogió otra carta y su rostro se iluminó—. ¡Esto ya está mejor! —Tendió a Chan una carta escrita a máquina. El chino la cogió y sus ojillos brillaron como carbones encendidos.

—Muy interesante —dijo, y tendió la carta a John.

El joven vaciló. Las costumbres de toda una vida no se pierden en un minuto. Pero los demás habían leído antes la carta; así dejó de lado todos sus escrúpulos. La carta estaba fechada varios meses antes y había sido enviada a Brade a Calcuta.

«Muy señor mío: En contestación a su pregunta del 6 del corriente mes, le comunico que el señor Daniel Winterslip está vivo y reside en esta ciudad. Su dirección es 3947, Carretera de Kalia, Waikiki, Honolulu».

La firma era del cónsul británico en Honolulu. John devolvió la epístola a Hallet,

quien la guardó en un bolsillo. En aquel momento, Chan, que exploraba una de las maletas, lanzó un leve gruñido de satisfacción.

—¿Qué pasa, Charlie? —preguntó Hallet.

El chino colocó ante su jefe una cajita metálica, cuya tapa levantó. Estaba llena de cigarrillos.

—Marca Corsican —anunció, alegremente.

—Bien —dijo Hallet—. Me parece que el señor Thomas Macan Brade va a tener que dar muchas explicaciones.

Continuaron el registro, en tanto John Quincy permanecía sentado junto a la ventana. Carlota Egan apareció en el *lanai* y se sentó lentamente. Durante unos segundos permaneció con la mirada fija en las rompientes, luego se echó a llorar.

John se movió inquieto. La tristeza dominaba excesivamente en aquel llamado paraíso. Las dos únicas jóvenes que conocía se entregaban demasiado a las lágrimas, y no sin motivo.

—Si me permite... —dijo. Hallet y Chan, buscando ávidamente, no replicaron. John saltó por la ventana al *lanai*. Al oírle, Carlota levantó la cabeza.

—Oh, creí que estaba sola —dijo.

—Quizá prefiera estarlo. Pero tal vez le haga bien contarme lo que le ha ocurrido. ¿Ha hablado a su padre de ese cheque?

—Sí, se lo he enseñado. ¿Y qué cree usted que ha hecho? Me lo ha arrancado de las manos y lo ha roto en mil pedazos. Me ha dicho que no debo hablar a nadie de ese cheque.

—No lo entiendo.

—Ni yo. Estaba furioso, como nunca le había visto. Y cuando le he dicho que usted estaba enterado de la existencia de ese cheque, aún se ha enfadado más.

—Pero usted puede tener confianza en mí. No lo diré a nadie.

—Ya lo sé. Pero papá no está tan seguro de usted como lo estoy yo. Pobre papá, sufre mucho. No le conceden un minuto de reposo. Se pasan el tiempo tratando de hacerle hablar. Pero toda la Policía del mundo sería incapaz de conseguirlo... ¡Pobre, pobre papá!

De nuevo lloraba, y John Quincy sintió hacia ella lo que sintiera por Bárbara. Hubiera querido estrecharla entre sus brazos... mas, por desgracia, Carlota Egan no era una Winterslip.

—Vamos, vamos —dijo—. Eso no le hará ningún bien.

La muchacha le miró a través de sus lágrimas.

—¿No? No sé. Parece que ayuda un poco. Pero... —se secó los ojos—. Realmente ahora no tengo tiempo para ello. Tengo que ir a cuidar de la comida...

Se levantó, y John Quincy la acompañó por la galería.

—En su lugar yo no me preocuparía —dijo—. Esta mañana la Policía sigue una pista totalmente distinta.

—¿De veras?

—Sí. En su hotel se hospeda un tal Brade. Le conoce, ¿verdad?

—No.

—¡Pero si es un huésped!

—Era. Ahora no está aquí.

—¡Un momento! —John Quincy apoyó una mano en el brazo de la joven, y ambos se detuvieron—. Eso que usted dice es interesante. ¿Brade se ha marchado?

—Sí. Por lo que me ha dicho el empleado, el señor y la señora Brade llegaron el sábado. Pero a primeras horas de la mañana del martes, antes de que mi barco atracase, el señor Brade desapareció, y desde entonces no se le ha visto.

—El señor Brade aparece más enredado por momentos —dijo John—. Hallet y Chan están en su habitación y han descubierto algunos detalles bastante curiosos. Lo mejor será que vaya a verles y les repita lo que acaba de contarme.

Llegaron al vestíbulo por una puerta lateral en el momento en que un joven hawaiano entraba por la puerta principal. Algo en su manera de obrar atrajo la atención de John, que se detuvo. En aquel momento el señor Saladine, en su traje de baño, se acercó al mostrador. Carlota Egan dirigióse al cuarto diez y nueve, pero John Quincy permaneció en el vestíbulo.

El hawaiano se acercó tímidamente al mostrador.

—Perdone —dijo—. Vengo a ver al señor Thomas Brade.

—El señol Blade no está —replicó el japonés.

—Entonces esperaré hasta que vuelva.

El empleado frunció el ceño.

—Es inútil. El señol Blade no en Honolulu ahoa.

—¿No está en Honolulu? —El hawaiano parecía abrumado por la noticia.

—Señola Blade fuea, en la playa —continuó el japonés.

—Oh, entonces el señor Brade volverá —replicó el muchacho, con evidente alivio—. Ya volveré.

Se alejó rápidamente, mientras el japonés se dirigía al señor Saladine, que estaba inclinado sobre la vitrina del tabaco.

—¿Diga, señol?

—Cigarrillos —pidió el lacónico señor Saladine.

Indudablemente, el japonés conocía la marca preferida por él, pues, sin inquirir más, le tendió una caja.

—Cargue en cuenta —dijo Saladine. Durante un momento estuvo observando al joven hawaiano, que salía por la puerta principal. Al volverse, su mirada tropezó con la de John Quincy. Apartó rápidamente la vista y se alejó.

Los dos policías y la joven aparecieron por el corredor.

—Bien, señor Winterslip, el pájaro ha volado —dijo el capitán.

—Así parece.

—Ya lo encontraremos. Lo buscaré por toda la isla. Ante todo quiero hablar unas palabras con su mujer. —Se volvió hacia Carlota—. Tráigala aquí —ordenó. Notando

la expresión de la joven, añadió—. Por favor.

Carlota Egan hizo una seña al japonés, que se dirigió hacia la puerta.

—A propósito —hizo notar John—. Hace un momento ha venido un joven preguntando por Brade.

—¿Quién era? —preguntó, interesado, Hallet.

—Un hawaiano de unos veinte años... Alto y delgado. Si va a la puerta aún podrá verle.

Hallet corrió a la puerta. Un segundo después estaba de nuevo de vuelta.

—Hum —murmuró—. Le conozco. ¿Ha dicho si volverla?

—Sí.

Hallet recapacitó unos instantes.

—He cambiado de parecer —dijo—. No interrogaré aún a la señora Brade. No quiero que sepa que he preguntado por su marido. Confío en que usted advertirá a su empleado —añadió, dirigiéndose a la joven—. Por fortuna hemos dejado las cosas tal como estaban, en la habitación diez y nueve. A menos que eche de menos la carta y los cigarrillos, lo cual no es probable, no descubrirá nada. Ahora, señorita Egan, nosotros tres nos meteremos en el despacho de su padre, detrás del mostrador, y dejaremos la puerta abierta. Quisiera que cuando llegue la señora Brade usted la interrogase acerca de la ausencia de su marido. Procure sacarle cuanto pueda. Yo estaré escuchando.

—Comprendo —asintió Carlota.

Hallet, Chan y John Quincy entraron en el despacho de Egan.

—¿Han encontrado algo más en el cuarto? —preguntó John a Charlie.

Este negó con la cabeza.

—Aun así, suerte dedica sonrisa a nosotros. Cosas que tenemos son importantes.

—¡Sssst! —advirtió Hallet.

—Señora Brade, hace un momento un joven ha preguntado por su marido. —Era la voz de Carlota.

—¿Sí? —El acento era puramente inglés.

—Deseaba saber dónde encontrarle. No se lo hemos podido decir.

—No, claro.

—¿Ha salido de la ciudad, su marido, señora Brade?

—Sí, claro que sí.

—¿Sabe cuándo volverá?

—No. ¿Ha llegado ya el correo?

—Aún no. Lo esperamos de un momento a otro.

—Muchas gracias.

—Vaya a la puerta —indicó Hallet a John.

—Se ha ido a su cuarto —dijo el joven.

Los tres salieron del despacho de Egan.

—Capitán, me parece que no he sido muy afortunada —se lamentó Carlota.

—Está bien —replicó Hallet—. No esperaba que lo fuese —El japonés estaba de nuevo en su puesto, detrás del mostrador. Hallet se volvió hacia él—. Oye —dijo—. Tengo entendido que hace un momento alguien ha preguntado por Brade. Era Dick Kaohla, ¿no?

—Sí —contestó el empleado.

—¿Ha estado a ver a Brade?

—Sí. Sábado noche. Señor Blade y él tuvieron una conversación en playa. Hallet asintió, ceñudo.

—Vamos, Charlie —dijo—. Tenemos que encontrar a Brade, esté donde esté. John Quincy dio un paso hacia el capitán.

—Perdone, señor Hallet. ¿Tiene inconveniente en decirme quién es Dick Kaohla? Hallet vaciló.

—El padre de Kaohla está ya muerto, era una especie de criado de confianza de Dan Winterslip. El muchacho no es un buen sujeto. ¡Ah, sí! Es el nieto de esa mujer que está en casa de ustedes. Creo que se llama Kamaikui, ¿verdad?

XIV. Lo que llevaba Kaohla

Pasaron varios días, pero tan rápidamente, que John Quincy apenas notó su curso. Dan Winterslip dormía ya el sueño eterno bajo las palmeras de la adorable isla donde había nacido. El sol y la luna iluminaban alternativamente su tumba, pero aquellos que buscaban a la persona que el lunes por la noche penetró en el *lanai* se movían aún en la obscuridad.

Hallet registraba de un extremo a otro de la isla, en busca de Brade. Pero Brade no aparecía por ningún sitio. Varios barcos hicieron escala en Honolulu y volvieron a zarpar; el nombre de Thomas Macan Brade no aparecía en la lista de pasajeros. Por poblados que eran sólo un grupo de chozas habitadas por japoneses, por las cuevas donde resonaba el fragor de las olas, a través de las plantaciones de ananás y caña de azúcar, los comisarios de Hallet llevaron a cabo sus investigaciones. Sus esfuerzos no condujeron a nada.

John Quincy se dejaba llevar por los días. Conocía ya el encanto de las aguas de Waikiki; había sentido ya su cálido abrazo. Cada tarde hacía pruebas con un *surf-board*, y estaba deseando que llegase el momento de poderse aventurar hasta las rompientes. Boston parecía una historia olvidada. State Street y Beacon Street recuerdos de otra existencia más activa, ahora abandonada. Ya sabía comprender el disgusto de su tía al pensar dejar aquellas amables costas.

El viernes, por la tarde, a primera hora, Minerva le encontró leyendo un libro en el *lanai*. La indiferencia que demostraba el joven le irritó. Minerva había sido siempre una mujer activa, y seguía siéndolo en Honolulu.

—¿Has visto últimamente al señor Chan? —preguntó.

—Esta mañana he hablado con él. Hacen lo imposible por encontrar a Brade.

—¡Hum! —refunfuñó Minerva—. Lo imposible no da muy buen resultado. Me gustaría que interviniesen en este caso unos cuantos detectives de Boston.

—Dales tiempo —bostezó John.

—Han tenido tres días. Tiempo suficiente. Brade no ha abandonado la isla, esto es cierto. Y si se tiene en cuenta que en des horas se atraviesa y en menos de seis se le da la vuelta, la capacidad del capitán Hallet sale bastante mal parada. Tendré que acabar solucionando yo misma este asunto.

John Quincy se echó a reír.

—Sí, tal vez.

—Bien, pues les he dado las mejores pistas que poseen. Si conservasen abiertos los ojos como yo...

—Los ojos de Charlie están muy abiertos —protestó John Quincy.

—¿De veras? Pues a mí me parecen muy adormilados.

Bárbara apareció en el *lanai* vestida para paseo. La expresión de sus ojos era algo más feliz, y sus mejillas habían recobrado parte del perdido color.

—¿Qué lees, John? —preguntó.

—*La Ciudad de la Puerta de Oro.*

—Si te interesan los libros sobre San Francisco, creo que papá tenía una porción de ellos. Recuerdo que uno trata de la historia de la Bolsa. Papá quiso hacérmelo leer, pero no pude terminarlo.

—Te perdiste una obra excelente. Esta mañana lo he terminado. Desde que he llegado he leído otros cinco libros sobre San Francisco.

Minerva le miró, asombrada.

—¿Para qué? —preguntó.

—Pues... —John vaciló—. Siento una rara atracción hacia esa ciudad. No sé... A veces creo que me gustaría vivir en ella.

Minerva sonrió despectivamente.

—¡Y te enviaron aquí para que me devolvieses a Boston! —dijo.

—Boston está muy bien —se apresuró a asegurar su sobrino—. Es el cuartel general de los Winterslip, pero su atracción no ha sido jamás lo bastante fuerte para impedir que algunos Winterslip partieran en pos de la aventura. Cuando llegué a San Francisco tuve una extraña impresión. —John explicó lo que le había ocurrido en el transbordador—. Y cuando más vi la ciudad, más me enamoré de ella. Hay algo en el ambiente que cautiva, y, además, parece que la gente que habita en ella conociera el medio de sacar el mayor partido posible de la vida.

Bárbara sonrió, aprobadora.

—Sigue ese impulso, John Quincy —dijo.

—Tal vez te haga caso. Y todo esto me recuerda que debo escribir una carta. —Se levantó y salió del *lanai*.

—¿De veras piensas desertar de Boston? —preguntó Bárbara.

Minerva movió la cabeza.

—Se trata de una locura pasajera. Me alegro de que la sufra; así en lo futuro será más humano. Pero en lo de dejar Boston. ¡John Quincy! Antes creería que el monumento de Bunker Hill pensaba emigrar a Inglaterra.

En su habitación, la locura de John Quincy Winterslip persistía. No había acabado aún la comenzada carta a Agatha Parker, pero en aquellos momentos se dedicó a ella con enorme entusiasmo. San Francisco era el tópico, y las palabras brotaban fluidamente. Describió la ciudad con perfecto colorido, y sugería —sólo sugería—, lo hermosa que sería la vida en ella al lado de Agatha.

Esta, según recordó, se hallaba en aquellos momentos en un rancho de Wyoming —su primer contacto con el Oeste— y esto era providencial. Ella misma habría ya experimentado la atracción de los amplios espacios. En California la vida era todo color y luz. Desde luego, sólo se trataba de sugerencias.

Al cerrar el sobre le pareció percibir por un momento el aristocrático rostro de Agatha, y sus ilusiones sufrieron un cierto desvanecimiento. Sus grises ojos eran fríos, tan distintos de los de Bárbara, tan distintos de los de Carlota María Egan.

El sábado, por la tarde, John Quincy debía ir a jugar al golf con Harry Jennison.

Se dirigió al valle de Nuuanu, en el *roadster* de Bárbara, pues el testamento de Dan Winterslip había sido ya leído, y cuanto poseía pasaba a poder de Bárbara. En aquel abrigado lugar una tenue lluvia caía, como de costumbre, a pesar de que el sol brillaba con todo su esplendor. John Quincy se había acostumbrado ya al fenómeno; «sol líquido» se llama en Hawai a esa lluvia, y la gente no le presta la menor atención. Seis o siete distintos arcos iris añadían belleza a los campos de golf del Country Club.

Jennison aguardaba en la veranda, vestido deslumbrantemente de blanco. Parecía en verdad feliz de ser su invitado, y en seguida iniciaron un partido de golf que John Quincy tardaría muchos años en olvidar. Jamás había jugado en medio de semejante belleza. Las colinas, de líneas suaves, brillaban con todos los colores tropicales, el amarillo de los *kukui*, el gris de los helechos, el esmeralda de los bananeros, de cuando en cuando un rojizo manchón de tierra color ladrillo. Bajo sus pies se extendía una amplia alfombra de césped, humedecido por la casi continua llovizna. Jennison era un excelente jugador, pero John le superaba en los tiros cortos, y al final del partido ganó por cuatro puntos de ventaja. Pasaron bajo un hermoso arco iris y regresaron al club.

En el *roadster*, de regreso a casa, Jennison sacó la conversación del asesinato de Dan Winterslip. John Quincy deseaba conocer las reacciones del abogado ante las pruebas conseguidas por la Policía.

—Más o menos, he permanecido en contacto con el caso —dijo Jennison—. Mis sospechas recaen casi por completo sobre Egan.

Sin saber exactamente el motivo, a John Quincy le molestó tal declaración. El recuerdo del hermoso pero triste rostro de Carlota Egan pasó por su mente.

—¿Y qué hay de Leatherbee y de Arlene Compton? —preguntó.

—No estaba presente cuando prestaron declaración, pero Hallet asegura que tiene bastantes visos de verosimilitud. Y no me parece lógico que si Leatherbee hubiera tenido algo que ver con el asesinato hubiese conservado la página del libro de invitados.

—También tenemos a Brade.

—Sí, Brade complica el asunto. Pero cuando le encuentren, si lo encuentran, me imagino que el resultado será nulo.

—¿Sabe que el nieto de Kamaikui está mezclado con lo de Brade?

—Eso creo. Es algo que conviene investigar. Pero recuerde bien estas palabras: cuando todas las pistas se hayan seguido hasta el fin, se verá que convergen en Jim Egan.

—¿Qué tiene usted contra Jim Egan? —preguntó John, torciendo hacia la izquierda a fin de esquivar otro auto.

—No tengo nada contra él —replicó Jennison—. Pero no puedo olvidar la expresión de Dan el día que me dijo que le tenía miedo. Luego debemos tener en cuenta la colilla de Corsican. Y sobre todo, el silencio de Egan respecto al asunto que

le llevó a casa de Dan Winterslip. Los hombres que se enfrentan con la acusación de asesinos hablan, y hablan de prisa. Si no lo hacen es porque lo que han de decir les perjudica más que su silencio.

Avanzaron un rato en silencio, y al fin Jim dijo:

—Hallet me ha dicho que hace usted de detective.

—Lo he intentado, pero soy una calamidad —admitió John Quincy—. De momento todos mis esfuerzos van dirigidos a la persecución del reloj que tía Minerva vio en la muñeca del asesino. En cuanto veo un reloj de pulsera me acerco lo más que puedo. Pero como la mayor parte de la caza la realizo de día, no puedo juzgar a simple vista si el reloj es de esfera luminosa o no, y si el número dos es borroso o no lo es.

—La insistencia es el secreto de un buen detective —sonrió Jennison—. No deje la busca y es posible que al fin tenga éxito.

El abogado debía cenar con la familia en Waikiki. John le acompañó a su despacho, donde tenía que firmar algunas cartas, y en cuanto hubo terminado le condujo a la playa. Bárbara les aguardaba vestida de blanco, y teniendo en cuenta los pasados sucesos, la comida pudo calificarse casi de alegre.

Tomaron el café en el *lanai*. Cuando hubieron terminado, Jennison se levantó y acercándose a Bárbara permaneció de pie junto a ella.

—Tenemos que comunicarles una noticia —anunció. Miró a la joven—. ¿Te parece que debo decirlo?

Bárbara asintió.

—Su prima y yo. —El abogado se había vuelto hacia los dos representantes de Boston—. Su prima y yo hace tiempo que nos queremos. Pensamos casarnos muy pronto, dentro de una semana o...

—¡Oh, Harry, una semana es demasiado pronto...! —murmuró Bárbara.

—Como tú quieras, pero ha de ser muy pronto.

—Sí, muy pronto.

—Y dejaremos Honolulu durante algún tiempo. Naturalmente. Bárbara no podría sentirse feliz aquí, en medio de tantos recuerdos. Me ha autorizado para que ponga en venta esta casa.

—Pero, Harry —protestó Bárbara—. Lo que estás diciendo da la impresión de que soy una mujer inhospitalaria. Decir a mis invitados que me voy a marchar y vendo la casa...

—No tiene importancia, querida —dijo Minerva—. John Quincy y yo lo comprendemos todo. Es muy lógica tu deseo de marcharte.

—Siento haberme portado con alguna brusquedad —se excusó Jennison—. Ya comprenderán los deseos que tengo de cuidar de ella.

—Desde luego —asintió John.

Minerva se inclinó a besar a Bárbara.

—Si tu madre estuviera aquí, chiquilla, no *podría* desearte más felicidades de las

que yo te deseo —dijo.

Bárbara se levantó y echóse en brazos de la dama.

—Es usted un hombre afortunado —dijo John Quincy estrechando la mano de Jennison.

—Así lo creo —respondió éste.

El joven volvióse hacia su prima.

—Te deseo muchas... felicidades —dijo. Bárbara asintió en silencio, humedecidos los ojos por las lágrimas.

Minerva se apresuró a dirigirse al saloncito, y John, notando que lo único que hacía en el *lanai* era estorbar, la imitó, dejando sola a la pareja.

Después de coger su sombrero salió a la playa. La pálida luna navegaba entre las brillantes estrellas; el aspecto de la playa, con los altos cocoteros oscilando levemente bajo la caricia del viento, estaba lleno de romanticismo. El joven pensó en la escena que presenciara noches antes en el puente del «President Tyler»... Sólo dos en el mundo. El amor rápido y avasallador... Bien, así debía ser. Desde el principio del mundo por aquella playa habían, paseado las parejas murmurándose las mismas palabras, haciéndose idénticas promesas, cualquiera que fuese el color de su piel y el dios a quien adoraban. De pronto John Quincy se sintió muy solo.

Bárbara era una Winterslip, y por lo tanto no podía ser para él. Entonces, ¿por qué sentía en el corazón tanta tristeza? Él había ya escogido, y su elección era la adecuada. ¿Qué diablos le pasaba, pues?

Sin darse casi cuenta se dirigió lentamente hacia «El Arrecife y la Palmera». ¿Para charlar un rato con Carlota Egan? Pero, ¿por qué tenía que sentir deseos de hablar con aquella muchacha tan alejada del mundo que él conocía? Las muchachas, allá en la ciudad natal, estaban mentalmente a la altura del hombre, y a menudo le superaban, parecían mirar desde una altura enorme, sabían discutir determinado artículo aparecido en el último número del *Atlantic*, la filosofía de Shaw, el nuevo cuadro de Sargent en la Art Gallery. ¿No era ésa la conversación que él debía ansiar en aquella romántica playa, con la luna brillando sobre Diamond Head?

Carlota Egan estaba sentada detrás del mostrador en el desierto vestíbulo de «El Arrecife y la Palmera». En su rostro se dibujaba una viva preocupación.

—Ha llegado usted en el momento psicológico —dijo sonriendo—. Me hallo metida en la más terrible de las batallas.

—¿Aritmética?

—A mí me parece álgebra o trigonometría. Estoy haciendo la cuenta de los Brade. John pasó al otro lado del mostrador y permaneció junto a la joven.

—Permítame que le ayude —dijo.

—Es tan endiabladamente complicado. —Carlota miró a John Quincy Winterslip y éste sintió vivísimos deseos de que fuera posible que los dos hicieran aquellas sumas y multiplicaciones en la arena de la playa—. El señor Brade ha estado fuera desde el martes por la mañana, y nosotros no cargamos nada por una ausencia de más

de tres días. Aquí está el problema. A usted tal vez le parezca fácil, a mí no.

—Pues cárguele la pensión como si hubiera estado aquí.

—Yo ya quisiera hacerlo... Eso simplificaría el problema. Pero no es la costumbre de papá.

John Quincy cogió un papel.

—¿Cuánto pagan? —preguntó. Carlota se lo dijo, y el joven empezó a anotar números. No era una operación fácil, aun para un experto como él. John Quincy frunció a su vez el ceño.

Alguien entró en «El Arrecife y la Palmera». Al levantar la cabeza, John vio a Dick Kaohla. Llevaba un voluminoso paquete envuelto en periódicos.

Carlota Egan movió negativamente la cabeza.

—No ha vuelto aún —dijo.

—Esperaré.

—No sabemos dónde está, ni cuándo volverá —protestó la muchacha.

—Pronto estará aquí —replicó el hawaiano—. Esperaré en el *lanai*. —Dirigióse hacia la galería, llevando en las manos el paquete. John Quincy y Carlota se miraron.

—¡Nos movemos, avanzamos! —murmuró John—. ¡Brade estará pronto aquí! ¿Tiene inconveniente en salir al *lanai* y decirme dónde se encuentra Kaohla?

La joven obedeció rápidamente, regresando a los pocos segundos.

—Está sentado en el extremo opuesto.

—¿No puede oírnos?

—Imposible. ¿Quiere telefonar?

Pero John Quincy Winterslip estaba ya en la cabina telefónica. La voz de Charlie Chan contestó desde el otro extremo del hilo.

—Doy calurosas felicitaciones. Usted ocupa número primero en lista de excelentes detectives. Si auto no opone resistencia, Charlie hará inmediata conexión con usted.

John Quincy regresó, sonriente, al mostrador.

—Charlie vuela hacia nosotros en su Ford. Parece que empezamos a ver un poco claro. Pero volviendo a la cuenta. El hospedaje de la señora Brade, comida y cuarto, son dieciséis dólares. La del señor Brade... una semana de hospedaje completo, menos cuatro días de comida... Total nueve dólares y sesenta y dos centavos.

—¿Cómo podré agradecerle lo que usted hace por mí?

—Pues hablándome otra vez de su infancia en esta playa. —Una sombra cruzó el rostro de la muchacha—. ¡Oh, perdone, lo siento! Ya he vuelto a hacer que se sienta desgraciada.

—No, no. Usted no lo sabía. Como ya le dije una vez, en mi felicidad ha habido siempre un pero. Aquella mañana, en el transbordador, creo que estuve a la puerta misma de la verdadera dicha. Me pareció que por un momento huía de la vida.

—Recuerdo cómo se rió de mi sombrero.

—Espero que me habrá perdonado.

—No diga eso. Soy muy feliz al pensar que fui capaz de hacerla reír de aquella manera.

Los verdes ojos de Carlota María Egan, parecieron contemplar el futuro, y John sintió una inmensa piedad hacia ella. Había conocido a otras como ella, que amaban a sus padres, que cifraban grandes esperanzas en ellos, y luego les veían caer abrumados por la edad. Una de las finas y morenas manos de la muchacha descansaba sobre el mostrador. John la cogió entre la suya.

—No se ponga triste —dijo—. La de hoy es una noche hermosísima. La luna... es usted lo que llaman una *kamaaina*, ya lo sé, pero estoy seguro de que jamás ha contemplado una luna como la de hoy. Es como una moneda de oro de mil dólares, pálida, pero valiosa. ¿Quiere que salgamos a disfrutar de ella?

Suavemente, Carlota retiró la mano.

—Hay siete botellas de agua mineral enviadas a la habitación. Treinta y cinco centavos cada una...

—¿Qué? ¡Oh, la cuenta de los Brade! Sí, eso hace dos dólares cuarenta y cinco más. Me gustaría hablarle de las estrellas. ¿No es extraño lo próximas que parecen las estrellas en el trópico?

La joven sonrió.

—No hay que olvidar el equipaje. Tres dólares por traerlo desde el muelle.

—Eso es muy difícil. ¿No le he dicho nunca que la belleza de este país ha dejado su huella en su rostro? En medio de tanta hermosura uno no puede dejar de...

—La señora Brade se ha hecho servir tres veces el té en su cuarto. Esto hace setenta y cinco centavos más.

—¡Qué mujer más extravagante! Cuando vuelva, Brade va a tener más de un disgusto... Bien, ya está anotado todo. ¿Algo más?

—El lavado. Noventa y siete centavos.

—Muy barato. Sumándolo todo resultan treinta y dos dólares y sesenta y nueve centavos. Pongamos treinta y tres dólares.

—¡Oh, no! —rió Carlota—. No podemos hacerlo.

La señora Brade apareció regresando lentamente del *lanai*.

—¿Alguna carta? —preguntó, deteniéndose ante el mostrador.

—No, señora Brade. —La joven le entregó una hoja de papel—. Su cuenta.

—Está bien. Mi esposo la abonará cuando vuelva.

—¿Le espera pronto?

—No puedo asegurarlo. —Y la inglesa se dirigió al pasillo que conducía a la habitación diecinueve.

—Como de costumbre, es un saco de informes —sonrió John Quincy—. Mire, ahí viene Charlie.

El chino acercóse rápidamente al mostrador, seguido por un agente, también de paisano.

—Automóvil tuvo honorable comportamiento —anunció. Señaló con un ademán

a su compañero—. Hago presentación de señor Spencer. Bien, ¿cuál es situación presente? Pido con humildad grande ponga prisa en dar contestación.

John Quincy le dijo que Kaohla esperaba en el *lanai*, con un paquete bastante voluminoso.

—Sucesos hacen carrera rápida —dijo Chan. Y volviéndose hacia Carlota pidió —: Tenga amabilidad grande de hacer comunicación a Kaohla que señor Brade ha llegado y hace espera en vestíbulo. —Vaciló un momento—. No, no. Hacía olvido de delicadeza. No es bueno que Charlie pida a hermosa señorita ponga mentira en lindos labios. Pido con humildad grande perdón. Ponga indiferente pretexto para hacer venir a vestíbulo a Kaohla.

Carlota obedeció sonriente.

—Señor Spencer —dijo Chan—. Hago sugerencia de que usted haga interrogación a Kaohla. Dificiles palabras de Charlie a veces no pueden hacer penetración en duras cabezas de hawaianos.

Spencer asintió, y dirigióse hacia la puerta que conducía al *lanai*, donde no sería visto por nadie que entrase en el vestíbulo. Al cabo de un momento, Kaohla apareció, seguido de la joven, pero al ver a Chan se detuvo, y una expresión de vivo terror ensombreció su rostro. Spencer le asustó aún más, cogiéndole del brazo.

—Ven aquí, muchacho —dijo el policía—. Queremos hablar un rato contigo. — Condujo al hawaiano a un extremo del vestíbulo, y Chan y John Quincy les siguieron —. Siéntate... Dame eso que llevas. —Quitó el pesado paquete que Kaohla conservaba debajo del brazo. Por un momento el muchacho pareció que iba a protestar, pero indudablemente lo pensó mejor. Spencer dejó el paquete encima de una mesa y permaneció de pie junto a Kaohla.

—Conque querías ver a Brade, ¿eh? —empezó con acento amenazador.

—Sí.

—¿Para qué?

—Asunto privado.

—Te advierto que vale más que hables. Estás metido en un mal asunto.

—No quiero hablar.

—Está bien. Veamos lo que hay en ese paquete.

El muchacho miró hacia la mesa, pero no pronunció ni una palabra.

Chan sacó un cortaplumas.

—Hacer descubrimiento es cosa de facilidad grande —dijo. Cortó el cordel y desenvolvió varios periódicos. John Quincy se acercó, presintiendo que algo importante iba a ser descubierto.

La última hoja de periódico fue apartada.

—¡Por cien mil diablos! —exclamó Chan. Volvióse rápidamente hacia John Quincy y se excusó—: ¡Oh, tengo sentimiento profundo! Horrible frase que acabo de decir contagié de primo Willie Chan, capitán de equipo chino de baseball...

Pero el joven no le escuchaba. Su mirada estaba clavada en el objeto que aparecía

encima de la meca. Una caja de ébano, reforzada con abrazaderas de cobre, y encima de la cual se veían las iniciales T. M. B.

—Abriremos —dijo Chan. Examinó atentamente la caja—. No, cerradura posee fortaleza grande. Conduciremos a Jefatura de Policía, donde usted, silencioso hawaiano y Charlie Chan correremos de prisa. Señor Spencer, usted hará permanencia aquí. Si Brade hace aparición usted ya tiene conocimiento de su obligación.

—Desde luego —asintió Spencer.

—Señor Kaohla, conceda a Charlie honor de acompañar a Jefatura de Policía, donde muchas palabras saldrán de labios suyos.



—Señor Kaohla, conceda a Charlie honor de acompañar a Jefatura de Policía

Se dirigieron hacia la puerta. En aquel momento Carlota Egan se acercó a ellos.

—¿Puedo hablarle un momento? —preguntó a John.

—Desde luego. —El Joven la acompañó hasta el mostrador—. Hace unos minutos salí al *lanai* —dijo en voz baja Carlota—. Alguien estaba acurrucado junto a la ventana, cerca de donde ustedes hablaban. Me acerqué más y vi que era el señor Saladine.

—¡Ah! Si el señor Saladine no deja esa ocupación va a tener un disgusto.

—¿Debemos decírselo a Chan?

—Aun no. Primero usted y yo investigaremos en privado. Chan tiene otras cosas en que pensar. Y no nos conviene que ninguno de nuestros huéspedes se marche, a menos que sea absolutamente necesario.

—Desde luego, no nos conviene —sonrió Carlota—. Me alegro de que sienta usted tanto interés por la casa.

—Si lo siento es porque... —Pero Chan interrumpió al joven.

—Pido perdón —dijo—, pero tenemos que dar prisa. Capitán tendrá enorme placer en hacer encuentro de Kaohla y caja.

En la puerta, Kaohla se acercó a John Quincy, y éste se estremeció al ver la mirada de odio que le lanzaba el muchacho.

—Usted es el causante de esto —murmuró el hawaiano—. No lo olvidaré.

XV. El hombre de la India

El auto de Chan marchaba a toda la velocidad que era capaz de desarrollar por la Avenida Kalakaua John Quincy ocupaba el asiento posterior; y por indicación del policía llevaba el misterioso cofrecito.

Descansó las manos sobre él. Una vez le había esquivado, pero al fin lo tenía en su poder. Mentalmente regresó a aquella noche en el ático, a dos mil millas de distancia, la sombra contra la ventana iluminada por la luz de la luna, el roce contra su mejilla de un anillo con una piedra preciosa. La exclamación de Roger: «¡Pobre Dan!». ¿Tenían al fin en aquel cofre la solución del asesinato de Dan?

Hallet aguardaba en su despacho. Junto a él se hallaba un hombre de mirada aguda, de unos treinta y nueve años.

—Hola, muchachos —saludó Hallet—. Señor Winterslip, le presento al señor Greene, nuestro fiscal.

Greene estrechó cordialmente la mano del joven.

—Estaba deseando verle —dijo—. Conozco muy bien su ciudad. Pasé tres años en la Escuela de Leyes de Harvard.

—¿De veras? —replicó con gran entusiasmo John.

—Sí, fui allí después de aprobar en Yale.

—¡Oh! —murmuró John Quincy, sin el menor entusiasmo. Pero Greene parecía un buen sujeto, a pesar de la universidad que había escogido para sus primeros estudios^[11].

Chan había colocado el cofre encima de la mesa, delante de Hallet. El enjuto rostro del capitán se iluminó perceptiblemente.

—Cerrado, ¿eh? —dijo después de inspeccionar el tesoro—. ¿Tienes la llave, Kaohla?

El hawaiano movió, ceñudo, la cabeza.

—No.

—Ve con cuidado, chiquillo —advirtió Hallet—. Regístrele, Chan.

El chino hizo un, rápido y minucioso cacheo. Encontró un llavero, pero ninguna de las llaves servía para la cerradura de la caja. También sacó a la luz un grueso fajo de billetes de Banco.

—¿De dónde has sacado tanto dinero, Dick? —preguntó Hallet.

—Es mío —replicó el muchacho.

Pero Hallet sentía mayor interés por la caja. La golpeó cariñosamente.

—Esto es muy importante, señor Greene. Tal vea en ella encontremos la solución a nuestro rompecabezas. —Cogió una pequeña palanqueta y tras breves esfuerzos logró abrir el cofrecito.

John Quincy, Chan y el fiscal se acercaron ansiosamente mientras el capitán levantaba la tapa. ¡La caja estaba vacía!

—Llena con nada —murmuró Chan—. Otro sueño sufre destrucción contra muro de piedra.

El desengaño enfureció a Hallet.

—Muchacho —dijo volviéndose hacia Kaohla—. Quiero oírte hablar. Has estado en contacto con Brade, hablaste con él el domingo por la noche, has sabido que vuelve hoy. Tienes algún convenio con él. Date prisa en explicarlo todo.

—No tengo nada que decir —declaró el hawaiano.

Hallet se puso en pie de un salto.

—¡Ya lo creo que tienes cosas que decir! ¡Y te juro que me las vas a contar! Esta noche tengo muy poca paciencia, y te advierto que si no obedeces por las buenas lo harás por las malas. —Se interrumpió de pronto y volvióse hacia Chan—. Charlie, ese barco que hace el viaje entre las islas debe de llegar ahora de Maui. Vaya al muelle y vea si descubre a Brade. ¿Tiene sus señas personales?

—Sí —contestó Chan—. Cara pálida y delgada, hombro más bajo que compañero, bigote que cae con tristeza.

—Eso mismo. Vigile con atención. Y déjenos a ese crío. No guardará ningún secreto cuando terminemos con él, ¿verdad, señor Greene?

El fiscal, más discreto, se limitó a sonreír.

—Señor Winterslip —dijo Charlie—. Noche de hoy posee belleza grande, pequeño paseo a muelle iluminado por luz de luna...

—Le acompaño —replicó John Quincy. Miró al hawaiano, y mientras salía se dijo que no quisiera verse en la piel de Kaohla.

El muelle estaba débilmente iluminado, y un pequeño pero variado grupo de personas aguardaba la llegada del barco. Charlie y John se dirigieron a un extremo, y allí, sentado sobre un fardo de mercancías, encontraron al reportero del muelle.

—Hola, Charlie —saludó el señor Mayberry—. ¿Qué hace usted por aquí?

—Quizá amigo haga llegada con barco.

—¿De veras? La policía de Honolulu se ha vuelto, repentinamente, muy misteriosa. ¿Qué ocurre, Charlie?

—Todas declaraciones salen por labios de capitán.

—Ya las hemos oído esas declaraciones. «La Policía ha descubierto importantes pistas y está trabajando sobre ellas. De momento no puedo decirles nada». ¡Es indignante! Bien, siéntese, señor Chan. ¡Oh, señor Winterslip! Buenas noches. De momento no le había conocido.

—¿Cómo está usted? —dijo John Quincy. Él y Chan se acomodaron en otros fardos. En el aire flotaba un penetrante olor de azúcar. Desde allí se divisaba la luna bañando con su plateada luz las brillantes aguas del puerto. La escena era exótica y misteriosa, y John Quincy así lo dijo.

—¿Lo cree usted? —contestó Mayberry—. Bien, pues yo no. Para mí no existe ninguna diferencia entre este puerto y los de Galveston, Seattle, o cualquier otro. Cuando yo lo conocí...

—Me parece que ya me lo explicó una vez —sonrió John.

—Lo estaría mencionando siempre. Por lo que a mí se refiere el muelle de Honolulu ha perdido todo su romanticismo. Hubo un tiempo en que éste era el puerto más pintoresco del mundo. ¡Mire lo que es ahora! ¡Maldita sea! —El reportero volvió a encender su pipa—. Charlie puede decírselo... él lo recuerda. Los viejos y desvencijados desembarcaderos. El muelle de la Old Naval Row, con sus barcos de vela. Los vapores que consumían carbón y leña, con dos mástiles, y a veces tres, y que no despreciaban, cuando se presentaba la ocasión, la utilización de los buenos vientos que Dios ha creado. Las brillantes barcas de remos, la *Aloha*, la *Manu*, la *Emma*. ¿Se acuerda, Chan?

—Todos extinguidos —asintió el chino.

—En una noche como hoy no hubiese visto usted en el muelle ese grupo de rotarios —prosiguió Mayberry—. Sólo estibadores hawaianos, con *leis* en los sombreros y ukeleles en las manos. Pescadores con sus redes, y acaso un viejo sobrecargo, dispuesto a echar una mano allí donde hiciera falta, ni una máquina, como en los de hoy. —Fumó unos instantes, en silencio—. Aquéllos eran los días, señor Winterslip, los días del aislamiento de Hawai cuando el archipiélago era encantador. El cable y la radio no nos habían atado con la llamada civilización del continente. Cuando llegaba un barco lo asaltábamos en busca de un periódico con las últimas noticias del mundo exterior. ¿Recuerda aquellos días, Charlie, cuando todo el mundo iba al muelle en los viejos coches, cuando las mujeres llevaban sombreros de *holokus* y *lauhala*, y Berger acudía con su banda, y los príncipes...?

—¡Y en noches...! —sugirió Chan.

—Sí, viejo, ya iba a las noches. Las suaves noches, cuando los rondadores cruzaban el puerto en sus barcas de remos, entonando canciones inolvidables, y las linternas dejaban estelas luminosas en el agua...

Parecía a punto de llorar. El pensamiento de John retrocedió a los libros que había leído en su infancia.

—Y de cuando en cuando alguien era embarcado contra su voluntad —murmuró.

—¡Ya lo creo! —asintió Mayberry, iluminado el rostro por el recuerdo—. A finales del siglo pasado, estando yo sentado cerca del muelle, asistí a una pelea, y uno de mis mejores amigos me gritó: «¡Adiós, Pete!». En un segundo estuve junto a él y le ayudé a librarse de sus asaltantes... Entonces era yo muy joven. Él era una buena persona, un marino de pelo en pecho, y no estaba dispuesto a hacer el viaje que deseaban aquellos desconocidos. Le habían metido en una taberna y le lucieron tragar un narcótico, pero se despertó a tiempo de... ¡Pero aquellos tiempos ya se fueron para no volver! ¡Como Galveston y Seattle! Sí, señor, este muelle de Honolulu ha perdido todo su romanticismo.

El barquito de cabotaje se acercaba ya al muelle. Cuando la pasadera fue echada, Charlie se levantó.

—¿A quién espera, Charlie? —preguntó Mayberry.

—No tenemos seguridad, pero no es cosa imposible que en barco llegue señor Brade.

—¡Brade! —Mayberry se puso en pie de un salto.

—No es cosa segura —advirtió Chan—. Sólo suposición. Si es correcta, hago humilde sugerencia de que acompañe a nosotros a Jefatura. Usted puede hacer encuentro de noticias.

Charlie y John Quincy llegaron a la pasadera cuando empezaban a descender los primeros pasajeros. Eran muy escasos. Unos cuantos hombres de negocios, algunos turistas, un grupo de japoneses vestidos a la manera occidental y ceremoniosamente recibidos en tierra por un compatriota alrededor del cual formaron un pequeño grupo todo inclinaciones. John les miraba interesado cuando, de pronto, Chan le cogió del brazo.

Un inglés de elevada estatura y caídos hombros descendía por la pasadera. Thomas Macan Brade se hubiera destacado en medio de cualquier muchedumbre. Su bigote era copia exacta del que lucía el conde de Pawtucket, y para hacerse más visible, se cubría la cabeza con un blanco salacot. Los salacots no son necesarios bajo los amables cielos de Hawai; aquél era, evidentemente, una reliquia de los años pasados en la India.

Chan avanzó hacia el inglés.

—¿Señor Brade?

La expresión del hombre era de gran cansancio. Visiblemente sobresaltado por la pregunta vaciló un momento, y al fin contestó:

—Sí.

—Soy sargento Chan, de Policía de Honolulu. Usted hará concesión de honor grande si hace acompañamiento a Jefatura.

Brade miró fijamente al chino, y al fin replicó:

—No, lo siento, pero me es imposible.

—Perdón, pero es cosa inevitable —murmuró Charlie.

—Acabo de regresar de un viaje —protestó el hombre—. Mi mujer estará inquieta. Tengo que hablar con ella. Después...

—Tengo sentimiento grande, pero deber es deber. Palabras de jefe son ley para subordinado. Hago humilde sugerencia de no perder tiempo valioso.

—¿Quiere decir eso que estoy detenido? —preguntó Brade, enrojeciendo.

—Pensamiento de usted es precipitado —aseguró Chan—. Pero capitán hace impaciente espera de declaración de usted. Usted hará acompañamiento, estoy seguro. Perdón un momento, hago presentación a usted de honorable amigo John Quincy Winterslip, de Boston.

Al oír este nombre, Brade volvióse y miró con profundo interés a John Quincy.

—Muy bien —dijo—. Le acompañaré.

Salieron a la calle. Brade llevaba un pequeño maletín. La gente congregada en el muelle para la llegada del vapor se había ido retirando. Honolulu recobraría en breve

su acostumbrada calma nocturna.

Cuando llegaron a Jefatura, Hallet y el fiscal parecían de muy buen humor. Kaohla permanecía sentado en un rincón, abrumado y deshecho; John Quincy comprendió con una sola mirada que el secreto del muchacho había dejado de pertenecerle.

—Hago presentación de señor Brade —dijo Chan.

—¡Ah! Nos alegramos mucho de verle, señor Brade —exclamó el capitán—. Nos ha tenido usted bastante preocupados.

—¿De veras? —preguntó Brade—. Pues no tenía la menor idea...

—Siéntese —ordenó Hallet. El hombre se dejó caer en un sillón. Su aspecto era también desesperado, deshecho. Nadie puede aparecer más humilde y abatido que un servidor del Servicio Civil Británico, y aquel hombre había conocido treinta y seis años de cocción bajo el sol indio, mirado despectivamente por los militares, sin ser respetado por nadie. No sólo su bigote, sino toda su figura se abatió. Sin embargo, de cuando en cuando, John Quincy notó un breve y desafiador resurgimiento.

—¿Dónde ha estado usted, señor Brade? —inquirió Hallet.

—He visitado una de las islas del archipiélago. La de Maui.

—¿Marchó el martes por la mañana?

—Sí, en el mismo vapor en que he vuelto.

—Su nombre no estaba en la lista de pasajeros.

—No. Viajé bajo otro nombre. Tenía motivos para hacerlo.

—¿De veras?

Una llamarada de vida.

—¿Por qué estoy aquí? —Se volvió hacia el fiscal—. Tal vez usted pueda decírmelo.

Greene señaló con un movimiento de cabeza a Hallet.

—El capitán se lo explicará —dijo.

—¡Ya lo creo! —anunció Hallet—. Tal vez sepa usted, señor Brade, que el señor Dan Winterslip ha sido asesinado.

Los fríos ojos de Brade se volvieron hacia John Quincy.

—Sí —dijo—. Lo leí en un periódico de Hilo.

—¿No lo sabía el martes por la mañana, cuando se embarcó? —preguntó el capitán.

—No. Salí sin haber leído un solo periódico.

—¿Sí? ¿Cuándo vio usted por última vez a Dan Winterslip?

—Nunca le vi.

—¿Cómo? ¡Vaya con cuidado!

—Nunca vi, en mi vida, a Dan Winterslip.

—Está bien. ¿Dónde se hallaba usted el martes a la una y veinte de la madrugada?

—Durmiendo en mi habitación del hotel «El Arrecife y la Palmera». Me acosté a las nueve y media, pues tenía que levantarme temprano a fin de no perder el barco.

Mi esposa podrá atestiguar mis palabras.

—El testimonio de una esposa, señor Brade, tiene muy poco valor...

Brade se puso en pie.

—¿Qué quiere insinuar con sus palabras?

—No se excite —dijo suavemente Hallet—. Tengo que llamarle la atención sobre varias cosas, señor Brade. El señor Dan Winterslip fue asesinado, poco más o menos, a la una y veinte de la madrugada del martes último. Da la casualidad de que estamos enterados de que en su juventud, usted sirvió como primer piloto en el *Maid of Shiloh*, un barco negrero. El dueño del barco llevaba el mismo nombre que usted. Una investigación en su cuarto, en «El Arrecife y la Palmera»...

—¿Cómo se han atrevido a hacerlo? —rugió Brade—. ¿Con qué derecho?

—Estoy persiguiendo al asesino de Dan Winterslip —replicó fríamente Hallet—. Y sigo la pista donde quiera que me conduce. En su cuarto encontré una carta del cónsul británico de Honolulu dirigida a usted, en la cual le informaba de que Dan Winterslip estaba vivo y domiciliado en Honolulu. También encontré esta lata de cigarrillos Corsican. Junto a la galería de la casa de Dan Winterslip encontramos la colilla de un cigarrillo Corsican, marca que no se vende en Honolulu.

Brade se había dejado caer contra el respaldo del sillón y miraba desconcertado la lata de cigarrillos que Hallet tenía en la mano. Hallet señaló al muchacho hawaiano.

—¿Conoce a ese joven?

Brade asintió.

—Habló con él el domingo por la noche, en la playa.

—Sí.

—Kaohla nos lo ha contado todo. Leyó en el periódico que usted venía a Honolulu. Su padre fue criado de confianza de Dan Winterslip, y él mismo se había criado en el hogar de los Winterslip. Sospechó cuáles podían ser los asuntos de usted con Dan Winterslip, y se figuró lo mucho que le complacería poner las manos encima del cofre de ébano. En su juventud Kaohla lo había visto en un baúl, en el ático de la casa de Dan Winterslip en San Francisco. Fue al «President Tyler», y se puso de acuerdo con un migo, el contraamaestre, para que entrara en la casa y se apoderase del cofre. Cuando le vio a usted el domingo por la noche le dijo que tendría en su poder el cofre tan pronto como llegara el «President Tyler», y le ofreció vendérselo por una importante cantidad. ¿Es verdad cuanto he dicho, señor Brade?

—Sí, es verdad.

—Las iniciales del cofre son T. M. B. —insistió Hallet—. Sus iniciales, ¿no?

—Da la casualidad de que en efecto, lo son —contestó Brade—. Pero son también las de mi padre. Mi padre murió, hace muchos años, a bordo de su barco en los Mares del Sur, y ese cofre fue robado de su camarote después de su muerte. Fue robado por el mismo oficial del *Maid of Shiloh*, por el señor Dan Winterslip.

Durante unos instantes nadie pronunció una palabra. Un estremecimiento recorrió la espina dorsal de John Winterslip, mientras una oleada de sangre subía hasta sus

mejillas. ¿Por qué, por qué habría abandonado su casa de Boston? Allí trabajaba en una rutina, tal vez, pero las rutinas son seguras. Allí jamás nadie pronunció un cargo contra un Winterslip; ninguna murmuración, ni escándalo hollaron el apellido. Pero allí los Winterslip se habían apartado del camino recto, y era difícil prever lo que iría saliendo a luz.

—Creo que será mejor que haga una declaración completa, señor Brade —dijo lentamente el fiscal.

Brade asintió.

—Eso es lo que pienso hacer. Las pruebas que poseo contra Dan Winterslip no son aún completas, y hubiera preferido guardar silencio durante algún tiempo. Pero debido a las actuales circunstancias hablaré. Si no tienen inconveniente encenderé un cigarrillo. —Hizo una breve pausa, y continuó—: Mi padre abandonó Inglaterra por el año setenta y tantos, dejándonos a mi madre y a mí que nos las compusiéramos como pudiésemos. Durante algún tiempo no supimos nada de él; luego empezaron a llegar cartas desde Australia y otros —puntos de los Mares del Sur. Cartas con dinero, del cual estábamos muy necesitados. Más tarde supe que se había metido en la trata de negros o indígenas. Dios sabe que no es un oficio para estar orgulloso de él, pero deseo hacer constar en su favor que no abandonó por completo a su mujer y a su hijo.

»En el ochenta y tantos nos enteramos de su muerte. Murió a bordo del *Maid of Shiloh* y fue enterrado en la isla de Apiang, en el archipiélago de las Gilbert, por Dan Winterslip, su primer oficial. Aceptamos el hecho de su muerte, el hecho de que ya no iban a llegar más cartas con remesas de fondos, y reemprendimos nuestra lucha con la vida. Seis meses más tarde recibimos de Sydney una carta de un capitán amigo de mi padre, una carta muy sospechosa.

»En esa carta el marino nos daba la seguridad de que mi padre llevaba una gran cantidad de dinero en su camarote del *Maid of Shiloh*. Nunca había querido tener tratos con los bancos, y en su lugar se había hecho hacer ese cofre de ébano. El hombre que nos escribió nos decía haber visto el interior del cofre y aseguraba que contenía joyas y una gran cantidad de oro. Mi padre le enseñó también varias bolsas de paño verde conteniendo monedas de oro de diversos países. Calculaba, que el cofre debía contener en total unas veinte mil libras esterlinas. En la misma carta se nos decía que Dan Winterslip condujo a Sydney el *Maid of Shiloh*, entregando a las autoridades los efectos y ropas de mi padre y unas diez libras en moneda. No mencionó nada más. Él y su único compañero blanco en el *Maid*, un irlandés llamado Hagin, partieron en seguida hacia Hawai. El amigo de mi padre sugería la conveniencia de iniciar en seguida una investigación.

»Bien, señores —Brade contempló el círculo de interesados rostros—. ¿Qué podíamos hacer? Mi madre y yo estábamos en una situación muy apurada. No teníamos dinero para emplear a ningún abogado que pudiera sostener un pleito en el otro extremo del mundo. Hicimos algunas investigaciones por mediación de un

pariente de Sydney, pero éste se fue desinteresando y el asunto fue abandonado. Pero yo... nunca lo olvidé.

»Dan Winterslip regresó aquí y prosperó. Con el dinero que encontró en el cofre de mi padre edificó una enorme fortuna que fue la admiración de Honolulu. Y mientras él prosperaba nosotros nos moríamos de hambre. Sin embargo, mi madre y yo logramos salir adelante. Durante toda mi vida no pensé en otra cosa que en hacer pagar a Dan Winterslip lo que me debía. No he sido excesivamente afortunado en la vida pero a costa de grandes sacrificios he logrado ahorrar el dinero suficiente para llevar mi caso ante los tribunales.

»Hace cuatro meses dimití de mi puesto en la India y salí hacia Honolulu. Me detuve en Sydney. El amigo de mi padre había muerto, pero tenía su carta. Tomé las declaraciones de aquellos que conocían la existencia del cofre de ébano. Al fin llegué aquí dispuesto a enfrentarme con Dan Winterslip, pero no pude hacerlo. Como ustedes ya saben, señores, alguien me robó mi privilegio. —La mano de Brade tembló ligeramente—. Una mano desconocida ha quitado de mi camino al hombre que he odiado durante más de cuarenta años.

—Usted llegó el sábado último hace una semana —dijo Hallet tras una pausa—. El domingo por la noche Kaohla fue a verle. ¿Le ofreció ese cofre?

—Sí. Había recibido un cable de su amigo y esperaba tener la caja en su poder el martes por la mañana. Le prometí cinco mil dólares por ella, cantidad que debía pagar Dan Winterslip. Kaohla me dijo también que Hagin vivía en un rancho, en un extremo de la isla de Maui. Eso explica mi viaje allí. Viajé bajo nombre supuesto, pues no deseaba que Dan Winterslip siguiera mis movimientos. No me cabía la menor duda de que me vigilaba.

—No le dijo a Kaohla dónde iba, ¿verdad?

—No. No creí prudente confiarme por entero a él. Encontré a Hagin, pero no pude sacar nada de él. Indudablemente Winterslip había comprado mucho tiempo antes su silencio. Me di cuenta del valor que tenía para mí el cofre de ébano y cablegrafié a Kaohla diciéndole que lo trajese en cuanto yo regresara. Fue entonces cuando me enteré de la muerte de Dan Winterslip. Fue una gran decepción, pero no me detendrá. —Se volvió hacia John Quincy—. Los herederos de Winterslip deben pagar. Estoy decidido a que me aseguren la vejez.

John Quincy enrojeció de nuevo. El orgullo de familia ultrajado le sublevó.

—Ya veremos, señor Brade —dijo—. Ha descubierto el cofre, pero hasta ahora ninguna prueba de dinero o valores...

—Un momento —intervino Greene, el fiscal—. Señor Brade, ¿tiene la descripción de algún artículo de valor sustraído a su padre?

Brade asintió.

—Sí. En la última carta que nos escribió mi padre —hace pocos días la leí— hablaba de un broche que había comprado en Sydney. Un árbol de esmeraldas, rubíes y diamantes sobre un fondo de ónix. Decía que lo iba a enviar a mi madre... pero

nunca llegó.

El fiscal miró a John Quincy, y éste bajó la cabeza.

—No estoy entre los herederos de Dan Winterslip, señor Brade —dijo—. En realidad era un pariente lejano. No puedo hablar en nombre de su hija, pero estoy casi seguro de que este asunto podrá arreglarse sin tener que acudir a los tribunales. Usted accederá a esperar algún tiempo, ¿verdad?».

—Esperaré —asintió Brade—. Y ahora, capitán...

Hallet levantó una mano.

—Un momento. ¿Usted no fue a ver a Winterslip? ¿No se acercó a su casa?

—No.

—Sin embargo, junto a la galería encontramos, como ya le he dicho, la colilla de un cigarrillo Corsican. Se trata de un problema que está aún por resolver.

Brade reflexionó un momento.

—No quiero causar ningún perjuicio a nadie —dijo—, pero el hombre en cuestión no significa nada para mí, y ante todo debo dejar bien limpio mi nombre. Durante una conversación que sostuve con el dueño del hotel «El Arrecife y la Palmera», le ofrecí un cigarrillo. Cuando vio la marca se mostró muy entusiasmado. Me dijo que ignoraba los años transcurridos desde que fumó el último. Le regalé, pues, un puñado, y llenó su pitillera.

—¿Habla de Jim Egan? —preguntó, satisfecho, Hallet.

—Sí, del señor James Egan.

—Eso es lo que deseaba saber —dijo Hallet—. Bien, señor Greene...

El fiscal se volvió hacia Brade.

—De momento no podemos permitirle que abandone Honolulu, pero está en libertad de regresar a su hotel. Este cofre permanecerá aquí hasta que se decida lo que debe hacerse con él.

—Desde luego. —Brade se levantó.

John Quincy se dirigió hacia él.

—Iré a visitarle muy pronto —prometió.

—¿Qué? ¡Oh, sí, sí, desde luego! —el hombre miró nerviosamente a su alrededor—. Les ruego me perdonen, caballeros, pero tengo que darme prisa... De veras, debo apresurarme...

Salió. El fiscal miró su reloj.

—Bien, ya hemos terminado. Mañana por la mañana hablaré con usted, Hallet. Mi mujer me espera en el Country Club. Buenas noches, señor Winterslip. —Se fijó en la expresión de John Quincy, y sonrió—. No tome demasiado en serio esas revelaciones acerca de su primo. Lo ocurrido en el mil ochocientos ochenta es historia antigua.

Cuándo Greene se hubo retirado, Hallet se volvió hacia John Quincy.

—¿Qué hacemos con Kaohla? —preguntó—. Sería un asunto muy complicado perseguirle a él y a su amigo del «President Tyler» por un asalto a la casa de San

Francisco. Sin embargo, si usted lo desea se hará.

Un policía vestido de uniforme avisó a Chan, que salió del despacho.

—No, no —dijo John Quincy—. Déjelo en libertad. No deseamos que se haga la menor publicidad sobre este asunto. Le agradecería mucho que evitara que los periódicos se enteren de la historia de Brade.

—Lo procuraré —prometió Hallet. Se volvió hacia el hawaiano—. Ven aquí. —El hawaiano se levantó—. Ya has oído lo que ha dicho este caballero. Deberíamos meterte en la cárcel por lo que has hecho, pero tenemos que atender a cosas más importantes. Lárgate en seguida...

Chan entró a tiempo de oír las últimas palabras. Tras él entraron un menudo japonés y un joven chino. Este último vestía como los colegiales; era norteamericano y deseaba hacerlo constar.

—Sólo breve momento —dijo Chan—. Nuevo e interesante detalle ha hecho aparición en luz. Caballeros, hago presentación de primo Willie Chan, capitán de equipo chino de baseball.

—Encantado de conocerles —dijo Willie Chan.

—También hago presentación de Okamoto, que tiene surtidor de gasolina y garage en Avenida Kalakaua, cerca de casa de señor Dan Winterslip...

—Ya conocemos a Okamoto —dijo Hallet—. Es uno de los que venden *okolehau*.

—No, de veldad —protestó el japonés—. Gasolina y autos, nada más.

—Willie ha hecho insignificante investigación para hacer empleo de tiempo libre —prosiguió Chan—. Ha sacado interesante detalle a Okamoto. En juventud de mañana de martes primero de julio, Okamoto perdió sueño a causa de furiosos golpes de puerta de garage. Fue a abrir...

—Deje que él lo explique —sugirió Hallet—. ¿A qué hora ocurrió eso?

—Dos de la mañana —contestó el japonés—. Golpes elan como ha desclito señol Chan. Yo me levanto y milé a leloj, luego colé a puelta. Señol Dick Kaohla está allí espelando, pide que yo lleva en auto a casa en distlito de Iwilei. Yo hace así.

—Muy bien —dijo Hallet—. ¿Algo más? ¿No? Charlie, lléveselos y déles las gracias, esa es su especialidad. —Aguardó a que los orientales abandonaran el despacho, y entonces se volvió, furioso, hacia Kaohla—. ¡Ya vuelves a estar complicado! —rugió—. Ven aquí. ¿Qué hacías cerca de casa de Dan Winterslip la noche en que fue asesinado?

—Nada —contestó el hawaiano.

—¡Nada! Un poco tarde para andar por el mundo sin hacer nada, ¿no te parece? Ven aquí, muchacho. Empiezo a ver tu juego. Durante muchos años Dan Winterslip te dio dinero y te mantuvo, hasta que al fin decidió que no servias para nada. Por ello dejó de darte dinero. Tú y él sostuvisteis una pelea bastante fuerte, ¿no?

—Si —admitió Dick Kaohla.

—El domingo, por la noche, Brade te ofreció cinco mil dólares por el cofre. Te pareció qué no era bastante dinero. De pronto se te ocurrió que tal vez Dan Winterslip

estaría dispuesto a pagar bastante más. Le tenías cierto miedo, pero echando mano a todo tu valor fuiste a su casa...

—¡No, no! —gritó el muchacho—. ¡No fui allí!

—¡Digo que fuiste! Estabas decidido a traicionar a Brade. Dan Winterslip y tú tuvisteis una nueva pelea, echaste mano a tu cuchillo...

—¡Mentira, mentira! —chilló, aterrorizado, el joven.

—¡No me digas que miento! ¡Mataste a Dan Winterslip, y te juro que te lo haré declarar! Te saqué lo otro y también te sacaré esto. —Hallet se levantó, amenazador.

De pronto Chan entró en el despacho y entregó una nota al capitán.

—Acaba de hacer llegada por mensajero especial —explicó.



Chan entró en la habitación y tendió una nota a Hallet

Hallet abrió el sobre y leyó el contenido de la nota. La expresión de su rostro se alteró. Miró disgustado a Kaohla.

—¡Lárgate! —gruñó.

El muchacho echó a correr sin hacérselo repetir dos veces. John Quincy y Chan miraron asombrados a Hallet, que se sentó, diciendo:

—Todo vuelve hacia Egan. Me lo figuré desde el principio.

—Un momento —intervino John Quincy—. ¿Qué hay de ese muchacho?

Hallet estrujó la carta entre sus manos.

—¿Se refiere a Kaohla? ¡Oh, ahora tengo pruebas de su inocencia!

—¿Cuáles son?

—No puedo decirle más. Es inocente.

—¡No es suficiente! —protestó John—. ¡Exijo saber...!

Hallet le lanzó una furiosa mirada.

—Ya sabe usted todo lo que debe saber —contestó, irritado—. ¡Digo que Kaohla no tiene nada que ver con el crimen, y es suficiente! Egan mató a Winterslip...

—Permítame que le diga que es usted el hombre más crédulo que he conocido —le interrumpió John Quincy—. Cualquier declaración le parece buena. La Compton y su compañero, Leatherbee, vinieron aquí, le contaron cuatro fantasías y les dejé marchar. ¡Y Brade! ¿Qué hay de Brade? En la cama a la una y veinte del martes último, ¿eh? ¿Quién lo dice? Él. ¿Quién puede probarlo? Su mujer. ¿Quién le impedía salir a la galería de «El Arrecife y la Palmera» y, saltando a la playa, ir hasta la casa de mi primo? ¡Contésteme!

Hallet movió la cabeza.

—Es Egan. Aquella colilla...

—¡Sí, aquella colilla! ¿No se le ha ocurrido que Brade pudo regalarle a propósito aquellos cigarrillos?

—Egan es el asesino —insistió tozudamente Hallet—. Lo único que necesito ahora es su declaración; y la obtendré. Tengo medios...

—¡Le felicito por su maravillosa estupidez! —exclamó John Quincy—. Buenas noches, señor.

Salió a Betel Street, acompañado de Chan.

—Ira hace consumición de usted —dijo el chino—. Hago humilde sugerencia de que deje enfriar indignación. Cabeza serena, cabeza perspicaz.

—Pero, ¿qué decía aquella nota? ¿Por qué no quiso enseñárnosla?

—En momento oportuno haremos conocimiento. Capitán es hombre de honradez grande. Tenga paciencia.

—Pero es que estamos otra vez en medio de las tinieblas —protestó John Quincy—. ¿Quién mató al primo Dan? No sacamos nada en limpio.

—Verdad mucha —asintió Chan—. Más pruebas hacen conducción ante inmovible muralla de piedra. Tenemos que hacer encuentro de camino para dar vuelta.

—Desde luego. Ahí viene mi tranvía. Buenas noches.

Hasta que el tranvía estuvo a mitad de camino de Waikiki no recordó al señor Saladine. Éste, acurrucado junto a aquella ventana de «El Arrecife y la Palmera», ¿qué significaba aquello? Pero Saladine era una figura cómica, un buscador de su dentadura en las límpidas aguas de Waikiki. Aun así, tal vez sería conveniente investigar sus humildes actividades.

XVI. El regreso del capitán Cope

El domingo, por la mañana, después del almuerzo, John Quincy siguió a Minerva al *lanai*. Al otro lado de la tela metálica que protegía la galería de los asaltos de los mosquitos se extendía un limpísimo jardín, pues el jardinero de Dan Winterslip lo había limpiado con el mismo cuidado que un ama de casa cuida una alfombra oriental.

Bárbara no había bajado a almorzar, y John Quincy aprovechó la oportunidad para contar a su tía el regreso de Brade y la historia que el hombre contó acerca del robo cometido por Dan Winterslip a bordo del *Maid of Shiloh*. Una vez en el *lanai* encendió un cigarrillo y permaneció sentado, contemplando, muy serio, el mar.

—Anímate —dijo Minerva—. Pareces un juez. Supongo que estás pensando en el pobre Dan.

—Sí.

—Perdona y olvida. Ninguno de nosotros creyó jamás que Dan hubiera sido un santo.

—¿Un santo? ¡Ni muchísimo menos! ¡Era un perfecto...!

—No importa —le interrumpió Minerva—. Recuerda que el hombre es hijo de lo que le rodea. Y la tentación debió de ser muy grande. Imagínate a Dan en aquel barco y en aquellas latitudes donde cualquier canallada se consideraba lógica. La fortuna estaba a sus pies y ni un alma la reclamaba. Una fortuna adquirida deshonestamente. Tú mismo...

—Yo mismo hubiese recordado que soy un Winterslip —dijo, altivamente, John—. Jamás creí oírte excusar una conducta semejante.

Minerva se echó a reír.

—¿Sabes lo que dicen de las mujeres blancas que se trasladan a los trópicos? Primero pierden la pureza de su cutis, luego los dientes y, por fin, su sentido moral. —Vaciló un momento—. Últimamente he tenido que hacer varias visitas al dentista —añadió.

John Quincy la miró, sobresaltado.

—Te aconsejo que vuelvas a casa en seguida.

—¿Cuándo vas tú?

—Oh, pronto, pronto.

—Lo mismo dicen todos. Volverás a Boston, ¿verdad?

—Desde luego.

—¿Y qué hay de San Francisco?

—Ya no pienso en ello. Se lo sugerí a Agatha, pero estoy seguro de que no querrá, oír hablar de ello. Y empiezo a creer que haría perfectamente. —Minerva se levantó—. Será mejor que vayas a misa —añadió severamente el joven.

—A ella pienso ir —sonrió la dama—. Y, a propósito: esta noche vendrá a cenar Amos, y será mejor que se entere por nosotros de la historia de Brade antes de que se

la cuenten desfigurada. Bárbara también debe saberla. Si se demuestra que es cierta, la familia tendrá que hacer algo por el señor Brade.

—La familia tendrá que hacer algo, desde luego. Tanto si le gusta como si no.

—Está bien. Te dejo encargado de que hables con Bárbara.

—Muchas gracias —contestó, sarcásticamente, John.

—No se merecen. ¿Vienes a la iglesia?

No. No tengo tanta necesidad como tú de ir a misa.

Minerva se marchó, dejando a su sobrino enfrentado con el día, que no prometía la menor distracción. A las cinco de la tarde la playa de Waikiki se llenó con los habituales concurrentes de los domingos. No era el gentío que llena las playas del continente, sino un conjunto de atractivos muchachos y muchachas, cuyos bronceados cuerpos hubieran hecho las delicias de un entusiasta de la cultura física. John Quincy logró reunir la suficiente energía para ir a buscar el traje de baño y echarse al agua.

Había algo tan suavizador en el cálido contacto del agua, que el joven se sentía cada vez más en su hogar. Con largas y poderosas brazadas se alejó de las rompientes de *malihini* para enfrentarse con los grandes arrecifes lejanos. Varios *surf-boards* pasaron velozmente junto a él, y, de cuando en cuando, tuvo que alterar su marcha para dejar paso a un *outrigger*.

Sentada en una roca lejana vio a Carlota María Egan. Su silueta, grácil y adorable, vibraba llena de vida. Cuando John Quincy se sentó junto a ella, su respiración —tal vez a causa del esfuerzo— era un poco entrecortada.

—Estaba deseando encontrarla —dijo.

—¿De veras? —La joven sonrió débilmente—. Yo también lo deseaba. Hoy tengo necesidad de que me den ánimos.

—¿En un día tan perfecto como este?

—Había puesto tantas esperanzas en el señor Brade... Tal vez sepa usted que está ya de vuelta... y, por lo que he podido descubrir, su regreso no ha significado nada para papá. Nada en absoluto.

—Parece que no —convino John—. Pero no debemos desanimarnos. Como dice Chan, debemos desviarnos del camino, buscando otro nuevo. Usted y yo tenemos bastante que hacer. ¿Qué hay del señor Saladine?

—He estado pensando en él. Pero no me hago ninguna ilusión. ¡Es tan ridículo!

—No debemos dejarle de lado por ese parecer —amonestó John Quincy—. En la primera línea de rompientes he visto su rojo traje de baño. Vamos, haremos ver que tropezamos con él por casualidad. La desafío a hacer una carrera hasta allí.

Carlota sonrió de nuevo y se puso en pie. Permaneció unos segundos inmóvil y luego se zambulló de una manera tan perfecta que John Quincy no soñó siquiera emular. Se lanzó en su persecución, mas a pesar de emplear todas sus fuerzas llegó junto al señor Saladine cinco segundos después que ella.

—Hola, señor Saladine —saludó Carlota—. Le presento al señor Winterslip, de

Boston.

—¿Ah, zí? —contestó, tristemente, el señor Saladine—, zeñó Winterzli. —Miró al joven con profundo interés.

—¿Ha tenido suerte? —preguntó, con simpatía, John.

—Oh, ¿eztá enterado de mi azldente?

—Sí, y creo que siento lo que le ocurrió.

—Zí, yo también. No he vizto ni razto de ella. Y tengo que machá a caza dentro de poco día.

—Creo que la señorita Egan me dijo que vivía usted en Des Moines.

—Zí, zí, de... de... de... ¡No puedo dezilo!

—¿Está aquí en viaje de negocios? —preguntó indiferentemente el joven.

—Zí. Negozio de ultraínoz al po mayó —contestó, lenta pero no muy comprensiblemente, el señor Saladine.

John Quincy se volvió para ocultar una sonrisa.

—¿Qué, nos vamos? —preguntó a su compañera—. Buena suerte, señor Saladine. —Mientras nadaban hacia la playa reflexionó que estaban en una pista falsa, tan falsa como la dentadura perdida por el señor Saladine. Era imposible conectar a éste con la muerte de Dan Winterslip. Sin embargo, John Quincy guardó para él estos pensamientos.

A mitad de trayecto hacia la playa los dos jóvenes tropezaron con una enorme figura que flotaba lánguidamente sobre el agua. Detrás del enorme estómago John Quincy percibió el rostro sereno de Charlie Chan.

—Hola, Charlie —le saludó—. El Océano es más pequeño de lo que yo creía. ¿Ha traído con usted su Ford?

Chan recobró la posición normal y sonrió.

—Pequeño agradable recreo —explicó—. Charlie hace olvido de preocupaciones de policía flotando como hoja en riachuelo.

—Le ruego flote hacia la playa; tengo algo que decirle —indicó John.

—Tendré placer grande.

Les siguió hasta la arena, donde se sentaron formando un extraño terceto. John Quincy explicó al policía todo lo referente a las actividades del señor Saladine junto a la ventana, la noche anterior, y repitió la conversación que acababa de sostener con el comerciante.

—Desde luego, el aspecto del hombre no es el de un asesino —añadió.

Chan movió la cabeza.

—Pido perdón —dijo—. Actitud de usted es equivocado. Trabajo de detective es sacar ventaja de insignificante detalle. Una después de otras pistas hacen aparición. Es inteligente hacer investigación de señor Saladine.

—¿Qué sugiere usted? —preguntó John Quincy.

—En noche de hoy hago visita a ciudad para hacer trabajo que disminuya montón de trabajo. Después de comida de noche hago sugerencia a usted que vaya a ver a

Charlie en oficina de cable. Haremos envío de mensaje a jefe de Correos de Des Moines, haciendo pregunta de personalidad de señor Saladine. Nombre de usted hará firma de mensaje mejor que nombre de Policía.

—Muy bien —asintió John Quincy—. Me reuniré con usted a las ocho y media.

Carlota Egan se levantó.

—Debo regresar a «El Arrecife y la Palmera». No tienen la menor idea del sinfín de cosas que he de hacer...

John Quincy se levantó.

—Si puedo ayudarla, ya sabe...

—Sí, ya lo sé —sonrió Carlota—. Estoy pensando nombrarle mi secretario. Cuando se enteren en Boston se sentirán muy orgullosos de usted.

La joven se lanzó al agua, para ir nadando hasta su hotel, y John Quincy se sentó junto a Chan. Los ambarinos ojos de éste seguían atentos la marcha de la muchacha.

—Haciendo esfuerzo para reducir a esclavitud idioma inglés —dijo—, intento recordar nombre de poeta que dijo cosa parecida: «Ella camina, camina hacia la noche, con la belleza del ocaso».

—Pues era... era...

—Nombre de poeta no tiene importancia, pero poesía vuelve siempre a recuerdo de Chan cuando ve a señorita Carlota. Es hermosa como noche, como noche de Hawai, quizá adorable como jade puro. Sobre todo en playa de Waikiki. Lugar de encanto grande playa de Waikiki.

—Ya lo creo —asintió John Quincy, divertido por el sentimentalismo de Charlie.

—Aquí en brillante arena miré por primera vez a futura esposa —continuó Chan—. Fina como bambú es fino, hermosa como flor...

—¿Su esposa? —repitió John Quincy. La idea de que Chan estuviera casado jamás le había pasado por la mente.

—Sí, de veras. —Chan se levantó—. Esto trae recuerdo de que debo hacer regreso a casa donde esposa cuida hijos que ahora, haciendo cuenta exacta, son nueve. —Miró a John Quincy—. ¿Está usted bien cubierto con armadura? —preguntó—. Haga reflexión. Alguna noche luna tiene brillo más hermoso sobre aguas de Waikiki, cocoteros hacen inclinación suave y vuelven cabeza para no ver. Y hombre blanco besa sin querer besar.

—No se preocupe por mí —rió el joven—. Soy de Boston y, por lo tanto, estoy inmunizado.

—Inmunizado —repitió Chan—. Ah, sí; Charlie hace captación de significado de palabra de usted. En casa tengo ídolo traído de China. Interior es sólida roca, ídolo hace también pensamiento de que está... inmunizado. Pero Charlie no pondría confianza en inmunidad si dejase a ídolo en playa de Waikiki. Y ahora, como primo Willie Chan diría, con despreciable vulgaridad, abur.

John Quincy permaneció un rato sentado en la arena, luego se levantó y dirigióse a su casa. Más tarde, cuando bajó vestido para la cena, encontró a Amos Winterslip

en el saloncito. El rostro de Amos estaba más pálido que nunca, y también más indiferente. Le habían robado su odio; sus noches debajo del algarrobo carecían ya de motivo; la vida había perdido todo su sabor.

La cena no fue muy alegre. Bárbara deseaba conocer el curso de los trabajos de la Policía, y John Quincy fue el encargado de explicárselos. De mala gana, el joven llegó al fin del relato de Brade. Bárbara escuchó en silencio. Después de la cena, ella y John Quincy salieron al jardín y se sentaron bajo un árbol, de cara al mar.

—Siento mucho haberte tenido que contar la historia de Brade —dijo John Quincy—. Pero me pareció que era necesario.

—Desde luego... ¡Pobre papá! Era débil... débil...

—Perdona y olvida. El hombre es hijo de lo que le rodea. —John Quincy se preguntó dónde había oído estas palabras—. No se puede criticar enteramente a tu padre...

—Eres muy bueno, John.

—No, no lo soy. Imagínate la escena. El Océano solitario, la fortuna a sus pies, y sin nadie que pudiera saberlo.

La joven movió la cabeza.

—De todas formas fue una acción fea, muy fea. Pobre señor Brade. Es necesario compensarle lo antes posible de los daños sufridos. Le diré a Harry que mañana hable con él...

—Permite que te dé un consejo. Sea lo que sea lo que pienses hacer por Brade, espera para hacerlo a que se descubra el asesino de tu padre.

Bárbara miró fijamente a su primo.

—¡Cómo! No creerás que el señor Brade...

—No lo sé. Nadie sabe nada. Brade no puede demostrar dónde se hallaba a primeras horas de la mañana del martes.

Permanecieron callados durante unos instantes y, de pronto, la joven rompió en convulsivos sollozos. John Quincy, profundamente impresionado, se acercó a ella y la rodeó con un brazo. La luna brillaba en el hermoso cabello de Bárbara, los alisios susurraban entre las ramas del árbol, de la playa llegaba el murmullo de las olas. La joven levantó la cabeza, y John Quincy la besó. Debía ser un beso de primo, pero no lo fue. Resultó un beso como jamás se hubiera atrevido a darlo en Beacon Street.

—La señorita Minerva me dijo que les encontraría aquí —dijo una voz detrás de ellos.

John Quincy se puso en pie y vio ante él los cínicos ojos de Harry Jennison. Aunque se sea primo de la muchacha que se acaba de besar, resulta un poco embarazoso verse de pronto ante su futuro marido. Sobre todo si el beso no tenía nada de familiar. John se preguntaba si Jennison habría notado este detalle.

—Pase... Quiero decir, siéntese —tartamudeó el joven—. Estaba a punto de marcharme.

—Adiós —replicó, fríamente, Jennison.

John Quincy cruzó presuroso el saloncito donde se hallaban Minerva y Amos.

—Me esperan en la ciudad —explicó, presuroso.

Y, cogiendo el sombrero, abandonó la casa.

Pensaba coger el *roadster*, mas para llegar al garage era necesario pasar bajo el árbol del beso, y, de todas maneras, el tranvía era mucho más pintoresco.

En la oficina del cable, situada en la planta baja del hotel Alexander Young, le esperaba Chan. En pocos momentos enviaron un mensaje al jefe de Correos de Des Moines, firmado por John Quincy. Hecho esto, salieron a la calle. Frente al hotel, un grupo de muchachos entonaban melancólicas canciones, acompañadas por guitarras de cuerdas metálicas.

—Hago humilde súplica que acompañe a Charlie dentro del hotel. Es costumbre antigua mirar nombres de registro.

Junto al kiosco de periódicos, John Quincy se detuvo a encender su pipa, mientras Chan se dirigía al despacho de recepción. Al volverse, el Joven vio a un hombre sentado en el vestíbulo. Se trataba de un hombre inmaculadamente vestido, cuyas ropas llevaban el sello de Bond Street. Se trataba de un antiguo conocido, el capitán Arthur Temple Cope.

Al ver a John Quincy, el capitán se levantó y dirigióse hacia él.

—¿Qué tal, señor Winterslip? ¡No sabe cuánto me alegro de verle! —exclamó, con una cordialidad que desdecía de la frialdad de sus anteriores encuentros—. Sentémonos un rato.

John Quincy le siguió.

—Ha vuelto usted muy pronto —dijo.

—Mucho más pronto de lo que yo esperaba. ¡Y no lo siento!

—¿No le gusta su archipiélago?

—¡Gustarme! Debería usted visitarlo. Treinta y cinco blancos, doscientos cincuenta indígenas, y una estación cablegráfica. Bonito lugar para morir de aburrimiento.

Chan regresó del despacho de recepción, y John lo presentó al capitán. Éste, que aquella noche era todo cordialidad, se apresuró a hacerle sentar y les ofreció cigarrillos.

—Muchas gracias, continuaré fumando en pipa —dijo el joven. Chan aceptó gravemente un cigarrillo y lo encendió.

—¿Hay algo de nuevo en el asesinato de Dan Winterslip? —preguntó Cope—. ¿Han descubierto ya al asesino?

—Aún no.

—Es una lástima. Tengo entendido que la Policía guarda, como sospechoso, a un sujeto llamado Egan.

—Sí, Jim Egan, de «El Arrecife y la Palmera».

—¿Qué pruebas tienen contra Egan, señor Winterslip?

John notó pronto que Charlie le miraba de una manera muy particular.

—Han encontrado varias pruebas contra él —contestó, vagamente.

—Tal vez usted, señor Chan, que pertenece a la Policía, pueda ser más explícito —prosiguió el capitán Cope.

Los ojillos de Charlie se entornaron.

—Pruebas no han sido aún ofrecidas a curiosidad de público —replicó.

—Sí, claro —En la voz del marino se notaba gran desilusión.

—Usted siente interés por asesinato de señor Winterslip, ¿verdad? —preguntó Chan.

—Sí, creo que todo Honolulu está interesado por él. El asunto aparece tan confuso...

—¿Hay posibilidad de que usted tuviera amistad con señor Dan Winterslip?

—Le conocí hace muchos años.

Chan se levantó.

—Pido perdón por brusquedad —dijo. Se volvió hacia John Quincy—. Hora de nuestra cita está próxima...

—Es verdad —asintió el joven—. Hasta la vista, capitán. —Perplejo, siguió a Charlie hasta la calle—. ¿Qué cita...? —empezó, deteniéndose. Chan apagaba cuidadosamente su cigarrillo, apretándolo contra la fachada del hotel. Hecho esto guardó la colilla en un bolsillo.

—Usted verá —explicó—. Primero hacemos visita de Jefatura de Policía. Mientras hacemos camino, ruego tenga amabilidad grande de dar explicación de hecho que conoce acerca de capitán Cope.

John Quincy le explicó su primer encuentro con el inglés en San Francisco, y repitió la conversación tal como la recordaba.

—¿No hizo ocultación de disgusto, que sentía hacia señor Dan Winterslip? —preguntó.

—En absoluto.

—¿Tiene usted por feliz casualidad conocimiento de fecha en que capitán Cope hizo llegada a Honolulu?

—Sí. El martes por la noche, le encontré en el Alexander Young. Marchaba hacia las islas Fanning, y me dijo que llegó a Honolulu el día anterior, a mediodía...

—En mediodía de lunes, para hacer exposición con más grande claridad, ¿no?

—Sí, el lunes, a mediodía. Pero, Charlie... ¿Qué fin persigue con esas preguntas?

—Hago investigación al azar —sonrió Chan—. Busco coger verdad con manos.

Siguieron en silencio hasta la Jefatura, donde Chan dirigióse hacia el desierto despacho de Hallet. Abrió la caja de caudales, y de un estante cogió diversos objetos que dejó sobre la mesa.

—Propiedad del señor Jim Egan —anunció, dejando una pitillera de plata delante de John Quincy—. Abra usted. ¿Qué encuentra? Cigarrillos Corsican. —Mostró otro objeto—. Caja que encontramos en habitación de señor Brade. Usted abre también. Usted encuentra más cigarrillos Corsican.

Charlie sacó un sobre del bolsillo, y de él una colilla, que asimismo dejó sobre la mesa.

—Fragmento que encontramos junto a *lanai* de señor Dan Winterslip —explicó—. También marca Corsican.

Frunciendo el ceño, sacó otra colilla del bolsillo y la colocó a cierta distancia de los demás cigarrillos.

—Cigarrillo ofrecido hace breve momento a Charlie por señor capitán. Haga examen desde poca distancia. ¡Más cigarrillos Corsican!

—¡Dios Santo! —exclamó John Quincy.

—¿Hay posibilidad de que usted tenga familiaridad con marca Corsican?

—No, en absoluto.

—Charlie es más feliz. En tarde de hoy, antes de marchar a playa, hice detención en biblioteca para interesante lectura. En periódico de Australia hice encuentro de anuncio de cigarrillos Corsican. Fábrica hace dos tipos, una con números 222 en caja, es cigarrillos turcos. Usted vea número 222 en caja de señor Brade. Otro, con números 444 es de caja que tiene cigarrillos de Virginia. ¿Ahora usted se siente con sabiduría para conocer diferencia entre tabaco de Virginia y de Turquía?

—Creo que sí.

—Charlie también, pero no es bastante. Momentos son serios. Haremos interrogación de experto en tabaco.

El chino cogió un cigarrillo de la caja de Brade y lo metió en un sobre, en el cual escribió algo. Luego hizo lo mismo con uno de la pitillera de Egan.

Salieron en silencio a la calle. John Quincy, asombrado por el nuevo giro que tomaban los acontecimientos, se dijo que aquella idea era absurda. Pero la expresión de Chan era muy grave, y sus ojillos brillaban ansiosamente.

John Quincy estaba aún más asombrado cuando abandonaron el estanco, después de una breve conversación con el empleado. Chan caminaba alegremente.

—Otra vez hacemos avance. ¿Ha escuchado explicación de empleado? Cigarrillo de caja de Brande es igual que cigarrillo de pitillera de Egan. Tabaco es turco. Fragmento que encontramos cerca de *lanai* es de tabaco de Virginia. Como cigarrillo recibido por Charlie de cordial mano de capitán Arthur Temple Cope.

—¡Es increíble! —replicó John Quincy—. ¡Eso justifica a Egan! ¡Gran noticia para Carola! Me voy corriendo a «El Arrecife y la Palmera» a decirle...

—¡Oh, no, no! —protestó Chan—. Por favor, deje que momento feliz haga espera. Antes es mejor que continúe silencio. Antes de pedir explicación a señor capitán debemos hacer vigilancia de sus movimientos. Persona que no sabe que sospecha hace persecución, puede revelar muchas cosas. Voy a Jefatura a hacer arreglo.

—Pero el capitán es un caballero —dijo John Quincy—. Un capitán del Almirantazgo Británico. Lo que usted sugiere es imposible.

Chan movió la cabeza.

—Imposible en Boston, pero no en encrucijada de caminos de Pacífico. Veinticinco años de vida de Chan han pasado en Hawai, y he visto muchas veces que imposible se hacía realidad.

XVII. Vida nocturna en Honolulu

El lunes no trajo consigo nada nuevo. Varias veces John Quincy llamó a Jefatura, pero Charlie se hallaba siempre fuera. El joven no había visto a Bárbara en todo el día, pues la muchacha no bajó a almorzar, y comió en casa de un amigo. Sin embargo, se encontraron a la hora de la comida, y John Quincy tuvo la impresión de que estaba más agotada que nunca. Habló de la próxima visita de la escuadra norteamericana a las islas, con los nuevos, oficiales recién salidos de Annápolis, y de los festejos que con tal motivo se celebrarían.

—Será muy divertido —explicó—. La ciudad estará rebotante de elegantes muchachos de uniforme. No me gusta estropearle todas las diversiones, John. No has visto lo mejor de Honolulu.

—No tiene importancia.

—Había pensado celebrar alguna fiesta en casa. Aquí no somos esclavos de los convencionalismos. ¿Qué te parece mi idea, Minerva?

—Yo soy una vieja, y, por lo tanto, no puedo estar de acuerdo con las costumbres de la nueva generación. Creo que la celebración de una fiesta no sería mal vista. Sin embargo, yo no la aprobaría.

—No te preocupes. Bárbara. Las fiestas no tienen ningún encanto para mí. También soy viejo, estoy cerca de los treinta, y mis únicos deseos son una pipa, unas zapatillas bien calientes y un sillón junto al fuego.

Bárbara sonrió, y ya no volvió a hablar del asunto. Después de cenar siguió a John Quincy al *lanai*.

—Quisiera pedirte un favor —dijo.

—Lo que tú quieras.

—Te agradecería fueras a ver al señor Brade y le preguntases qué es lo que quiere.

—Creí que se encargaría Jennison...

—No, no se lo he pedido. —Bárbara guardó silencio durante unos instantes—. Tengo que comunicarte una noticia... No pienso casarme con el señor Jennison.

John Quincy se estremeció. ¡Dios Santo, aquel beso! ¿Se habría equivocado Bárbara? Él no lo había dado por la menor intención... Tan sólo un saludo de primo. Bárbara era una muchacha muy hermosa, desde luego, pero era una Winterslip, y los parientes no deben casarse, por muy lejano que sea su parentesco. Además, había que recordar a Agatha. Estaba ligado a ella por todos los lazos del honor. ¿En qué lío se había metido?

—Lamento mucho esa noticia —dijo—. Temo que sea culpa mía...

—¡Oh, no, no!

—Estoy seguro de que el señor Jennison lo comprenderá. Tú y yo somos parientes, y lo de la otra noche... no tenía ningún significado.

John lanzó un suspiro de satisfacción. Estaba orgulloso de lo limpiamente que

había aclarado las cosas.

—Preferiría no hablar más de este asunto —dijo Bárbara—. Harry y yo no nos casaremos, por lo menos de momento. Y si quieres hacerme el favor de ir a ver en mi nombre al señor Brade...

—Ya lo creo —prometió John—. Iré a verle en seguida. —Se alegró de poderse marchar, pues la luna brillaba de una manera...

Mientras caminaba por la playa se dijo que un hombre debía ir con más cuidado. Debía revestirse la armadura, como Chan le aconsejara. En aquella tierra tropical uno se veía asaltado por extraños impulsos. Las complicaciones se seguirían, como la noche al día. La primera, el rompimiento entre Bárbara y Jennison. La causa no podía ser más clara. Indudablemente debería andarse con cuidado.

En el extremo de la galería de «El Arrecife y la Palmera» se hallaban sentados Brade y su mujer. John Quincy dirigióse hacia ellos.

—¿Podría hablar con usted, señor Brade? —preguntó.

El hombre pareció haber sido arrancado de un profundo sueño.

—¡Ah, sí, sí, claro!

—Soy John Quincy Winterslip. Nos hemos visto ya otra vez.

—¡Oh, sí, desde luego! —Brade se levantó y estrechó la mano del joven—. Querida... —Se volvió hacia su mujer, pero ésta, dirigiendo una fulminante mirada a John, dio media vuelta y se alejó por la galería. El joven tembló ligeramente. En Boston jamás se había despreciado a un Winterslip... Sin embargo, Dan Winterslip se las había compuesto para que semejante cosa pudiese ocurrir en Hawai.

—Siéntese —invitó Brade, algo embarazado por el comportamiento de su esposa—. Esperaba la visita de alguno de su familia.

—Naturalmente. ¿Un cigarrillo? —Se sentó junto al hombre, y empezó—: He venido a verle, desde luego, para tratar del asunto referente a la historia que contó usted el sábado, por la noche.

—¿Historia? —El rostro de Brade se encendió.

John Quincy sonrió.

—No interprete mal mis palabras. No dudo de la veracidad de su relato; pero deseo hacerle presente una cosa, y es que tendrá mucha dificultad en llevar a buen fin su demanda ante un tribunal. El mil ochocientos está muy lejos.

—Lo que usted dice puede ser verdad —asintió Brade—. Confío más en el interés que la familia Winterslip tendrá en evitar la enojosa publicidad que para ella representaría semejante proceso.

—En efecto —asintió John—. He venido a verle en representación de la señorita Bárbara Winterslip, única heredera de Dan Winterslip... Es una muchacha muy buena...

—No lo dudo —interrumpió, impaciente, Brade.

—Y si sus demandas no están fuera de razón... —John Quincy hizo una pausa y se inclinó hacia Brade—. ¿Cuánto quiere usted?

Brade se retorció el bigote.

—Ningún dinero del mundo puede pagar los perjuicios que dan Winterslip nos causó. Pero soy un viejo, y para mí sería suficiente tener asegurado lo que me resta de vida. No me siento inclinado a la venganza, ya que otro la llevó a cabo. La suma... sustraída a mi padre ascendía a unas veinte mil libras esterlinas. No pido ni un céntimo por los intereses devengados durante cuarenta años. Me conformaré con la entrega de cien mil dólares.

John Quincy reflexionó.

—No puedo darle una seguridad definitiva, pues antes he de hablar con mi prima —dijo—. Sin embargo, estoy seguro de que no pondrán ningún reparo a su demanda, y... tan pronto como sea detenido el asesino de Dan Winterslip, recibirá usted los cien mil dólares.

—¿Qué dice usted? —Brade se había puesto en pie.

—Digo que la señorita Bárbara Winterslip le entregará el dinero tan pronto como se aclare este misterio. No creo que usted pretenda cobrar antes. —John Quincy se levantó.

—¡Ya lo creo que lo pretendo! —rugió Brade—. Ese asunto puede alargarse indefinidamente. Quiero volver a Inglaterra, al Strand, a Piccadilly... Han transcurrido Veinticinco años desde mi última visita a Londres. ¡Esperar! ¿Por qué he de esperar? ¿Qué tiene que ver conmigo ese asesinato? —Se acercó a John Quincy, muy erguido, los ojos llameantes. Era hijo de Tom Brade, el negrero—. ¿Pretende insinuar que yo...?

John le miró fríamente.

—Debo recordar que no ha podido usted justificar el sitio donde se hallaba el martes, por la mañana —dijo—. No digo que eso lo haga aparecer culpable, pero de todas formas aconsejaré a mi prima que espere. No quisiera verla en la desagradable posición de haber premiado al asesino de su padre.

—¡Pues llevaré el asunto a los Tribunales!

—Adelante; pero recuerde que gastará hasta el último penique ahorrado y, que, al fin, es muy posible que pierda el pleito. ¡Buenas noches, señor!

—¡Buenas noches! —contestó Brade, de pie, con las piernas ligeramente abiertas, como debió de estar su padre en el puente de la *Maid of Shiloh*.

John Quincy había recorrido ya la mitad de la galería cuando oyó rápidos pasos a su espalda. Volvióse. Era Brade, el del Servicio Civil, el hombre que trabajó durante treinta y seis años en el horno de la India, un ser abatido, derrotado.

—Usted gana —dijo, apoyando una mano en el hombro izquierdo de John—. No puedo luchar. Estoy demasiado cansado, soy ya muy viejo... Trabajé muy duramente. Aceptaré lo que su prima me dé... cuando lo juzgue oportuno.

—Es una sabia decisión —contestó John Quincy, asaltado por una súbita compasión hacia aquel hombre—. Deseo que pueda volver pronto a Londres —añadió, tendiendo la mano a Brade.

Éste la estrechó.

—Gracias, muchas gracias. A pesar de llamarse Winterslip, es usted un caballero.

Lo cual pensó John Quincy, mientras entraba en el vestíbulo, no dejaba de ser una lisonja.

—¿Tiene trabajo para un tenedor de libros? —preguntó dirigiéndose al mostrador, donde se hallaba Carlota.

Ésta negó sonriente.

—La veo muy alegre —prosiguió el joven—. ¿Ha ocurrido algo?

—Sí. Esta mañana fui a ver a papá, en aquel horrible lugar, y cuando me marchaba, alguien entró a visitarle. Un forastero.

—¿Un forastero?

—Sí, y el hombre más atractivo que he visto en mi vida. Alto, de cabellos grises, aristocrático. Además, todo él respiraba bondad. Sólo con verle me sentí mucho mejor.

—¿Quién era? —preguntó John Quincy, con súbito interés.

—No le había visto nunca, pero uno de los guardianes me dijo que era el capitán Cope, del Almirantazgo Británico.

—¿Para qué querría el capitán Cope ir a ver a su padre?

—No tengo la menor idea. ¿Le conoce usted?

—Sí, de vista.

—¿Y no le parece un hombre encantador?

—Sí, no está mal —replicó John, sin el menor entusiasmo—. Me parece que todo se le arregla, señorita Egan.

—Yo también lo creo...

—¿Qué le parecería si fuésemos a gozar un poco de la vida nocturna de Honolulu? ¿Qué hace aquí la gente, durante las noches? ¿Va al cine?

—Esta noche todo el mundo va a Punahou, a ver cómo florecen los cereus^[12]. Ahora es la temporada.

—Parece una cosa la mar de divertida. Vayamos a ver flores. Si quiere iré a buscar el *roadster*.

—¡Oh, no! Estoy segura de que nunca poseeré un auto, y sería muy posible que el pasear en uno me hiciese luego sentirme desgraciada. El tranvía es mi coche, y además, es muy divertido. En él se encuentra un sinfín de gente interesante.

Desde los muros que rodeaban el jardín del Colegio de Oahu se veía la extraña flor que nace y muere en una noche de verano. John Quincy había aceptado escépticamente el programa nocturno, pero al ver la esplendorosa flor, semejante a un enorme copo de nieve, comprendió su error. Numerosísimas personas se habían reunido para asistir al espectáculo, y los dos jóvenes se unieron a ellas. Carlota era una compañera encantadora, y su charla, aunque no era la adecuada para un salón de Boston, hizo las delicias de John Quincy.

Después del espectáculo, John logró convencerla para que le acompañase a la

ciudad a tomar unos mantecados, y eran las diez cuando regresaban a Waikiki. El tranvía les dejó a cierta distancia de «El Arrecife y la Palmera», por lo cual fueron paseando lentamente hacia el hotel. La acera estaba bordeada de densa vegetación, la noche era tranquila; los focos del alumbrado brillaban de trecho en trecho, mientras la luz de la luna inundaba la carretera. John Quincy hablaba de Boston.

—Estoy seguro de que le gustaría. Es una ciudad un poco anticuada, pero...

De la espesura, a su espalda, brotó un fogonazo, y una bala silbó junto a la cabeza de John. Otro fogonazo y otra bala. Carlota lanzó un grito de terror.

John Quincy dio media vuelta y se lanzó furiosamente contra los arbustos que le azotaron el rostro. Se detuvo; no podía dejar sola a su compañera, y regresó junto a ella.

—¿Qué significa esto? —preguntó asombrado.

—No sé, no sé —Carlota lo cogió del brazo—. Démonos prisa.

—No se asuste.

—No me asusto por mí.

Volvieron al hotel, pero cuando entraron en el vestíbulo tuvieron algo más en qué pensar. El capitán Arthur Temple Cope se hallaba junto al mostrador, y al verles acudió hacia ellos.

—Usted es la señorita Egan, ¿verdad? ¡Ah, Winterslip! ¿Cómo está usted? —Volvióse de nuevo hacia la joven—. Si no tiene usted inconveniente alquilaré una habitación.

—Desde luego.

—Esta mañana he hablado con su padre. No me enteré de lo que le había ocurrido hasta hace unos días, en las islas Fanning. He vuelto tan pronto como me ha sido posible.

—¿Ha vuelto? —Carlota miró asombrada al marino.

—Sí, he vuelto para ayudarle.

—Es usted muy amable. Pero... no sé, no comprendo.

—Naturalmente —El capitán miró sonriente a la joven—. Jim es mi hermano menor. Usted es mi sobrina, y su nombre es Carlota María Cope. Creo que al fin he conseguido que Jim vuelva a usar el nombre de la familia.

Los ojos de Carlota estaban desmesuradamente abiertos.

John Quincy se adelantó.

—Perdonen, creo que estoy estorbando. Buenas noches, capitán.

—Buenas noches —contestó el inglés.

La joven acompañó a John hasta la puerta.

—No sé, no comprendo lo que me pasa —dijo.

—Los acontecimientos han tomado un curso acelerado. Sin embargo, señorita, yo no confiaría demasiado en... su tío.

—Pero si es tan amable.

—Sí, lo parece, pero las apariencias engañan muy a menudo. Adiós, señorita

Egan.

—Adiós..., y vaya con cuidado.

—No tenga miedo, no corro ningún peligro.

—Pero hace un momento han disparado sobre usted.

—Sí, con muy mala puntería. No se preocupe por mí. —Carlota estaba junto a él, sus ojos brillaban en la penumbra—. Hace un momento dijo que no tenía miedo por usted. ¿Quería decir...?

—Quería decir que tenía miedo... por usted.

Desde luego, la luna brillaba en el firmamento, los cocoteros se inclinaban bajo el suave impulso de los alisios y parecían volver la cabeza. A poca distancia murmuraban las cálidas aguas de Waikiki. El inmunizado John Quincy Winterslip, de Boston, atrajo hacia sí a la joven y la besó. No fue un beso de pariente; pero, ¿por qué tenía que serlo? No eran primos.

—Adiós, Carlota —dijo. Le parecía estar flotando vertiginosamente en el espacio, en busca de un puñado de estrellas que ofrecer a la mujer que estaba a su lado.

De pronto se dio cuenta de que a pesar de su firme resolución había vuelto a caer en falta. Acababa de besar a otra mujer. Se hallaba comprometido con tres mujeres.

—Buenas noches —repitió, y saltando al jardín corrió hacia la carretera.

Tres mujeres... Y no lo lamentaba. Por fin gozaba de la vida. Mientras corría hacia la playa sentía el corazón Rebosante de entusiasmo. Hubo un momento en que le pareció que alguien le seguía, pero no se preocupó por ello. ¿Qué más daba?

En la mesa de su habitación encontró un sobre con su nombre escrito a máquina. El contenido estaba escrito de la misma manera.

«Está usted demasiado ocupado aquí. Hawai puede solucionar sus problemas sin la interferencia de un *malihini*. Casi diariamente zarpan barcos hacia todas las partes del mundo. Si transcurridas veinticuatro horas de la recepción de esta nota, sigue usted aquí... espere lo peor. Los tiros de esta noche iban dirigidos al cielo. ¡La puntería mejorará la próxima vez!».

Entusiasmado, John dejó a un lado la carta. Amenazándole, ¿eh? Sus actividades detectivescas estaban dando su fruto. Recordó el rostro de Kaohla cuando le prometió no olvidar su intervención. Mientras se desnudaba sonrió feliz. ¡Aquello era mucho más agradable que vender acciones en Boston!

XVIII. Un cable del continente

John Quincy se despertó a las nueve de la mañana, y salió de debajo del mosquitero, ansioso de enfrentarse con las responsabilidades de un nuevo día. En el suelo, junto a la mesa, yacía la carta destinada a espantar al huésped molesto. La volvió a leer con evidente satisfacción.

Cuando bajó al comedor. Haku le dijo que tía Minerva y Bárbara almorzaron pronto y se fueron de compras a la ciudad.

—Oye, Haku —dijo el joven—. Ayer noche llegó una carta para mí, ¿no?

—Si —respondió Haku.

—¿Quién la entregó?

—No sabe. Fue encontrada cerca de puerta principal.

—¿Quién la encontró?

—Kamaikui.

—Está bien.

—Yo dice a ella que suba a cuarto de usted.

—¿Vio Kamaikui a la persona que la trajo?

—Nadie ve. Nadie cerca de puerta.

—Bien, bien —murmuró John Quincy.

Descansó durante una hora en el *lanai* leyendo el periódico y fumando en pipa. Alrededor de las diez y media cogió el *roadster* y dirigióse a la Jefatura de Policía.

Allí le comunicaron que Hallet y Chan tenían una conferencia con el fiscal. Se sentó, y poco después le avisaron que podía pasar. En el despacho de Greene vio a los tres hombres, lúgubramente sentados alrededor de la mesa.

—Me parece que me voy convirtiendo en un señor detective —anunció.

Greene levantó rápidamente la cabeza.

—¿Ha descubierto algo?

—No se trata de eso. Ayer noche, mientras paseaba con una joven por la Avenida Kalakaua, alguien disparó dos veces sobre mí; por cierto que lo hizo muy mal. Y cuando llegué a casa encontré esta carta.

Tendió la misiva a Hallet, que la leyó con evidente disgusto; luego la pasó al fiscal.

—Esto no nos conduce a ningún sitio —dijo el capitán.

—Pues a mí me conducirá a algún sitio, si no voy con cuidado —replicó John Quincy—. Sin embargo, me enorgullezco de la amenaza. Demuestra que mi actuación va bien encaminada.

—Tal vez —replicó indiferentemente Hallet.

Greene dejó la carta sobre la mesa.

—Le aconsejo que lleve encima algún arma.

—No estoy asustado —replicó John—. Tengo sospechas bastante fundadas acerca de quién es la persona que me ha enviado esa carta.

—¿Sí? —preguntó Greene.

—Sí. Se trata de un amigo del capitán Hallet... Dick Kaohla.

—¿Qué quiere decir con eso de que Dick Kaohla es amigo mío? —gruñó Hallet.

—La otra noche lo trató con gran ternura.

—Yo sé por qué lo hice.

—Ojalá sea así. Pero le aseguro que si en alguna de estas encantadoras noches me mete una bala en la cabeza me enfadaré mucho con usted.

—No corre usted ningún peligro —replicó Hallet—. Sólo los cobardes escriben anónimos.

—Si, y solamente los cobardes disparan por la espalda. Pero todo eso no quiere decir que no mejore su puntería.

Hallet cogió la carta.

—La guardaré —dijo—. Puede ser una prueba.

En aquel momento entró un policía.

—Egan y su hija, y el capitán Cope —anunció a Greene—. ¿Desea verlos ahora, señor?

—Hágales pasar —ordenó el fiscal.

—Si no tiene inconveniente desearía quedarme —dijo John Quincy.

—Desde luego —contestó Greene—. Sin usted no podemos hacer ijada.

El policía hizo pasar a Egan. El propietario de «El Arrecife y la Palmera» estaba demacrado. Su larga lucha con las autoridades empezaba a dejar marca en él. Sin embargo, en sus ojos seguía brillando la llama de la decisión. Tras él entraron Carlota y el capitán Cope.

—Usted es el fiscal, ¿no? —preguntó, dirigiéndose a Greene—. Hola, señor Winterslip, dondequiera que voy allí le encuentro.

—Si le molesta mi presencia...

—En absoluto. Nuestra visita será muy breve. —Se volvió hacia Greene—. Como preliminar le diré que soy el capitán Arthur Temple Cope, del Almirantazgo Británico, y este caballero —hizo un ademán hacia Egan—, es mi hermano.

—¿De veras? —replicó Greene—. Tengo entendido que se llama Egan.

—Su verdadero nombre es James Egan Cope —replicó el capitán—. Por razones que no hacen al caso dejó el apellido Cope hace muchos años. He venido a decirle, señor fiscal, que los cargos que se hacen contra mi hermano son los más triviales que he visto en mi vida. Estoy dispuesto, si es necesario, a buscar al mejor abogado de Honolulu y hacer que mi hermano sea puesto en libertad esta misma noche. Pero antes de hacerlo prefiero dar a usted la oportunidad de soltarlo y evitar con ello el ridículo.

John Quincy miró a Carlota. Sus ojos brillaban como nunca, pero no estaban fijos en él. Miraban a su tío.

Greene enrojeció ligeramente.

—Las baladronadas dan a veces buenos resultados, capitán.

—¡Oh! ¿Entonces reconoce que la detención de mi hermano ha sido sólo una baladronada?

—Me refería a su actitud, señor capitán.

—Comprendo. Si no tiene inconveniente me sentaré. Tengo entendido que la detención de mi hermano sólo se basa en dos motivos. Uno de ellos es que visitó a Dan Winterslip en la noche del crimen, y ahora se niega a revelar a qué fue debida la visita. El otro motivo es la colilla de un cigarrillo Corsican que fue encontrada junto a la galería de la casa de Dan Winterslip.

Greene movió la cabeza.

—Sólo existe el primer motivo —contestó—. La colilla ya no es una prueba contra Egan. —Se inclinó hacia Cope—. Mi querido capitán, ahora es una prueba contra usted.

—¿De veras? —replicó el inglés, sin alterarse lo más mínimo.

John Quincy notó la expresión de asombro de Carlota.

—Si, de veras —continuó Greene—. Me alegro mucho de que haya usted venido, capitán. Estaba deseando hablar con usted. Me han dicho que hace algún tiempo le oyeron expresar su antipatía hacia Dan Winterslip.

—Puede que sí. Desde luego no me era simpático.

—¿Por qué?

—Cuando era guardia marina en un barco de guerra inglés, oí en Australia los rumores que corrían acerca de la conducta de Dan Winterslip. Se rumoreaba con bastante autoridad que había robado la caja de su difunto capitán. Eso es algo que los marinos no perdonamos. También se hablaba de sus actividades como negrero. Sí, señor fiscal, Dan Winterslip no me era simpático, y si no lo he dicho antes lo digo ahora.

—Usted llegó a Honolulu hace una semana —continuó Greene—. El lunes a mediodía. Se marchó al día siguiente. Durante ese tiempo ¿fue, por casualidad, a ver a Dan Winterslip?

—No.

—Bien, pues debo decirle algo. Los cigarrillos Corsican encontrados en la pitillera del señor Egan, eran de tabaco turco. La colilla hallada en el lugar del crimen era de tabaco de Virginia. Y de esa misma clase, señor Cope, era el cigarrillo Corsican que dio usted al detective Chan, en el vestíbulo del hotel Alexander Young, el domingo por la noche.

Cope miró a Chan, y sonrió.

—Siempre el detective, ¿eh?

—¡Le estoy pidiendo una explicación! —rugió Greene.

—La explicación es muy sencilla —replicó Cope—. Estaba a punto de dársela cuando se ha metido usted en todo este lío de preguntas. El cigarrillo Corsican encontrado en el jardín de Dan Winterslip, era, naturalmente, de tabaco de Virginia. No fumo otra clase.

—¡Cómo!

—No cabe la menor duda acerca de ello, señor fiscal. Yo mismo tiré allí la colilla.

—Pero; usted ha dicho hace un momento que no fue a ver a Dan Winterslip.

—Y es verdad. Fui a visitar a la señorita Minerva Winterslip, de Boston, que se hospeda en aquella casa. Hablando con más exactitud le diré que tomé el té con ella el lunes a las cinco de la tarde. Usted puede comprobarlo telefoneando a esa señorita.

Greene miró a Hallet, que se fijó en el teléfono y luego volvióse irritado hacia John Quincy.

—¿Por qué diablos no nos contó eso su señora tía? —gruñó.

John Quincy sonrió.

—No sé. Es posible que no se fijara en el detalle del cigarrillo.

—Seguramente —asintió el inglés—. La señorita Winterslip y yo tomamos el té en el salón y luego fuimos a sentarnos en un banco del jardín, hablando de cosas pasadas. Cuando volvíamos a la casa yo fumaba un cigarrillo, que tiré antes de entrar. No sé si la señorita Winterslip se dio cuenta de mi acción. Probablemente no. No es un detalle de los que se recuerdan. Puede telefonarle si lo desea, señor.

Nuevamente Greene miró a Hallet, que movió la cabeza.

—Más tarde hablaré con ella —anunció el capitán. Indudablemente a Minerva Winterslip le aguardaba una dura reprimenda.

—Volviendo a lo importante —continuó el capitán Cope, dirigiéndose al fiscal—, usted ha utilizado el cigarrillo como prueba contra mi hermano. Pasemos pues, ahora, al silencio...

—Su silencio, sí —le interrumpió Greene—. Y también el hecho de que a Dan Winterslip se le oyó decir que tenía miedo de Jim Egan.

Cope frunció el ceño.

—¿De veras? —Reflexionó un momento—. Bien, ¿y qué? Winterslip tenía motivos para temer a muchos hombres honrados. No, señor fiscal, contra mi hermano no posee usted otra prueba que su silencio, y eso no es bastante. Pido...

Greene levantó una mano.

—Un momento. Ya le he dicho antes y se lo repito, que cuanto usted decía eran puras baladronadas. Otra suposición sería insultar su inteligencia. Seguramente conoce usted lo bastante acerca de la Ley para comprender que la negativa de su hermano al pedirle que explicase el motivo de su visita a Dan Winterslip, añadido al hecho de que fue la última persona que le vio vivo, es suficiente motivo para mantener su detención. Por eso sólo le tengo en la cárcel, y seguiré teniéndole hasta que me parezca.

—Muy bien. —Cope se levantó—. Buscaré un buen abogado...

—Está usted en su derecho —replicó Greene—. Buenos días.

El inglés vaciló, y volviéndose hacia Egan dijo:

—Esto significa más publicidad, Jim. Y también un nuevo retraso. Más infelicidad para Carlota. Y desde el momento en que todo cuanto hiciste fue por

ella...

—¿Cómo sabes eso? —preguntó rápidamente Egan.

—Lo he supuesto. Carlota debía regresar conmigo a cursar sus estudios en Inglaterra. Me dijiste que tenías dinero, pero no era verdad. Era tu orgullo. Ya sabes en los apuros que te ha metido tu altivez. Empezaste a buscar dinero, y de pronto te acordaste de Winterslip. Empiezo a verlo todo claro. Sabías algo acerca de Dan Winterslip y aquella noche fuiste a su casa a...

—Un chantaje —sugirió Greene.

—No es un comportamiento muy decente —continuó Cope—, pero desde el momento en que no lo hacías por ti es excusable. Carlota y yo sabemos que de otra manera te hubieras dejado morir de hambre antes de hacerlo. Lo hiciste por tu hija y los dos te perdonamos. —Volvióse a Carlota—. ¿No es verdad?

Los ojos de la joven estaban bañados en lágrimas. Se levantó presurosa y fue a besar a su padre.

—Pobre papaíto —murmuró.

—Vamos, Jim —suplicó el capitán Cope—. Por una vez olvida tu orgullo. Cuenta toda la verdad, y esta noche estarás en tu casa. Estoy seguro de que el fiscal hará lo posible para que los periódicos no digan ni una palabra...

—Se lo hemos prometido más de mil veces —dijo Greene.

Egan levantó la cabeza.

—Me tienen sin cuidado los periódicos —dijo—. A quienes quería ocultar mi falta era a vosotros dos, Arturo. Pero desde el momento en que tú lo has sospechado y Carlota también lo sabe, creo que puedo explicarlo a todo el mundo.

John Quincy se levantó.

—Si lo desea, señor Egan, saldré del despacho.

—De ninguna manera, muchacho —replicó Egan—. Carlota me ha contado su comportamiento con ella. Además, vio el cheque.

—¿Qué cheque? —preguntó Hallet, mirando furioso a John Quincy.

—Se trata de tul asunto de honor —replicó, sonriente, John.

—¿De veras? —tronó Hallet—. ¡Bonita pareja están hechos usted y su tía...!

—Un momento, Hallet —le interrumpió Greene—. Ahora, señor Egan, o Cope, o como se llame, estoy esperando oír su declaración.

Egan asintió.

—Allá por el año ochenta trabajaba como cajero en un banco de Melbourne —dijo—. Un día un joven acudió a mi ventanilla. Me dijo que se llamaba Williams, o algo por el estilo. Traía una bolsa de paño verde llena de monedas de oro mejicanas, españolas e inglesas. Algunas de ellas casi prehistóricas. Me dijo que deseaba cambiarlas por billetes. Se lo cambié, y durante varios días volvió con bolsas semejantes, y la transacción se repitió. De momento no di gran importancia al suceso, aunque el hecho de que quisiera darme una generosa propina debió despertar mis sospechas.

»Un año más tarde, habiendo abandonado ya mi empleo, fui a Sydney, donde oí hablar de lo que Dan Winterslip había hecho en el *Maid of Shiloh*. Se me ocurrió la posibilidad de que Dan Winterslip y Williams fuesen una misma persona. Mas al parecer no se seguía ningún proceso, y el sentir general era que se trataba de dinero sangriento, que no había llegado a las manos de Tom Brade por un camino honrado. Por lo tanto no dije ni una palabra.

»Doce años más tarde vine a Hawai, y alguien me señaló a Dan Winterslip. Desde luego, era Williams. Él me conoció también. Pero no soy un chantajista... Me he visto en situaciones muy apuradas, Arthur, pero siempre he jugado limpio... Por ello olvidé el asunto. Durante más de veinte años no ocurrió nada.

»Hace unos meses mi familia logró, al fin, localizarme, y mi hermano me escribió, anunciándome su visita. Mi impresión ha sido, siempre, que no me he portado debidamente con mi hija, ya que no ocupaba en el mundo el lugar que le correspondía. Deseaba que fuese a visitar a mi madre y recibiera algo de educación inglesa. Escribí a Arthur y la cosa quedó convenida. Pero no podía dejarla ir de limosna. Mi orgullo me impedía declarar que era un vencido, y que nada podía hacer por ella. Dije que pagaría su pasaje. Y... no tenía un céntimo.

»Entonces llegó Brade. Me pareció providencial. Pude haberle vendido mis informes, pero cuando hablé con él comprendí que tenía poco dinero y que al fin sería derrotado por Dan Winterslip. No, Winterslip era mi hombre. Él, con su dinero. No sé qué ocurrió. Sin duda debía de estar loco. Lo hice por mi hija, no por mí. Llamé a Winterslip y le pedí me recibiera el lunes por la noche.

»Pero es difícil cambiar de carácter. Apenas le hube llamado me arrepentí de haberlo hecho. Traté de retractarme. Me dije que existiría algún otro medio, tal vez pudiera vender «El Arrecife y la Palmera»; cualquier cosa. Le volví a llamar y le dije que no iría a verle. Pero Winterslip insistió y fui.

»No tuve que decirle lo que deseaba. Lo sabía. Me entregó un cheque por cinco mil dólares. Era la felicidad de Carlota. Lo acepté, pero estaba avergonzado. No trato de excusar mi comportamiento; sin embargo, no creo que hubiera llegado a hacer efectivo aquel cheque. Cuando Carlota lo encontró en mi mesa y me lo trajo, lo rompí. —Volvió sus cansados ojos hacia su hija—. Lo hice por ti, Carlota, pero no quería que lo supieses.

La joven acarició la cabeza de su padre y le miró llorosa.

—Si nos hubiera contado todo eso en seguida se hubiera ahorrado, y nos las hubiere ahorrado a nosotros, un sinfín de molestias —dijo Greene.

Cope se levantó.

—Bien, señor fiscal, supongo que no mantendrá la detención de mi hermano, ¿verdad?

—No, haré que sea puesto en seguida en libertad.

Aquella noche, a la hora de la cena, John Quincy miró sonriente a su tía.

—El capitán Hallet está muy disgustado contigo —dijo.

—Y yo estoy muy disgustada con el capitán Hallet. Por lo tanto, estamos en paz. ¿Qué pasa ahora?

—Cree que sabías desde hace mucho tiempo quién era la persona que tiró el cigarrillo Corsican en el Jardín.

Minerva permaneció callada durante unos segundos.

—No hace mucho tiempo —dijo, al fin—. ¿Qué ha ocurrido?

John Quincy hizo un breve relato de los sucesos del día. Cuando hubo terminado miró interrogador a su tía.

—De momento no recordé el detalle; de lo contrario hubiese hablado —explicó—. Pasaron varios días antes de que el hecho volviera a mi memoria. Arthur... el capitán Cope tirando su cigarrillo en el momento de entrar en casa. Pero no dije nada.

—¿Por qué?

—Pues, me pareció que era una buena prueba de capacidad para la policía. Decidí que lo descubriese sin ayuda de nadie.

—Esa explicación es muy vaga —hizo notar, severamente, John Quincy—. Por tu culpa se ha perdido mucho tiempo.

—No era... mi único motivo —murmuró Minerva.

—Explícate.

—Es que no podía decidirme a unir el nombre del capitán Cope a un asesinato.

Siguió un nuevo silencio. Y de pronto. John Quincy lo comprendió todo.

—Me dijo que allá por el ochenta eras muy guapa —dijo—. Me refiero al capitán. Me lo dijo cuando nos conocimos en San Francisco.

Minerva apoyó una mano en la del joven. Cuando habló, su voz que siempre había sido firme, tembló un poco.

—En mi juventud, cuando era casi una niña, en esta misma playa, tuve la felicidad al alcance de la mano. Pero... Boston me contuvo. Dejé escapar la felicidad.

—Aun no es tarde.

Minerva movió la cabeza.

—Eso me dijo él, aquel lunes por la tarde. Pero había algo en su voz... Aunque esté en Hawai no me he vuelto loca del todo. La juventud, John, la juventud no vuelve, por más que digan aquí. —Apretó fuertemente la mano de su sobrino—. Si se presenta tu oportunidad, chiquillo, no seas tan loco como fui yo.

Se alejó presurosa por el jardín y John Quincy la miró con mayor cariño que nunca.

En aquel momento Haku se acercó a él.

—Mensaje de cable pala señol John Quincy. Mensajelo dice que sólo entlega a usted. Tiene que pagar.

John Quincy dirigióse a la puerta principal. Un muchacho le esperaba. Pagó el cable y lo abrió ansiosamente. Estaba firmado por el jefe de Correos de Des Moines, y decía:

«Señor Saladine desconocido en población».

John Quincy corrió al teléfono. En Jefatura le informaron que Charlie estaba en su casa y le dieron su dirección. Un segundo más tarde John Quincy corría en el *roadster* en dirección a Punch Bowl Hill.

XIX. ¡Adiós Pete!

Charlie Chan vivía en una casita, en la ladera de Punch Bowl Hill. Deteniéndose un momento a la puerta de la casa, John Quincy contempló Honolulu, deslumbrante jardín en medio de un anfiteatro de montañas. Hermoso cuadro, pero en aquellos momentos no tenía tiempo para entretenerse en la belleza. Recorrió el corto sendero sombreado por las palmeras.

Una china, al parecer una criada, le condujo al despacho de Chan. El detective estaba sentado a una mesita, jugando al ajedrez. Al ver a su visitante se levantó con gran dignidad. En aquella hora de descanso vestía una especie de amplia y larga blusa de seda púrpura, ajustada al cuello y de amplias mangas. Debajo de ella aparecían unos amplios pantalones de la misma tela. Los zapatos eran de seda con gruesas suelas de fieltro. Era todo un oriental, suave y amable, pero lejano, y por primera vez, John Quincy se dio cuenta del enorme abismo a través del cual él y Chan se estrechaban las manos...

—Usted hace concesión de inmenso honor a humilde casa de Chan —dijo Charlie—. Orgullosa ahora es más orgullosa por oportunidad de hacer presentación de hijo mayor. —Indicó con un ademán a su compañero de Juego, joven delgado, de cutis amarillento y ojos ambarinos, exacta reproducción de Chan antes de aumentar de peso—. Señor John Quincy Winterslip, de Boston, pido con humildad grande se digne fijarse en Henry Chan. Cuando usted ha llegado yo daba lección de ajedrez para que pueda jugar sin manchar honorable apellido Chan.

El muchacho se inclinó profundamente; sin duda era miembro de la nueva generación que tenía un gran respeto por sus mayores. John Quincy también se inclinó.

—Su padre es un gran amigo mío —dijo—. Y de ahora en adelante usted lo será también.

El rostro de Charlie se iluminó de placer.

—Tenga condescendencia de sentar en esta horrible silla —dijo—. ¿Hay posibilidad de que usted traiga noticias?

—Sí —sonrió John Quincy, tendiendo al chino el mensaje del jefe de correos de Des Moines.

—Tiene interés grande —dijo Chan—. ¿Cometo error si digo que potente automóvil hace espera en calle?

—No, he venido en auto, y lo he dejado fuera, con el motor en marcha.

—Bien. Correremos en seguida a casa de capitán Hallet. No está lejos. Pido a usted perdone desaparición de momento de Chan, que va a poner traje más apropiado.

Al quedarse a solas con el muchacho. John le preguntó:

—¿Juega al baseball?

Los ojillos del hijo de Chan se iluminaron.

—Aun no muy bien, pero tengo esperanzas de mejorar mi estilo. Mi primo Willie

Chan es un gran experto en ese juego. Me ha prometido darme lecciones.

John miró a su alrededor. De una de las paredes colgaba un rollo de pergamino con felicitaciones, regalo de algún amigo de la familia, por el año nuevo. En otra de las paredes veíase una pintura sobre seda, representando un pájaro posado en una rama de manzano en flor. Atraído por su sencillez. John Quincy se acercó para examinarlo mejor.

—Es muy bonito —dijo.

—Un antiguo proverbio chino dice que una pintura es un poema sin voz —dijo el muchacho.

Contemplando el resto del mobiliario de la estancia el Joven notó de nuevo el abismo que le separaba del detective. Sin embargo, cuando éste apareció vestido a la europea, el abismo se estrechó sensiblemente. Subieron al *roadster* de Bárbara y poco después llegaban a casa del capitán Hallet, en Iolani Avenue.

El capitán estaba sentado, en piyama, en su *lanai*.

—¿Ustedes por aquí a estas horas? —preguntó con interés—. ¿Algo nuevo?

—Sí, se trata de un tal Saladine...

Al oír este nombre, Hallet miró con interés a John Quincy. El joven le hizo un breve relato de las actividades del seudo comerciante y de su falso punto de origen.

—Hace algún tiempo notamos que siempre que Kaohla aparecía en escena, Saladine se interesaba por él. El día en que Kaohla preguntó por Brade, Saladine estaba junto al mostrador de «El Arrecife y la Palmera». La noche en que Kaohla fue interrogado por Chan y el otro policía, la señorita Egan vio al señor Saladine acurrucado junto a la ventana. Así, Charlie y yo creímos conveniente cablegrafiar al jefe de correos de Des Moines preguntando qué clase de persona era Saladine. —Tendió el mensaje a Hallet—. Esta es la respuesta.

Una extraña sonrisa apareció en el rostro, habitualmente solemne de Hallet. Cogió el cablegrama, lo leyó con gran atención, y después lo rompió en menudos fragmentos.

—Olvídense de esto —dijo lentamente.

—¿Qu...qué?

—Digo que lo olviden. Les agradezco sus trabajos, pero se equivocan de camino.

John Quincy estaba mudo de asombro.

—Pido una explicación —pudo decir al fin.

—No puedo dársela —contestó Hallet—. Tendrán que conformarse con estas palabras.

—Tanto misterio empieza a hacérseme sospechoso —refunfuñó John Quincy—. ¿Intenta escudar a alguien?

Hallet se levantó y apoyó una mano en la espalda de John.

—El día de hoy ha sido muy duro para mí, y, por lo tanto, no quiero enfadarme con usted. No intento escudar a nadie. Tengo tantos deseos como pueda tenerlos usted, de descubrir al asesino de Dan Winterslip.

—Sin embargo, cuando le traemos una prueba, la rompe.

—Tráigame la prueba que necesito. Tráigame el reloj de pulsera. Entonces me verá entrar en acción.

John Quincy quedó impresionado por el acento del policía.

—Está bien —murmuró—. Siento haberle molestado con un asunto tan trivial...

—No diga eso —le interrumpió Hallet—. Le agradezco su ayuda. Pero en lo referente al señor Saladine... —miró a Chan—. Déjenle tranquilo.

—Usted es jefe —replicó Charlie, inclinándose.

Cuando el chino y John Quincy subieron de nuevo al *roadster*, el primero murmuró:

—Muralla de piedra rodea a nosotros, pero hacemos investigaciones en busca de pequeña brecha. Momento de descubrimiento llegará pronto.

—Ojalá.

Charlie sonrió.

—Paciencia es gran virtud —dijo—. A Charlie parece así. Pero acaso es sólo mi cerebro oriental. Raza de usted mira paciencia con disgusto grande.

Era con *disgusto grande* que John Quincy regresó a Waikiki. Sin embargo, tuvo necesidad de toda su paciencia en los días que siguieron, pues nada ocurrió.

Las cuarenta y ocho horas de plazo que le habían dado para que abandonase Hawai expiraron sin que el autor de la amenaza se presentara a alterar el tedio. Llegó el jueves, y el día transcurrió apaciblemente; la noche prometía una apacibilidad no menor. El viernes por la tarde. Agatha Parker rompió la monotonía con un cable enviado desde el rancho de Wyoming.

«Debes de estar loco. El Oeste me parece detestable».

John Quincy sonrió, imaginándose la expresión de la joven mientras escribía el mensaje. Y sin embargo, acaso tuviera razón. Tal vez estaba loco. Se sentó a reflexionar en el *lanai* de Dan Winterslip. Trató de pensar en Boston, en la oficina, en la galería de arte, en los teatros. Se imaginó la Bolsa en el emocionante día de una nueva emisión de bonos. La emoción de un estreno teatral. ¿Todo debía abandonarlo? ¿No era una locura dejar lo que durante más de veinte años constituyó su vida? Pero tía Minerva había dicho: «Si se te presenta la oportunidad...».

El problema era abrumador, y los problemas abrumadores resultaban sumamente desagradables en aquella tierra donde crecía el loto. Bostezó y, haciendo un esfuerzo, dirigióse paseando a la población. Al entrar en la Biblioteca Pública vio a Charlie Chan inclinado sobre un enorme volumen. Se acercó más, comprobando que se trataba de una colección de ejemplares atrasados de un periódico matinal de Honolulu, y estaba abierto por la página deportiva.

—Hola, Chan. ¿Qué hace usted aquí?

El chino saludó con una sonrisa.

—Estaba haciendo lectura distraída mientras hago carrera en busca de brecha. —Cerró descuidadamente el libro—. Usted parece de buena salud.

—Si, estoy bien.

—¿No han sonado más disparos en oídos de usted?

—Ni uno solo. Supongo que se trató de una baladronada.

—¿Por qué?

—Porque el autor del anónimo debe de ser un cobarde.

Chan movió solemnemente la cabeza.

—Perdone humilde sugerencia... no haga abandono de precaución. En país caliente muchas cabezas calientes.

—Me fijaré bien antes de dar un paso —prometió John Quincy—. Pero me parece que he venido a interrumpirle.

—Pensamiento de usted comete error —protestó Chan.

—Me marcho. Avíseme si sucede algo.

—Doy seguridad. Hasta momento de ahora calma es absoluta.

John Quincy se detuvo un momento a la puerta de la sala de lectura. Chan había abierto de nuevo la colección de periódicos y la leía con evidente interés.

El sábado por la mañana llegó la flota, y Honolulu se vistió de gala para recibirla. Automóviles, tranvías, coches, todo rebosaba uniformes blancos. Por la tarde, John Quincy no pudo soportar más su soledad. Cada muchacha le parecía Carlota Egan, y al fin se dirigió hacia «El Arrecife y la Palmera», cosa extraña; en seguida avivó el paso.

—Buenas tardes, señor Egan... o señor Cope, como usted prefiera —dijo, estrechando la mano del dueño del hotel.

—Llámeme Egan. Del otro apellido casi me he olvidado Me alegro de verle por aquí, señor Winterslip; Carlota bajará dentro de un momento.

John Quincy examinó el enorme vestíbulo, convertido en un revoltijo de potes de pinturas, rollos de papel, escaleras.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Renovando un poco esto —contestó Egan—. Ahora estamos de moda. —Rió—. Sí, el viejo «El Arrecife y la Palmera» ha permanecido mucho tiempo sin que la buena sociedad de Honolulu se fijase en él. Pero ahora se han enterado de que estoy emparentado con el Almirantazgo Británico, y de paso han descubierto que este hotel es un lugar muy interesante. Por las tardes acuden a montones a tomar el té. Es una cursilería... Pero Honolulu es así.

—Lo mismo pasa en Boston —aseguró John Quincy.

—Lo creo, pues en Inglaterra ocurre otro tanto, por eso me marché de allí. Los enviaría a todos al diablo con mucho gusto, pero debo pensar en Carlota. Las mujeres piensan de otra manera. Para ella será una gran satisfacción el hecho de que todas las aristócratas de aquí se afanen en sonreírle. Porque además se han enterado de que mi primo Jorge ha sido nombrado caballero, por el solo hecho de fabricar un excelente jabón. —Egan hizo una mueca—. A mí no me enorgullece tener un pariente así. Pero la sociedad piensa de otra manera y, como dice Arthur, la fabricación de jabón es un

negocio muy limpio.

—¿Sigue con usted su hermano?

—No; ha ido a terminar su trabajo en las islas Fanning. Cuando regrese acompañará a Carlota a Inglaterra. Y el viaje lo pagaré yo. Como también soy yo quien paga todas esas reparaciones. He podido conseguir una segunda hipoteca sobre «El Arrecife y la Palmera». Otra ventaja del recién descubierto parentesco con el Almirantazgo Británico y el negocio de jabón. Pero, ahí viene Carlota.

John Quincy se volvió. Y al hacerlo sintió una gran alegría por haber acudido allí, pues hubiera lamentado toda la vida perderse el maravilloso espectáculo de Carlota bajando la escalera. Vestía un brillante traje de noche, y toda ella respiraba felicidad. Jamás la había visto tan hermosa y experimentó un infinito agradecimiento, cuando la joven, estrechándole la mano, dijo:

—Creíamos que ya no se acordaba de nosotros.

—Es que he tenido mucho trabajo...

Sonaron unos pasos a su espalda. Volvióse, viendo ante él a uno de los recién llegados guardias marinas que, gorra en mano, sonreía de una manera avasalladora.

—Hola, Johnnie —le saludó Carlota—. Señor Winterslip, de Boston, le presento al teniente Booth, de Richmond, Virginia.

—¿Cómo está usted? —preguntó el joven, sin apartar la mirada de Carlota. La idea del marino era, sin duda, que el tal Winterslip debía de ser uno de los huéspedes, persona sin ninguna importancia—. ¿Estás preparada, Carlota? El auto nos espera en la calle.

—Lo siento, señor Winterslip —dijo Carlota—. Tengo que ir al baile de esta noche. Este fin de semana pertenece a la Escuadra. Volverá pronto, ¿verdad?

—Desde luego. No se moleste por mí.

Carlota le dirigió una adorable sonrisa y salió acompañada de Johnnie. A John Quincy le pareció que el corazón le caía a los pies abrumado por una indescriptible sensación de vejez e impotencia. La juventud salía por la puerta, y le dejaba atrás.

—Es una lástima que Carlota haya tenido que marcharse —dijo amablemente Egan.

—No tiene importancia. ¿Es un amigo de la familia ese teniente Booth?

—No. Se trata de un muchacho que Carlota conoció en San Francisco. ¿Quiere sentarse a fumar un cigarrillo?

—Gracias, otro día —contestó John Quincy, distraídamente—. Tengo que volver a casa.

Deseaba escapar de allí, hundirse en la apacible noche que para él estaba totalmente perdida. Se dirigió hacia su casa por la playa, hundiendo furiosamente los tacones en la blanca arena. ¡Johnnie! Carlota había llamado Johnnie al marino aquel. ¡Y cómo le había mirado! ¡Era mejor volver en seguida a Boston y olvidar Hawai! El apacible Boston, al cual pertenecía. Era ya un viejo, casi treinta años... Era preferible marcharse y dejar que aquellos jóvenes se amaran en la playa bañada por la luz de la

luna.

Minerva había salido en el auto grande, y la casa estaba silenciosa como una tumba. John Quincy se paseó nerviosamente de una habitación a otra. Allá en el Moana, el teniente Booth, de Richmond, estaría bailando con Carlota. ¡Bah! Si no le hubieran amenazado de muerte habría escapado de Honolulu en aquel mismo instante.

Sonó el teléfono. Ninguno de los criados acudió a la llamada, por lo cual John Quincy se dirigió al aparato.

—Soy Charlie Chan —dijo una voz—. ¿Es usted señor Winterslip? Bien. Sucesos grandes van a pasar en seguida. Usted busca a mí en casa de Liu Yin, 927 River Street, tan plonto como pueda. ¿Usted conoce el lugar?

—La encontraré —replicó entusiasmado John Quincy.

—Bien, yo esperaré a usted. Adiós.

¡Por fin podía entrar en acción! Al joven le latía el corazón aceleradamente. Jamás le pareció tan lento el tranvía. Al llegar a King Street continuó a pie el camino y, por fin, llegó a la River Street. A la izquierda estaba el río, y a la derecha se veía una serie de míseros tenduchos. Se detuvo en la puerta del número 927, el establecimiento de Liu Yin. En su interior, un grupo de chinos jugaba tranquilamente al Mah-jongh. John Quincy abrió la puerta; sonó una campanilla y una vaharada de humedad y porquería le asaltó. Un viejo chino acudió a su encuentro.

—Busco al señor Charlie Chan —dijo John Quincy.

El chino movió, la cabeza y le condujo hacia una cortina roja, al extremo de la tienda. La corrió, indicando al joven que podía pasar. El joven obedeció, entrando en una habitación pobremente amueblada con un catre, un par de sillas y una mesita sobre la cual humeaba un viejo quinqué. Un hombre que se hallaba sentado en una de las sillas se levantó al ver entrar a John Quincy. Se trataba de un individuo de cabellos rojos, con todas las trazas de un marino.

—Hola —saludó.

—¿Está el señor Chan? —preguntó John.

—Aun no. Llegará dentro de un momento. ¿Qué le parece si echáramos un trago mientras le esperamos? ¡Eh, Liu, trae un par de vasos de ese asqueroso vino de arroz!

El chino marchó a cumplir el encargo.

—Siéntese —invitó el marino, acomodándose a su vez en la otra silla, apoyando sus enormes y peludas manos sobre la mesa—. Charlie vendrá en seguida —continuó—. Entonces les contaré algo les interesará.

—¿De veras? —replicó John Quincy, recorriendo con la vista la maloliente habitación. En la parte trasera había una puerta, pero estaba cerrada. Miró de nuevo al marino, preguntándose cómo saldría de allí.

Porque sabía ya que no fue Charlie Chan quien le llamó por teléfono. Demasiado tarde se dio cuenta de que aquella voz no podía ser la del policía. «Tan plonto como pueda. ¿Usted conoce el lugar?». Fueron las últimas palabras que sonaron en el

teléfono. Se intentó imitar el estilo de Charlie, pero éste era un verdadero amante del inglés; arrancaba penosamente las palabras que deseaba pronunciar, sin cometer errores en la pronunciación de las letras. Jamás confundía la erre con la ele. No, el detective no le había telefonado; sin duda, en aquellos momentos estaba tranquilamente sentado en su casa, inclinado sobre el tablero de ajedrez, en tanto que John Quincy hallábase encerrado en una oscura habitación, en el distrito del río, con un fornido marinero que le miraba como dispuesto a saltar sobre él.

El viejo oriental regresó con dos vasitos llenos de licor.

—A su salud —dijo el marino, levantando uno de los vasitos.

John Quincy cogió el otro vaso y se lo llevó a los labios. En los ojos de su compañero se leía una sospechosa ansiedad. John Quincy dejó de nuevo el vasito encima de la mesa.

—Lo siento, pero no tengo sed —dijo.

—¿Quiere decir que no está dispuesto a beber conmigo? —r preguntó beligerantemente el marinero.

—Eso mismo. Y ahora me marchó.

Dio un paso hacia la cortina. Su compañero, sin duda hombre de pocas palabras, se levantó cerrándole el paso. John, comprendiendo la inutilidad de perder el tiempo en palabras, lanzó un puñetazo al rostro de su oponente. El marinero replicó con eficiencia y rapidez. En un momento el cuarto estuvo lleno de pelea, y John Quincy lo veía todo rojo, cortina roja, cabello rojo, roja la llama del quinqué, enormes manos rojas buscando su rostro. ¿Qué había dicho Roger? «¿Te has peleado con algún marino de la vieja escuela, cuyos puños parecían martillos animados?». No, entonces no se había peleado con semejante ser, pero en aquel momento estaba haciendo la experiencia, y, realmente, no lo hacía del todo mal.

Allí se movía mejor que en el ático; estaba prevenido y tenía una oportunidad. Llegó a la cortina roja, pero fue arrastrado al interior del cuarto. El marinero intentaba noquearle, y aunque numerosos golpes llegaron a su punto de destino, el feliz acontecimiento (desde el punto de vista del marino) se retrasaba excesivamente. John Quincy tenía el mismo deseo que su contrario. Ambos hacían más ruido que un escuadrón de caballería y, sin embargo, los sorprendentes orientales que ocupaban la parte delantera de la tienda, seguían su juego, como si nada oyeran.

John Quincy empezó a sentirse cansado; respiraba trabajosamente; y se daba cuenta de que su contrincante apenas había empezado a luchar. De pronto quedó de espaldas a la mesa, y mientras el pelirrojo marino hacía planes para el futuro, el joven puso en práctica un proyecto suyo. Tiró la mesa al suelo, y con ella el quinqué, que se rompió en mil pedazos. El último destello de luz mostró al marinero abalanzándose sobre John. Éste dejóse caer de rodillas y agarró a su enemigo como le habían enseñado a hacerlo en el Ejército. La cultura prevaleció, y el marinero cayó cuan largo era, yendo a dar de cabeza contra la mesa. John Quincy se levantó, buscando la salida más próxima, que resultó ser la puerta trasera, por fortuna no cerrada con llave.

Cruzó un patio, saltó una valla, cruzó varios callejones sin nombre, llegaron hasta él voces incomprensibles, lamentos de un japonés, gritos de chiquillos chinos, el sonido de una radio, el mugido de la sirena de un auto. Y, por fin, unos pesados pasos, semejantes a los que se imaginaba de un fornido marinero.

De pronto llegó a un lugar más tranquilo de la River Street, y se dio cuenta de que había caminado en círculo, pues allí estaba la tienda de Liu Yin. Mientras se dirigía hacia King Street volvió la cabeza, descubriendo al marinero, que seguía persiguiéndole. Un auto de turismo permanecía estacionado en un chaflán. John Quincy saltó junto al chofer.

—¡Salgamos de aquí en seguida! —jadeó.

Un soñoliento rostro oriental le miró.

—Tengo tlabajo.

—¡Me importa...! —empezó John Quincy, mirando las manos del chofer, apoyadas sobre el volante. Y el corazón le dio un salto. En la oscuridad vio brillar la esfera luminosa de un reloj de pulsera, cuyo número dos aparecía algo más borroso.

Mientras contemplaba su descubrimiento, unas fuertes manos le cogieron por el cuello, empujándole al interior del auto. En el mismo instante llegó el marino.

—¿Le tienes, Mike? ¡Vaya suerte! —exclamó, metiéndose a su vez dentro del coche. En un momento John Quincy se vio maniatado, amordazado e incapaz de hacer el menor movimiento—. ¡Menudo golpe me ha dado este crío en un ojo! —refunfuñó, el marino—. En cuanto estemos a bordo me las pagará todas Juntas. ¡Eh, tú, de prisa, al muelle 78!

El auto se puso en marcha. John Quincy hallábase en el sucio suelo del auto. ¿A los muelles? Pero no pensaba en eso sino en el reloj del conductor.

Después de un breve recorrido el coche se detuvo a la sombra de un tinglado. John fue sacado, sin el menor cuidado del auto. Su mejilla derecha chocó contra uno de los botones de las cortinillas, y tuvo la suficiente presencia de ánimo para hacer que la mordaza se enganchara allí y se aflojara un poco. Al salir del auto trató de descubrir el número de la matrícula del auto. Sólo pudo ver los dos primeros números: 33.

Sus dos raptores le arrastraron por el muelle en dirección a un embarcadero. A alguna distancia vio tres hombres vestidos con blancos uniformes y otro de paisano. Este fumaba en pipa. A John Quincy el corazón le dio un salto. Con los dientes y la lengua se libró de la mordaza, y con toda la fuerza de sus pulmones, y a la vez que reanudaba la lucha con sus sorprendidos raptores, gritó:

—¡Adiós, Pete!

Durante algunos segundos no ocurrió nada; después, los pasos de varios hombres resonaron en el muelle. Un enorme marinero entabló una movida discusión con Mike, mientras los otros dos dedicaban su atención al pelirrojo. Pete Mayberry corrió junto a John Quincy y le libró de sus ligaduras.

—¡Esto es increíble, señor Winterslip! —exclamó.

—A mí también me lo pareció —rió John Quincy—. Si no es por usted, dentro de unos minutos me embarcan contra mi voluntad. —Se puso en pie dispuesto a intervenir en la lucha, pero sus dos raptos se batían ya en retirada. John Quincy los persiguió alegremente y pudo aún soltar un puñetazo a su antiguo contrincante. Éste se tambaleó, pero pudo recobrase y continuó huyendo.

John Quincy se volvió hacia sus salvadores.

—El último golpe es el más dulce —dijo.

—Conozco a esos dos —dijo Mayberry—. Pertencen a la tripulación de ese cargo que llegó hace una semana. Apostaría cualquier cosa a que se trata de unos contrabandistas de opio. Vaya a la Jefatura de Policía...

—Ahora mismo —replicó John—. Pero antes quiero darle las gracias, señor Mayberry. Y a ustedes también —añadió, volviéndose hacia los tres marineros.

El más alto estaba limpiando su gorra.

—No hay de qué —replicó—. Ha sido un verdadero placer. Pero oiga usted, viejo —añadió, volviéndose hacia el periodista—. ¿Qué decía hace un momento acerca del puerto de Honolulu, que ha perdido todo su romanticismo?

Mientras John se alejaba, Mayberry trataba de explicar que aquello que acababa de ocurrir era algo que hacía veinte años que no sucedía, acaso, más. Su voz se perdió en la distancia.

Hallet estaba en su despacho y John Quincy le explicó lo ocurrido. El capitán le miraba incrédulamente, pero cuando el joven llegó a lo del reloj de pulsera, su rostro se iluminó.

—¡Ahora habla! —exclamó—. Esta misma noche pondré a todos mis hombres sobre la pista de ese auto. ¿Dice que los dos primeros números de la matrícula son dos tres? También enviaré a alguien a bordo de ese cargo. No estoy dispuesto, a tolerar que ocurran cosas semejantes en Honolulu.

—No se preocupe por ellos, piense sólo en el reloj.

Al salir de edificio, John Quincy iba con la cabeza erguida —y el corazón lleno de la alegría del combate. Y con estos pensamientos entró en la oficina del cable. El mensaje que envió iba dirigido a Agatha Parker, y decía brevemente:

«San Francisco o nada».

Mientras iba en busca del tranvía, oyó nuevamente ruido de pasos a su espalda. ¿Quién sería? Estaba un poco cansado de tanta lucha en una sola noche. Apresuró el paso. Su perseguidor hizo lo mismo. Avivó más la marcha. Lo mismo hizo el otro. Bien, sería mejor presentar batalla.

John Quincy se volvió. Un joven avanzaba presuroso hacia él.

—Es el señor Winterslip, ¿verdad? Le traigo el número de julio del «Atlantic». Ha llegado esta mañana en el «Maui».

—Oh —contestó, vacilante, John Quincy, cogiendo la revista—. Bien, me la quedará. A mi tía le gustará leerla. Guarda el cambio.

—Muchas gracias, señor —contestó el muchacho, llevándose la mano a la gorra.

John Quincy dirigióse hacia Waikiki en el último asiento del tranvía. Tenía el rostro herido, le dolían todos los músculos del cuerpo. Bajo el brazo llevaba el número de Julio del «Atlantic». Pero ni siquiera se molestó en leer el índice.

—Progresamos, progresamos —murmuró alegremente. Pues había visto el reloj de esfera luminosa cuyo número dos era muy borroso.

XX. El relato de Lau Ho

A primeras horas de la mañana del domingo, John Quincy fue despertado por una vigorosa llamada en la puerta de su cuarto. Medio adormilado, se levantó, púsose las zapatillas y, el batín y fue a abrir, encontrándose con su tía. Minerva parecía muy preocupada.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Ya lo creo. Y lo estaría mucho más si no me hubieses despertado a estas horas.

—Lo siento, pero tenía que verte. —Abrió un periódico que traía debajo del brazo y se lo tendió a su sobrino—. ¿Qué significa esto?

En la primera página se leía en grandes letras: «Extraña aventura de un bostoniano en el muelle». En caracteres más pequeños seguía un relato de cómo John Quincy Winterslip fue salvado de un forzado viaje a China por tres guardias marinas del Oregón. ¡Pobre Pete Mayberry! Él fue *el* héroe de la jornada, pero su periódico no aparecía hasta el lunes, por la noche, y los rivales le arrebataron la información.

John Quincy bostezó.

—Es verdad, tía —dijo—. Estaba a punto de abandonarte, cuando me salvó la Escuadra. Mi vida se ha convertido en una novela de aventuras.

—No entiendo por qué han querido secuestrarte —murmuró Minerva—. ¿Lo entiendes tú?

—Ya esperaba esa pregunta. Lo que ocurre, querida tía, es que tu sobrino tiene un cerebro y sabe utilizarlo a la perfección. Su agudo trabajo analítico, como detective, está molestando a alguien, que hace unos días, después de soltarme un par de tiros, me escribió una carta ordenándome saliese de aquí en seguida.

—¡Que alguien ha disparado contra ti! —exclamó Minerva.

—Sí, por la espalda y desde unos arbustos.

Minerva se dejó caer en una silla.

—¡En el primer barco que salga de aquí te vuelves a casa! —exclamó.

El joven se echó a reír.

—Hace dos semanas te dije esas mismas palabras. ¿Cuál fue tu contestación? Querida tía, ahora se han vuelto las tornas. No me embarcaré en el primer vapor, y hasta es posible que no vuelva a Boston. Este alegre y despreocupado país empieza a gustarme. Déjame leer lo que dicen de mí.

—¡Qué lástima! —exclamó, al terminar la lectura del pintoresco relato de sus propias aventuras—. Veo que el capitán Hallet ha dejado escapar al barco de mis raptos. Sin duda tenía los papeles en regla y sólo esperaba mi llegada para zarpar.

—¡Al capitán Hallet se le escapa todo aquel que quiere! —refunfuñó Minerva—. Si pudiera decirle todo lo que pienso de él me sentiría mucho mejor.

—Guarda este periódico. Quiero enviárselo a mamá.

—¿Estás loco? ¡Pobre Grace! Sufriría un ataque de nervios. Mi única esperanza es que no se entere de este suceso hasta que hayas vuelto a Boston sano y salvo.

—¡Ah, sí, Boston! —rió John Quincy—. Me han dicho que es una ciudad muy antigua y muy interesante. Algún día pienso visitarla. Ahora retírate mientras me visto. Durante el almuerzo te contaré mi estupenda aventura.

—Bien —asintió Minerva, levantándose—. Un poco de tafetán en la cara te iría bien —añadió.

—Son las cicatrices del heroico combate. ¿Por qué borrarlas?

—Tonterías —refunfuñó Minerva, dirigiendo a su sobrino una mirada de disgusto. Pero una vez en el vestíbulo sonrió, complacida.

Cuando John Quincy Winterslip y su tía salían del comedor, terminado ya el almuerzo, Kamaikui, muy erguida en una recién planchada bata, acercóse al joven.

—Muy feliz de ver a usted vivo esta mañana —dijo.

—Muchas gracias —contestó John Quincy, preguntándose si Kaohla tendría algo que ver con sus aventuras.

—Pobre mujer —murmuró Minerva, mientras entraban en el salón—. Desde la muerte de Dan no es la misma. Me da mucha pena. Siempre me ha sido simpática.

—Naturalmente —sonrió el joven—. Existe un lazo de unión entre vosotras dos.

—¿Cuál?

—Sois dos razas que desaparecen: el brahmán de Boston y el hawaiano puro.

Más tarde, durante la mañana, Carlota Egan le telefoneó, excitadísima. Acababa de leer el periódico de la mañana.

—Es la pura verdad —asintió John Quincy—. Mientras usted bailaba, yo luchaba para no emprender un crucero por Oriente.

—Si lo hubiera sabido no habría gozado de un segundo de reposo.

—Entonces me alegro de que no se enterase hasta esta mañana. ¿Se divirtió mucho?

—Desde aquel suceso en la carretera, cuando dispararon aquellos tiros, he estado muy preocupada por usted. Quisiera hablarle. ¿Quiere venir a verme?

—¿Que si quiero? Estoy ya en camino.

Colgó el receptor y pocos minutos después entraba en «El Arrecife y la Palmera», yendo a sentarse junto a Carlota.

—Tengo que pedirle una cosa —dijo ésta, muy seria—. Ya sé que no tengo ningún derecho a hacerlo, pero... quisiera que hiciese algo por mí.

—Lo haré con mucho gusto.

—Vuelva a Boston.

—¿Qué? No, no, eso de ninguna manera. Sería la mayor desgracia de mi vida.

—No lo crea. Ahora este lugar le parece delicioso, pero no es el sitio que le corresponde. Nosotros no somos de su clase. Cree que nos aprecia, pero nos olvidará en seguida. Vuelva con su gente, con los que piensan como usted, que tienen sus mismos gustos. Por favor, márchese.

—Eso sería retroceder ante el enemigo.

—Ayer noche demostró sobradamente su valor. Tengo miedo por usted. Hay

alguien que le odia. No me sería posible vivir en Hawai si le ocurriese a usted algo.

—Es muy buena, señorita Carlota. —Se acercó a ella. Pero... ¡maldición, se olvidaba de Agatha! Estaba ligado a Agatha por todos los lazos del honor. Se retiró—. Lo pensaré —murmuró.

—Yo también me marchó de Honolulu.

—Ya lo sé. Se divertirá mucho en Inglaterra.

La joven movió negativamente la cabeza.

—El solo pensamiento de ir allí me es odioso. Si no fuese por papá no iría. No me atrae Inglaterra.

—Bah, una vez allí ya verá como le gusta.

—No. Yo no pertenezco a Europa, soy hija de estas islas y poseo todos sus defectos.

—De todas maneras, no ha de pasar toda la vida aquí.

—No, desde luego. Este es un sitio agradable, para descansar en él unos meses, pero tengo demasiada sangre nórdica para sentirme satisfecha. Algún día convenceré a papá para que venda este hotel y nos vayamos los dos al Continente. Encontraré algún trabajo...

—¿Tiene preferencia por alguna ciudad de los Estados Unidos?

—Conozco muy pocas. Sin embargo, ya desde pequeña, me he sentido atraída por San Francisco. No creo que me fuese posible vivir en ningún otro lugar del mundo...

—¡Magnífico! Ha escogido usted lo mismo que yo. ¿Se acuerda aquella mañana en el transbordador, cuando usted me dijo: Bien venido a su ciudad...?

—Pero usted me corrigió en seguida. Me dijo que pertenecía a Boston.

—Ahora veo mi error.

Carlota movió la cabeza.

—Es una locura momentánea de la cual se recobraré pronto. Usted pertenece al Este, y no sería feliz en ningún otro lugar.

—Se equivoca. Soy un Winterslip, un Winterslip vagabundo. —Se acercó más a Carlota—. Puedo ser feliz en cualquier sitio... —Deseaba añadir «con usted». Pero el recuerdo de Agatha le contuvo—. En cualquier sitio —repitió. Sonó un batintín. Carlota se levantó.

—Es la hora de la comida. —John Quincy también se levantó—. Lo que menos importa es el lugar donde usted piense ir —continuó la joven—. Le he pedido que hiciera algo por mí.

—Ya lo sé. Si me hubiera pedido cualquier otra cosa la hubiese hecho aunque me costara la vida. Pero me es totalmente imposible abandonar Hawai... y decirle adiós a usted...

—Usted ha hecho una promesa, y debe cumplirla.

—Por favor, concédame algún tiempo para reflexionar.

—Bien, esperaré.

John Quincy abandonó «El Arrecife y la Palmera», pero no pudo olvidar a la hija

de su propietario. ¿Dónde encontraría otra como ella?

Por la tarde visitó la Jefatura de Policía. Chan estaba fuera, a caza del reloj, que aún no había aparecido.

John Quincy dirigió una mirada de reproche al capitán.

—Usted lo vio —gruñó éste—. ¿Por qué no echó mano de él?

—Porque las tenía atadas —le recordó el joven—. Gracias a mí las pesquisas se han reducido a los chóferes de taxis de Honolulu.

—Los hay a centenares.

—Pero aún he hecho más. Les he dado los dos primeros números de la matrícula del auto. No veo la dificultad de encontrar el reloj con tantos, detalles.

—Lo encontraremos, no se preocupe.

Llegó el lunes y como llegó se marchó. Minerva no dejaba de refunfuñar contra la Policía.

—Paciencia es virtud grande, dice Chan —sonrió John Quincy.

—Por lo menos es una virtud muy necesaria cuando se trata del capitán Hallet.

John Quincy también necesitó paciencia por otro motivo. Agatha Parker guardaba un incomprensible silencio respecto al apremiante y breve mensaje que le enviara el joven. ¿Estaba ofendida? Los Parker no eran una familia que aceptase imposiciones. Sin embargo, tratándose de un asunto tan vital, la muchacha debía haberse portado de otra manera.

El martes, por la tarde, Chan telefoneó desde. Jefatura. Esta vez no cabía error, era Chan en persona. ¿Concedería John Quincy Winterslip grande honor de cenar con indigno policía en Alexander Young?

—¿Ocurre algo, Chan? —preguntó, ansioso, el joven.

—Hay posibilidad de que sí, y hay posibilidad de que no —contestó el chino—. Charlie esperará, en vestíbulo de hotel cerca de seis de tarde.

—A las seis estaré allí —prometió John. Y cumplió su promesa.

El chino permaneció ciego a todas las interrogadoras miradas del joven. Le guió hasta una mesa situada junto a una de las ventanas.

—Conceda honor grande de acomodarse.

John Quincy se acomodó.

—Por favor, Charlie, no me tenga en tensión —suplicó.

—No echemos sombra sobre festín con conversación de crimen —sonrió—. ¿Posee usted fuerza para secar plato de sopa?

—Desde luego —contestó John Quincy. La cortesía, por lo visto, exigía ocultar su curiosidad.

—Dos de sopa —ordenó Charlie al camarero. Un auto se detuvo frente al Alexander Young. Chan se incorporó de su asiento, mirándolo con gran atención. Volvió a sentarse—. Tengo placer grande de hacer distracción de usted antes de que vuelva a Boston. Suplico hable de Boston. Charlie siente interés inmenso por ciudad de usted.

—¿De veras?

—Sin duda ninguna. Caballero que conocí hace mucho tiempo dijo que Boston era como China. Decía que futuro de dos estaba en tumba donde descansan inútiles cuerpos de honrados huéspedes de Paraíso. Charlie no hace completa comprensión de significado.

—Quiso decirle que ambos lugares, China y Bastón, viven de su pasado. Y en parte tenía razón. Boston, lo mismo que China, tiene una historia gloriosa. Pero eso no quiere decir que el Boston de hoy no sea un lugar progresivo. Verá usted...

Y habló entusiásticamente de su ciudad natal. Chan le escuchaba como embobado.

—Siempre he tenido grandes deseos de viajar —dijo cuando John Quincy hubo terminado. Se interrumpió un momento para examinar otro auto que acababa de detenerse ante el hotel—. Pero no hay posibilidad de ver realización de deseos. Policía tiene poca remuneración. Durante juventud, mientras hacía paseo por montaña o junto océano bañado por la luz de luna, hacía ensueño de conseguir posición alta. Ahora ya no. Pero otro ciudadano americano, hijo mayor de Charlie, también hace ensueño. Quizá sueños suyos sean realidad. Quizá sea segundo Baby Ruth y reciba ovaciones de público. ¿Quién puede decir que no?

La cena transcurrió sin que sobre ella cayese la sombra de la conversación acerca del crimen. Chan ofreció un cigarro, al cual calificó de indigno, desagradable y un sinfín de cosas más. Luego sugirió que permaneciesen un rato en la puerta del hotel.

—¿Espera a alguien? —preguntó John Quincy, incapaz de contener más su curiosidad.

—Usted ha dicho bien. Pero no tengo posibilidad de hacer aún mención. Dentro de breves minutos puede hacer llegada gran desilusión.

Un auto descubierto se detuvo ante el hotel. La mirada de John buscó la matrícula. Las dos primeras cifras eran 33.

Un grupo de turistas bajó de él. El portero del hotel corrió a hacerse cargo del equipaje. Chan acercóse al auto, y en el momento en que el chofer japonés se disponía a poner en marcha el automóvil, apoyó una mano en una de las portezuelas.

—Un momento, por favor. —El japonés le miró, inquieto—. ¿Usted es Okuda?

—Sí.

—¿Hay posibilidad de que usted lleve reloj de pulsera?

—Sí.

—Tenga amabilidad grande de mostrar rostro de reloj.

El japonés pareció vacilar. Chan se inclinó sobre él y le levantó una de las mangas. Cuando se volvió hacia John Quincy su rostro estaba iluminado por una sonrisa de satisfacción.

—Suplico tenga amabilidad de entrar en auto, señor Winterslip —dijo. El joven obedeció mientras el policía se acomodaba junto al chofer—. Tenga amabilidad de hacer conducción de nosotros a la Jefatura de Policía —añadió.

A John Quincy el corazón le latía aceleradamente. Por fin tenía la prueba principal. Cuando llegaron a la Jefatura, el capitán Hallet les saludó, sonriente.

—Le han cogido, ¿eh? Buen trabajo. —Dirigió una mirada a la muñeca izquierda del prisionero—. Quítele ese reloj, Charlie.

Éste obedeció. Examinó un momento el reloj y luego lo entregó a Hallet.

—Reloj de marca famosa —anunció—. Número dos tiene palidez grande. Pero otro hecho hace aparición en luz. Japonés tiene muñeca delgada. Sin embargo, marca en correa dice que dueño primero tenía muñeca grande.



Charlie examinó un momento el reloj

Hallet asintió.

—Sí, es verdad. Este reloj ha pertenecido a otro hombre. A un hombre de muñecas gruesas, pero eso es muy corriente en Honolulu. Siéntate, Okuda. Quiero oír lo que cuentas. ¿Sabes lo que sucederá si mientes?

—No mentilé, señor.

—Así lo espero. Ante todo dime quién alquiló tu auto el sábado, por la noche.

—¿Sábado, por la noche?

—Sí.

—Ya lecuelda. Dos malinelos de un balco. Pagaron mucho dinero en seguida para toda la noche. Yo conduje a tienda de Livel Stleet, y espela mucho, mucho. Después vamos a muelle con un pasajero más.

—¿Sabes cómo se llaman esos marineros?

—No sabe.

—¿A qué barco pertenecían?

—No sabe. Ellos no dicen a mí.

—Bien, pasemos a lo más importante. ¿Me entiendes bien? Quiero que contestes la verdad. ¿De dónde has sacado este reloj?

Charlie y John se inclinaron hacia adelante esperando, ansiosos, la respuesta del japonés.

—Yo compla —contestó éste.

—¿Lo compraste? ¿Dónde?

—En casa joyero Lau Ho, en Meunakea Stleet.

El capitán volvióse hacia Chan.

—¿Conoce esa tienda?

Chan movió afirmativamente la cabeza.

—¿Está abierta ahora?

—A veces está abierta hasta diez de noche, y a veces más.

—Bien. Vamos, Okuda, puedes llevarnos allí en tu coche.

Lau Ho, un chino menudo y arrugado, se hallaba sentado a su mesa de trabajo, con un lente de relojero en uno de sus ojos. Los cuatro hombres que entraron en la tienda la llenaron a rebosar, pero el oriental ni siquiera levantó la vista de su trabajo.

—Despierta, Ho —dijo Hallet—. Quiero hablar contigo.

Con toda parsimonia, el chino abandonó su puesto y acercóse al mostrador. Dirigió una hostil mirada a Hallet, que dejó sobre una vitrina el reloj de pulsera.

—¿Conoces esto? ¿Lo has visto alguna vez?

Lau Ho dirigió una indiferente mirada al reloj. Lentamente levantó la cabeza.

—Quizá. No sabe seguro —replicó, con aguda voz.

Hallet enrojeció.

—No digas tonterías. Lo tuviste en tu tienda y lo vendiste a este japonés. ¿Se lo vendiste o no? Contesta.

Lau Ho dirigió una soñolienta mirada al taxista.

—Quizá. No sabe seguro.

—¿Sabes quién soy? —rugió Hallet.

—Policía, quizá.

—¡Policía, quizá, sí! Y quiero que me digas cuanto sepas acerca de este reloj. ¡Despierta de una vez y suelta la lengua...!

Chan apoyó deferentemente una mano en la espalda de su jefe.

—Hago humilde sugerencia de que usted deja a Charlie hacer cargo de asunto.

—Bien, se lo regalo, Charlie —replicó el policía.

Chan se inclinó cortésmente ante su compatriota y habló largamente en chino. Lau Ho le miraba con escaso interés. De cuando en cuando replicaba brevemente. Chan reanudaba su explicación. En algunos momentos se interrumpía, y Lau Ho contestaba. Al fin Chan volvióse, sonriente.

—Relato ahora es ya completo. Extraído como muela dolorosa. Reloj de pulsera fue vendido a Lau Ho en jueves de misma semana de asesinato por joven de rostro oscuro, con pequeña cicatriz en rostro. Lau Ho compró reloj e hizo reparación porque cerebro de reloj tenía desperfectos grandes. En mañana de sábado vendió con pequeño provecho a japonés, quizá a Okuda, pero Lau Ho no podría hacer juramento. En noche de sábado, joven de rostro oscuro hizo llegada con excitación grande y pidió otra vez reloj. Lau Ho contesta que vendió a japonés. ¿Qué japonés? Lau Ho no conoce nombre y no puede hacer descripción, porque, caras de todos los japoneses son panorama sin interés para Lau Ho. Joven de rostro oscuro echa maldición y sale de tienda, pero hace regreso muchas veces para saber si Lau Ho tiene noticia, pero Lau Ho no puede dar satisfacción. Esta es historia de joyero Lau Ho.

Los cuatro hombres salieron a la calle.

—Ya puedes largarte —dijo Hallet al chofer—. Me quedo con el reloj.

—Muchas gracias —contestó el japonés, subiendo a su auto.

Hallet volvióse hacia Chan.

—Un joven marinero con una cicatriz en la cara —murmuró.

—Para Charlie es cosa clara. Descripción es misma de portugués José Cabrera. ¿Ha hecho usted: ya olvido de señor Cabrera, señor Winterslip?

—¿Yo? ¿Le he visto alguna vez? —preguntó, asombrado, el joven.

—Haga usted recordación. Fue en noche después de crimen. Usted y Charlie están en All American Restaurant haciendo discusión de higiene de pastel. Se abre puerta y entra señor Bowker, camarero del «President Tyler», lleno de *okolehau*. Hace acompañamiento joven oscuro mismo José Cabrera.

—¡Ahora recuerdo!

—Bien, el portugués es fácil de encontrar —dijo Hallet—. Lo podemos tener en la cárcel dentro de una hora...

—Un momento, por favor —le interrumpió Charlie—. Mañana llega barco «President Tyler» de Oriente. Entrará en puerto en mañana, antes de diez. No gusta hacer suposiciones, pero tengo seguridad grande de que portugués estará en puerto con suma grande para señor Bowker. Si usted no opondrá objeción, daré consejo

de hacer detención de portugués en momento que tenga dinero encima.

—Está bien —asintió Hallet. Miró fijamente al chino—. Por fin ha encontrado usted la pista, Charlie.

—¿Quién? ¿Charlie? —sonrió el policía—. Con permiso de usted haré alteración de palabras. Murallas de piedra caen como polvo. Por muchas brechas entra luz a raudales.

XXI. Las murallas de piedra se derrumban

Las murallas de piedra se derrumbaban, y la luz entraba a raudales por las brechas, pero sólo para Chan. John Quincy seguía moviéndose en la oscuridad, y sus reflexiones eran muy amargas mientras regresaba a Waikiki. Chan y él habían trabajado juntos, pero en aquel momento, cuando llegaban a la culminación de sus esfuerzos, el detective prefería seguir solo su trabajo, dejando a su compañero que le siguiese si podía. El orgullo de John Quincy había sido lastimado.

Le asaltó un súbito deseo de demostrar a Charlie que no se le podía dejar atrás de aquella manera. ¡Si gracias a alguna súbita inspiración o razonamiento pudiera solucionar el misterio al mismo tiempo que el detective! Aunque sólo fuera por el honor de los Winterslip de Boston.

Por primera vez en dos semanas se acordó de Bowker. ¿En qué sentido estaba ligado el hombre con el asesinato de Dan Winterslip? Era indudable que él no lo cometió, pero de una manera u otra tenía algo que ver con el crimen. John Quincy se devanó los sesos tratando de conectar a Bowker con alguno de los sospechosos. No pudo conseguirlo.

El miércoles, por la mañana, al despertarse, el problema seguía sin resolver. Bárbara debía llegar a las diez de Kauai, y cogiendo el coche pequeño, John Quincy se fue a la ciudad, a esperarla. Se detuvo en el banco, a hacer efectivo un cheque. Al ir a salir vio a su antigua compañera de viaje, la señora Maynard.

—Realmente, no debería dirigirle la palabra, joven —dijo la anciana—. En todo el tiempo que ha estado en Honolulu no ha venido a verme.

—Perdóneme, pero... he estado muy ocupado.

—Eso me han dicho. Haciendo de policía, ¿no? Estoy segura de que cuando vuelva a Boston dirá que aquí todos somos unos asesinos y cazadores de cabezas.

—De ninguna manera.

—Ya sabe usted que sí. El espectáculo que se le ha ofrecido a usted de Honolulu es falso. ¿Por qué no acude de cuando en cuando a casa de alguna persona respetable?

—Si todas fueran como usted acudiría con mucho gusto.

—¿Cómo yo? Hay infinidad que son más inteligentes y más encantadoras que yo. Algunas de «Has acudirán esta noche a mi casa. Celebro una fiesta sencilla. Un poco de conversación y luego un baño a la luz de la luna. ¿Vendrá usted?

—Iría con mucho gusto... Pero está la muerte de mi primo Dan...

Los ojos de la anciana resplandecieron.

—Aunque se trate de su pariente no quiero callármelo. Diez minutos de rezar por el alma de Dan Winterslip son más que suficientes. Le espero esta noche.

—Está bien, iré —rió John Quincy.

—Hágalo y traiga a su tía Minerva.

Al llegar al cruce de las calles Fort y King, John Quincy vio avanzar hacia él a

una figura conocida. Bowker, el camarero. Le acompañaba Willie Chan, el mejor jugador de baseball del Pacífico.

—Hola, Bowker —saludó John Quincy.

El camarero acercóse al joven, exclamando:

—¡Bien, bien, bien! ¿Cómo está mi viejo amigo? Le presento a Willie Chan, el as del baseball.

—Ya nos conocemos.

—¡Magnífico! Veo que conoce ya a todas las celebridades. Acabamos de llegar a puerto, y este inteligente joven me ha dicho que sabe de un sitio donde venden unas botellas de aceite de ricino con una etiqueta de whisky la mar de bonita. ¿Quiere acompañarnos?

—Lo siento, pero mi prima llega de un viaje a una de las islas y tengo que esperarla.

—Lástima. En fin, algún día será. Por más que no sé si volveremos a vernos. Pienso establecerme. Si sabe algún periódico en venta, avíseme.

—No creí que reuniese tan pronto el dinero.

—En estas tierras las cosas suceden de repente. Pero se hace tarde. Lamento mucho que no nos pueda acompañar. Adiós.

Cuando John Quincy regresó a casa con Bárbara repitió a su tía la invitación de la señora Maynard.

—Quizá vaya —contestó Minerva—. Ya veré.

El día transcurrió sin que ocurriese ninguna novedad. Por fin, al anochecer, la monotonía fue rota por la llegada de un cablegrama de Boston. Sin duda, Agatha, abrumada por la rusticidad del Oeste, estaba de regreso en su casa; de aquí el retraso en contestar al cable de John. El mensaje de la joven no podía ser más breve:

«Nada.

Agatha».

John Quincy hizo una bola con él y trató de sentir tristeza, pero fue inútil. Se sentía feliz. Entre él y Agatha jamás existió un amor romántico. Agatha era más Joven que John y pronto se casaría con algún joven serio, sin deseos de vagar por el mundo en busca de la aventura. Y John Quincy Winterslip leería la noticia de su casamiento en algún diario de... San Francisco.

—Ya sé que no me importa, pero me gustaría saber qué te dicen en ese cablegrama.

—Nada —contestó, verazmente, el joven.

—Sin embargo, ha parecido alegrarte bastante.

—Sí, y creo que jamás nada ha alegrado tanto a un hombre.

—Me parece que estás un poco loco.

—Tal vez. ¿Qué, me acompañas a casa de la señora Maynard?

—Más tarde. Tengo que esperar a un abogado que desea comprar la casa. Tendré que enseñársela yo, pues Bárbara no está para nada.

A las siete y cuarto John Quincy cogió su traje de baño y dirigióse a casa de la señora Maynard. La casa era horrible, pero la frondosa vegetación que la rodeaba y las enredaderas, la convertían en un paraíso. La dama hallábase rodeada de un numeroso grupo de jóvenes que charlaban y reían. John se sintió en seguida atraído por ellos.

—Puede usted decir a sus compañeros de Boston —dijo la señora Maynard— que en estas islas existe la civilización. Allá por el año cuarenta y nueve la gente de California enviaba a sus hijos a las escuelas que los misioneros establecieron aquí.

—Cuéntele que la primera imprenta que hubo en San Francisco fue comprada en Honolulu —rió una joven.

—¿Para qué? —replicó la señora Maynard, encogiéndose de hombros—. Nueva Inglaterra nunca nos comprenderá.

En aquel momento llegó Carlota Egan, acompañada del teniente Booth, de Richmond. John Quincy se dijo que la Escuadra se entretenía demasiado en Hawai.

—Esta tarde se ha recibido en el Country Club un cable de Joe Clark —anunció uno del grupo.

Inmediatamente cesaron todas las conversaciones.

—Joe Clark es nuestro mejor jugador de golf —explicó a John el joven que había hablado—. Hace un mes marchó a Inglaterra a tomar parte en el campeonato.

—¿Ha ganado? —preguntó una de las muchachas.

—Le venció Hagen en las semifinales. Pero ha obtenido la distinción de haber alcanzado la mayor distancia de un solo tiro.

—No me extraña —comentó un señor de cierta edad—. Tiene las muñecas más fuertes que he visto.

John Quincy se sintió súbitamente interesado por la conversación.

—¿A qué se debe? —preguntó.

—Al *surf-board* y a la natación. Joe Clark fue, en un tiempo, campeón de *surf-board*. Ese deporte desarrolla mucho las muñecas. Le he visto lanzar una pelota a trescientos cincuenta metros de un sólo golpe. Estoy seguro de que habrá dejado boquiabiertos a los ingleses.

Mientras John Quincy reflexionaba sobre estas palabras, alguien sugirió que era ya hora de ir a bañarse, y la mayor confusión reinó... en el salón. Un criado chino condujo a los invitados a las habitaciones transformadas en vestidores.

—La espero en la playa —dijo John Quincy a Carlota.

—He venido con Johnnie.

—Ya lo sé, pero recuerde que me dijo que sólo dedicaba el fin de semana a la Escuadra. Los que intentan alargar el fin de semana hasta el miércoles merecen que se les robe su compañera.

—Está bien, nos veremos en la playa —rió Carlota.

John Quincy se puso el traje de baño a una velocidad de bólido, notando, con gran satisfacción, que el teniente Booth se lo tomaba con más calma. Pocos minutos después estaba en la playa, esperando a Carlota, que al fin apareció bañada por la luz de la luna.

—La desafío a ver quién llega antes a la roca más lejana.

—Aceptado —sonrió la joven.

Cinco minutos más tarde ambos llegaban al mismo tiempo a la roca, donde se sentaron. El faro de Diamond Head lanzaba sus variantes destellos; las linternas de los *sampans* se reflejaban en las aguas, y el rompeolas de Honolulu quedaba dibujado por la larga línea de estrellas controladas por una dínamo. John Quincy se acercó más a su compañera.

—Hermosa noche, ¿no? —dijo.

—Maravillosa —replicó, suavemente, la muchacha.

—Carlota, deseo decirle algo. Por eso la he traído hasta aquí.

—Me parece que nos portamos mal con Johnnie.

—¡Que se vaya al diablo! ¿No se le ha ocurrido que yo también me llamo Johnnie?

—Es imposible —rió Carlota.

—¿Qué quiere decir?

—Que no me sería posible llamarle Johnnie. Es usted demasiado digno, importante. Lo más que podría llamarle sería John Quincy.

—Decida pronto cómo ha de llamarme, porque de ahora en adelante me tendrá siempre muy cerca. Sí, Carlota, es muy posible que sea la persona más próxima a usted. Eso si puedo decidirla a...

Detrás de ellos se agitaron las aguas y el teniente Booth apareció en escena.

—Los últimos cincuenta metros los he recorrido por debajo del agua —anunció—. He querido sorprenderlos.

—Pues lo ha conseguido —replicó John Quincy, in el menor entusiasmo.

El teniente se sentó junto a ellos, con todas las trazas de un hombre dispuesto a permanecer allí por lo menos hasta el fin del mundo.

—Es la noche más bonita que he visto en mi vida —dijo.

—A propósito: ¿Cuándo se va la Escuadra? —preguntó John Quincy.

—No sé. Mañana, creo. A mí no me importaría, que se quedara aquí para siempre. No es fácil abandonar Hawai, ¿verdad, Carlota?

La joven movió la cabeza.

—No, realmente. Dentro de poco tendré que marcharme, y sé lo mucho que me costará. Tal vez siga el ejemplo de Waioli, el nadador, y abandone el barco cuando pase delante de Waikiki.

Permaneció en silencio durante unos minutos. De pronto John Quincy preguntó:

—¿Qué ha dicho?

—¿Acerca de Waioli? ¿No se lo he contado nunca? Era uno de nuestros mejores

nadadores, y durante muchos años se intentó convencerle para que se trasladara al continente, a tomar parte en los concursos de natación. Pero Waioli era un sentimental, y no se decidía a abandonar la isla. Por fin le convencieron, y una mañana se embarcó, muy triste, en el «Matsonia». Cuando el barco llegó frente a Waikiki se tiró por la borda y se fue hasta la playa. Nunca más volvió a subir a un barco. Como usted...

John Quincy se había puesto en pie.

—¿Qué hora era cuando nos echamos al agua? —preguntó, ansiosamente.

—Las ocho y media, poco más o menos —contestó Booth.

—Entonces sólo tengo media hora para ir hasta la orilla, vestirme y llegar al muelle antes de que zarpe el «President Tyler». Lo siento, pero es de importancia vital, Carlota; había empezado a decirle algo. No sé cuándo volveré, pero cuando sea debo verla, aquí, en casa de la señora Maynard o en el hotel. ¿Me esperará?

—Sí —contestó la Joven, extrañada de la seriedad de John.

—¡Magnífico! —Vaciló un momento. Es muy arriesgado dejar a la mujer que se ama en una roca en medio del mar, bajo la luz de la luna, y al lado de un atractivo oficial. Pero no había más remedio—. ¡Adiós! —gritó. Y zambullóse en las olas.

Cuando volvió a la superficie oyó que el oficial le decía:

—¡Eh, amigo, se ha tirado usted muy mal! Deje que le enseñe...

—¡Váyase al diablo! —replicó, borrosamente.

John Quincy.

Poco después llegaba a casa de los Winterslip. Haku dormitaba en el vestíbulo.

—¡Whikiwiki! —gritó John—. Di al chofer que tenga dispuesto el *roadster* y con el motor en marcha. ¡Despierta! ¡Date prisa! ¿Dónde está la señorita Bárbara?

—Última vez que vi estaba en playa... —empezó el sorprendido Haku.

Bárbara estaba sentada en un banco, bajo un árbol. El joven se detuvo, Jadeando, ante ella.

—Ya sé quién mató a tu padre... —murmuró...

—¿Sí? —Bárbara se había puesto en pie.

—Sí. ¿Quieres que te lo diga?

—No. No podría oírlo. Es demasiado horrible.

—Entonces, ¿ya lo sospechabas?

—Sí. Era sólo una sospecha, una intuición, un presentimiento. Pero no quería creerlo. Es demasiado horrible...

John acarició la cabeza de su prima.

—¡Pobre Bárbara! No te preocupes. Tu nombre no aparecerá mezclado en este asunto. Haré cuanto sea posible para impedirlo.

—¿Qué... qué ha ocurrido?

—Ahora no puedo entretenerme. Te lo diré más tarde. —Corrió hacia la calle. Minerva salió de la casa—. No puedo perder tiempo —dijo John.

—Es que ha ocurrido algo muy extraño, muchacho. El abogado que ha venido a

ver la casa me ha dicho que una semana antes de su muerte, Dan le habló de un nuevo testamento...

—¡Maravilloso! ¡Más pruebas!

—Pero, ¿por qué un nuevo testamento? Estoy segura de que no tenía más que a Bárbara...

—Oye, tía —la interrumpió John Quincy—. Me has entretenido ya demasiado. Coge el coche grande, ve a Jefatura y repítele a Hallet lo que me acabas de decir. Dile también que estoy en el «President Tyler» y que envíe allí a Chan.

El auto se puso en marcha. En el reloj que tenía delante, John Quincy vio que sólo le quedaban diez y nueve minutos para llegar al muelle antes de que el «President Tyler» zarpase. A una velocidad suicida recorrió la carretera y las calles de la ciudad y en ocho minutos estuvo en el puerto.

—¿Dónde va usted, señor Winterslip? —preguntó el segundo oficial, que estaba al pie de la pasadera—. ¿Se embarca?

—¡No, pero déjeme subir a bordo!

—Lo siento. Estamos a punto de retirar la pasadera.

—No lo hagan aún. Se trata de un asunto de vida o muerte. Esperen unos minutos. Debo ver en seguida al camarero Bowker. ¡Le digo que se trata de un asunto de vida o muerte!

—Si es así... —El oficial se hizo a un lado—. Pero dése prisa...

—No tenga miedo.

John Quincy llegaba a los camarotes que estaban al cuidado de Bowker cuando su mirada tropezó con una alta figura. Un hombre con un largo ulster verde y un viejo sombrero también verde... un sombrero que John Quincy había visto últimamente en el Country Club de Oahu.

El hombre se dispuso a subir por una escalera que conducía al puente superior. John Quincy le siguió. Vio que el ulster desaparecía dentro de uno de los camarotes de lujo. Continuó siguiéndole y abrió la puerta del camarote. El hombre del ulster se volvió rápidamente.

—¡Oh, señor Jennison! ¿Piensa usted salir en este buque?

—Sí —contestó Harry Jennison, mirando fijamente a John Quincy.

—Pues olvide esa decisión. Usted se vuelve a tierra conmigo.

—¿De veras? ¿Con qué autoridad...?

—No necesito ninguna. Si no me sigue por las buenas tendrá que hacerlo por las malas.

Jennison sonrió, pero en sus ojos brillaba una lucecita de odio. Y en el corazón de John Quincy, correctamente amable y civilizado, también hervía el odio. Pensó en Dan Winterslip muerto en su cama. Pensó en Jennison desembarcando con él y su prima aquella mañana, dos semanas antes. En Jennison rodeando con un brazo el talle de Bárbara, cuando ésta se tambaleó al recibir la triste noticia. Pensó en los tiros disparados sobre él, desde los arbustos, y la lucha con el marino pelirrojo en aquella

roja habitación. Bien, debía luchar nuevamente. No tenía más remedio. La sirena del «President Tyler» lanzó un mugido de aviso.

—Salga de aquí —dijo entre dientes Jennison—. Le acompañaré hasta la pasadera...

Se interrumpió al comprender la desventaja del plan. Su mano derecha se hundió en un bolsillo. John Quincy cogió una botella de agua y la lanzó a la cabeza del hombre. Éste esquivó y la botella fue a estrellarse sobre el puente a través de las ventanas. El ruido resonó en la noche, pero nadie acudió. John Quincy vio a Jennison abalanzarse sobre él. En su mano había un destello metálico. Saltando a un lado, el joven lanzóse a la espalda de Jennison y le hizo caer de rodillas. En seguida cogió con todas sus fuerzas la muñeca de la mano que empuñaba la pistola automática. Durante un momento ambos luchadores permanecieron inmóviles; luego, Jennison se fue levantando lentamente. La mano que empuñaba la pistola empezó a liberarse. John Quincy apretó los dientes y trató de mantener su presión sobre la mano. Pero se hallaba ante un antagonista superior al marino de los cabellos rojos. Estaba vencido, y este pensamiento le hizo estremecer.

Jennison estaba ya de pie y tenía casi libre la mano derecha. Un momento más... ¿y qué?, se preguntó John Quincy. Aquel hombre no pensaba dejarle desembarcar. Apenas indicó tal posibilidad cambió de parecer. Un disparo apagado y, más tarde, cuando el barco estuviera en medio del Pacífico... John Quincy pensó en Boston, en su madre, en Carlota aguardando su regreso. Trató de reunir todas sus fuerzas para mantener la presión sobre aquella mano armada.

Un apacible y amarillento rostro apareció súbitamente encuadrado en la ventana. Una pistola penetró en el camarote.

—Suplico deje caer arma de fuego, señor Jennison —dijo Charlie Chan—. Si no hace tendré sentimiento grande de insertar un pedazo de plomo dentro de importante órgano de cuerpo de usted.

La pistola de Jennison cayó al suelo, y John Quincy retrocedió hasta la cama. Al momento se abrió la puerta y el capitán Hallet, seguido del agente Spencer, entró en el camarote.

—Hola, señor Winterslip, ¿qué hace usted aquí? —preguntó el capitán. Luego, volviéndose hacia Jennison le mostró un papel—. Vamos —le dijo—. Le necesitamos.

Cuando llegaron al pie de la pasadera, el capitán ordenó:

—Esperemos a Hepworth, el segundo oficial.

John Quincy apoyó una mano en la espalda de Chan.

—Charlie, me ha salvado la vida —dijo—. No sé cómo agradeceréselo.

Chan se inclinó.

—Charlie no saca placer de palabras. Durante existencia he salvado vida aquí, vida allá, pero nunca vida que fuese de culta ciudad de Boston. Acontecimiento de hoy será conservado siempre en memoria de Charlie Chan.

En aquel momento llegó Hepworth.

—Ya está todo arreglado —dijo—. El capitán está conforme en retrasar una hora la salida del barco. Les acompañaré a Jefatura.

Mientras se dirigían al auto, Chan se volvió hacia John Quincy.

—Hablando con verdad, hago felicitación por valor de usted. Tengo evidencia de que usted saltó sobre señor Jennison con ansias de victoria. Pero señor Jennison hubiese derrotado. Habría vencido. ¿Por qué? Contestación está en poderosas muñecas.

—Un gran corredor de *surf-board*, ¿eh?

Charlie Chan miró fijamente al joven.

—Usted no es persona tonta. Hace diez años, señor Jennison era campeón de nadar en todo Hawai. Charlie Chan hizo encuentro de detalle en viejo periódico. Pero en tiempo último señor Jennison ha estado poco en agua. Haciendo lejana persecución de verdad, no ha estado en agua desde noche en que mató a señor Dan Winterslip.

XXII. Y la luz penetra a través de las numerosas brechas

Atravesaron el muelle, en dirección a la calle, donde Hapworth, Jennison y los tres policías subieron al auto de Hallet. El capitán volvióse hacia John Quincy.

—¿Viene usted, señor Winterslip? —preguntó.

—Les seguiré en mi auto.

El *roadster* no se portó muy bien, y el Joven llegó a Jefatura cinco minutos después que los policías. En la calle vio la *limousine* de Dan Winterslip.

En el despacho de Hallet encontró al capitán y Charlie hablando con otro hombre. John Quincy tardó varios segundos en identificar a éste como al señor Saladine, pues el hombrecillo de la dentadura perdida aparecía mucho más joven que de costumbre.

—¿Es usted, señor Winterslip? —dijo Hallet. Volvióse hacia Saladine—. Larry, no tienes idea de las preocupaciones que me has causado con ese joven. Me acusaba constantemente de estarte escudando. Te ruego le des una amplia explicación.

—Con mucho gusto —sonrió Saladine—. Mi trabajo aquí está ya casi terminado. De todas formas, señor Winterslip, le agradeceré que guarde debajo de su sombrero lo que voy a decirle.

—Naturalmente —replicó John Quincy, notando que el hombre hablaba ya como si no le faltara la dentadura—. Veo que ha recuperado ya sus dientes.

—¡Ah, sí! Los encontré en mi baúl, donde los guardé el día en que llegué a Waikiki —contestó Saladine—. Cuando hace veinte años me saltaron la dentadura en un partido de fútbol, tuve un disgusto horrendo, pero esa pérdida ha sido una suerte para mi trabajo. Nadie sospecha nunca de un hombre que lleva los dientes y las muelas postizos. Soy un agente especial del Departamento del Tesoro, y he venido con objeto de acabar con el contrabando de opio. Desde luego no me llamo Saladine.

—Por fin comprendo —sonrió John Quincy.

—Me alegro de que así sea —dijo Hallet—. No sé si conoce el sistema que emplean nuestros contrabandistas de opio. La droga es traída de Oriente en barcos de carga, por ejemplo, el *Mary S. Allison*. Cuando llegan frente a Waikiki, echan al mar unas cuantas balsas cargadas de opio, que son recogidas por un grupo de supuestas barcas de pesca. El opio se traslada a la ciudad, se envasa en cualquier caja y se envía a San Francisco en algunos de los barcos que hacen sólo el trayecto entre San Francisco y Honolulu, pues son los menos vigilados. Pero ha dado la casualidad de que el contraamaestre del «President Tyler» es uno de los intermediarios. Esta tarde hemos registrado su camarote y lo hemos hallado lleno de opio.

—El contraamaestre del «President Tyler» es el amigo de Dick Kaohla.

—Si, ya llego a Dick Kaohla. Ese muchacho estaba al cuidado de la flotilla de pesca. En la noche del crimen se hallaba trabajando. Saladine le vio, y eso era lo que decía en aquella carta, por lo cual le dejó en libertad.

—Le pido perdón...

—No merece la pena —Hallet estaba de muy buen humor—. Larry ha descubierto a varios de los principales Jefes de la organización. Por ejemplo a Jennison, que era su abogado, y defendía a todos aquellos que eran cogidos con las manos en la masa. El hecho no tiene nada que ver con el asesinato de Dan Winterslip, a menos que éste supiera lo del contrabando y fuera una de las razones por las cuales no quisiera que se casara con su hija.

Saladine se levantó.

—Le entregaré al contraamaestre —dijo—. En vista de los cargos puede quedarse también con Jennison. Yo ya he terminado. Hasta la vista.

—Hasta mañana, Larry —respondió Hallet. Saladine salió del despacho, y Hallet volvióse hacia John Quincy—. Bien, muchacho, ésta es nuestra noche grande. No sé lo que hacía en el camarote de Jennison, pero si le tenía por el asesino debo decirle que no se equivoca.

—A propósito, ¿ha visto a mi tía? —preguntó John.

—Sí en estos momentos está con el fiscal. Por cierto que debemos reunimos con él.

Entraron en el despacho de Greene. Junto a él se hallaba sentado un taquígrafo, y en un sillón descansaba Minerva Winterslip.

—Hola, señor Winterslip —saludó, alegremente, el fiscal—. ¿Qué me dice ahora de nuestra policía? Muy buena, muy buena. Siéntese, por favor. —Examinó varios papeles que tenía delante—. No he de negarles que la solución de este problema ha sido un duro golpe para mí: Harry Jennison y yo somos viejos amigos; ayer mismo comí con él en el club. Obraré distintamente de como lo haría con un criminal ordinario.

John Quincy casi saltó de su silla.

—No se excite —sonrió Greene—. Jennison recibirá lo que se merece, aunque sea amigo mío. Lo que he querido decir es que si puedo ahorraré al Estado los gastos de un proceso largo, haciendo que declare su culpabilidad. Entrará dentro de un momento y le revelaré todas las pruebas que tengo contra él. Parecerá tonto enseñarle mi juego, pero es que tengo todos los ases y no puedo perder.

Se abrió la puerta y Spencer hizo entrar a Jennison en el despacho. El acusado permaneció orgulloso, altivo, desafiador, un vikingo de los trópicos, un gigante rubio, sin la menor huella de miedo.

—Hola, Jennison —le saludó Greene—. Lamento mucho todo esto...

—Lo creo —replicó Jennison—. Lo que estás haciendo es una locura y te arrepentirás de ella.

—Siéntate —ordenó secamente el fiscal, señalando una silla junto a la mesa—. Bien. Creo que el capitán Hallet te entregó una orden de detención. ¿Has leído la acusación?

—Sí.

El fiscal se inclinó sobre la mesa.

—Asesinato, Jennison.

El rostro de Jennison no se alteró.

—Ya te he dicho que era una tontería. ¿Por qué tenía yo que cometer un crimen?

—¿Te refieres al motivo? Bien, empezaremos por él. ¿Deseas los servicios de un abogado?

—No, me basto para echar por tierra este estúpido asunto.

—Bien, bien. —Greene se volvió hacia el taquígrafo—. Tome nota de todo. —El hombre asintió, y Greene volvióse hacia Minerva—. Señorita Winterslip, empezaremos por usted.

Minerva se inclinó hacia el fiscal.

—Como ya he dicho —empezó—, la casa de Dan Winterslip, en la playa, ha sido puesta en venta por su hija. Esta noche, después de cenar vino un señor a examinarla. Se trata de un famoso abogado, el señor Hailey. Mientras recorríamos la casa me dijo que una semana antes de su muerte encontró en la calle a Dan Winterslip, quien le prometió visitarle pronto a fin de extender un nuevo testamento. No dijo cómo estaría redactado, ni llevó jamás a cabo su intención.

—Bien —asintió Greene—. Sin embargo, tengo entendido que el señor Jennison era el abogado de su primo.

—Lo era.

—Si el señor Winterslip deseaba extender un nuevo testamento, no era lógico que acudiese a otro abogado.

—Desde luego; a no ser que tuviera algún motivo para ello.

—En efecto. A menos que el testamento estuviera relacionado de alguna manera con Harry Jennison.

—¡Protesto! —exclamó Jennison—. Eso es una simple conjetura.

—Desde luego —contestó Greene. Pero aquí no estamos ante el Jurado, y por lo tanto podemos hacer tantas conjeturas como queramos. Supongamos, señorita Winterslip, que el testamento estaba relacionado, de alguna manera, con el señor Jennison. ¿Supone cuál podía ser esa relación?

—No es necesario que lo suponga; lo sé.

—Muy bien. De manera que lo sabe. Continúe.

—Antes de venir aquí, esta noche, tuve una conversación con mi sobrina. Me ha dicho que su padre estaba enterado de sus relaciones con Harry Jennison, y que se había opuesto tenazmente al matrimonio. Llegó hasta amenazarla con desheredarla si continuaba con Jennison.

—Entonces, el nuevo testamento que el señor Dan Winterslip proyectaba hubiese estado redactado en términos que dejase a su hija sin un céntimo si llegaba a casarse con Harry Jennison, ¿no?

—Sin duda.

—Me pedías un motivo, Jennison —dijo Greene—. El que acabas de oír es

motivo suficiente para mí. Todo el mundo sabe el ansia que tienes de dinero. Querías casarte con la hija de Dan Winterslip, la muchacha más rica de las islas. Dan Winterslip aseguró que no la conseguirías junto con el dinero. Pero tú no eres de los que se casan por amor, y no estabas dispuesto a ir al matrimonio sin obtener el menor beneficio. Querías a Bárbara Winterslip y al dinero de su padre. Sólo una persona se oponía a tus deseos... Dan Winterslip. Y por eso estabas en su *lanai* aquel lunes por la noche...

—Un momento —protestó Jennison—. Yo no estaba en su *lanai*. Me hallaba a bordo del *President Tyler*, y todo el mundo sabe que ese barco no entró en puerto hasta la mañana siguiente...

—Ya iba a eso. —Sonrió Greene—. ¿Qué hora es ahora?

Jennison sacó un reloj del bolsillo, unido a una delgada cadena.

—Las nueve y cuarto —dijo.

—Está bien. ¿Es ése el reloj que llevas corrientemente?

—Sí.

—¿Nunca has llevado un reloj de pulsera?

Jennison vaciló.

—Alguna vez.

—¿Sólo alguna vez? —El fiscal se levantó y acercóse a Jennison—. Enséñame la muñeca derecha.

Jennison obedeció, mostrando su bronceada muñeca, en la cual se destacaba con bastante claridad la huella de un reloj y su correa.

Greene sonrió.

—Sí, llevabas un reloj de pulsera. Y lo llevabas tan a menudo, que el sol no pudo broncear la parte que resguardaba la correa y el reloj. —El fiscal sacó un reloj de pulsera y se lo enseñó a Jennison—. ¿Es éste? —preguntó—. ¿No? De todas formas nada se pierde probando. —Colocó el reloj en la muñeca del abogado—. Nada conseguirás negando —continuó—. El reloj y la correa corresponden a la señal blanca de tu muñeca. Y la huella de la hebilla en la correa indica también que el reloj es tuyo.

—No lo creo yo así.

—Es posible que se trate de una mera coincidencia. Sin embargo, tienes unas muñecas muy desarrolladas, el *surf-board*, la natación... Pero de eso hablaremos más tarde. —Se volvió hacia Minerva—. ¿Tiene usted la bondad de acercarse, señorita Winterslip?

La dama se puso en pie y cuando estuvo junto al fiscal éste apagó, la luz del despacho. Minerva notó un vago resplandor. El de un reloj de pulsera con cuadrante luminoso y en el cual, el Húmero dos aparecía borroso.

—¿Ha visto alguna vez este reloj? —preguntó el fiscal.

—Sí —contestó Minerva Winterslip.

—¿Dónde?

—En el salón de casa de mi primo, en —la, oscuridad, después de media noche del día treinta de junio.

Greene encendió la luz.

—Muchas gracias, señorita. —Volvió a su asiento y pulsó un botón—. Supongo que el reloj debe de tener alguna marca definida que le ha permitido identificarlo con tanta seguridad.

—Sí. El número dos está casi borrado.

Spencer apareció en la puerta.

—Haga pasar al portugués —ordenó Greene—. De momento esto es todo, señorita Winterslip.

Cabrera entró en el despacho, mirando aterrorizado a Jennison. A una señal de Greene, Charlie cogió el reloj de pulsera y lo entregó al portugués.

—¿Conoces eso, José? —preguntó Greene.

—Sí —tartamudeó el joven.

—No te asustes —le tranquilizó el fiscal—. Nadie te hará ningún daño. Quiero que repitas lo que me has contado esta tarde. No tienes ninguna ocupación, ¿verdad? Te dedicas a hacer trabajos y llevar recados para el señor Jennison, ¿no?

—Sí.

—Bien. Todo eso ha terminado ya. Puedes hablar. En la mañana del dos de julio te hallabas en el despacho del señor Jennison, quien te dio este reloj de pulsera y te dijo que lo llevases a reparar, pues no marchaba. Lo llevaste a una importante joyería. ¿Qué ocurrió?

—El dueño dijo que estaba muy estropeado y el arreglo hubiera costado más que un reloj nuevo. Fui a decírselo al señor Jennison. Éste se echó a reír y me dijo que me lo regalaba.

—Exacto. —Greene echó una mirada a un papel que tenía encima de la carpeta—. Más tarde, en la tarde del jueves, tres de julio, vendiste el reloj. ¿A quién?

—A Lau Ho, joyero chino de Maunakea Street. El sábado por la tarde, allá a las seis, el señor Jennison me telefoneó muy nervioso. Me dijo que necesitaba el reloj, y que estaba dispuesto a pagar cualquier precio por él. Corrí a casa de Lau Ho. El joyero me dijo que había vendido el reloj a un japonés a quien no conocía. Por la noche vi al señor Jennison, que estaba muy enfadado. Me ordenó que encontrase el reloj costara lo que costara. Hice cuanto pude por encontrarlo, pero no me fue posible.

Greene se volvió hacia Jennison.

—Fuiste muy descuidado con el reloj, Harry. Pero sin duda te creías seguro, tenías tu coartada. Además, cuando Hallet te explicó las pruebas que había encontrado, se olvidó, por feliz casualidad, de mencionar que alguien había visto el reloj. El sábado por la noche te diste cuenta del peligro... Ignoro cómo te llegaste a enterar...

—Fui yo —intervino John Quincy.

—¡Cómo! ¿Qué dice? —preguntó Greene.

—El sábado por la tarde fui a jugar al golf con el señor Jennison —explicó el joven—. Al volver a la ciudad hablamos de las pruebas que se tenían, y mencioné el reloj. Ahora me doy cuenta que era la primera vez que Jennison oía hablar de él. Tenía que cenar con nosotros, en la playa, pero me pidió que le llevase hasta su despacho, pues le faltaba firmar algunas cartas. Le esperé en el auto. Sin duda fue entonces cuando telefoneó a ese joven, para recuperar el reloj.

—¡Magnífico! —exclamó entusiasmado Greene—. Esto aclara definitivamente el misterio del reloj, Jennison. Me extraña que lo llevases encima, pero indudablemente te era preciso saber la hora, y te figuraste, acertadamente, que el agua de mar no estropearía la maquinaria...

—¿De qué diablos estás hablando? —preguntó Jennison.

De nuevo Greene apretó un botón. Spencer apareció en seguida.

—Llévese al portugués —indicó el fiscal—. Luego haga pasar al señor Hepworth y al contramaestre. —Volvióse de nuevo hacia Jennison—. Dentro de un momento te demostraré de qué estoy hablando. En la noche del treinta de junio te hallabas, como pasajero, en el «President Tyler», barco que estaba anclado junto al canal de entrada. ¿No es verdad?

—Sí.

—¿No desembarcó ningún pasajero hasta la mañana siguiente?

—Tengo entendido que no.

—Bien. —El segundo oficial del «President Tyler» entró, seguido de un fornido marinero, en quien John Quincy reconoció al contramaestre del barco. Se fijó en el anillo que llevaba en la mano derecha, y recordó la lucha en el ático de San Francisco.

—Señor Hepworth —empezó el fiscal—. En la noche del treinta de junio su buque llegó a este puerto demasiado tarde para amarrar. Anclaron frente a Waikiki. ¿Quién estaba sobre el puente, de media noche en adelante?

—El contramaestre y yo —contestó Hepworth.

—¿Estaba bajada la escala?

—Sí.

—¿Quién se hallaba de vigilancia junto a ella?

—El contramaestre.

—Bien. ¿Notó usted algo anormal durante aquella noche?

Hepworth asintió.

—Si, el contramaestre parecía estar bajo los efectos del alcohol. A las tres le encontré durmiendo junto a la escala. Le desperté. Cuando regresé a las cuatro y media estaba de nuevo dormido, y esa vez no pude despertarle. Le hice transportar a su camarote y, a la mañana siguiente, di parte al capitán de lo ocurrido.

—¿No notó nada más?

—Nada, señor.

—Muchas gracias. Ahora usted —Greene se volvió al contraamaestre—. En la noche del treinta de junio estaba usted borracho. ¿De dónde sacó el licor? —El marino vaciló—. Antes de que conteste le daré un consejo, amigo. Diga la verdad. Está muy enredado en este asunto. No le prometo nada, pero si habla con franqueza las consecuencias serán mucho mejores para usted. Si miente, será peor.

—No mentiré —prometió el marino.

—Perfectamente. ¿De dónde sacó el licor?

El contraamaestre se volvió hacia Jennison.

—Él me lo dio.

—¿De veras? Explíquese.

—Después de media noche lo encontré en el puente. Nos conocíamos... Él y yo...

—Ya sé que estaba metido en el negocio del opio. Decía que le encontró en el puente...

—Sí, y él me dijo: «Estás de guardia esta noche, ¿eh?». Y yo le contesté que sí. Entonces me dio una botella, y me dijo: «Esto te distraerá». Yo no soy borracho; de veras. Sólo bebí un trago, pero juraría que en aquel whisky había algo. Empecé a ver cosas raras y de lo primero que me enteré fue que estaba en mi camarote y de que el capitán quería hablarme.

—¿Qué fue de aquella botella?

—La tiré al mar cuando iba a ver al capitán. No quería que nadie la encontrase.

—¿No vio nada de particular en la noche del treinta de Junio?

—Muchas cosas vi, señor. Pero fueron debidas al licor. No creo que le interesasen.

—Está bien. —El fiscal se volvió hacia Jennison—. De manera que le narcotizaste, ¿verdad, Harry? ¿Por qué? Porque pensabas ir a tierra. Porque sabías que estaría de guardia junto a la escalera cuando tú regresases. Por lo tanto echaste algo en el whisky...

—Suposiciones —le interrumpió Jennison—. Antes sentía alguna admiración hacia ti como abogado, pero ya no la siento. Si eso es todo lo que puedes presentar contra mí...

—No, no es todo. —De nuevo pulsó un botón—. Tengo algo mejor. —Se volvió hacia Hepworth—. Tengo entendido que en su barco hay un camarero llamado Bowker —A John Quincy le pareció sorprender cierta contracción muscular en Harry Jennison—. ¿Cómo se ha portado últimamente?

—En Hong Kong se emborrachó. Pero eso fue a causa del dinero.

—¿Qué dinero?

—Verá usted. La última vez que zarpamos de Honolulu para Oriente, hace unas dos semanas, yo me hallaba en la oficina del pagador. Acabábamos de dejar atrás Diamond Head cuando entró Bowker con un sobre en la mano, diciendo que deseaba guardarlo en la caja. Dijo que contenía dinero. El pagador dijo que no quería hacerse

responsable del dinero, sin verlo antes. Entonces Bowker abrió el sobre y sacó diez billetes de a cien dólares. El pagador los metió en otro sobre y los guardó en la caja de caudales. Cuando llegamos a Hong Kong, Bowker cogió doscientos dólares.

—¿De dónde sacó Bowker tanto dinero?

—No sé. Dijo que había hecho un negocio en Honolulu, pero todos conocemos a Bowker.

Se abrió la puerta. Indudablemente, Spencer ya sabía quién debía pasar, pues empujó a Bowker dentro del despacho. El camarero parecía agotado.

—Hola, Bowker —le saludó el fiscal—. Estás sereno, ¿no?

—Ya lo creo. Me han hecho andar hasta San Francisco y volver. Me han sacado todo el alcohol que tenía en el cuerpo. ¿Puedo sentarme?

—Desde luego —sonrió Greene—. Esta tarde, mientras estabas borracho, contaste una historia a Willie Chan. Más tarde... nos la repetiste al capitán Hallet y a mí. Te agradeceré la cuentes otra vez.

Bowker dirigió una mirada a Jennison; luego volvió la cabeza.

—Siempre dispuesto a servirles —dijo.

—Tú eres camarero en el «President Tyler» —continuó Greene—. En tu último viaje desde el continente, el señor Jennison ocupaba uno de los camarotes que están a tu cuidado. Creo que era el número noventa y siete. Lo ocupaba solo, ¿verdad?

—Completamente solo. Siempre viajaba de esa manera.

—El camarote noventa y siete se halla en el puente principal, a poca distancia de la escala. ¿No es cierto?

—Sí, señor.

—Cuéntenos lo que ocurrió después de anclar frente a Waikiki, en la noche del treinta de junio.

Bowker se ajustó los lentes con montura de oro, con el gesto del hombre que se dispone a dar principio a un discurso después de una buena comida.

—Pues aquella noche estuve despierto hasta muy tarde. Aquí, el señor Winterslip, me prestó unos libros, uno de los cuales me interesaba mucho. Deseaba terminarlo a fin de devolvérselo por la mañana, antes de desembarcar. Eran casi las dos cuando al fin acabé la lectura. Estaba sudando y subí al puente a respirar un poco.

—¿Te detuviste junto a la escala?

—Sí... señor.

—¿Te fijaste en el contramaestre?

—Sí, estaba dormido en un sillón. Me acodé en la barandilla. La escala quedaba debajo de mí. Hacía unos minutos que estaba allí, cuando de pronto alguien salió del agua y se encaramó a la escala. Me aparté de la barandilla y permanecí en la sombra.

»A los pocos momentos ese señor subió por la escala. Iba descalzo, y llevaba pantalones y camisa negros. Le observé con atención. Se inclinó sobre el contramaestre y luego dirigióse hacia los camarotes de primera. Caminaba de puntillas, pero no me pareció ver nada malo en ello.

»Salí de la sombra y dije: «Hermosa noche para tomar un baño, señor Jennison». En seguida me di cuenta de que había cometido un error. El señor Jennison me cogió por el cuello, y creí que había llegado mi último momento.

—Estaba rojo, ¿verdad? —preguntó Greene.

—Chorreaba, e iba dejando un reguero de agua, por la cubierta.

—¿Te fijaste si llevaba un reloj de pulsera?

—Sí, pero les aseguro que no pude hacer un estudio de él. Tenía otras cosas en que pensar. Logré desprenderme de sus puños... y le dije que si se acercaba gritaría. «Óyeme —me dijo—. Tú y yo tenemos que hablar de negocios. Ven a mi camarote».

»Pero yo no deseaba una entrevista a solas con él, y le dije que le verla por la mañana, y después de prometerle no decir una palabra a nadie de cuanto había visto, me dejó marchar. Me marché a la cama muy intrigado.

»A la mañana siguiente, cuando entré en su camarote, le encontré alegre y sonriente. Si hubiera bebido un solo trago la noche anterior hubiese creído que todo había sido un sueño. Entré en el camarote, pensando sacar, cuando más, un centenar de dólares, pero así que empezó a hablar me olí que acababa de encontrar una mina. Me dijo que nadie debía enterarse de que en la noche anterior se había lanzado al agua. ¿Cuánto dinero quería por mi silencio? Contuve el aliento y contesté que diez mil dólares. Y casi me desmayé cuando me contestó que los tendría.

Bowker volvióse hacia John Quincy.

—No sé qué pensará usted de mí; tampoco sé lo que pensaría Tim. No soy ningún canalla. Pero estaba hasta la coronilla de mi trabajo de camarero. Deseaba tener un periódico mío, y desde aquel momento vi la posibilidad de que mis sueños se convirtiesen en realidad. Debe usted recordar que no sabía ni una palabra de que se hubiera cometido un crimen. Más tarde, cuando lo supe, temí decir una palabra. No sabía lo que podía ocurrirme. —Se volvió hacia Greene—. Ahora estoy deshecho.

—Le he prometido que no le pasaría nada, y cumpliré mi palabra —aseguró el fiscal—. Continúe. ¿Dice que aceptó los diez mil dólares?

—Sí. A mediodía fui al despacho del señor Jennison. Una de las condiciones era que debía permanecer en el «President Tyler», hasta que el barco volviese a San Francisco, y luego meterme en un sitio donde nadie me conociese. Acepté y el señor Jennison me presentó a ese Cabrera, que debía acompañarme durante mi estancia en tierra. Cuando regresé a bordo me entregó un sobre con mil dólares.

»Hoy también debía pasar el día con Cabrera, —quien en el momento de zarpar el barco me entregaría los nueve mil dólares restantes. Esta mañana, al atracar vi al portugués entre el público, pero cuando bajé a— tierra había desaparecido. En su lugar encontré al señor Willie Chan y fuimos a divertirnos. El aceite de ricino que venden aquí me soltó la lengua, pero no lo lamento. Desde luego, el sueño se ha desvanecido, y mis pies han quedado atados al barco hasta el fin de los siglos. Pero de todas maneras, en tierra tampoco se está muy bien, con los bares debajo de tierra y el alcohol de quemar al precio del champán. El aire marino es muy saludable. Repito

que no lamento haber hablado. De nuevo puedo ir con la cabeza alta, y decir a ese hombre que puede irse... —Miró a Minerva—. Señora, no puedo nombrar la localidad donde le enviaría.

Greene se levantó.

—Bien, Jennison, he aquí el caso, tal como lo presentaré a los tribunales. Puedes hacer dos cosas: dejar que el asunto vaya a los tribunales, con la larga humillación que para ti representaría el proceso, o bien, entregarte a la merced del tribunal. Si eres lo inteligente que te creo, harás esto último.

Jennison no contestó, ni miró siquiera al fiscal.

—Reconozco que lo tenías todo muy bien planeado —prosiguió Greene—. Sólo me queda por explicarme una cosa. ¿Lo proyectaste durante mucho tiempo, o bien, lo hiciste en cuanto se te presentó la oportunidad? Últimamente has hecho muchos viajes al continente. ¿Esperabas el momento propicio? Por fin se te presentó la noche del treinta de junio. Para un nadador como tú, la travesía desde el barco hasta la playa fue un juego de niños. Seguramente no empleaste la escalera para abandonar el barco. Una silenciosa zambullida, un rato debajo del agua por si alguien miraba desde el puente, y luego a la playa. Una vez allí, la casa de Dan Winterslip estaba cerca, y éste dormía en el *lanai* sin ni tan sólo una puerta cerrada de por medio. Dan Winterslip, el único que se oponía a tus deseos. Una breve lucha... y una cuchillada. Vamos. Jennison, no seas tonto. La única salida honorable que te queda es una confesión completa.

Jennison se puso en pie de un salto.

—¡De ninguna manera! —rugió, llameantes los ojos—. No estoy dispuesto a darte ese gusto.

—Bien, como quieras... —Greene se volvió hacia Hallet y le dijo algo en voz baja. Jennison y Charlie Chan se hallaban juntos a un lado de la mesa. El chino cogió un lápiz e incidentalmente lo dejó caer al suelo. Se inclinó a recogerlo.

John Quincy vio la culata de una pistola sobresalir del bolsillo posterior del pantalón del detective. Vio a Jennison lanzarse sobre Chan y coger la pistola. Lanzando un grito, el joven trató de echarse sobre Harry Jennison, pero Greene se lo impidió. Charlie Chan parecía extrañamente apático.

Jennison se apoyó el cañón de la pistola en la sien y apretó el gatillo. Un agudo chasquido... y nada más. La pistola cayó al suelo.

—¡Ya está! —exclamó triunfalmente Greene—. Esa es la confesión. Tengo testigos, Jennison, todos te han visto, no podrás oponer nada a tu declaración. Has intentado matarte... pero con una pistola descargada. —Acercóse a Chan y le dio unas palmadas en la espalda—. ¡Ha sido una gran idea, Charlie! —Volvióse hacia Jennison y añadió—: Lo proyectó Chan. Una idea muy sutil, ¿verdad? No puede negarse inteligencia a los orientales.

Pero Jennison se había dejado caer en su sillón, escondiendo el rostro entre las manos.

—Lo siento —murmuró Greene—. Pero te tenemos. Quizá ahora preferirás hablar.

Jennison levantó lentamente la cabeza. Su mirada ya no era desafiadora.

XXIII. Luna en Hawai

Todos salieron del despacho, dejando a Jennison con Greene y el taquígrafo. En la antesala, Chan se acercó a John Quincy.

—Usted marcha a casa cubierto con brillante armadura de éxito —dijo—. Extrañeza asalta a Charlie. Usted llega a misma conclusión que yo en mismo momento. Para hacer llegada debió usted cruzar enorme abismo.

John Quincy se echó a reír.

—La solución ha acudido a mí esta misma noche. Primero alguien mencionó un jugador profesional de golf de muñecas muy gruesas, que lanzaba la pelota a una distancia increíble. Recordé a Jennison y sus terribles mazazos. Las muñecas muy desarrolladas significan que su poseedor es aficionado a los deportes acuáticos. Luego, una joven habló de un nadador que abandonó su barco al llegar frente a Waikiki. Esa fue la primera vez en que se me ocurrió semejante idea. Entonces me dije que Bowker era el hombre que podía solucionar mis sospechas. Cuando subí al «President Tyler» vi a Jennison y tuve por ciertas mis sospechas. Me eché encima de él...

—Hermosa lucha —comentó Charlie.

—Pero no tenía la menor prueba, sólo suposiciones. Usted fue quien aportó las pruebas.

—Pruebas eran esenciales en caso.

—Ahora recuerdo que le vi en la biblioteca examinando la página deportiva de un periódico atrasado. Estaba usted sobre la pista mucho antes que yo. ¿Cómo fue que sospechó?

Chan sonrió.

—Sentados con comodidad grande en restaurante All American, en primera noche que conocimos, usted tendrá recuerdo de que dije que pueblo chino tiene gran sensibilidad psíquica. Una mirada, una risa, todo capta. Bowker entra en restaurante y, con voz de alcohol, dice: «Soy mi propio dueño, ¿no?». Charlie hizo captación de detalle. Bowker no es dueño suyo de verdad. Sigo a muelle y veo a portugués hacer regalo de sobre. Pero durante muchos días niebla envuelve a Charlie. Sólo puede hacer descubrimiento de que Cabrera y Jennison tienen intimidación grande. Por fin en biblioteca hago descubrimiento de que Jennison es nadador magnífico. Después hace aparición reloj, y con reloj llega triunfo.

Minerva se dirigió hacia la puerta.

—¿Concede honor grande de acompañar hasta auto? —preguntó Chan.

En la calle, John ordenó al chofer que volviera a casa con la limousine.

—Tú vienes conmigo —dijo a su tía—. Quiero hablarte.

La dama se volvió hacia Charlie.

—Le felicito, tiene usted cerebro y sabe emplearlo.

Charlie se inclinó profundamente.

—Felicitación de usted enrojece rostro de Charlie. En momento de hacer separación siento tristeza grande. Último deseo de Charlie es que días nevados de invierno y días abrasadores, sin viento, de verano, sean siempre días de primavera para usted.

—Es usted muy amable —murmuró Minerva.

John Quincy estrechó la mano del policía.

—Ha sido un verdadero placer conocerle, Charlie —dijo.

—Usted hará regreso a continente. Furioso océano hará agitación entre usted y Boston, y Charlie en Hawai. Sin embargo, Charlie guardará recuerdo de amistad de usted como flor en corazón. —John Quincy subió al auto—. Y separación puede no ser eterna —añadió alegremente Chan—. Alguna vez puede ser de Chan alegría de viajar. Haré espera con impaciencia de día en que pueda llamar a puerta de usted y estrechar otra vez amable mano.

John Quincy puso en marcha el auto y se alejaron, dejando a Charlie de pie junto al bordillo de la acera, inmóvil como un enorme Buda.

—Pobre Bárbara —murmuró Minerva—. No me atrevo a darle la noticia. Por más que no es una noticia. Hace días me dijo que desde que desembarcó notó que entre ella y Jennison se interponía algo. La pobre no pensaba que él fuese el asesino de su padre, pero le suponía mezclado de una manera u otra en el crimen. Piensa saldar su cuenta con Brade mañana mismo y partir hacia los Estados Unidos. Quizá para siempre. La he convencido para que haga una larga visita a Boston. La verás allí.

John Quincy movió la cabeza.

—No, no la veré. Pero muchas gracias por recordármelo. Tengo que ir en seguida a la oficina del cable.

Cuando salió de la estafeta sonreía alegremente.

—En San Francisco, Roger me acusó de ser un puritano redivivo —explicó—. Hizo una lista de las aventuras que, según él, jamás me sucederían. Pues bien, la mayor parte me han sucedido, y acabo de comunicárselo. También le digo que acepto el puesto que me ofreció.

Minerva frunció el ceño.

—Piénsalo bien —advirtió—. San Francisco no es Boston. El medio intelectual es muy inferior, según me han dicho. Te encontrarás solo...

—¡Oh, no! Me acompañará alguien. Por lo menos, espero que ella quiera acompañarme.

—¿Agatha?

—No, Agatha, no. El medio intelectual es demasiado inferior para ella. Ha roto nuestro compromiso.

—Entonces, Bárbara.

—Tampoco.

—Pues a veces he pensado...

—Creíste que Bárbara rompía con Jennison a causa de mí, ¿no? Jennison lo creyó

también. Ahora lo veo claro. Por eso quiso asustarme con aquellos tiros y lo del secuestro. Pero Bárbara *no* me quiere. Ahora sabemos por qué rompió su compromiso.

—Ni Agatha ni Bárbara. ¿Entonces quién?

—No la conoces, pero tendrás el honor de verla antes de acostarte. Es la muchacha más hermosa y adorable de la isla, o del mundo. Es la hija del hotelero Jim Egan.

De nuevo Minerva frunció el ceño:

—Corres un gran riesgo, John. Piensa que no es de nuestra clase.

—No, lo cual es un cambio muy agradable. ¿Sabes que es la sobrina de tu viejo amigo?

—Sí.

—De tu viejo amigo del mil ochocientos ochenta. ¿Qué me dijiste hace días? Si se te presenta tu oportunidad...

—Ojalá seas muy feliz. Y cuando escribas a tu madre no te olvides de mencionar al capitán Cope, del almirantazgo Británico. ¡Pobre Grace! ¡Eso será cuanto le quedará después del naufragio!

—¿De qué naufragio?

—El naufragio de todas las esperanzas que tenía puestas en ti.

—¡Bah! Mamá lo comprenderá. Ya sabes que soy uno de los Winterslip aventureros.

Encontraron a la señora Maynard sentada en su salón, con algunos de los invitados más viejos. Desde la playa llegaban los alegres gritos de los bañistas.

—Por lo visto, muchacho, no puede usted pasar una hora sin sus amigos los policías —dijo la anciana.

—Ya he terminado —rió el joven—. ¿Dónde está Carlota Egan?

—Están todos en algún sitio —contestó la señora Maynard—. Han venido un momento a cenar... Y, a propósito, si quiere comer algunos emparedados, entre en el comedor y...

—No, ahora no. Muchas gracias. Hasta luego...

John Quincy corrió hacia la playa. Un grupo de muchachas y muchachos le informó que Carlota estaba en la roca más lejana. ¿Sola? No, con aquel teniente...

Mientras corría hacia la orilla se dijo que aquel teniente le estaba atacando los nervios. Realmente, teniendo en cuenta lo que la Escuadra había hecho por él, era un pensamiento indigno. Pero era humano. Y al fin y al cabo, John Quincy era humano.

Se detuvo un momento junto al agua. Su traje de baño estaba en el vestidor, pero no pensó ni un momento en él... Se quitó los zapatos y la americana y se lanzó al agua. La sangre de los aventureros Winterslip circulaba a toda marcha por sus venas; sangre ardiente que no podían enfriar las aguas tropicales.

Carlota Egan y el teniente Booth estaban en la última roca. John Quincy se encaramó hasta ellos.

—Ya estoy de vuelta —anunció.

—Y mojado —rió el teniente.

Los tres se acomodaron en la roca. A través de millas de cálidas aguas, los alisios llegaban a acariciar sus mejillas. En el horizonte pendía la Cruz del Sur; las luces de la isla se reflejaban en el mar; el amarillento ojo de Diamond Head aparecía a intervalos regulares. Un lugar maravilloso. Sólo tenía un defecto. Estaba excesivamente concurrido.

John Quincy tuvo una súbita inspiración.

—Hace una hora, en el momento de echarme al agua me pareció oír que usted decía algo acerca de mi zambullida, teniente. ¿No le gustó?

—Fue lamentable —replicó amablemente el marino.

—Creo que me prometió enseñarme en qué consistía su defecto.

—Sí. Si usted quiere se lo demostraré.

—Con mucho gusto. Mi mayor deseo es aprender una cosa cada día.

El teniente Booth se acercó al borde de la roca.

—Ante todo hay que juntar los pies así —explicó.

—Comprendo.

—Y los brazos ligeramente echados hacia atrás, para conseguir empuje. Luego se doblan las rodillas y se echan más atrás los brazos.

Y el amable maestro ejecutó un salto impecable.

En el mismo instante, John Quincy cogió las manos de la joven.

—Óigame. No puedo esperar un momento más. Quiero decirle que la quiero...

—¿Está usted loco?

—Loco por ti. Desde aquel día en el transbordador...

—¿Pero? ¿Y su familia?

—Me importa un comino; mi familia eres tú. Y tú y yo viviremos en San Francisco... Eso si me quieres.

—Yo...

—¡Por el amor de Dios; date prisa! Ese submarino humano se acerca a nosotros. Tú me quieres, ¿no? ¿Te quieres casar conmigo?

—Sí.

John Quincy la estrechó entre sus brazos y la besó. Sólo los Winterslip aventureros y vagabundos podían besar de aquella manera.

Al fin la joven se separó de él, casi sin aliento.

—¡Johnnie! —exclamó.

—¿Qué? —preguntó una voz que parecía salida de las profundidades del océano.

Y John Quincy volvióse hacia el teniente, que empezaba a subir la roca, y exclamó triunfante:

—¡Me lo decía a mí!



EARL DERR BIGGERS (Ohio, 1884 – California, 1933) fue un novelista y dramaturgo americano. Es reconocido principalmente por la adaptación de sus novelas, en especial aquellas cuyo personaje era el detective chino-americano Charlie Chan.

Mientras estudiaba en el college, escribía historias cortas en diferentes periódicos de Boston. Se graduó en la Universidad de Harvard en 1907. Al terminar sus estudios comenzó a publicar una columna de humor en el Boston Traveller. En 1909 le nombraron editor de teatro, tarea que le hicieron abandonar tres años después por sus sinceras y poco amables críticas.

Ese año comenzó a escribir su primera novela "Las siete llaves". El mismo día que le anunciaron su publicación, en 1913, pidió matrimonio a Eleanor Ladd, compañera del Traveller. Ella aceptó y se casaron en 1914. Un año después tuvieron su primer hijo.

En 1919, durante unas vacaciones en Honolulu oyó hablar del detective chino Chang Apala. Ello le inspiraría para escribir en 1925 el primer libro de Charlie Chan que se publicó por entregas en el "Saturday Evening". Fue tan grande su éxito que los editores le pagaron 25.000 dólares por los derechos de una nueva historia del personaje.

Ese mismo año se traslada a vivir a Pasadena, California con idea de estar cerca de Hollywood para gestionar la venta de los derechos de sus libros al cine. Murió en 1933, tras sufrir un ataque cardiaco en Palm Springs, California.

Su personaje fue todo un éxito que trascendió la obra del autor y se popularizó gracias al cine, la radio, comics y libros escritos por otros autores como Robert Hart Davis, Dennis Lynds, Bill Pronzini y Jeffrey M. Wallman o Michael Avallone. En su momento supuso una alternativa a los "chinos malvados" habituales en otras obras de la época, como Fu Manchu.

Notas

[1] El autor se refiere aquí al hecho de que en Boston se encuentra lo que podría llamarse nobleza norteamericana. Esta nobleza es descendiente de los primeros colonos, puritanos acérrimos. *(N. del T.)*. <<

[2] Viento tormentoso del Sur, que sopla en algunas ocasiones en las islas Hawai. (*N. del T.*). <<

[3] Hill significa colina. <<

[4] Famosos poetas y escritores norteamericanos del siglo xix. <<

[5] Plato típico hawaiano, compuesto de raíces y otros ingredientes fermentados. (*N. del T.*). <<

[6] Collar de flores que en Hawai se regala a los forasteros que llegan al archipiélago, o lo abandonan. Estos últimos, una vez en alta mar, lo tiran al agua para que las olas lo devuelvan a la playa. (*N. del T.*) <<

[7] Se refiere a la leyenda de que las flores de loto hacen perder la memoria al que las come. (N. del T.). <<

[8] Periódico de Boston. <<

[9] Nombre con que el autor quiere indicar la típica ciudad, moderna, de los Estados Unidos, ya que Babbit es el norteamericano de hoy día, como antes lo fue el tío Sam. (N. del T.). <<

[10] La tabla de madera bastante larga que impulsada por la resaca alcanza enorme velocidad, y encima de la cual puede ir una persona. Es típica de Hawai. (*N. del T.*)

<<

[11] El autor hace referencia a la proverbial rivalidad entre Harvard y Yale. (*N. del T.*).

<<

[12] Especie de cactus. <<